



Querido lector.

**Gracias por comprar este libro. Espero que disfrutes
leyéndolo tanto como yo disfruté escribiéndolo.**

Yolanda Corona

Puedes seguirme en:

<https://yolandacoronaautora.com/>

EL PRÍNCIPE ANUNCIADO
(SEÑORES DEL MUNDO 2)

Yolanda Corona

©: El Príncipe Anunciado (Señores Del Mundo 2)

©: Yolanda Corona

Índice

PRIMERA PARTE

1: Khumi	11
2: Esperando la lluvia	23
3: Los guerreros han retornado	34
4: Al amparo de la noche	56
5: Sikander	72
6: Por la seguridad del reino	93
7: Malos augurios	105
8: Una corona para Menetir	116
9: Añoranzas y retornos	134
10: El Hogar de Mores	144
11: Cuando todos los enemigos del rey de Kynán se hacen más Fuertes	156
12: Fíjate bien en quien es tu verdadero enemigo	168
13: El príncipe prodigioso y el rey proscrito	182
14: Lahón	199
15: Ser princesa tiene un alto precio	210
16: Un mal comienzo y una esperanza	224
17: El mensaje de Dilmala	232

SEGUNDA PARTE

1: Cambio de vida y cambio de planes	247
2: Devolver las cosas al lugar que les corresponde	254
3: Bágor El Glorioso	264
4: Apoteosis de Andamar	271
5: La alegría se tiñe de sangre	282

6: Más prodigios y señales	290
7: La noche no trae la calma	303
8: La decisión más dura del príncipe Naadur	313
9: El reino de luto	326
10: La tristeza de un rey coronado	335
11: La rebeldía de un rey sin corona	344
12: Memoria de un pasado lejano	352
13: Invierno de esperanzas	359
14: El peligro viene del este	367
15: Primavera de desilusiones	377
16: El elegido	384
17: En ayuda de la ciudad sitiada	392
18: ¿Quién decide el destino del mundo?	403
19: Los Hijos del Lobo	414
Relación de personajes	428

PRIMERA PARTE

1

10

Khumi

Se tomó un momento para contemplar la espléndida ciudad iluminada por el sol de la mañana. Ayusha ofrecía un espectáculo magnífico desde la cubierta del pequeño barco. También aprovechó para disfrutar sus últimos momentos de verdadera libertad quién sabe hasta cuándo. No se le escapaba la ironía de la situación. Él, que no hacía tanto tiempo viajaba a bordo de lujosos navíos más adecuados a su elevado rango, llegaba ahora hasta el bullicioso puerto de la capital de Esterria a bordo de un humilde barquito que transportaba un cargamento del preciado vino de Midum.

Y eran sus últimos momentos de libertad porque en cuanto pisara tierra recuperaría su verdadera identidad muy a su pesar. Cuánto le gustaría poder seguir siendo Khumi. No pudo evitar sonreír como siempre que pensaba o pronunciaba esa palabra. Ése era el apodo que le pusiera su querida nodriza loggi. Se supone que en su lengua significaba “inquieto” o “travieso”, lo que cuadraba muy bien con su personalidad. Aquella mujer había sido la nodriza de los tres hijos de Domusal Damoy y su esposa Kai, pero Enekhhal se sentía muy orgulloso de haber sido con mucho el favorito de Cerala. Incluso a pesar de que la mujer pasase mucho más tiempo con Nusi por ser chica. A Enekhhal no le avergonzaba seguir visitándola cuando ya era un muchachito que recibía entrenamiento militar junto a su hermano mayor, igual que tampoco le avergonzaba haber usado ese apodo infantil durante los últimos meses, casi un año, desde que dejó el reino de Narvaly.

No le importó la opinión de los demás, ni sus burlas por lo tonto del nombre. Ese nombre le había dado una libertad que jamás había conocido y que, con toda seguridad, iba a echar de menos.

Pero ya no podía seguir con su despreocupada vida de los últimos meses. Las cosas habían cambiado, y aún cambiarían más.

Cuando salió de Narvaly no tenía nada previsto, tal y como le dijo a Zodrim. Se dirigió a Midum porque le pareció un lugar suficientemente seguro para pasar el tiempo de su destierro. Desde que Zodrim accedió al trono, se concentró en la recuperación de su propio reino tan golpeado por la plaga y la invasión de Menetir, mientras dejaba a un lado todo lo relativo a Midum. La verdad es que ese reino que su hermano Netyk tan caprichosamente se había empeñado en conquistar, para ella era un dolor de cabeza más que otra cosa. Encargó el gobierno a nobles de su confianza, e intentó desentenderse. No era fácil, pues el débil gobierno hizo renacer las antiguas aspiraciones de los rebeldes Sum y otros grupos. Midum era un reino bastante caótico, lo que a Enekhhal le convenía mucho para ocultarse.

No tenía planes definidos. Le vino la idea de camuflarse como una inspiración. Por eso decidió usar su apodo de niño. Para no tener que dar demasiadas explicaciones a nadie, abandonó su imagen inconfundible de príncipe valate. Se afeitó su rubia barba al estilo de lo que hacían los hombres de otras naciones. También se recortó los largos cabellos, y adoptó la vestimenta popular de las gentes de Midum. Por sus dorados bucles, ojos azules y piel clara, la gente siempre suponía que era extranjero, pero él se cuidó mucho de no revelar su exacta procedencia. Durante su periodo como gobernador de Midum, había perfeccionado bastante su conocimiento de la lengua midummita, y era la única que utilizaba.

Como era hábil e ingenioso, no le costaba encontrar trabajos de lo más variado. Cuando en algún lugar la gente comenzaba a hacer demasiadas preguntas sobre su origen o identidad, simplemente cambiaba de lugar. A propósito, decidió no vivir en la

capital, pues allí podría haber quien le reconociera de su época de gobernador, incluso tras su cambio de aspecto. Enekhhal había disfrutado de verdad ese periodo de vida tan aventurera. Le había permitido aprender infinidad de cosas y vivir mil experiencias, lo que siendo un príncipe nunca le habría sido posible. Al final iba a tener que agradecerle a su tío Andamar haberle desterrado de Kynán, destierro del que aún le restaban 16 años.

Pero, para su desgracia, su primo Naadur había reconquistado Midum, y él ya no estaba seguro allí. Su tío el rey Andamar le había permitido vivir en Narvaly mientras cumpliera los términos de los tratados de Ayusha. Pero Narvaly era un reino independiente. habría estado seguro allí si no cruzaba la frontera de Kynán, cosa que había hecho, si bien involuntariamente, pues tras la reconquista de Naadur, Midum era ahora de nuevo parte del reino de Kynán. Por eso, él tenía que huir, y esta vez, sí eligió deliberadamente a dónde ir. Durante su estancia en nombre de su padre en Esterria, y después, durante la conferencia de paz, había hecho buena amistad con la corte del país. Incluso el reticente Tessino acabó por mostrarse amistoso con él. Solicitaría asilo en Ayusha. Desde luego, había lugares mucho peores en los que exiliarse.

Al mismo tiempo que Enekhhal arribaba al puerto de Ayusha, el victorioso ejército de Naadur el Intrépido avistaba por fin las murallas de Taros. Qué diferente había sido su marcha de regreso de Midum a la que hicieran unos meses antes en sentido contrario. Las noticias de la brillante reconquista de Midum por parte del príncipe habían viajado veloces por todo el reino, y allá por dónde pasaban los señores grandes o pequeños los salían al encuentro para invitarles a sus heredades o castillos, ofreciéndoles toda clase de agasajos. De pronto, parecía que las terribles huellas de

diez años de guerra y de la plaga habían desaparecido. Los campesinos que poco antes huían de sus campos salían ahora al borde de los caminos a saludar y vitorear al valiente y apuesto príncipe Naadur por su triunfo.

Naadur estaba encantado. Disfrutaba como un niño de todos aquellos halagos y homenajes. Por supuesto, como era habitual en él, Yaluc veía más allá de la música y el oropel. No podía olvidar el daño que las leyes de Andamar estaban haciendo a sus amados loggi. Se preguntaba qué estaría planeando Agón. No habían tardado en darse cuenta tras la marcha de aquel grupo, de la disminución en el número de armas. Naadur no había querido hacer nada al respecto entonces, pues su objetivo principal era recuperar Midum, para lo que necesitaba contar con la sorpresa. Pero ahora Yaluc temía el castigo que su amigo, como general, fuera a imponer a los desertores. Sin embargo, incluso él acabó por dejarse llevar por la contagiosa alegría de Naadur. Ya habría tiempo para preocuparse.

Como ya tenían las murallas de Taros a la vista, todos querían acelerar la marcha, deseando llegar ya junto a sus familias, o a sus cuarteles a descansar. Naadur estaba tan impaciente como los demás. Pero no había forma humana de que pudiesen alcanzar la ciudad antes de la puesta de sol. De ninguna manera podían entrar en la capital del reino de noche, como vulgares viajeros. De modo que ordenó acampar. Apenas llevaban una hora instalando el campamento, cuando vieron acercarse a un jinete procedente de la ciudad. Era un heraldo del rey y los guardias le condujeron hasta donde se encontraba Naadur.

—Saludos mi príncipe— Dijo el hombre en tono solemne. —Te traigo un mensaje de tu noble padre, el rey Andamar—

—Ah, mi padre se encuentra ya de regreso en Taros.— Naadur replicó alegre.

— Sí mi señor. El rey retornó hace ya casi un mes, y aquí recibió como todos nosotros las maravillosas noticias de tu triunfo en Midum. Desea que te transmita su gran alegría y su satisfacción por tu hazaña. “Hoy soy el más orgulloso de los padres.” Fueron las palabras que me encargó que te dijera, mi señor.—

—Excelente. Imagino que debe de estar tan impaciente como yo por celebrarlo juntos. Ve y dile que con las primeras luces del amanecer nos dispondremos a entrar en la ciudad.—

— Me temo, mi señor, que eso no podrá ser...—

— ¿Cómo? ¿De qué estás hablando heraldo?—

—Tu padre quiere que esperes aquí hasta que terminen los preparativos para tu entrada triunfal.— El hombre dijo con voz algo temblorosa, temiendo sin duda, haber incurrido en la ira de un príncipe, lo que nunca es buena idea, ni siquiera, aunque el príncipe sea el amable Naadur. Sin embargo, éste no tardó en aliviar la angustia del heraldo. Sin previo aviso, se giró y abrazó al desprevenido Yaluc, que estaba a su lado, comenzando a ejecutar con él una torpe danza consistente en dar vueltas, mientras reía, y decía encantado.

— ¿Has oído Yaluc? Una entrada triunfal. Mi padre nos prepara una entrada triunfal ¿Sabes cuándo fue la última vez que sucedió eso?— Un poco mareado, Yaluc logró desprenderse de su entusiasmado hermano adoptivo.

—Desde luego, hará mucho tiempo. En el templo estudiábamos la historia del pueblo valate. Pero he de confesar que las batallas no eran mi fuerte.— Dijo Yaluc algo sombrío. Naadur se detuvo de pronto, y le miró más serio.

— Por todos los Demonios del Abismo, Yaluc. Sé que no disfrutas siendo guerrero ¿Pero no podrías al menos alegrarte conmigo de nuestra victoria? Hemos vencido a Menetir y

recuperado nuestra gloria. El rey de Kynán es de nuevo Señor del Mundo.— Yaluc se le quedó mirando por unos instantes. Su semblante se suavizó.

—Te ruego que me perdones. No pretendo estropear tu celebración.—

—Nuestra, Yaluc. Es nuestra celebración. Yo no me olvido de lo que has hecho tú ni cada uno de mis hombres. Que te quede claro hermano.— Yaluc lo tenía muy claro, por eso, entre otras cosas, estaba preocupado, por lo que pudiera pasarle a Agón y los suyos. Después de todo, era el hermano de Jaduma y Dilmala, que Yaluc sentía como su familia. Sin embargo, si era sincero consigo mismo debía reconocer que su mal humor no se debía sólo a la preocupación por sus amigos loggi.

Si la guerra había terminado, o al menos, iba a haber una nueva tregua, era algo magnífico. Pero eso también significaba su regreso a Taros, a la corte, y lo peor de todo, a su próximo casamiento. Aún faltaba más de un año, pero ¿Cómo podía estar él seguro de que el rey no le obligaría a relacionarse con su futura esposa? No le costaba mostrarse amable, incluso encantador con mujeres, era su carácter. Pero ninguna de las que había conocido hasta ahora estaba destinada a ser su esposa. No podría limitarse a ser amable. Tendría obligaciones ¿Sería capaz de fingir ser un prometido como los demás? Y si no lo conseguía, si ella o el rey se percataban de que algo no era como debía ¿Qué pasaría con él? ¿Seguiría Andamar considerándole su heredero? Todos esos pensamientos le torturaban. Hasta el momento, no tenía dudas acerca de las profecías de Dilmala como no las tenía acerca de las de Zesera. Todos en la corte de Taros deseaban que la criatura que Numa esperaba fuera un niño. Pero se asombrarían si supieran que quien más lo deseaba era Yaluc.

En Ayusha, Enekhhal también esperaba hacer su entrada, aunque ésta desde luego, no iba a ser triunfal ¿Habría calculado mal? Su astucia nunca le había fallado hasta ahora. Siempre había sabido juzgar a los demás. Sin embargo, tal vez se había confiado creyendo que Tessino había olvidado su antiguo odio hacia los valate, al menos en su caso ¿Cómo explicar si no que le hubieran conducido hasta una diminuta y sofocante sala del palacio real de Ayusha dónde llevaba ya horas esperando? Ni siquiera le habían ofrecido un trago de agua, a pesar del calor.

Al fin, se abrió la puerta, y un sirviente de palacio entró y le hizo una profunda reverencia.

—El príncipe Tessino te recibirá ahora, mi señor.— ¿Príncipe? De modo que el intrigante Tessino había abandonado ya toda pretensión de humildad y se hacía tratar con un título que jamás poseyó. Tal vez, las cosas en Esterría habían cambiado y él, en su agradable retiro de Midum, no se había enterado ¿Seguiría aún vivo el desdichado rey Dolomán, o Tessino se habría librado definitivamente de él?

No tardó en salir de dudas. El sirviente le guio hasta el salón del trono que él tan bien conocía de sus anteriores visitas. En cuanto entró, le vio allí sentado en su trono, que ya no parecía tan desproporcionado para él, pero que se mostraba incluso más incongruente para su ocupante que antes. Hizo cuentas rápido. Dolomán debía de tener unos 16 años. Había crecido, pero su mirada estaba aún más perdida que cuando le conoció, y su expresión, todavía más ausente. Le pareció ver incluso que babeaba. Sin embargo, apartó rápidamente la mirada, para no incurrir en una grave falta de decoro. Darse cuenta de que su educación principesca seguía gobernando sus actos le habría divertido si no estuviera tan ansioso por conocer de qué modo exactamente iba a ser recibido por Tessino.

—Estás muy cambiado, príncipe Enekhhal.— El hombre dijo con retintín. Si el pobre rey había aumentado en estupidez, Tessino lo había hecho en obesidad, cosa que Enekhhal no habría creído fuera posible viendo cómo era ya antes. Lo que sin embargo no había aumentado en absoluto era su elegancia. Seguía llevando una de esas túnicas de seda, esta vez de un brillante verde esmeralda y adornándose con todas las joyas que era capaz de llevar encima.

—Ya no soy príncipe, como sabes muy bien.— Enekhhal dijo procurando mantener su típico control. —¿Acaso no recuerdas que mi padre fue declarado bastardo y desposeído de todos sus derechos y privilegios reales?—

—¡Bah! Pequeñeces.— Tessino replicó haciendo un gesto displicente con su regordeta mano cuajada de anillos y sortijas. —Tú siempre serás un príncipe para nosotros ¿Verdad querida?— Fue entonces cuando Enekhhal vio a Marusene. Había estado tan concentrado en adivinar el humor de Tessino que no se había fijado en que la joven estaba también allí. Como el día en que la vio por primera vez, se sentaba junto al rey. Enekhhal sonrió, una sonrisa totalmente sincera. Marusene seguía siendo una de las mujeres más bellas que había conocido. Sin dejar de sonreír, le hizo una gentil inclinación de cabeza, a la que ella respondió con otra. Sin embargo, Tessino volvió a hablar interrumpiendo el dulce momento. — Sin duda, te preguntarás por qué mis hombres te han tratado con tan poca cortesía cuando has llegado ¿Te han ofrecido algo de beber?— Dio dos palmadas y un sirviente se acercó con una bandeja sobre la que había una jarra grande de oro, y unas cuantas copas del mismo material. Definitivamente, Tessino había adoptado el modo de vida de un auténtico príncipe. El sirviente, llenó una de las copas con oscuro vino y se la ofreció a Enekhhal, que la apuró.

—Gracias Tessino. Había olvidado que el verano en Esterria es aún más caluroso que en Midum.—

—Siento que no te hayan tratado mejor. Pero, debes comprender que mi situación ahora no es como la primera vez que viniste a este reino. No digo que no seas bienvenido, que lo eres. Pero ahora las circunstancias han cambiado. Tu tío Andamar es el rey más poderoso del mundo, como lo fueron sus antepasados. Midum ha caído, y francamente, dudo mucho de que los reinos de las llanuras del sur permanezcan mucho tiempo leales al tratado que firmaron conmigo. Sin duda, Andamar querrá darles una lección por su deslealtad. Eso sin olvidar que tal vez no quiera seguir manteniendo las condiciones tan ventajosas para Esterria en la explotación de las minas de hierro. Tú sabes que el hierro es indispensable para nosotros. Los bárbaros del este no dejan de presionar en las fronteras. Comprenderás que no puedo enemistarme con Andamar precisamente ahora.—

—Comprendo que estés preocupado, mas tus temores son infundados. Conozco a mi tío. Él firmó un pacto contigo y lo cumplirá. Es un hombre de honor. Acogiéndome tú tampoco lo incumples, pues las condiciones de mi destierro son que no he de regresar a Kynán ni ayudar a mi hermano en su guerra contra Andamar. Y te aseguro que no tengo intención de hacer ninguna de las dos cosas.—

Tessino pareció relajarse al oír las explicaciones de Enekhal. Incluso sonrió, y levantándose de la banqueta cubierta de mullidos cojines en la que se sentaba, se acercó al sorprendido joven y le abrazó. Lejos de tranquilizarle, esa repentina muestra de afecto le puso aún más alerta acerca del obeso personaje. Una cosa era que Tessino hubiera dejado a un lado su visceral odio hacia los valate por algún tipo de extraña simpatía hacia él, tal vez por haber perdido de un modo tan humillante su rango de príncipe. Pero

pensar que de pronto, el duro corazón de aquel hombre se inclinaba por él, era algo muy distinto. No se fiaba de Tessino. Sin duda, tendría algún oscuro motivo para actuar así, y Enekhhal pensaba averiguarlo. Sin embargo, de momento, era bienvenido en Esterria, así que al menos no tendría que preocuparse por dónde vivir.

El sol estaba ya a punto de desaparecer por el horizonte de poniente. Tessino anunció que organizarían una cena para recibir a Enekhhal como se merecía. Hizo llamar de nuevo a uno de sus sirvientes, y le ordenó conducir a Enekhhal hacia los aposentos reservados para él, donde podría refrescarse y descansar de su largo viaje antes de la cena. Se despidió cortésmente del ausente rey y de sus anfitriones y se dispuso a seguir al sirviente.

Las habitaciones que le ofrecían en esta ocasión eran incluso más cómodas y lujosas que cuando vino enviado por su padre. Una pareja de jóvenes esclavos estaba allí esperándole y le anunciaron que había un baño preparado para él. Aunque Enekhhal no era un seguidor tan estricto de la moral valate como su padre o su tío Andamar, seguía resultándole extraño y algo incómodo ser atendido por esclavos. Al fin y al cabo, los valate rechazaban la existencia de éstos. Pero estaba realmente cansado debido al viaje, la tensión y el calor. Fue totalmente consciente de hasta qué punto, al pensar en un agradable y relajante baño. De modo que, por el momento, decidió que no iba a dejarse dominar por pensamientos demasiado profundos.

Tras el baño, que le sentó incluso mejor de lo que esperaba, encontró dispuestas para él unas lujosas prendas proporcionadas por su anfitrión. Se las puso, aunque estaban bastante alejadas de sus gustos. Pero, al igual que se había vestido al estilo midummita mientras estuvo en aquel reino, ahora que iba a vivir en Esterria, no estaba de más adoptar también su modo de vestir.

Sin embargo, se dijo que en cuanto pudiera encargaría prendas menos estridentes que aquellas que Tessino le proporcionaba. Llamaron a la puerta. Esperaba a algún esclavo o sirviente de palacio, pero quien entró fue Marusene. También se había vestido para la cena, y lucía esplendorosa.

—Qué extraño se me hace verte sin tu barba y con el cabello tan corto.— Ella dijo a modo de saludo en tono ligero. Enekhhal chasqueó la lengua y le dedicó una media sonrisa.

—No temas, como ves, ya estoy recuperando mi aspecto habitual.— Replicó, acariciando su mandíbula, donde ya comenzaba a crecer de nuevo la barba.

—En realidad, me gustas más así, cuando puedo ver tu bello rostro en todo su esplendor.— Bromeó Marusene. Tras mirarse unos segundos, ambos se echaron a reír — Siento que mi padre te hiciera esperar tanto, y que se haya mostrado tan suspicaz. Pero no has de tenérselo en cuenta. Le molesta perder el protagonismo que tuvo este tiempo de atrás, y exagera los peligros para darse importancia.—

—No son palabras muy respetuosas viniendo de una hija.— Enekhhal fingió escandalizarse.

—Oh, vamos. Mi padre me conoce de sobra, y sabe que siempre le seré leal.—

—¿Entonces, realmente, no hay peligro de perder las minas de hierro, ni de que los bárbaros del este arrasen Esterra?—

—Como tú bien has dicho, el rey Andamar no romperá los acuerdos que firmó. Y, en cuanto a los bárbaros, siempre han estado a punto de arrasar este reino. Es lo que yo, mis padres, mis abuelos, y no sé cuántas generaciones han estado oyendo decir desde siempre. Nunca ha ocurrido ¿Por qué iba a ocurrir ahora? Pero dejemos de hablar de asuntos tan enojosos.— Dijo,

acercándose a Enekhal y tomándole del brazo. Un intenso perfume de jazmín procedente de Marusene inundó su nariz —Recuerdo muy bien que nuestras charlas solían ser mucho más divertidas.— Añadió, mirándole insinuante. Él sonrió complacido, y se inclinó para besarla. —Ven conmigo.— Marusene se apartó tras el beso, y le tomó de la mano. —Antes de la cena quiero enseñarte algo.—

El estado de ánimo de Menetir era muy diferente al de sus parientes. Él no tenía nada que celebrar, sino todo lo contrario. No sólo había sido derrotado por Andamar mediante una astuta estratagema de Naadur, sino que había perdido todos los territorios reconquistados en Kynán, incluida la Heredad del Sur donde reposaban las cenizas de sus padres.

Pero no terminaban ahí sus desgracias. A los guerreros caídos en batalla, que eran muchos, debía sumar la pérdida de los hombres que se le habían unido cuando él parecía el más fuerte, con la esperanza de recuperar los privilegios y propiedades que Andamar les había arrebatado por apoyar a Domusal, o simplemente de lograr unas ganancias de oro y botín que mejorasen su situación. Cada día, sus generales le informaban de que su ejército había sufrido nuevas mermas.

Por suerte, su cuñado, su sobrino y un puñado más de antiguos señores de Kynán aún le eran leales. Pero debía ser realista. En aquellos momentos se encontraba en las peores condiciones para su causa: derrotado, sin apenas ejército y sin medios de poder conseguir uno nuevo.

Así había emprendido la penosa marcha de regreso a Hittowa. Todos los dioses y los demonios parecían haberse aliado en su contra, pues, a diferencia de lo que solía ser habitual, aquel verano estaba resultando terriblemente seco en los normalmente húmedos valles de Narvaly. Por tanto, el calor y las penurias fueron sus fieles compañeros durante su penosa marcha. Las gentes de las aldeas del camino procuraban esconder las escasas provisiones que les quedaban para evitar, con poco éxito, que los hambrientos y sedientos guerreros se las arrebataran.

Para colmo de males, cuando se acercaban ya a las murallas de Hittowa, a Menetir le llegó la noticia de la gran victoria de

Naadur en Shimma. El rey de Kynán volvía a ostentar el título de Señor del Mundo, pero en el trono de Taros se sentaba el hombre equivocado. Era él, Menetir, quien debía ostentar el título de Señor del Mundo, ante quien todas las demás naciones deberían postrarse. Su rabia crecía en su interior como el vapor dentro de una olla puesta al fuego. ¿Por qué era víctima de tales injusticias? ¿No había acaso él respetado y venerado siempre al invencible Nin? Oyó entonces a Temuzén dando la orden de que el ejército se detuviera. Miró y vio delante de ellos, en el camino hacia la capital, una ordenada formación de guerreros que les cortaban el paso. El que parecía al mando se acercó, y Menetir reconoció a uno de aquellos fieles nobles de los clanes leales a su esposa la reina.

—Saludos, mi señor Menetir.— Dijo solemne cuando llegó frente a él

—¿Qué demonios significa esto? ¿Por qué se nos corta el paso?— Menetir respondió de mal humor

—No está permitido ingresar a la ciudad portando armas. Órdenes de la reina mi señora.—

—Absurdo. Yo soy el esposo de Zodrim y por tanto me debes obediencia como a tu rey. Y yo no tengo la menor intención de abandonar las armas para entrar a la ciudad. Te aconsejo que no me impidas el paso.—

—Sólo la reina es mi señora, y sólo a ella he jurado obediencia. Serás recibido en la ciudad y en palacio sólo si abandonas las armas a nuestro cuidado. Así mismo, tu ejército deberá ser deshecho. Cada hombre entrará como cualquier viajero, desarmado, o no entrará.— El otro respondió con voz firme.

Menetir, en cualquier otra circunstancia, no habría esperado siquiera a que acabara la frase para lanzar a sus hombres hacia

la ciudad. Pero en esos momentos, debía reconocer que no tenía ninguna seguridad de que aquel desharrapado y humillado ejército que le seguía estuviera dispuesto a obedecer sus órdenes. Los narvalienses no eran expertos guerreros, pero aquellos que tenían ahora enfrente estaban descansados bien alimentados y frescos, además de portar las mejores armas disponibles.

De modo que, un humillado y furioso Menetir fue escoltado hacia el palacio real después de ser convenientemente despojado de sus armas. Con él sólo iban Temuzén y Ardates, el hijo de éste cuyos rostros mostraban que se hallaban tan poco complacidos como el mismo Menetir. En su fuero interno iba jurando que se lo haría pagar a esa esposa suya tan rebelde y desobediente.

Mientras la noche caía ya sobre Narvaly, Kynán y Esterria, en este último reino, Enekhhal se encontraba con una sorpresa. Marusene le había guiado por el palacio hasta los aposentos del mismísimo rey Dolomán. Ahora entraban en una amplia y fresca sala, donde el pobre rey idiota reía sentado en el suelo haciendo cabalgar un caballito de juguete en fingida batalla contra otro semejante manejado por un niño de rubios rizos. Enekhhal no necesitó mirar a Marusene. Le bastó ver al niño. Éste, al oír entrar a los adultos, alzó la cabeza para ver quién venía, y Enekhhal se vio a sí mismo en su tierna infancia. La única diferencia apreciable era que el pequeño tenía los ojos castaños de su madre.

—Se llama Tesimandro..— Dijo Marusene a su lado. Enekhhal la miró con gesto socarrón.

Desde luego, no era el primer bastardo que había engendrado. Dada su afición por las jóvenes, no eran pocos. Pero como la mayoría de nobles valate, se limitaba a proporcionar una vida más o menos cómoda a sus vástagos, sin tomarse ni la menor molestia en conocerlos. Olvidando su existencia tan pronto como tenía

noticia de ella. El ejército estaba lleno de estos bastardos varones, mientras que las niñas entraban a formar parte de otro ejército, el de doncellas y damas al servicio de las nobles y mujeres de la realeza. Los valate siempre habían obrado así. Sin embargo, mirar cara a cara a su hijo le produjo una sensación difícil de explicar. Nunca había planeado desposarse. Menos aún ahora que sus padres habían muerto y ya no les debía obediencia. Por tanto, la idea de tener hijos estaba muy alejada de sus pensamientos. Pero ahora tenía a uno delante, con nombre y rostro. Y se dio cuenta de que le complacía. El niño era muy guapo y parecía completamente sano.

—¿Y qué opina tu esposo el comerciante de este hijo?— Preguntó con gesto burlón.

—Ah, no lo sabes, claro. Soy viuda desde hace más de un año. Pero, la verdad, no puedo quejarme del esposo que mi padre me buscó. Desde luego, fui honesta con él. Cuando viajé a su encuentro, ya sabía que me hallaba encinta. No me preocupaba que me repudiara, pero no lo hizo. Era un viudo bastante mayor que yo, con hijos ya adultos que heredaron sus negocios. Sólo deseaba compañía para sus últimos años. A cambio fue siempre bueno, generoso y amable conmigo y con el niño.—

—¿Le dijiste quién era su padre?—

—Nunca me preguntó. Pero sospecho que tenía idea. El pequeño no puede negar que es de sangre valate.—

—Ciertamente no.—

Entre sorprendido y divertido, Enekhhal observó cómo Marusene hacía acostarse al pobre rey Dolomán, que ofrecía las leves protestas de un niño pequeño para irse a dormir. Exigió que el pequeño Tesimandro se quedara junto a él. Marusene informó a Enekhhal de que esto era habitual. El rey, cuya salud se debilitaba

por momentos, había tomado un enorme cariño al niño, y apenas toleraba separarse de él.

Tras dejar al rey y al pequeño acostados, se dirigieron al salón donde se celebraría la cena en honor de Enekhal. El salón estaba brillantemente iluminado por multitud de velas, y por las altas ventanas abiertas a los jardines, se colaba la perfumada brisa de la noche de Ayusha. Enekhal pensó en lo irónico de su situación. Ya lo había perdido todo, sus títulos, sus propiedades y su patria. Aunque su destierro no era de por vida, como en el caso de su hermano, y el rey Andamar le había dado su palabra de que recuperaría sus propiedades cuando regresara a Kynán, él no se hacía ilusiones. 20 años eran muchos, demasiados. Con suerte, podría vivir la mitad sin sufrir achaques demasiado severos. Sin embargo, ahora se encontraba en un palacio siendo agasajado como en los lejanos días de su infancia cuando su padre era aún Príncipe Heredero de Kynán.

En la aldea de las montañas, Dilmala contemplaba el claro cielo. Allí también sufrían la sequía, pero todavía había animales para cazar y les quedaban algunas reservas de granos y frutos. Sin embargo, la población de la diminuta aldea se había visto muy aumentada. No paraban de llegar hombres, a menudo familias enteras, para unirse al llamamiento de Agón. Éste había animado a los aldeanos al principio para acoger a los recién llegados, pero luego, no dudó en viajar a la Aldea del Roble Partido, donde tuvo una audiencia mucho mayor. No todos los que le escuchaban estaban de acuerdo con él, claro. Entre los que discrepaban más abiertamente, se contaba Mores.

El joven era muy respetado por sus viajes acompañando a Yaluc Cabeza de Fuego y todo lo que había aprendido en ellos. La gente le escuchaba casi como al propio Yaluc. Él intentaba

hacerles entender que enfrentarse con los valate sólo les acarrearía desgracias. Dilmala, aunque hubiera dicho que el destino estaba sellado, no dudaba en apoyar a su sobrino. Ella sabía, y no sólo por sus visiones, que la guerra no trae nada bueno, mucho menos a un pueblo que no tiene costumbre ni conocimiento de ella.

Así, los loggi se hallaban divididos. Por primera vez en su historia, tenían la conciencia de ser una entidad diferente de los demás pueblos. Hasta entonces, siempre se habían sentido como una parte de las múltiples criaturas de la Madre. Pero las antiguas creencias se estaban poniendo a prueba. Con todo lo que Agón decía desprestigiar a los valate y cómo éstos habían impuesto su cultura, parecía dispuesto a imitarlos. Decía querer que los loggi volvieran a vivir como antaño, pero nunca mencionaba a la Madre.

Dilmala sentía una profunda melancolía por los acontecimientos que se estaban produciendo, aumentada por su conocimiento de lo que estaba por venir. Siguió contemplando el limpio cielo cuajado de estrellas. La luna estaba en una de sus acostumbradas ausencias y el cielo permanecía profundamente oscuro salvo por las miles de luminarias. Pensó en aquel sueño que había tenido, cuando vio al príncipe que estaba a punto de nacer. Sabía que traería los cambios que Zesera había profetizado y que ella misma también había visto. Era el fin de una era. La Madre solía hacer cambios de vez en cuando, pero no por necesarios iban a ser menos traumáticos para sus criaturas

Menetir, Temuzén y Ardates fueron conducidos a uno de los salones de palacio y obligados a esperar. Al fin, apareció Zodrim. Menetir se sintió impactado. No es que su belleza hubiera aumentado, pero había algo en ella, un cierto aire la rodeaba, que le resultaba muy atractivo. Sacudió esos pensamientos de su

mente. Sin duda, el tiempo que había pasado sin verla era el culpable. No quería perder la perspectiva. Estaba furioso con ella por el modo en que le había humillado. Sí, desde luego, pensaba hacérselo pagar muy caro. Ella se situó en medio del salón. Llevaba un magnífico vestido y portaba numerosas y muy valiosas joyas, entre ellas, la corona real de Narvaly hecha del más fino oro. No era habitual que los reyes la llevaran fuera de las ceremonias oficiales. Sin duda, Zodrim pretendía enviar un mensaje, el mismo que su heraldo ya había transmitido a los recién llegados. Ella era la reina. Menetir pensó con un ramalazo de satisfacción íntima cómo iba a poner nuevamente en su lugar a su desobediente esposa. Debió de sonreír sin darse cuenta, porque ella le miró ceñuda y dijo:

—No creo que tengas muchos motivos para sonreír Menetir. Según he oído, has sufrido una derrota humillante. Además, por si aún no estás informado, has de saber que nuestro primo Naadur ha recuperado Midum. Imagino que para ti será una pésima noticia, aunque yo, sinceramente, me siento aliviada.—

—Estoy al tanto de las novedades.— Él dijo seco

—Bien, entonces, lo primero es que podáis descansar. No he olvidado los modales ni la cortesía. Podéis retiraros para asearos, descansar y reponer fuerzas. Imagino que vosotros dos— Dijo dirigiéndose a Temuzén y Ardates —estaréis deseosos de ver a Nusi. Ella no se encuentra muy bien de salud y por eso no está aquí. Pero tenéis mi permiso para acudir a sus aposentos.—

Ellos se miraron y luego miraron fugazmente a Menetir. Él, sin embargo, no apartaba su mirada de la mujer que tenía enfrente ¿Era ésta la misma princesita tímida y asustada con la que se había desposado 9 años antes?

Cuando quedaron solos, ella volvió a hablar.

—Un lacayo de palacio te conducirá a las habitaciones que se te han asignado para que puedas asearte y descansar también. Después podrás ver a nuestros hijos. Estoy segura de que los has añorado, ellos desde luego, te han añorado a ti.— Su tono era condescendiente y dejaba muy claro que ella no se incluía entre los que le habían echado de menos. Sin embargo, Menetir no se arredró.

—Y tú ¿me has añorado esposa mía?— Preguntó con retintín. Ella no le respondió. Hizo un gesto para que los lacayos se acercaran.

—Acompañad a Menetir a sus aposentos.—

El ejército de Naadur permanecía acampado frente a las murallas de Taros, en espera de recibir la señal para poder entrar triunfantes en la ciudad. El príncipe no podía dormir. La emoción le embargaba. Paseaba por el silencioso campamento. A pesar de que no había luna, caminaba sin antorcha alguna, pues la luz de las estrellas le permitía distinguir las negras siluetas de las tiendas, además de que aún brillaban las ascuas de las hogueras encendidas para la cena frente a muchas de ellas.

No podía dormir porque su cabeza era un torbellino. Tantas cosas habían sucedido desde que abandonó Taros un par de meses antes. Había salido en un intento desesperado por detener una guerra que parecía no tener fin. Y regresaba como triunfador, como Naadur el intrépido, habiendo recuperado la gloria de sus antepasados. En esos momentos, se negaba a pensar en que Menetir no estuviera completamente derrotado. Sabía muy bien que mientras no tuviese su cabeza, su primo no cedería. De momento, estaba derrotado y Naadur tenía la esperanza de que

le resultase mucho más difícil que antes reunir un nuevo ejército para enfrentarse a Andamar. No dudaba de que lo haría. Menetir nunca renunciaría a lo que creía suyo. Simplemente Naadur esperaba que aquella derrota les proporcionara un periodo de paz lo suficientemente largo como para que sus reinos se recuperasen de tantas desgracias.

Sin embargo, se sentía esperanzado. Le habían ido llegando durante la campaña cumplidas noticias del embarazo de su esposa. Todas eran buenas. Numa parecía gozar de mejor salud que nunca antes. Estaba completamente convencido de que la maga Dilmala había acertado y nacería por fin el deseado heredero. Tenía mucho que celebrar y muchas razones para sentirse esperanzado.

Divisó una silueta frente a él. Era inconfundible. Yaluc difícilmente podría pasar alguna vez inadvertido con su corpulencia y estatura. Parecía que él también había decidido caminar en la oscuridad.

—¿Qué te mantiene despierto en esta venturosa noche, hermano?— Naadur preguntó.

—Lamento no encontrarme tan alegre de ánimo como tú. Mejor sigue con tu paseo, pues no deseo ensombrecer tu ánimo.— Fue la respuesta que recibió.

—Mi querido hermano Yaluc, siempre encontrando motivos para estar preocupado incluso en los momentos más felices ¿Qué te aflige pues?—

—Pienso en lo que se nos viene encima.—

—¿A qué te refieres? Tu amiga la maga profetizó el nacimiento de un varón, el heredero tan esperado. Y, por otro lado, no profetizó ninguna desgracia ¿Qué motivos tienes pues para temer al futuro? Estamos en un momento glorioso.—

—No niego la gloria. Pero ¿acaso olvidas el descontento dentro de tu propio ejército? Hay hombres que desertaron con armas, lo que me hace pensar en que no sólo deseaban librarse de sus obligaciones como soldados. Tal vez se esté fraguando una rebelión en el corazón mismo de Kynán.—

—Vaya. Así que crees que ese puñado de loggi que abandonó el ejército en plena campaña y robó valiosas armas tiene intenciones contra nosotros. Pensaba que tus queridos loggi no hacían la guerra.—

—Y no la hacen. Pero las leyes de tu padre son muy impopulares. Además, hace mucho ya que los loggi no viven según sus antiguas costumbres, al menos la mayoría de ellos.—

—No creas que las acciones de esos traidores quedarán sin castigo. Pero ahora no deseo pensar en cosas desagradables. Y tú tampoco deberías. No temas, sé que eres completamente inocente en esto. Esos hombres obraron a tus espaldas tanto como a las mías.—

—No es por mí por quien temo. Precisamente eso, tu castigo, es lo que me mantiene preocupado.—

—Pues olvídalo. Además del Príncipe Heredero soy tu general. Te ordeno que dejes esos funestos pensamientos y celebres con todos nosotros esta brillante victoria, a la que, por cierto, tú tanto has contribuido. Yo me encargaré de que mi padre el rey esté bien informado para que recibas la recompensa que mereces.—

Yaluc ya no dijo nada más. Se limitó a suspirar resignadamente. No podía compartir la despreocupada alegría de Naadur. No sólo porque ciertamente le preocupara lo que iba a ocurrirles a sus queridos loggi, sino, sobre todo, porque él conocía los negros designios que aguardaban a ambos pueblos. Había estado tentado de decirle a Naadur que Dilmala no le había

profetizado desgracias, simplemente porque no le había revelado la totalidad de sus visiones. No había conseguido que ella le dijera nada. Pero la conocía lo suficiente como para saber que había ocultado algo. Y el modo en que le había hecho desistir de preguntar más, sólo confirmaba sus sospechas. Algo malo se avecinaba, pero no eran sólo las oscuras profecías de Zesera, sino algo más concreto y cercano y que, por desgracia, tenía que ver con su amado Naadur.

3

Los guerreros han retornado

El día amaneció radiante. El cielo tenía un azul tan intenso como pocas veces Yaluc lo había contemplado. Apenas había logrado dormir un poco. Pero antes de que el sol comenzara a iluminar aquel magnífico cielo, ya estaba en pie y listo. Algo le decía que debía estarlo. Y no se equivocaba.

A la todavía tenue luz del amanecer, los guardias del campamento distinguieron una figura que se acercaba a caballo desde la cercana ciudad. Se trataba del mismo heraldo que habían encontrado la víspera. Exigió ver al príncipe Naadur, por lo que le hicieron esperar, ya que éste aún no se había levantado

Al contrario que Yaluc, él había logrado al fin conciliar el sueño tras su paseo y había dormido profunda y plácidamente. Con rostro aún somnoliento y en camisa de dormir, se asomó por las cortinas de seda que separaban su habitáculo del resto de la tienda

—Mi príncipe. El heraldo está aquí de nuevo y exige verte.— Sin responder a su guardia, se arrojó una jarra de agua por la cabeza para despejarse y con los rojos cabellos goteando alrededor de su cabeza como chorros de oscuro vino, salió delante de la tienda. Yaluc, que estaba ya allí frente al heraldo, tuvo gran dificultad para disimular la intensa emoción que le produjo la magnífica visión del príncipe recién levantado

—Saludos, mi señor Naadur. Tu padre el noble rey Andamar, me envía para hacerte saber que la ciudad está ya lista para recibirte como mereces.—

—Excelente ¿has oído Yaluc? Qué magníficas noticias. Ve e informa a mi padre de que dispondré mi ejército y haremos nuestra entrada a mediodía.— Dijo mirando el sol, que comenzaba ya a asomar por entre los árboles que flanqueaban el camino hacia Taros.

En la ciudad, reinaba la alegría. Desde bien temprano todos en palacio estaban ya listos, vistiendo sus mejores galas. Andamar había empleado los días anteriores, mientras su hijo se acercaba a la capital, para engalanar la ciudad y disponer la más magnífica y espectacular de las entradas para él. También pensaba en la gente, en el pueblo que llevaba ya tantos años de penurias por culpa de aquella guerra que, gracias a los dioses, ya había terminado, y con victoria para su bando. Naturalmente, en el templo de Nin, todo estaba también listo para que padre e hijo realizaran un solemne sacrificio en agradecimiento al poderoso dios. Los sacerdotes estaban seguros de que por fin habían recuperado su favor. Todo le sonreía al fin al reino de Kynán.

A mediodía, ya estaban las calles por donde pasaría la comitiva, llenas de gente. Las puertas de la muralla estaban abiertas y cuando el sol alcanzaba su cénit, sonaron trompetas sobre la puerta sur de la muralla, la más imponente y magnífica, de la que nacía una avenida que atravesaba la ciudad directa hasta la explanada del palacio. Anunciaban que el príncipe llegaba.

Naadur iba a lomos de su caballo encabezando el desfile. Ambos, montura y jinete iban perfectamente engalanados para la ocasión. Naadur llevaba puestas sus resplandecientes vestiduras plateadas de Príncipe Heredero De Kynán, además su cota, sus espuelas y su yelmo eran también de plata bruñida. Remataba el yelmo del príncipe, un alto penacho de plumas blancas, que le distinguían desde lejos. A su costado, sujetos a la adornada silla del caballo, llevaba su escudo y su espada y en la parte posterior de la silla se encontraban bien sujetas el resto de sus armas.

Un par de pasos detrás de Naadur, cabalgaba Yaluc en una montura igual de magnífica. Había declinado gentilmente el generoso ofrecimiento de su sobrino-hermano de cabalgar juntos.

Este honor correspondía enteramente a Naadur, y aunque jamás nadie lo sabría, Yaluc disfrutaba mucho más siendo testigo del afecto y admiración que el pueblo daba a Naadur, que recibéndolos él. Por su parte, sus vestidos no desmerecían a los de Naadur, incluidas las plumas blancas de su yelmo, aunque, claro está, las vestiduras de color plateado sólo el Príncipe Heredero podía llevarlas. A pesar del tiempo transcurrido, aún le resultaba extraño llevar túnicas de seda y armaduras de noble. En su interior, seguía siendo el humilde acólito del templo, o tal vez, para ser más exactos, el sabio errante que recorría los asentamientos loggi. Ah cómo añoraba aquellos días. La única razón que le hacía soportar esta vida tan ajena a sus gustos era que podía estar cerca de Naadur.

Tras los príncipes, cabalgaban los generales y nobles señores que habían luchado del lado de Andamar y, por fin, a pie, iban los soldados, bien erguidos y sonrientes recibiendo complacidos el homenaje del pueblo.

La gente arrojaba pétalos de flores a los que desfilaban, mientras que los heraldos caminaban delante y detrás de la comitiva haciendo sonar trompas, cuernos y tambores. El ambiente era totalmente festivo. Todo acompañaba la celebración, pues el día era radiante. Sin embargo, desde su privilegiada posición a lomos de su caballo, Yaluc sentía que la alegría de la gente no era tan sentida como en otras festividades que recordaba bien de su infancia. Miraba el mar de rostros a ambos lados de la calle, y se daba cuenta, no sin pesar, de que no eran aquellas caras ni las vestiduras de las gentes tan variadas como antaño. Sin duda, las leyes de Andamar se estaban aplicando y sus efectos comenzaban a notarse.

Cuando llegaron frente a la muralla pequeña que rodeaba el recinto del palacio y el templo, la multitud empezó a hacerse

menos densa y los gritos bajaron en intensidad. Aunque aquel día, como solía ocurrir en las ocasiones solemnes, se permitía el acceso del pueblo, pocos parecían sentirse cómodos tan cerca de palacio.

Al fin, llegaron frente a la entrada principal del Palacio de las Nubes. Allí bien dispuestos, se situaban el rey, también a caballo, y los señores, damas y nobles que formaban la corte. Andamar llevaba también sus mejores galas. En su caso, al ser el rey, sus vestidos, cota y yelmo eran de oro, aunque las plumas que lo adornaban también eran inmaculadamente blancas. Éste era el color de la familia real, y sólo sus más destacados miembros lo podían llevar. El rey alzó la mano, y la música cesó. La comitiva de los príncipes se detuvo frente a él.

—Saludos, hijo mío y todos los que te acompañan. Sed bienvenidos. Ardo en deseos de abrazarte para mostrar mi felicidad al ver que has regresado vivo y sano. Pero, antes que nada, hemos de dar las gracias a quien nos ha concedido esta gran victoria, que espero, traerá la paz y la dicha a nuestro maltrecho reino. Encaminémonos pues, hijo mío, a rendir culto al poderoso Nin, señor de nuestro pueblo.—

Andamar dirigió a su caballo hacia el gran edificio que se encontraba en el otro extremo de la península y Naadur le siguió. Todos los demás permanecieron donde se encontraban. Entonces, para sorpresa de los presentes, Andamar detuvo a su caballo, se giró y dijo:

—Tú también, Yaluc. Es justo que participes de esta ceremonia.—

Yaluc sintió un nudo en el estómago que no era precisamente causado por la emoción de que el rey le concediera el mismo honor que a su propio hijo. Era más bien aprensión. Desde su regreso a Taros, había evitado cuidadosamente entrar en el

templo donde pasara sus primeros 12 años. No guardaba buen recuerdo de aquel lugar. Sólo el Venerable Ris había dado algo de felicidad a su triste infancia. Y el anciano Sumo Sacerdote ya no estaba allí, por lo que no tenía razones para visitar el templo, donde sabía muy bien, reinaba el resentimiento hacia él por parte de sus antiguos compañeros, y muy especialmente de Palas.

Siguió al rey y a Naadur en su solemne y parsimonioso trote hacia el gran edificio blanco. Cuando estuvieron justo delante de la fachada, los tres bajaron de sus monturas. En silencio, atravesaron el gran pórtico de entrada. Allí no había nadie. El público y el resto de los que habían desfilado se encontraban frente al palacio. Entraron en el amplio patio que se encontraba ante la entrada propiamente dicha del templo. Allí, ceremoniosamente situado, se encontraba el Sumo Sacerdote Palas flanqueado por sus dos sacerdotes de más confianza. Junto a ellos, a un lado de la entrada, había otro grupo de personas. Se trataba de la reina viuda Garpa, la princesa Numa y varios sirvientes que las acompañaban. La antigua reina era claramente identificable a pesar de sus blancas vestiduras de viuda y de su rostro cubierto por el velo igualmente blanco. A su lado, sentada en un pequeño taburete, se encontraba la princesa. Yaluc supuso que permitir que se mantuviera sentada durante la ceremonia era una concesión a su avanzado embarazo. Detrás de ella, vio a un par de fornidos sirvientes a ambos lados de una silla de manos. Inevitablemente, le vino a la memoria la primera vez que viera a Zesera haciendo su espectacular entrada en el claro del bosque subida a aquellas andas que portaban cuatro jóvenes. Tuvo la aguda sensación de que ella estaba allí también presente, y su imagen se le apareció de la nada. Su mirada siempre cálida y afectuosa, y en sus labios una sonrisa. Sacudió la cabeza para aclarar su perturbada mente, y sus ojos se encontraron con los de Numa. Una vez más, le sorprendió su extraordinario color. Ella

también le sonrió, como si supiera lo que estaba pensando, incluso como si hubiera compartido su visión. La voz de Palas le hizo regresar a la realidad.

—Sé bienvenido Andamar, rey de Kynán, de Midum, de las islas del Pequeño Mar y del Gran Mar, Señor del Mundo. Y tú igualmente, sé bienvenido noble príncipe Naadur a quien mercedamente llaman El Intrépido.— Se detuvo ahí.

Evidentemente, no había preparado ninguna bienvenida para Yaluc. El joven no quiso ser malpensado y lo achacó a que el rey no le hubiera avisado de su intención de incluirle en la ceremonia, aunque dudaba mucho de que eso fuera cierto.

Y sus sospechas se confirmaron cuando un grupo de sacerdotes menores y acólitos entraron al patio arrastrando un carretón sobre el que había varias jaulas de madera, dentro de las cuales se removían inquietos un grupo de gansos completamente blancos. Había tres jaulas con dos gansos cada una. Yaluc había sido testigo durante sus años en el templo de suficientes ceremonias de sacrificio como para saber que cada jaula se destinaba a un oferente.

El rey se despojó de su yelmo y Naadur y Yaluc hicieron lo mismo. Siguiéndole se acercaron al altar dispuesto justo delante de la entrada del templo. Allí ya había una serie de cuchillos ceremoniales, así como tinajas para recibir la sangre de los animales sacrificados. Andamar fue el primero en acercarse a las jaulas. El joven acólito que estaba más cerca abrió la primera de ellas y Andamar agarró hábilmente a las asustadas aves por el pescuezo antes de que éstas pudieran escapar. Con la misma resolución las llevó al altar, dónde procedió sin demora a degollarlas.

Naadur siguió a su padre sin decir palabra. Normalmente las ceremonias se hacían en silencio, sólo roto por el canto monótono

y en voz baja de los sacerdotes. Yaluc dudó. Como aspirante a sacerdote había presenciado muchos sacrificios, pero nunca había realizado ninguno personalmente. Su experiencia en matar animales se limitaba a las pequeñas piezas que había sido capaz de cazar con su arco y flechas durante sus andanzas por las tierras loggi. Además, en el tiempo que había pasado con Zesera su fe en los dioses había mermado considerablemente. Sin embargo, si no hacía lo que se esperaba de él en ese momento, no sólo comprometería su reputación, sino la de Andamar y Naadur. Además de estropear la celebración a su querido amigo

Tragó aire para darse ánimos. Y procedió lo más rápido que fue capaz. Aun así, uno de los gansos se le escapó cuando ya estaba sobre el altar y uno de los pequeños acólitos tuvo que atraparlo y volver a entregárselo haciendo titánicos esfuerzos para contener la risa.

Nadie hizo ningún comentario. Incluso, cuando se atrevió a mirar a los otros dos hombres, vio que Andamar sólo meneaba la cabeza y Naadur le dedicaba una cálida sonrisa. Sin embargo, él sabía que la cosa no acabaría ahí y no se equivocaba, aunque las consecuencias no se vieron enseguida.

No, en esos momentos, Palas y sus segundos llevaban ya en unas bandejas los animales muertos y desangrados al interior del templo seguidos por el rey y sus herederos. Oyó que Naadur dejaba escapar una exclamación contenida, aunque él no podía entender el motivo. Yaluc nunca supo del rayo que fulminó la estatua de Nin arrancándole la cabeza, por tanto, no se sorprendió al ver que la estatua lucía su testa de nuevo en su lugar. Sin embargo, al seguir la mirada de Naadur, sí vio con sorpresa el gran agujero que había todavía en el techo, donde una vez estuvo la gran cúpula. Con razón le había parecido el templo mucho menos oscuro de lo que recordaba.

Una vez más, la voz del Sumo Sacerdote le devolvió a la realidad. Con tono solemne, se detuvo delante de la estatua, justo entre el rey y sus herederos y proclamó:

—Oh Nin gran señor de la guerra de los cielos y del fuego. He aquí a tu fiel servidor el noble rey Andamar, descendiente de aquél a quien tú concediste tan generosamente la corona de Kynán. Recibe, oh señor, las ofrendas que te trae en su nombre y en el de sus hijos, y vuelve tu rostro hacia estos tus servidores que tanto han sufrido al no gozar de tu favor.—

Entonces hizo una señal y los sacerdotes colocaron las bandejas de oro justo a los pies de la gigantesca estatua. Yaluc sabía muy bien lo que sucedería después, cuando los príncipes y el rey se marchasen del templo y los sacerdotes quedaran de nuevo a solas. Entonces, sin la menor ceremonia, recogerían la succulenta carne y la cocinarían en el horno del templo. Dependiendo de quien se ocupara de esa tarea, y Yaluc no confiaba para nada en Palas ni sus seguidores, la carne sería repartida entre los siempre hambrientos sacerdotes menores y acólitos. Sin embargo, mucho se temía él que como sucedía con la mayoría de sacerdotes de todos los templos, Palas y los suyos venderían los gansos al mejor postor en el mercado de la plaza junto a la muralla menor.

Salieron nuevamente a la luz brillante del día de finales de verano. Junto a los caballos, ya sólo quedaban algunos sirvientes de palacio. La reina y la princesa se habían marchado.

Volvieron a montar, esta vez sin colocarse los yelmos, lo que Yaluc agradeció pues el calor era intenso, y marcharon hacia el palacio. Según Naadur le había contado mientras se preparaban por la mañana, después de la ofrenda en el templo, se celebraría una gran recepción en palacio en su honor, a la que asistirían todas las familias importantes del reino.

Al pasar, esta vez por detrás de la muralla que rodeaba el templo para esquivar la explanada principal, pudieron oír que en ésta ya se había comenzado a congregarse mucha gente, seguramente procedente de las calles por las que habían desfilado. Yaluc oyó la música y las risas del pueblo. Se dijo que ciertamente ellos, los humildes, tenían razones para estar alegres, pues con la paz, sus vidas mejorarían.

Entraron al gran palacio por uno de los lados, justo el que daba al mar. Una vez se bajaron de nuevo de sus caballos y se desprendieron definitivamente de los yelmos y las corazas, fueron conducidos hacia uno de los hermosos salones del primer piso.

Aunque apenas eran las primeras horas de la tarde, y el sol aún brillaba alto, innumerables candeleros estaban encendidos dando a la estancia una atmósfera irreal. Ya había en ella bastante gente. Se acercaron a un grupo, donde se distinguía perfectamente la esbelta figura de la reina viuda.

—Abuela— Dijo Naadur tras besar a la mujer. —¿Dónde está mi esposa?—

—Habrás de disculparla, Naadur. Todos habréis de hacerlo. Con la salida al templo ya se ha cansado en demasía. El alumbramiento está muy próximo y lo mejor es que no abuse de sus fuerzas. Pero no te aflijas, se encuentra bien.—

—En realidad, hijo.— Terció el rey —Nunca la habíamos visto con un aspecto tan saludable.—

—Bien, si así lo decís, os creeré. No voy a faltar al decoro abandonando la recepción en mi honor. Pero padre, si me lo permites, tengo algo que decirte.— Garpa, tan acostumbrada como estaba al protocolo de palacio, se apartó graciosamente de los hombres. Yaluc comenzó a hacer lo mismo, pero al igual que sucediera antes en el patio, fue interrumpido, esta vez por Naadur

—No Yaluc, tú quédate. Esto también te incumbe.— Tanto Yaluc como el rey miraron a Naadur intrigados. —Padre no puedo creer que consintieras al Sumo Sacerdote faltar al respeto en el templo a tu propio hijo.—

—¿De qué hablas Naadur? No he apreciado que la conducta de Palas hacia ti haya sido nada fuera de lo adecuado.—

—No hablo de mí sino de Yaluc ¿Acaso no le adoptaste? Por tanto, es tu hijo tanto como lo soy yo. Y Palas le ha ignorado completamente a propósito cuando ha anunciado el sacrificio.—

—Tienes razón, hijo. Pero no me parece que ése fuera el momento adecuado para hacerle ver su error.—

—¿Qué no? Tú eres el rey. No deberías consentirle tales insolencias.—

—Está bien, Naadur.— intervino Yaluc conciliador como siempre. —No tiene gran importancia. Palas no me soporta. Ya lo sé. No me ha tomado por sorpresa.—

—Ése no es el caso. No está bien. Y tú padre, que tan celoso te muestras en el cumplimiento de las tradiciones y las viejas leyes, deberías destituir a ese mal Sumo Sacerdote.—

Andamar no sabía cómo salir de esa situación. Conocía bien a su hijo, y sabía que no se daría fácilmente por vencido ¿Cómo explicarle que no podía destituir a Palas, porque éste estaba en posesión de un secreto que le pondría en evidencia delante de sus súbditos? Por suerte para Andamar, Garpa se acercó a ellos de nuevo. Ahora iba acompañada por Damosén y una niña. Yaluc tragó saliva

—Estimado Yaluc— Comenzó la reina. —Éste no es momento ni lugar para que los hombres discutáis graves asuntos de estado, Y en cambio, hay alguien que desea conocerte, y a quien estoy

segura, tú también querrás conocer. Esta es Ory. Querida, saluda a tu prometido.—

Yaluc se quedó mirando con cara de bobo y sin saber qué hacer a la chiquilla que se le acercaba. Le pareció diminuta comparada con su gran corpulencia. Recordó que tenía 13 años, lo que significa que en uno más o menos, se convertiría en su esposa. La chica se ruborizó intensamente ante su mirada. Ya se estaba empezando a dejar crecer el cabello. Estaba en esa fase en la que ya no era exactamente una niña, pero aún no se la consideraba adulta. Eso sucedería cuando cumpliera 14 años, y mucho más, si se desposaba como era lo habitual entre los valate sobre todo de clase alta. Todavía llevaba la sencilla túnica blanca de los niños, sin adornos ni joyas, que le cubría hasta las rodillas, y unas sencillas sandalias infantiles. La única concesión a su estatus de prometida era una sencilla guirnalda de flores blancas y rosas que adornaba sus cabellos ondulados y de un color castaño claro.

Yaluc no quería parecer maleducado, pero tampoco quería resultar descortés y mucho menos despertar sospechas de lo poco que le interesaban las mujeres. Por ello, siguió mirando a Ory, que se atrevió a sostenerle la mirada. Tenía los ojos del color de la miel. Incluso él, que no se fijaba en el atractivo de las mujeres, podía ver que la muchacha no era demasiado agraciada. Ya a esa edad tan temprana, su cara era redonda, con abultados y sonrosados mofletes, y tanto sus brazos como sus piernas eran más bien rollizos.

—Saludos, Ory— Consiguió decir al fin. —Me alegro de conocerte.— Y no mentía, pues no tenía ninguna razón para no alegrarse de conocer a la muchacha. Ella era tan inocente de la situación como el propio Yaluc. Ory le sonrió, lo que hizo que su

rostro embelleciera notablemente. Inclinando la cabeza graciosamente dijo:

—Es un honor y un placer conocer a mi prometido.— Su voz sonaba todo lo tímida que resultaba adecuado para el momento. Pero el fino sentido de Yaluc no tuvo problemas para detectar que la pequeña Ory tenía más carácter del que mostraba. Naadur le dio una palmada en el brazo. Cuando se volvió a mirarle, su amigo tenía esa sonrisa suya tan pícara en el rostro. Guiñó un ojo a Yaluc.

—Seguro que Ory estará encantada si le muestras los jardines del lado este de palacio. En esta época, deben de estar llenos de flores.— Yaluc sintió que se le cerraba la garganta ¿En serio se esperaba de él que se quedara a solas con una muchacha completamente desconocida? Ciertamente era su prometida, lo que lo hacía aún más difícil. Él nunca sabría cómo desenvolverse adecuadamente en la corte y menos aún con una dama.

En otro palacio real, el de Narvaly, Menetir se dejaba masajear por una criada después de su baño. Aunque era un guerrero acostumbrado a las inclemencias del campo de batalla, también era un príncipe habituado al lujo, y debía admitir que cuando estaba en medio de las batallas lo echaba terriblemente de menos. Llamaron a la puerta. Estaba en los mismos aposentos que solía ocupar cuando visitaba aquel palacio como príncipe de Kynán. La noche anterior había estado demasiado cansado para protestar. Pero no pensaba tolerar por más tiempo el modo impropio en que su esposa la reina le trataba. Su lugar estaba en los aposentos reales. Pero ya tendría tiempo de ponerla en su lugar, a ella, y todo lo demás. Durante la noche había meditado sobre su situación. Es verdad que en esos momentos parecía que Andamar le había derrotado, pero él estaba muy lejos de rendirse.

Mantendría el juramento que se hiciera a sí mismo, no pensaba descansar hasta ver a Andamar y toda su familia convertidos en cenizas, y sentarse en el trono de Kynán como le correspondía.

—¡Entra!— Ordenó. Su cuñado Temuzén entró en la estancia. Menetir entonces despidió a la criada de malos modos y se incorporó dispuesto a vestirse —¿Cómo has pasado la noche, amigo? ¿Mi hermana se encuentra bien? Ya imagino que te habrá recibido con alegría.— El rostro del otro hombre se ensombreció

—Hace mucho que Nusi no siente alegría, por mí ni por nadie. Desde que nuestra pequeña Uxyla fue tan cruelmente asesinada, no ha salido de su postración. Apenas ha expresado algún sentimiento por ver a Ardates sano y salvo.—

—No creas que me olvido de la venganza que la sangre de Uxyla exige de nosotros— Menetir dijo, sin el menor remordimiento, como si se hubiera olvidado de que había sido precisamente él quien hizo matar a la niña. Pero es que se tenía su papel tan interiorizado que no le costaba sentirse de verdad una víctima de la traición, las mentiras y las maquinaciones de Andamar y los suyos.

—Venía para avisarte de que me marchó de palacio. Creo que Nusi se sentirá mejor alejada de la corte. Y, de momento, dudo de que me vayas a necesitar. Nuestro ejército ya no existe.—

—No hables así. De esa forma es como hablan los vencidos.—

—¿Y que somos nosotros Menetir?—

—No lo acepto. Nunca aceptaré la victoria de Andamar, ni tú tampoco lo deberías hacer. En cuanto yo me ponga al frente de este reino como me corresponde, las cosas serán diferentes. Ya lo verás, en nada de tiempo levantaremos un ejército tal como ningún rey ha visto jamás.—

—¿Cómo el que tu difunto padre reunió en Shimma?—

—Incluso mayor. Y no temas, los dioses estarán de nuestro lado. A la fuerza han de estarlo. Nuestra causa es justa, Andamar no es más que un sucio y cobarde ladrón.—

—Si los dioses están de nuestro lado como dices ¿Cómo explicas las derrotas que hemos sufrido y las brillantes victorias de Naadur en Midum?— Menetir se puso muy serio. Bajó la cabeza antes de decir nada más.

—La explicación a todo eso está en la maldición de aquella bruja loggi, la que encontramos en el bosque. Pero no sufras, pienso buscar al más poderoso mago para que deshaga el hechizo que ella lanzó sobre mí.—

—Y ¿dónde piensas encontrar a ese mago? Shimma sería el lugar más adecuado. Los antiguos hechiceros y adivinos midummitas siguen abundando a pesar de la conquista de nuestros antepasados. Pero recuerda que Midum es ahora de nuevo parte del reino de Kynán y Andamar te ha desterrado de por vida de todos sus reinos.— Menetir se puso furioso, como siempre que alguien le recordaba su condición. Pero supo contenerse a tiempo. No se podía permitir perder más apoyos y enemistarse con su cuñado habría supuesto perder a la todavía influyente y poderosa familia Cenwolf

—Yo sabré encontrarlo, ya lo verás. Andamar pensará de modo diferente cuando me enfrente a él como rey de Narvaly.—

—Pues te deseo buena suerte, hermano.— Temuzén dijo conciliador y comenzó a salir de los aposentos de Menetir. Éste se encontraba como siempre demasiado concentrado en sí mismo y sus problemas y por tanto, no vio cómo su cuñado meneaba la cabeza y chasqueaba la lengua en un gesto de resignación

Poco después, ya aseado y vestido con sus mejores galas, Menetir se dirigió hacia el salón del trono. Allí, según le habían

informado, le esperaba la reina. Zodrim esta vez no llevaba puesta la corona de oro, pero su aspecto no era menos imponente que el día anterior. Cuando Menetir entró, ella estaba sentada en el trono. Él avanzó decidido a su encuentro, pero antes de que diera tres pasos, dos guardias de gran estatura le cortaron el paso colocando sus picas delante de él

—¿Qué demonios significa esto? ¡Apartad!— Menetir ladró.

—Significa que no puedes acercarte a la reina sin realizar las pertinentes reverencias y muestras de respeto.— Dijo otra voz que le resultaba familiar. En efecto, se trataba del mismo hombre que había acudido a su encuentro frente a las murallas de la capital el día antes

—¿Reverencias? ¿Qué absurda petición es ésta? Yo soy el rey, y me dispongo a acercarme a mi esposa.—

—¡Basta! Dejad que se acerque.— Zodrim habló por fin. Menetir comenzó a caminar de nuevo lanzando miradas asesinas a los guardias y al chambelán. —¡Alto! Es suficiente.— Ordenó la reina. Antes de que Menetir pudiera reaccionar, ella se levantó del trono y descendió uno de los escalones del estrado en que éste se situaba. Todavía su cabeza estaba por encima de la de Menetir, a pesar de que la reina era de muy inferior estatura.

—No entiendo este comportamiento tan extraño por tu parte.— Dijo Menetir. Ella le dedicó una sonrisa fría.

—No tiene nada de extraño, créeme. Si te he hecho venir es para que veas que cumplo mi palabra.— Hizo una señal, y una puerta de la pared tras el trono se abrió. Por ella aparecieron dos mujeres robustas con todo el aspecto de ser nodrizas y tres niños. Una de las mujeres llevaba en brazos a la más pequeña. Menetir los miró. Antes de que fuera capaz de decir nada, los dos chicos corrieron hacia él.

—¡Padre!— Exclamaron alegres llegando hasta él, y abrazándole cada uno a la altura que sus estaturas infantiles les permitían.

Menetir tardó un breve momento en recomponerse. Le había tomado por sorpresa la emoción que sintió al ver a sus hijos. Pero no duró. Él no era un débil afeminado como Andamar. Las emociones eran cosa de mujeres. Miró a los niños. Uthegal le llegaba hasta la cintura. Hizo un esfuerzo para recordar qué edad debía de tener, ya 8 años. Era un muchachito alto y fuerte. Recordó complacido cómo le había enseñado a manejar la espada cuando aún apenas podía sostenerse en pie. Sin duda, era digno hijo suyo, aunque no se le parecía en nada. Tenía el cabello castaño oscuro de su madre y había heredado su nariz también

Apoyado en su otra pierna, estaba el pequeño Domunir. El otro hijo varón que había sobrevivido a la plaga. Este tendría 5 años, y al mirarle, vio a su propio padre. El pequeño era muy parecido a Domusal. Había heredado sus rizos castaños y su noble porte. Volvió la cara. Sin duda, era un niño guapo y sano, pero no podía evitar que al ver su gran parecido con su fallecido padre le vinieran a la memoria las razones por las que en ese preciso momento él no estaba sentado en el trono de Kynán. Su padre era mestizo, y el niño se lo recordaba. Alzó la cabeza al oír de nuevo la voz de Zodrim

—Debes disculpar a Zaner, es demasiado pequeña para acordarse de ti.— Vio entonces cómo la nodriza dejaba a la niña en el suelo.

Ésta no acudió a su encuentro, sino que se agarró a las faldas de su madre y ocultó su pequeño rostro en ellas. Sin embargo, Menetir había tenido tiempo suficiente para ver su cabello rojo y su cara inconfundiblemente Damoy.

Menetir no era el único que se encontraba mirando a sus hijos. Después de la succulenta cena, Enekhhal se había retirado a sus lujosas habitaciones y debía reconocer que había dormido muy bien. La vida vagabunda que había llevado los últimos meses era divertida, pero él al igual que le sucedía a su hermano, tampoco podía olvidar que era un príncipe y así había sido criado.

Salió al jardín para disfrutar de la hermosa mañana de Ayusha. Oyó voces y risas y no tardó en encontrarse con Marusene y su hijo disfrutando mientras veían corretear a un par de ardillas muy ocupadas que se afanaban en recolectar frutos para almacenarlos de cara al invierno siguiente. Sin embargo, no pudo unirse a ellos, pues un lacayo le hizo saber que Tessino le esperaba en su gabinete.

Con desgana fue a encontrarse con su anfitrión. Le halló repantingado en un confortable asiento cubierto de cojines y bebiendo de un bello tazón de fina cerámica del país.

—¿Te apetece una infusión caliente? Es una especialidad de mi cocinera medio salvaje. Hay algunas ventajas en tener a esa gente como esclavos. Está condenadamente deliciosa.—

Enekhhal puso mala cara, no sólo porque sospechaba que el brebaje sería insoportablemente dulce, sino por la mención una vez más de los esclavos. Tessino le miró con malicia.

—Vosotros los valate siempre tan escrupulosos con el tema de los esclavos, pero eso no te ha impedido disfrutar de mi hospitalidad ni desde luego impidió a tu abuelo yacer con aquella desdichada madre de ese tal Yaluc, que ahora resulta que también es heredero al trono de Kynán, mientras que tú y tu hermano...—

—¡Basta! Si me has hecho llamar para insultarme, ahora mismo me marcho. Pensaba que tu hospitalidad era sincera, aunque

nunca debí olvidar que por muchas sedas y joyas que te pongas encima sigues siendo el mismo gusano rastrero de siempre.—

—Uh, cálmate ¿Quién es ahora el que insulta? Hemos empezado con mal pie. Será mejor olvidar estos últimos minutos y seguir adelante. Por favor, toma asiento. Si no quieres beber infusión, hay otras cosas que puedo ofrecerte.— Dio una palmada y un joven se acercó portando una bandeja repleta de apetitosos bocados. Enekhhal se sentó a regañadientes sin dejar de mirar con desconfianza al obeso personaje que tenía enfrente. —En primer lugar, espero que estés cómodo. Cualquier cosa que necesites, sólo tienes que pedirla.—

—Me pregunto por qué te muestras tan amable conmigo, cuando está claro que te gusto tan poco como tú a mí.—

—Una vez más, querido muchacho, te ruego que olvidemos lo pasado. Qué importan nuestras pequeñas rencillas. El mundo es complicado, y después del triunfo de tu primo en Midum, se ha vuelto más complicado aún. Sin duda, han sido los dioses los que te han traído hasta aquí de nuevo ¿Por qué no aprovechar tan feliz circunstancia? Siempre te he tenido por un hombre astuto y espero no equivocarme al ofrecerte el trato que te voy a ofrecer. Ambos nos necesitamos Enekhhal, y seríamos estúpidos si no nos ayudáramos para nuestro mutuo beneficio.— Enekhhal hizo una mueca.

—¿De qué se trata?— Preguntó.

—¿Ves? Ya sabía yo que actuarías de modo inteligente. Tu padre sabía lo que hacía cuando te envió a negociar conmigo. Verás, como te dije ayer, mi situación ha cambiado. Dudo mucho de poder mantener la alianza que firmaron conmigo los reinos de las llanuras del sur. Ahora tu tío Andamar es mucho más poderoso y estarán más dispuestos a aliarse con él, ya sea por afinidad o por temor a ser invadidos por sus victoriosos ejércitos.—

—No sé en qué podría yo ayudarte en ese tema. Bien sabes que no tengo ningún ejército, y dudo bastante de que ningún hombre estuviera dispuesto a ponerse bajo mis órdenes. Por otro lado, tampoco tengo interés en alcanzar la gloria militar como mi hermano.—

—No se trata de eso Enekhál. Es aquí, en Esterria, donde puedes serme de gran ayuda. Seguro que ya habrás visto a nuestro desdichado rey Dolomán. Su salud empeora a gran velocidad. Nada sorprendente por otro lado. Las personas como él no acostumbran a vivir muchos años.—

—Todavía me sorprende que le hayas permitido seguir vivo hasta ahora. Sin duda, su vida te es más útil que su muerte.—

—En efecto, has acertado, amigo mío. La mala salud del rey, y mi posición menos segura dada la nueva situación internacional, han hecho que regresen o se hagan ver algunos parientes de la familia real que hasta ahora se habían mantenido lejos de mí. Pero ya no me temen y además, conocen mi debilidad actual. A cada minuto, puedo oír cómo se acercan más y más, como buitres ante un animal moribundo. Para caer sobre mi y reclamar el trono de Esterria.—

—Bien, si son miembros de la familia real, tendrán derecho a hacerlo ¿no?—

—No, por supuesto que no. Todos ellos no son más que parásitos. Mi suegro los alejó de la corte con buen criterio. Por desgracia, mi cuñado, el padre de Dolomán, murió antes que el rey, y mi querida esposa le siguió poco después. La persona que tiene mayores derechos sobre el trono de Esterria es mi hija Marusene, pero todos esos parásitos tienen aún mucha influencia sobre los nobles y las grandes familias, por lo que pueden hacerles cambiar su opinión. Todos ellos me odian. Al igual que tú y tus parientes me desprecian por no ser de sangre real, por lo

que jamás aceptarán que mi hija se siente en el trono que le pertenece.—

—Una vez más ¿Cómo puedo ayudarte yo? No ignoras que mi padre y sus hermanas fueron declarados bastardos, y por tanto, perdieron todo derecho al trono de Kynán, o a cualquier otro trono, la verdad.—

—Tu padre fue declarado bastardo, es cierto, pero su matrimonio con la noble Kai fue completamente legítimo y jamás se ha puesto en duda. Por tanto, tú y tus hermanos, sois legítimos ¿No es acaso en eso en lo que Menetir basa sus reclamaciones sobre el trono de Kynán?—

—Cierto, pero no comprendo dónde...—

—Yo te diré dónde quiero ir a parar. Tú sigues siendo un príncipe de sangre real. Eres el nieto de Belcentes y por tanto, descendiente de los reyes de Kynán. Además, a diferencia de tu hermano, tú no has perdido ni tu nombre ni tus posesiones. Todas ellas te serán restituidas cuando acabe tu destierro.—

—Dudo que ninguno de nosotros viva tanto tiempo. Aunque te empeñes en llamarme muchacho, ya he pasado los 30.—

—Quién sabe querido muchacho, quien sabe. Yo he pasado de los 50. Y tu abuelo Belcentes pasó de los 60. Pero, en fin, lo que te propongo, hijo mío, es que desposes a Marusene.— Enekhhal se le quedó mirando un momento tratando de discernir si se estaba burlando de él. No consiguió llegar a conclusión alguna por lo que se inclinó por pensar que Tessino iba en serio.

—¿Y qué ganarías tú con eso?—

—Está muy claro. Nunca permitirán que Marusene se siente en el trono por ser hija mía, pero su hijo es otro asunto. Es descendiente directo de los mismísimos reyes de Kynán y también de mi noble suegro Doloandro ¿Quién osaría dudar de su linaje?—

—Pero, para eso no me necesitas.—

—Claro que sí. Aunque reconocieras a Tesimandro como hijo tuyo, Marusene ha de estar legalmente desposada para que pueda ocupar el lugar de regente cuando muera Dolomán, cosa que no tardará mucho en suceder ¿Y quién mejor que el padre del futuro rey? Si desposas a Marusene y reconoces como hijo tuyo a Tesimandro, todos nos beneficiaremos ¿Acaso tienes una candidata mejor para ser tu esposa?—

—No. De hecho, jamás he deseado desposarme.—

—Pero no puedes decir que Marusene no es de tu agrado, pues ahí está Tesimandro para demostrar lo contrario.— Enekhál se volvió a quedar pensativo.

—Bien, ya me ha quedado claro lo que ganarías tú con el trato. Tu posición en la corte quedaría reforzada. Siendo el padre de la regente y abuelo del futuro rey, nadie se atrevería a desafiarte ¿Pero yo? ¿Qué ganaría yo?—

—Serías corregente junto con Marusene. No me niegues que te complacería esa posición. He oído que no te resultó precisamente fácil renunciar a tu puesto de gobernador de Midum.—

—Cierto—

—¿Ves? Ya empiezas a ver mi propuesta con buenos ojos ¿No es cierto?—

—Es posible que esté considerando el asunto, pero tengo una condición para aceptar.—

—Te escucho.—

—No necesito sentarme en un despacho de palacio para acompañar a Marusene como regente. Estoy seguro de que ella sabrá desempeñar esa tarea sin mi ayuda. Pero a cambio, quiero

un cargo real, no simbólico. Deseo ser nombrado Consejero de Guerra.—

—Creía que no te interesabas por los asuntos militares.—

—¿Acaso has olvidado quién soy? Un valate no es nada si no es guerrero ¿Y bien?— Tessino se acarició la barbilla pensativo.

—Ese puesto te daría mucho poder, incluso estarías casi al nivel del Primer Consejero, puesto que ocuparía yo.—

—Mandaría sobre los ejércitos de Esterría y tendría el control de las fronteras, en efecto. Lo tomas o lo dejas.—

Al amparo de la noche

Menetir se relajó bastante después de que Zodrim le recibiera en el salón del trono y le trajera a sus hijos. Empezaba nuevamente a confiar en poder tomar el control. Y esa sensación no le abandonó, pues después de las presentaciones, todos fueron a comer juntos. Naturalmente, no se trató de una comida oficial, sino de una sencilla comida en familia. Menetir no podía sentirse más optimista. Por eso, llevado por ese optimismo, dijo:

—Espero que te des cuenta de lo inapropiado de mis aposentos en palacio. Se me trata como a un simple visitante.—

—Así es. Lamento que no te encuentres a gusto. Pero ya te dije en una ocasión que cómo transcurra tu vida en Narvaly depende sólo de ti.—

—¿Cómo es eso?— Menetir se hizo el sorprendido.

—Mi oferta sigue en pie. Puedes ocupar el lugar de Primer Consejero, o continuar como estos días.—

—Pero yo soy tu esposo, no un simple funcionario de palacio.—

—Fui muy generosa contigo, más de lo que ninguna reina lo fue nunca en Narvaly con su consorte ¿Qué más quieres?—

—¿Que qué más quiero? ¡Quiero reinar, maldita sea!—

—Pues no puedes. Yo soy la reina.—

—¿No pretenderás que esté bajo tus órdenes?—

—Todos en Narvaly lo están No veo por qué tú ibas a ser diferente sólo porque seas mi esposo.— Menetir comenzaba a sentir bullir la sangre en sus venas.

Sin embargo, a tiempo recordó su situación. En esos momentos no podía enemistarse también con Zodrim. Quién sabe lo que una mujer caprichosa podía hacer. Mejor sería que le siguiera el juego. Así la tendría confiada, Tragó aire y dijo con una voz sorprendentemente calmada:

—Tienes razón. Has sido más que generosa conmigo. Acepto el puesto de Primer Consejero.—

—Me alegro. Eso será lo mejor para todos.— Siguieron con la comida sin más incidentes.

Pero las cosas no salieron exactamente como Menetir pretendía, pues Zodrim no ordenó que le cambiasen de aposentos. Simplemente sería reconocido y tratado como Primer Consejero, y podía moverse por palacio con mayor libertad. Decidió que seguiría teniendo paciencia. Cuando Zodrim dejara de desconfiar, él haría su movimiento. Recordaba muy bien que ella siempre había estado enamorada de él y por tanto, confiaba en ser capaz de convencerla de cualquier cosa. Sólo necesitaba volver a su lecho. Por desgracia, encontrarse en otra ala de palacio era un inconveniente para ello. Además, cada vez que intentaba acercarse a los aposentos de su esposa o simplemente a los lugares donde ella se hallaba sin ser requerido, aparecían aquellos malditos guardias.

¿De dónde los habría sacado Zodrim? Menetir no recordaba que los narvalienses fuesen tan altos y fornidos. Debía de haber hecho una búsqueda muy a fondo. El caso es que aquellos malditos no se separaban de la reina. Pero Menetir estaba dispuesto a conseguir su propósito y podía ser muy persistente cuando quería.

Así, unas cuantas noches después de su regreso, salió sigilosamente de su alcoba con la intención de ir a la de su esquiva esposa. No pensaba regresar sin obtener su recompensa. Caminó

por los oscuros pasillos, esquivando a los diversos guardias de las zonas que iba atravesando. Su puesto de Primer Consejero le resultó útil, pues de ese modo, tenía cumplido conocimiento de dónde se situaban dichos guardias.

Como esperaba, los grandullones que no parecían dormir nunca, o quizá no eran siempre los mismos aunque a él le parecieran todos iguales, se encontraban apostados delante de la entrada de los aposentos de la reina. Con el sigilo aprendido en sus numerosas campañas de guerra, se deslizó hasta un rincón e hizo un pequeño ruido para llamar la atención de los guardias. Ellos se miraron y Menetir vio cómo susurraban, sin duda decidiendo qué hacer. Al final, como él había esperado, uno de ellos fue a ver qué sucedía.

No había dado el desdichado un paso cerca de su escondite, Menetir salió raudo y silencioso como un tigre y le golpeó en la cabeza con su maza. El guardia cayó sin ruido, pues Menetir le sostuvo para amortiguar la caída y no tuvo tiempo ni de lanzar un grito de sorpresa.

Volvió a esconderse en el mismo lugar y esperó. Siguiendo el plan que tenía en su mente, y como si se lo hubiera hecho aprender a los guardias, el segundo se inquietó al ver que su compañero no regresaba. En voz baja para no alertar a los durmientes le llamó, sin el menor resultado.

Menetir le contemplaba iluminado por la tenue luz de las antorchas desde su escondite y sonreía satisfecho viendo que su plan tenía éxito.

Al cabo de unos minutos en los que volvió a llamar un par de veces a su compañero y se movía inquieto, se decidió también a ir a ver. Por supuesto, Menetir le estaba esperando.

Mientras se escurría sigiloso en los aposentos de Zodrim, pensaba en qué pasaría al día siguiente cuando se descubriera lo sucedido con los guardias. Pero confiaba en que para entonces, ya habría conseguido recuperar la voluntad de su esposa y eso le permitiría salir airoso.

No necesitaba alumbrarse para encontrar el dormitorio real. Zodrim dormía apaciblemente. Menetir se desvistió rápidamente y se introdujo bajo las sábanas. Zodrim tardó un poco en darse cuenta, y se revolvió inquieta antes de despertarse del todo. Cuando lo hizo, Menetir estaba listo.

Le cubrió la boca con la mano en previsión del grito que sin embargo no se produjo. En su lugar, vio la furia nacer en los ojos de ella, mientras sentía en la mano sus afilados dientes. Fue él quien tuvo que ahogar su propio grito.

—¿Qué haces en mi lecho? ¡Marchate inmediatamente!— Zodrim ordenó con voz autoritaria.

—Eres mi esposa. He venido a reclamar lo que me pertenece.—

—¡Fuera! No quiero yacer contigo.—

—No tienes elección.— Y se echó sobre ella intentando inmovilizarla.

Zodrim se revolvió furiosamente intentando liberar sus manos, que Menetir mantenía sujetas contra las almohadas, y propinándole rodillazos siempre que podía alcanzarle.

Con una sola mano, sujetó las de su esposa, mientras con la otra desgarraba sin miramientos su camisa de dormir. Todo el tiempo, ella le lanzaba insultos e incluso, llegó a escupirle. Pero no gritó. Menetir continuó hasta que fue capaz de desnudarla.

—Ahora te has vuelto salvaje ¿eh?— Decía divertido mientras la penetraba con brutalidad.

Zodrim no quería dejar que el pánico la dominara. En los meses en que había sido reina, había ganado muchísima confianza en sí misma, y también había tenido tiempo de meditar acerca de su esposo. Sabía que Menetir no deseaba nada en el mundo más que el poder. Y se complacía en ejercerlo siempre que podía. Sabía que podía forzarla y lo estaba haciendo. Pero ella no quería gritar. No quería aparecer como la criatura débil y necesitada de ayuda que él sin duda pensaba que era. Con creciente alarma, se dio cuenta de que sus esfuerzos y su lucha sólo conseguían hacer crecer el deseo en él. Así que, sin más, se quedó completamente inmóvil, y apartó la mirada de él. En su interior, sólo había un pensamiento. Menetir podía dominarla físicamente. Pero ella era la reina de Narvaly, y encontraría la manera de vengarse de su cruel esposo.

Los días después del gran recibimiento a los ejércitos de Naadur en Taros, volvieron a su rutina habitual. Sin embargo, el ambiente no era completamente tranquilo. A medida que el verano se acercaba a su fin, aumentaba la inquietud y la impaciencia por el inminente alumbramiento de la princesa Numa. Y había alguien especialmente inquieto, y no era ni la propia princesa ni su esposo, ni el rey Andamar tan necesitado de asegurar la sucesión al trono. No, esa persona era la reina viuda Garpa. A medida que la esposa de su nieto se acercaba al momento de dar a luz, volvían aquellos sueños tan perturbadores a interrumpir sus noches. De nuevo, veía a la bruja loggi, aquella extraña mujer con sus ojos tan penetrantes y sus estafalarias vestiduras. La oía repetir la maldición “Uno de tu propia sangre acabará con el mundo que habéis construido. Y tu vivirás para verlo”.

Esos recuerdos la obsesionaban. Se había resistido a creer que se cumpliera la profecía. Pero ¿no habían visto acaso el

invierno anterior caer fuego del cielo? ¿Y si la profecía era real, y se cumplía? Tal vez era la edad, pero cada vez sentía más miedo de las palabras de aquella mujer. ¿Cómo podría ella impedir que se cumpliera? Miles de ideas, algunas realmente terribles, pasaban por su cabeza. Pero lo primero de todo debía asegurarse, si es que tal cosa era posible, de que aquel que estaba a punto de nacer era aquella criatura terrible que las profecías anunciaban.

¿Cómo asegurarse? Sólo se le ocurría una manera, aunque eso significara violar una de las leyes de su propio hijo el rey. Sin embargo, se decía que si acaso Andamar llegara a saber de su delito, se inclinaría a perdonarla cuando conociera las razones que la habían llevado a cometerlo. Y si no ocurría así, bien, pues ella asumiría las consecuencias. Siempre había sido una mujer valiente. Ya había estado dispuesta a retorcer la ley cuando falsificó el testamento de su esposo. Que luego no hubiera resultado necesario aquel documento no borraba su delito. No, ella no temía enfrentarse con las consecuencias de sus actos.

Por eso, estaba a altas horas de la madrugada echando sobre sus blancas vestiduras de viuda un raído manto de oscura lana que había tomado prestado de una de las criadas de las cocinas. Sigilosamente, salió de sus aposentos y se encontró con Voro en el lugar acordado, junto a una de las puertas laterales de palacio, precisamente la misma, pensó con ironía, por la que su nieto hiciera su entrada el glorioso día del recibimiento.

El viejo mayordomo real estaba incluso más inquieto de lo que era habitual en él. Sin embargo, no había podido negarse, como Garpa bien sabía, al requerimiento de la reina viuda. Él y su familia habían sido sirvientes fieles de la casa real durante generaciones, y Voro no olvidaba que quienes habían introducido a sus antepasados en tan privilegiada posición fueron los parientes de

Garpa. En efecto, la familia Gormaron fue quien situó a ese linaje de fieles servidores en palacio. Por tanto, Voro sentía que les debía incluso más lealtad que al propio rey.

—¿Tienes eso preparado?— Preguntó ella en voz baja.

No podían permitir que algún guardia descubriera su salida, pues en tal caso, deberían revelar su destino y permitir que la reina fuera escoltada como mandaba la ley, cosa que no se podían permitir, pues toda aquella arriesgada empresa debía permanecer en el más absoluto secreto. Para poder utilizar con garantía aquella salida lateral, el propio Voro había engañado al guardia que la protegía diciéndole que había visto sombras a lo largo de la muralla cercana al mar. Eso les daba un poco de tiempo, mientras el guardia regresaba sin haber visto sombra alguna.

—Sí, mi señora, aquí lo tengo.— Voro respondió con voz temblorosa, sacando de debajo de su propio manto oscuro un pequeño envoltorio de trapos.

—Bien, adelante. No tenemos mucho tiempo. Debemos estar fuera del alcance de las antorchas del muro cuando el guardia regrese.— Ella dijo y comenzó a caminar con decisión.

Los primeros pasos fueron rápidos y seguros, pues las antorchas del muro aún les iluminaban el camino. Pero pronto, entraron en las sombras de la noche. Continuaron hasta alcanzar la muralla interior que separaba la explanada de palacio del resto de la ciudad. Voro tenía cada vez más miedo, además de que no se explicaba cómo la reina viuda era capaz de moverse con tal seguridad entre las sombras, cuando él temía tropezar a cada paso. Sin embargo, ella permaneció inflexible. No encenderían las teas que llevaban hasta pasar la muralla interior y entrar en el laberinto de callejuelas de la ciudad dormida.

Iban disfrazados como humildes campesinos para no despertar sospechas en caso de encontrarse con la guardia nocturna. Garpa había sido clara. Si tal cosa ocurría, ella se haría pasar por una anciana encorvada y él fingiría ser su igualmente anciano esposo simulando un acento extranjero y procurando no dejar ver su rostro. De tal modo, los guardias les tomarían por una simple pareja de visitantes, como tantos que habían venido a la ciudad en espera del nacimiento del tan anunciado heredero.

Una vez pudieron prender las teas, Voro se sintió mucho más tranquilo, pues además, así podía ver dónde estaban y orientarse mejor. Garpa no habría servido para ese fin, ya que, como noble dama del más alto linaje y reina después, jamás le había sido permitido internarse por aquellas calles y por tanto, desconocía el camino. Continuaron caminando en silencio. Garpa alzó la vista y vio que la luna creciente asomaba ya por encima de la negra mole que formaba el templo de Nin en lo alto de la meseta amurallada.

—¿Estamos cerca? Se nos está haciendo tarde.—

—Sí, mi señora. Sólo he confundido la esquina. Estas calles son todas iguales sobre todo de noche. Pero ahora ya estoy bastante seguro de que nos encontramos a pocos pasos de nuestro destino. Acabo de ver la casa del curtidor de cueros que me sirvió de referencia para orientarme.—

Garpa, aunque no lo quisiera reconocer, se sentía inquieta. Al fin y al cabo, estaban en medio del barrio de los midummitas, sin escolta. Las leyes de Andamar no eran más populares entre los midummitas de lo que lo eran entre los demás pueblos que convivían en sus reinos. Siempre podía haber disturbios, y no le apetecía de ninguna manera verse atrapada en alguno con lo que su identidad se vería descubierta. Sin embargo, sus temores eran infundados porque en el silencioso barrio reinaba la más absoluta calma.

Su fiel Voro ya la tenía informada de los trámites que había realizado días antes para lograr su fin. Sólo en él podía confiar tan delicada tarea, pues no le cabían dudas de su lealtad. El hombre se había mostrado reacio a seguir adelante. Según él, no había garantías.

Pero Garpa no podía permitirse no intentarlo todo para asegurar que su precioso reino continuara como hasta entonces sin ningún percance, y menos uno producido por un miembro de la propia casa real.

Avanzaron por un callejón más estrecho y oscuro si cabe que las callejuelas de alrededor, y también más sucio. Garpa arrugó la nariz. Aunque la luz de la tea no le permitiera verlos con claridad, estaba segura de que los bultos informes que percibía en algunos rincones y junto a las desconchadas paredes eran montones de basura, o peor aún animales, e incluso hombres muertos. Apartó esos pensamientos y se detuvo algo sobresaltada cuando Voro puso su brazo delante de ella como freno. En otras circunstancias jamás habría permitido ni siquiera ese leve contacto físico de un sirviente, pero éstas eran unas circunstancias extraordinarias.

—Aquí es.— Susurró el hombre. Garpa se esforzó, pero no alcanzó a distinguir nada que le indicara que se hallaban ante la entrada de una casa. Sin embargo, él dio unos golpes en un marco de madera medio podrida, y como por arte de magia, uno de aquellos montones amorfos se movió y se oyó una voz igualmente susurrante.

—Llegáis muy tarde.— La voz hablaba con el pesado e inconfundible acento midummita.

—No ha sido fácil llegar hasta aquí en la oscuridad.— Se excusó Voro.

—Basta. Entrad antes de que alguien os vea.— Ordenó la voz sin ninguna educación.

Garpa se preguntó quién iba a poder verlos en aquella densa oscuridad, pero no dijo nada. Tuvo suficiente con aguantar sus escrúpulos a la hora de tener que agacharse y pasar por debajo de un montón de ramas podridas y malolientes. Al otro lado, había un patio abierto iluminado tenuemente por la luna. Apenas tenía unos pasos de ancho y otros pocos de largo. Pero Garpa no vio a nadie ¿Dónde se había metido el dueño de la voz? Entonces, en un rincón le pareció ver un resplandor. Era el tenue brillo de una lamparilla de sebo.

—Vamos, no hay tiempo que perder.— Se oyó de nuevo la desagradable voz.

Ahora Garpa vio una figura encorvada al lado de la lamparilla que se situaba sobre un banco de madera frente al que se hallaba acurrucada en un rincón una figura cubierta de harapos. El dueño de la voz pasó como un rayo por su lado y se perdió tras una puerta que se abrió súbitamente en la pared de enfrente del patio. Voro le hizo señas para que se adelantara. Ella, titubeante se acercó a la figura del rincón.

Al oírles se movió, y entonces Garpa contempló horrorizada que era la misma wasmuna ciega que había hablado con ella meses atrás. Pero su aspecto había empeorado mucho. Parecía un esqueleto viviente que daba pavor, con sus espectrales ojos completamente blancos. Movi6 la cabeza como un perro buscando el rastro.

—No os podéis disfrazar ante mí. Vuestras ropas limpias os delatan a pesar de los mantos que lleváis encima.—

—Mujer. No hables así a la reina.—

—Ah ¿Con que el disfraz era sólo para llegar hasta aquí? Vuelves a ser la reina, ya veo.— Y rio de un modo siniestro.

—Ya te avisaron de que vendríamos y de lo que venimos a buscar.— Habló de nuevo Voro, con voz autoritaria.

—Yo ya no hago esas cosas ¿No os habéis enterado acaso de que el rey ha prohibido la adivinación y todas las prácticas de magia?— Preguntó con voz cascada y en tono burlón.

—Te pagaré bien por tus servicios wasmuna.— Garpa habló por primera vez. El gesto de la anciana delató que le había impresionado que utilizara su título.

—¿Y cómo sé que no me delatarás después para que me quemem por bruja?—

—Tienes mi palabra. Además, te he traído un regalo. Es algo que te complacerá mucho. Pero sólo te lo daré si me dices lo que quiero saber.—

—Tienes miedo. Claro que lo tienes. Estás aterrada. De otro modo no vendrías a mí.—

—Y bien ¿Me dirás lo que quiero saber?—

—Tú ya lo sabes. En el fondo, lo has sabido desde entonces, desde la última vez que hablamos, o incluso antes.— Y volvió a reír de aquel modo tan siniestro —Sólo quieres que te confirme lo que ya sabes, pues bien. Adelante, pregunta.—

—No veo que sea necesario. Tú ya parece saber a qué he venido.—

—Pregunta. Si no hay pregunta no habrá respuesta.—

Garpa respiró hondo. Esta noche ella no era una reina, más bien, una mujer desesperada como aquella vieja bruja sabía muy bien. De nada le serviría empeñarse en hacer prevalecer su linaje. Además, cuanto antes se fueran de allí, mejor.

—Está bien. Dime wasmuna ¿El hijo que mi nieta espera es aquél que anuncian las profecías?— Garpa consiguió preguntar, sin que su voz temblara demasiado.

—Él es, en efecto.—

—¿Y se cumplirá lo profetizado? ¿No hay modo de evitarlo?—

—¿Acaso piensas tú evitarlo? Sin duda, debes de creerte muy poderosa. Aunque yo más bien diría que eres demasiado arrogante, si piensas desafiar así a los dioses.—

—Los dioses dices ¿Qué dioses son esos que pretenden la destrucción de los valate?—

—No soy yo quien para hablar de la voluntad de los dioses. Además ¿qué podría hacer aquí escondida como un conejo en su madriguera? Si no fuera porque sería igual de inútil que quedarse aquí, ya habría emprendido el regreso a mi tierra, al menos, para morir entre los míos. Pero he oído que los valate vuelven a ser dueños de Midum, por lo que las leyes de Andamar rigen también allí. No me pidas que te ayude, si ni siquiera puedo hacer el culto debido a mis propios dioses.—

—Que yo sepa, mi hijo no ha prohibido la práctica en ningún templo.— Garpa protestó.

—Tú bien sabes a qué dios me refiero, y por qué he de vivir oculta como los que practican mi mismo oficio.—

—Siendo así, wasmuna, es el momento de que te entregue lo que te he traído. Estoy segura de que eso moverá tu corazón en favor de ayudarme.—

Garpa le hizo una seña a Voro y el hombre sacó de debajo de su manto el envoltorio de trapos. Se lo entregó a la anciana ciega. Ésta lo toqueteó intentando averiguar lo que era. Pero Garpa y Voro no dijeron una palabra. La vieja adivina comenzó a desenvolver el objeto con sus torpes manos casi esqueléticas.

Cuando sus huesudos dedos entraron en contacto con el objeto envuelto en los trapos, Garpa contempló con admiración y asombro cómo se iluminaba el arrugado rostro. De pronto, era como si delante de ella hubiera una mujer mucho más joven.

Ambos siguieron contemplando cómo la bruja recorría con dedos casi amorosos la superficie de la figurilla. Se trataba de una pequeña imagen hecha con aquella dura piedra negra que solían emplear los antiguos midummitas en sus esculturas sagradas. Representaba uno de aquellos dioses cuyos nombres los valate no se habían tomado la molestia de aprender y que, en todo caso, ya muy pocos recordaban. En concreto, éste era uno cuyo culto practicaban los wasmunes. Había leyendas que contaban que el propio dios se mostraba en forma de wasmun a quien quería.

—Y bien, vieja ¿Tienes algo más que decirme?— Apremió Garpa.

La anciana volvió a reclinarse contra la pared de su rincón mientras acunaba la figurilla contra su magro pecho. A Garpa le pareció ver que se formaban gruesas lágrimas en sus ojos inútiles.

—He de darte las gracias por esto, aunque a ti no te importe. Has hecho feliz a una anciana en las cercanías de su muerte. Acércate para que pueda tocarte.— Garpa era reticente, pero su necesidad era mayor que su orgullo de reina. Se inclinó junto a la anciana y ésta le pasó su huesuda mano por el rostro. —Aún eres hermosa.— Dijo con una voz casi dulce. —Escúchame bien, Garpa. Tú obrarás como crees que debe obrarse, y yo no puedo indicarte otra cosa. Haz lo que debas, pero no olvides que, si tú eres poderosa, hay fuerzas en el universo mayores que la tuya.—

—¿Qué significa toda esa palabrería, vieja? No me aclaras nada ¿Qué pasa con mi bisnieto?—

—Sólo puedo decirte lo que te he dicho ya. Él viene con una misión. De una manera o de otra, esa misión será cumplida, mas sólo el más fuerte prevalecerá.—

—¡Maldita bruja embaucadora! No me has ayudado en nada. Quizá debería llevarme mi regalo puesto que no te has hecho merecedora de él.— Dijo Garpa, sin preocuparse ya de que pudieran oírlo e intentó arrebatarse la figurilla de las manos de la anciana.

Ésta tenía una fuerza sorprendente, y Garpa no lograba mover aquellos dedos que parecían a punto de quebrarse, pero que sin embargo, se le antojaban de hierro. La vieja comenzó a jadear abriendo la boca como si se estuviera ahogando. De su garganta surgió un grito aterrador e inhumano. Garpa sintió de pronto que era empujada cayendo sobre el banco y derribando la lamparilla que osciló en el suelo antes de apagarse. En la súbita oscuridad, Garpa vio cómo del cuerpo de la anciana surgía un extraño resplandor que salió por la abertura hacia el patio, al mismo tiempo que aquella horrible voz inhumana decía:

—¡Tu castigo se cumplirá!—

Garpa tardó un poco en incorporarse. Voro, que había recibido una impresión incluso mayor, no fue lo suficientemente rápido como para acudir a ayudarla. Encontró la lamparilla en el suelo, y utilizó la llama de la tea de Voro para volver a encenderla. El rincón volvió a estar lo suficientemente iluminado como para ver que la vieja yacía en su mismo rincón de siempre, pero su postura indicaba claramente que la vida la había abandonado. Garpa buscó por el suelo, pues en su estertor la vieja debía de haber soltado la figurilla. No es que ella le diera un gran valor, pero era parte del botín de guerra que Naadur había traído de su exitosa campaña. Si la vieja le hubiera ayudado como pretendía en un principio, ella habría buscado cualquier excusa para justificar la

ausencia de la estatuilla. Pero ahora, cualquiera podría encontrarla y acusar a la reina de haberla llevado hasta allí. A pesar de lo que Voro le había asegurado, ella no acababa de fiarse de aquella gente. Al menos el hombre que les abrió la puerta conocía su visita. Quien sabe cuántos más podrían ser.

Sin embargo, por más que buscó y obligó a Voro también a buscar, registrando incluso entre los harapos de la vieja muerta, no hallaron rastro de la figurilla. El viejo sirviente se puso a temblar.

—Mi señora, esto es sumamente extraño. Esa luz que vimos y ese grito estremecedor.—

—¿Qué dices? No digas bobadas. Este rincón está demasiado oscuro y lleno de inmundicias, por eso no encontramos la figura. Habrá rodado debajo de cualquier montón de basura.—

—¿Y si ese dios, ya sabes, el que adoran los wasmunes?— No acabó la frase, pues se vio sorprendido por una bofetada de la reina.

—No vuelvas a hablar así. Ningún dios olvidado es más poderoso que los dioses de los valate, y ellos nos protegen. No lo olvides.— El hombre miró hacia el patio con aire nervioso.

—Alguien podría habernos oído señora, Deberíamos irnos ya.—

—Tienes razón, no por tu cobardía sino porque se está haciendo tarde.— Ella replicó, mirando también hacia el patio, dónde el cielo se veía completamente negro, sin rastro de luz de luna. —La luna se debe de haber ocultado ya. Eso significa que falta poco para el amanecer. Debemos regresar rápido. Antes de que los sacerdotes de Nin se levanten y puedan vernos entrar a palacio.—

Con menos dificultad que a la ida, lograron regresar. El tenue resplandor que aparecía ya en el horizonte oriental recortaba

nítidamente la figura del templo de Nin y frente a ella la del palacio, permitiéndoles una clara guía para regresar. Afortunadamente, lograron atravesar nuevamente la puerta por la que habían salido sin mayor problema. Naturalmente, el guardia al que habían distraído para salir seguía en su puesto. Pero esta vez la reina simplemente ordenó a Voro que entrase primero, diciendo al hombre que regresaba de una misión nocturna secreta ordenada por la reina viuda. Ella iría detrás cubierta todo lo que podía por el manto, encorvada y arrastrando los pies fingiendo ser una anciana a la que la reina hubiera hecho llamar. Para cuando el guardia comentara con sus compañeros el hecho y ninguno de ellos hubiera visto salir a tal anciana, ya habrían pasado suficientes horas, y francamente, Garpa dudaba mucho de que ningún guardia se atreviera a hacer comentarios sobre la reina. De modo que confiaba en que todo se olvidaría. Y como le sucedía siempre, si acaso no era así, ya encontraría ella el modo de explicarse ante su hijo el rey.

Ahora, lo más importante era que la vieja no le había dado más información de la que ya tenía, y además la maldición de la bruja loggi parecía confirmarse. Sin embargo, ella no tenía intención de permanecer de brazos cruzados. Lo primero era ver si en efecto, Numa daba a luz un varón sano, en caso de lo cual, ella tomaría cartas en el asunto.

Sikander

Aunque ya se acercaban al final del verano, los días seguían siendo inusualmente calurosos, y la sequía que llevaba ya meses asolando el reino no terminaba. Los pescadores se quejaban de que regresaban con las redes casi vacías. El mar estaba extrañamente calmado sin apenas oleaje lo que impedía que los peces que las olas solían arrastrar hacia las costas de Taros llegaran a dónde debían, las redes de los pescadores. Por toda la ciudad se comentaba el desacostumbrado calor que seguía día tras día, y empezaban a surgir voces anunciando enfermedades y males sin cuento si no llovía pronto. Además de que ese año las cosechas tampoco fueron precisamente abundantes.

Naadur, que solía salir como era su costumbre a cabalgar por los alrededores de Taros cuando no estaba en campaña, gustaba también de recorrer su capital, escuchando lo que la gente comentaba en los mercados, las plazas y las puertas de los templos. Su padre le había advertido de que no lo hiciera, pero Naadur, impulsivo y osado como era, no veía riesgo alguno, y menos ahora que todos sus súbditos le expresaban su amor y su admiración por sus conquistas militares.

En esos paseos, en los que conseguía que Yaluc le acompañara a veces, también le llegaban los rumores que recorrían la ciudad e inquietaban a la gente. No faltaban quienes se les acercaban, ofreciéndoles plantas medicinales para favorecer un buen parto de la princesa, y que de una vez naciera ya el deseado heredero.

Naadur también visitaba a diario a su esposa. Le había sorprendido muy gratamente el buen aspecto que presentaba

cuando la vio después de tantos meses. Parecía más saludable que nunca. Sin embargo, la alegría de Naadur no era completa pues a la salud física de su esposa no le acompañaba la salud mental.

Una de aquellas tardes, cuando ya empezaba a caer la noche, fue como siempre a pasar un rato con ella antes de que se retirara a dormir. Los médicos de palacio, pese a lo inútiles que solían resultar a menudo, aconsejaban a la princesa que descansara todo lo posible en sus últimas semanas de embarazo, y Naadur se mostraba de acuerdo. Si la profecía de la maga Dilmala se cumplía, y éste era un varón, no quería que nada pudiera ponerle en peligro. Numa estaba sentada junto a la ventana. Naadur se quedó un momento observándola admirándose una vez más de cómo los pajarillos venían a posarse en sus manos y comían de ellas. Sin duda, Numa era una criatura poco común. Ella le oyó, y se volvió a mirarle dedicándole una luminosa sonrisa.

—Tienes buen aspecto, querida.— Dijo con sinceridad sonriendo a su vez, mientras se acercaba para besarla en la frente. Ella ensanchó su sonrisa y acarició su abultado vientre.

—Él cuida de mí, igual que cuidará de todos.—

—Estás muy segura de que será un varón ¿eh?— Bromeó él. A lo que ella respondió con absoluta seriedad.

—Desde luego. Él habla conmigo todos los días.— El rostro de Naadur se ensombreció ¿Por qué no podía su felicidad ser completa? Si sólo permitieran los dioses que Numa no desvariara tanto. Suspiró. —Hace tanto calor. Salgamos a la galería.— Numa dijo, y comenzó a incorporarse con dificultad. Naadur la ayudó, y juntos salieron a la galería.

Sin embargo, a pesar de encontrarse en aquella posición tan elevada sobre la ciudad y frente al mar, allí tampoco hallaron alivio

al pesado calor. El aire parecía sólido de tan quieto, y algo parecido sucedía con el mar, que aparentaba una lámina metálica.

Ya comenzaba a oscurecer. Permanecieron allí un buen rato, pues a pesar de todo, era más agradable que estar dentro del palacio. Numa siguió tan sonriente como cuando él entró en su alcoba, y de vez en cuando, la sorprendía mirándole con una extraña expresión entre tierna y triste. Una de esas veces, él preguntó:

—¿Por qué me miras así, querida?— Ella le acarició suavemente la mejilla.

—Eres tan noble y bueno. Sin embargo, temo que no alcanzarás a ver los frutos de tus esfuerzos.— Naadur se puso serio. No le gustaban nada los desvaríos de su esposa, pero éste además, tenía el aspecto de una mala premonición.

—¿Por qué dices eso?— Ella no respondió. En cambio, apartó la mirada y la dirigió hacia la inmensidad del mar, cuyos límites eran desconocidos.

—Se acerca el momento. Ya llega la señal.— Murmuró sin mirarle. Naadur no se dio por vencido ¿Acaso no quedaba al menos un pequeño resto de cordura en su desdichada esposa?

—¿A qué te referías con lo que has dicho antes? ¿Dudas acaso de nuestro destino como reyes de Kynán?— Entonces, ella volvió a mirarle y esta vez, para mayor perturbación de Naadur, gruesas lágrimas comenzaban a formarse en las comisuras de sus ojos.

—Pobre esposo mío.— Fue todo lo que murmuró.

Ni aquella noche ni en los días siguientes, Naadur logró que Numa le aclarara sus extrañas palabras ni su actitud. Sin embargo, él se sentía tan impresionado por ellas que al final acabó comentándolo con Yaluc. Éste muy lejos de tranquilizar al inquieto príncipe, se mostró incluso más esquivo y misterioso que Numa.

Cierto que le dedicó amables palabras de consuelo, como era habitual en él, pero Naadur no pudo evitar pensar que había algo extraño en su actitud.

Y Naadur no se equivocaba. Cuando le habló de las misteriosas palabras de Numa, Yaluc no pudo evitar recordar las de su querida amiga Dilmala después de que ella profetizara el nacimiento del tan deseado heredero. Aunque ella no quiso revelárselo, él sabía que había visto algo más en el destino de Naadur, algo lo suficientemente perturbador como para aconsejarle permanecer a su lado, y procurarle los momentos de felicidad más numerosos posibles.

Pocas noches después de la conversación de los príncipes herederos en la galería, el Palacio de las Nubes se vio súbitamente sacado del sueño por un considerable alboroto. Se trataba de los guardias a los que se habían unido algunos sacerdotes salidos apresuradamente del templo. Todos miraban aterrorizados hacia el cielo. Allí, por el norte, justo el mismo lugar de dónde viniera la bola de fuego que se estrelló en las montañas al sur de la capital, había aparecido un cometa. Tanto los sacerdotes como la gente común sabían muy bien de lo extraordinario de aquel acontecimiento, y de que la aparición de un cometa en el cielo siempre anunciaba acontecimientos trascendentales, y a menudo terribles.

El cometa era visible desde Taros y desde la mayor parte del reino de Kynán, además de Narvaly y Esterría. Y en todos esos lugares la opinión fue la misma. Algo muy grande se avecinaba. Menetir contemplaba el cometa desde las almenas del palacio de Hittowa y meditaba sobre cuál podría ser el acontecimiento que tal señal anunciaba. Por supuesto, no pudo más que llegar a una conclusión. Los dioses enviaban una señal para anunciar la

llegada de un rey poderoso, y ése no podía ser otro que el propio Menetir ¿Quién tenía más derecho que él de ser llamado Señor del Mundo? Desde luego, no el débil Andamar.

El cometa parecía cada vez situarse más sobre la propia Taros, como si la señal se refiriese a algo que estaba a punto de ocurrir allí.

A los cuatro días de que el cometa fuera visible, Numa se puso de parto. Si su embarazo había transcurrido extrañamente tranquilo para su frágil salud, el parto fue algo completamente distinto. Durante dos días enteros, la joven princesa batalló por traer al mundo a su criatura. Tal fue la lucha que llegó el momento en que las parteras estuvieron seguras de que tanto la madre como la criatura morirían. Naadur estaba desesperado. En todo aquel tiempo no se separó de la sala contigua a la alcoba de la princesa, simplemente porque no le era permitido entrar en ella. Se negó a moverse de allí a comer o a dormir. Le preocupaba perder a aquel hijo que se le había anunciado, claro. Pero también, y esto le sorprendió a él mismo, se dio cuenta de lo mucho que le dolía pensar en perder a Numa. Ya hacía mucho que en él se había desvanecido el deseo juvenil del principio, pero se daba cuenta de que, a su manera, amaba tiernamente a su esposa.

Así, en aquel lamentable estado le encontró Yaluc a quien el rey había encargado que fuera a intentar hacer entrar en razón a su hijo. Sin embargo, Yaluc no se limitó a consolar a Naadur.

—¿Quieres de verdad que estas horas terribles acaben?— Preguntó a su atribulado amigo.

—Cómo puedes dudarlo.—

—Entonces, firma este documento.— Y le tendió un pergamino.

—¿Qué es?— Quiso saber Naadur.

—Un permiso especial que me concedes, como Príncipe Heredero, para quebrantar una de las leyes de Andamar.— Naadur se le quedó mirando estupefacto. Yaluc se compadeció de su amigo. —Sólo es un permiso para que Numa sea atendida por otra persona que no es valate, pero que podría ayudarla y posiblemente, salvar su vida y la de la criatura.—

Naadur se le quedó mirando desconcertado por un momento, Pero entonces, la luz se hizo en su mente, y su rostro se iluminó con una sonrisa.

—Sí, claro. Tu amiga, la poderosa maga Dilmala. Ella con seguridad podría salvar a mi esposa y a mi hijo ¿Pero no tardaría demasiado en llegar aquí en el caso de que se la pudiese hallar?—

—Ella está ya en palacio.— Yaluc sonrió.

Naadur sintió una emoción tan intensa, que su habitual contención de valiente guerrero y noble príncipe se derrumbó, y por un momento, las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¿Pero cómo?— Apenas acertó a preguntar.

—Mandé a buscarla en cuanto transcurrieron demasiadas horas sin que el parto de Numa llegara a buen término. Y ella no ha dudado en venir. Pero ni siquiera le será permitido acceder dentro del palacio sin un permiso expreso del rey. Como dudo de que Andamar me lo concediera sin discutir, y no queda tiempo que perder, has de ser tú, mi querido amigo. Sé que esto supone desobedecer a tu padre el rey. Pero yo asumiré toda la responsabilidad.—

—Deja eso ahora. A ver ese documento. Nada es más importante ni urgente que salvar la vida de Numa y la de mi heredero.— Arrebató el pergamino de manos de Yaluc con tal vehemencia que por poco lo desgarró. —¡Por los dioses una pluma

y tinta!— Gritó desesperado. Con suma paciencia y ternura, Yaluc le condujo tomándole por los hombros hasta una mesita en un rincón donde había recado de escribir. Naadur firmó con mano temblorosa y puso su sello. —Ve amigo mío, y trae a la maga.— Dijo emocionado, entregando de nuevo el pergamino a Yaluc.

Éste no quiso perder el valioso tiempo en discutir una vez más con su amigo que Dilmala no hacía magia. Ya habría momento más apropiado para ello. Con toda la velocidad que le permitían sus largas y fuertes piernas, corrió hacia el patio donde Dilmala esperaba. La encontró ante los guardias, que le cortaban el paso. Tras ella, había una jovencita inconfundiblemente loggi también. Yaluc tardó un poco en reconocer a la pequeña Derina. Cómo pasa el tiempo, pensó. Cuando la conoció aún su madre la amamantaba, y ahora ya era una joven completamente crecida.

—Dejadlas pasar guardias. Tienen permiso expreso del príncipe Naadur.— Yaluc gritó poniendo prácticamente en las narices de uno de los guardias el documento.

Por supuesto, era bastante improbable que un simple guardia de palacio supiera leer. Pero lo que sí sabría era reconocer el sello del príncipe que se hallaba al final del documento.

Sin detenerse a ver si el guardia decía algo, abrió paso a su amiga y la joven Derina.

Las mujeres no dijeron nada. Siguieron diligentes a Yaluc hasta que llegaron a la antesala de la alcoba de la princesa, donde se hallaba un nerviosísimo Naadur.

—¡Oh por la bondadosa Arapagena que eres una bendita visión para mis ojos!— Fueron las palabras de Naadur para dar la bienvenida a Dilmala. Ella le dedicó una amable sonrisa.

—¿Dónde está la mujer a la que vengo a ayudar?— Preguntó.

Naadur le abrió la puerta de la alcoba y le indicó que entrara. Hubo murmullos desaprobadores por parte de las parteras, y alguna comenzó a protestar porque el príncipe hubiera osado entrar a la alcoba.

—¡Basta de quejas!— Naadur se impuso. El miedo a perder todo lo que le importaba más en el mundo, le daba valor para romper con el protocolo y las costumbres centenarias de los valate. —Estas mujeres se van a encargar de atender a mi esposa. Poneos a su disposición o marchaos de aquí.—

—Unas sucias loggi.— Se indignó una de las parteras, que parecía tener la posición de más autoridad sobre las demás. —Mi señor Naadur. No estarás dispuesto a permitir que una bruja loggi ensucie a tu esposa con sus malas artes ¿verdad? Seguro que hará caer alguno de sus horribles hechizos sobre ella y tu hijo.—

—¡He dicho que basta!— Naadur volvió a decir.

Las mujeres se miraron unas a otras, y con gesto altivo, sin mirar siquiera a las recién llegadas, comenzaron a salir de la alcoba. La que había hablado se quedó la última, y antes de abandonar la estancia, volvió a hablarle al príncipe.

—Espero que estés dispuesto a aceptar la muerte de tu esposa y de tu hijo por culpa de esas mujeres.— Y salió.

En ese momento, Dilmala comenzó a moverse con tal rapidez, que Naadur por un momento se sintió mareado.

—Si vais a quedaros aquí, más vale que seáis de utilidad— Dijo, dirigiéndose a los hombres. —Podéis empezar por abrir los postigos, y dejar que entre la luz y el aire. Estamos aquí para traer una nueva vida al mundo. Y eso es siempre motivo de alegría.—

Yaluc obedeció, y abrió los postigos de las grandes ventanas, haciendo que la tenue luz del amanecer entrara en la estancia. Eso, junto con las numerosas lamparillas y velas, le permitió ver

en toda su crudeza la escena ante sus ojos. En el enorme lecho, yacía Numa tan pálida como jamás la había visto. Por un momento, incluso pensó que tal vez ya fuera demasiado tarde, y la desdichada princesa hubiera expirado. Pero la vio abrir los ojos, aquellos increíbles ojos del color del hielo en las cuevas más profundas de la montaña. Parecía tan frágil y pequeña en aquel enorme lecho. Los cobertores estaban sobre ella arrugados y manchados de sudor y en algunas zonas de sangre.

Dilmala, sin perder el tiempo, retiró los cobertores y el torturado cuerpo de Numa apareció en medio del lecho. Parecía que toda ella había sido absorbida por el enorme vientre. Apenas se movía.

Naadur sintió una punzada de dolor al ver a su esposa. Ella estaba tan quieta. Ya hacía bastantes horas que sus gritos se habían convertido en gemidos cada vez más débiles, hasta acabar cesando por completo.

—Te aconsejo que salgas príncipe. Aunque seas un aguerrido guerrero, un parto difícil puede hacer derrumbarse al hombre más fuerte. Créeme, lo he visto.— Un desacostumbradamente pálido Naadur salió del cuarto en completo silencio. Antes de acompañarle, Yaluc intercambió una mirada con Dilmala. —Podéis ayudar dando a los criados recado de lo que os solicitemos. Ayudar hará que la angustia del príncipe sea más llevadera.— Dijo ella. Yaluc asintió.

—¿Qué opinas? ¿Crees que estás a tiempo de salvar a la princesa o a su criatura?— Él preguntó con timidez.

—Sabes que haré todo lo que pueda. La Madre siempre generosa pone difícil a veces a las mujeres disfrutar del maravilloso don que Ella quiso compartir con nosotras. Pienso poner toda mi sabiduría y mis esfuerzos en salvar a ambos. Sal ahora, y di a los criados que preparen cuencos grandes con agua

y sábanas limpias.— Yaluc salió, dispuesto a cumplir las órdenes de Dilmala.

Aunque ya la hubiera visto antes, la cara destrozada de aquella mujer volvía a impresionarle como la primera vez.

Una vez a solas en la alcoba con Derina, Dilmala dejó su bolsa a los pies del gran lecho, y se acercó a la cabecera, donde Numa se esforzaba por mantener los ojos abiertos. Tomó las delicadas y frías manos de la princesa en las suyas, y la miró a los ojos. No hizo falta más. Ambas fueron plenamente conscientes de que estaban conectadas por un vínculo enigmático y poderoso que había hecho que compartieran sueños y visiones, y que les permitía comunicarse sin palabras. Dilmala quiso transmitir a Numa su fortaleza, y ésta le respondió con una débil sonrisa de confianza.

—No temas, querida. Traeremos a tu hijo a este mundo.— Dilmala dijo, y soltó las manos de la princesa para comenzar con su tarea ¿Le había sorprendido recibir la llamada de Yaluc? En absoluto. Cuando los emisarios de palacio llegaron a la pequeña aldea la mañana del día anterior, ella y Derina estaban ya esperándolos listas con sus bolsas.

Su sobrina ya llevaba algunos meses haciendo las veces de ayudante de Dilmala. Una vez volver a constituir las Hijas se había vuelto imposible por la situación de Kynán y las leyes del rey, Dilmala se había concentrado en su labor como sanadora. empleando todos los conocimientos aprendidos de Zesera y de Sildara. Su sobrina se había prestado voluntaria para ayudarla, y ella estaba encantada, pues la pequeña Derina, que contaba ya 13 años, era lista y trabajadora

Mientras comenzaba a disponer lo necesario, no pudo evitar frotarse con gesto ausente su dolorida parte posterior. Jamás antes había montado a caballo y desde luego no tenía intención

de repetir tal experiencia. Pero ésa había sido la única manera de llegar con rapidez hasta el palacio de Taros, cabalgar junto con los emisarios, cada una detrás de uno de ellos en aquellas enormes bestias que los valate llamaban caballos.

Indicó a Derina que diera de beber a Numa, pues era muy evidente que la joven debía de estar muy necesitada después de haber sudado durante horas en aquella sofocante habitación. La joven acercó un paño limpio empapado en agua a los agrietados labios de Numa, que no tenía fuerzas para beber de un vaso, y dejó caer gotas de agua que la princesa lamía ávidamente.

Entonces, Dilmala realizó una primera observación del estado de la parturienta. Todo indicaba que la pobre madre se había esforzado durante largas horas intentando que la criatura saliera sin conseguirlo y ya estaba bastante agotada. Sin embargo, Dilmala volvió a acercarse a la cabecera del lecho.

—Querida, sé que estás muy cansada, pero aún así, he de pedirte que hagas un último esfuerzo. No temas, yo te voy a ayudar, y te prometo que en breve estarás mirando la cara de tu hijo.—

Numa asintió, pues no le quedaban fuerzas para hablar. Dilmala comenzó a masajear el abultado vientre como muchas veces había visto hacer a Sildara. Los masajes crecían en presión, a la vez que indicaba a la débil Numa cuando hacer fuerza.

Derina contemplaba la escena fascinada. Limpiaba el sudor del rostro de la princesa y la refrescaba cada poco, siguiendo siempre las indicaciones de Dilmala. A pesar de su juventud, ya había ayudado en varios partos, aunque ninguno había sido tan difícil y complicado como éste. Esta clase de experiencias la reafirmaban en su voto de seguir los pasos de su tía Dilmala.

Al cabo de unas cuantas friegas y empujones, Dilmala pudo ver por fin asomar la cabeza del niño. Animó a Numa, que sacó fuerzas de la nada, como a menudo solían hacer las parturientas, hasta que Dilmala pudo agarrar la pequeña cabeza y tirar de ella para ayudar a la madre y la criatura. A partir de ese momento, los acontecimientos se precipitaron, y Derina vio como Dilmala levantaba por fin el cuerpecito de entre las piernas de su madre.

—¿Vive?— Atinó a preguntar con timidez.

Numa tenía una mirada tan intensa que podría perforar metal. No tenía fuerzas para hablar, pero sin duda le hacía la misma pregunta. Dilmala sonrió.

—Vive— Fue lo único que dijo, alzando un poco más al recién nacido para que su madre pudiera verlo. Justo en ese momento, el sol comenzaba a entrar ya por las altas ventanas, y un rayo iluminó la cabecita haciendo que la criatura resplandeciera. Dilmala y Numa se volvieron a mirar. Ambas de nuevo comprendieron el significado de aquello. —El generoso sol, dador de vida bendice a tu hijo.— Fueron las palabras de Dilmala, justo antes de que una completamente agotada Numa se desmayara —Deja que descanse.— Dijo Dilmala a la preocupada Derina —Nosotras hemos de ocuparnos del pequeño príncipe.—

Derina miró entonces con más atención al recién nacido. Dilmala había dicho que vivía, pero, sin embargo, no se movía ni emitía sonido alguno. Su cuerpecito aparecía totalmente congestionado. Leyendo sus preocupaciones, Dilmala habló a su sobrina en tono afectuoso.

—Él también está agotado y necesita descansar querida. Pero seguro que su padre estará ansioso por conocerlo.— Dijo, y procedió con habilidad a cortar el cordón que aún unía a la criatura con su madre. Tendió el pequeño hacia Derina, que lo tomó con

manos firmes —Mientras yo termino de atender a la madre, ve y muéstraselo al príncipe Naadur.—

Derina salió a la antesala llevando al pequeño, que continuaba sin moverse, como quien lleva una valiosa ofrenda a los dioses. Naadur y Yaluc se pusieron inmediatamente en pie, y se acercaron a la puerta.

—Aquí tienes a tu hijo, príncipe Naadur.— Dijo la muchacha.

Naadur, en cuyo rostro brillaba una amplia sonrisa, tomó no sin cierto temor al niño de las manos de la jovencita. Estaba caliente, y su cuerpecito aún estaba cubierto de sangre y otros líquidos, pero a través de su fina piel, Naadur sintió su respiración, y con la punta de los dedos sobre el pequeño pecho, percibió los latidos de un corazón fuerte.

No sólo Naadur había permanecido aquellos días pendiente cada segundo del parto de Numa. Garpa, a su vez, llevaba ya muchas horas terminando los preparativos para llevar a cabo su plan en el caso de que efectivamente naciera un varón. Por supuesto, durante las largas horas de angustia e incertidumbre, había suplicado a los dioses que fueran benévolos con su desdichada nieta. Andamar había enviado cuando comenzó el parto, un mensajero a la Isla de La Luna para que Nará realizara oraciones y sacrificios a Arapagena, la diosa que protegía los nacimientos, para que la diosa intercediera por su nieto y la madre de éste.

Todo el palacio había permanecido silencioso y en tensión. Nadie se atrevía a moverse hasta que sucediera el desenlace deseado. Naturalmente, la ominosa presencia del cometa, que aquellos días era visible sobre Taros incluso durante el día, llenaba a todos de temores y oscuros presagios.

Dilmala no tardó en salir de la alcoba y reclamar el recién nacido de las manos de su exultante padre.

—Hemos de limpiarle.— Fueron sus únicas palabras mientras tomaba al niño de las manos del dócil Naadur.

—¡Qué extraordinaria mujer!— Murmuró el príncipe, repitiendo las palabras que ya dijera a Yaluc después de conocer a Dilmala.

Éste no tuvo ocasión de contestar, pues en ese momento, irrumpieron en la antecámara de la princesa el rey Andamar y su madre la reina viuda. Por los criados, ya volaba por todo palacio la nueva del nacimiento del deseado heredero. Andamar abrazó a su hijo.

—Te doy mi enhorabuena hijo mío. Por fin los dioses nos sonrían de verdad.— Dijo el rey. —Ahora, es momento de prepararlo todo para recibir al nuevo príncipe como merece ¿Qué nombre llevará?— Naadur sacudió la cabeza algo abrumado.

—Pienso que sería bueno hablar con mi esposa sobre ello.— Dijo.

—El nombre de un futuro rey de Kynán no es asunto frívolo.— Proclamó Garpa.

—Sin duda que no lo es.— Naadur se mostró de acuerdo. —Por eso mismo, no voy a proceder con precipitación.—

—Pero ya sabes que el nuevo príncipe ha de ser presentado antes de que pase este día. Es la ley. De lo contrario, podrían surgir suspicacias.— Afirmó el rey.

—Conozco bien las tradiciones y costumbres y el protocolo de palacio, padre. No temas, todo se hará según lo que procede. Pero insisto en hablar antes con mi esposa.—

En realidad, Naadur tenía también en mente a Dilmala. Aquella mujer no era una común partera de palacio. Ella le había

profetizado el nacimiento de su hijo, y estaba seguro de que si no hubiera sido por ella, el pequeño príncipe y su madre muy bien podrían estar muertos. Seguro que le podría aconsejar sobre la mejor manera de ganar para su recién nacido el favor de los dioses, incluida esa madre a la que los loggi concedían tanta importancia. Nunca está de más gozar del favor de un dios, sea éste conocido o desconocido.

Derina volvió a salir y anunció que dado que la madre y el recién nacido estaban agotados y necesitados de descanso, y sin duda el príncipe Naadur también lo estaría, lo mejor sería que dejaran a la princesa y al nuevo príncipe unas cuantas horas. Andamar protestó y Garpa se indignó. Pero Naadur estuvo de acuerdo, y como padre que era de la criatura, su opinión era la más importante, incluso por encima de la del rey.

Garpa tomó nota de ello. No se había parado a pensar en que debía ganarse la voluntad de su nieto para llevar a cabo su plan. De todas formas, eso no hizo que perdiera confianza, pues Naadur la adoraba lo mismo que ella a él. Siempre habían tenido una relación muy cercana y afectuosa. Simplemente debía ser astuta en el modo en que se lo propusiera a su nieto.

En la alcoba de la princesa, Dilmala había terminado ya de atender a Numa. La había lavado y colocado sábanas limpias en el lecho. Durante todo el proceso Numa ni siquiera se despertó, tal era su agotamiento. Y ahora, la dejó descansar plácidamente, mientras se concentraba en lavar al recién nacido.

Una vez libre de los restos del parto, y aunque todavía estaba congestionado por el esfuerzo, Dilmala comprobó que parecía completamente sano. Es más, todo hacía indicar que era un niño fuerte. Su respiración era regular y su corazón latía con buen ritmo. Tuvo que aclarar a su confusa sobrina que no era tan extraordinario que un recién nacido no llorase enseguida. A veces,

como era este caso, estaban demasiado cansados. Pero el principito ya había dado buena muestra de que todo en él andaba bien dejando escapar algunos gemidos parecidos a los de un cachorrillo de lobo.

—Derina ¿Por qué cierras los postigos de nuevo? Apenas hay luz en el cuarto y sigue haciendo demasiado calor.— Dilmala protestó, mientras envolvía al pequeño en un suave lienzo de fina lana que había traído. Seguramente, aquellas mujeres que atendían a la madre tendrían ropas preparadas para el recién nacido, pero si así era, debían de habérselas llevado con ellas.

—No he cerrado los postigos tía Dilmala.— Respondió la chica.

Dilmala entonces, miró confusa hacia las ventanas. En efecto, los postigos seguían abiertos, pero densos y oscuros nubarrones se amontonaban en el cielo, y ya tapaban el sol que acababa de aparecer sobre el horizonte. Dilmala miró al niño que acababa de colocar junto a su madre en el lecho. Más señales. Sin duda, éste era el anunciado por las profecías de Zesera. Aunque Dilmala no acababa de decidir si su llegada suponía un hecho venturoso o nefasto. En cualquier caso, La Madre Sabia le había elegido, alguna razón debería de haber.

Pasaron algunas horas. Los truenos no tardaron en resonar por todo el palacio. Seguidos por gruesas gotas de agua, que muy pronto se convirtieron en lluvia torrencial. Andamar estaba terminando de vestirse con sus mejores galas. Ya había convocado a todos los nobles que se encontraban en Taros. Cuantos más testigos hubiera en la presentación del futuro rey de Kynán, menos lugar habría para las dudas, las suspicacias y los rumores, que tan perjudiciales eran para las familias reales. Nadie podía poner en duda que aquél que había nacido era su nieto.

En otros tiempos, cuando todo iba bien, y la familia real de Kynán aún no se había roto, cuando nacía un nuevo heredero, el

palacio se llenaba con las familias nobles que solían vivir en la capital. Ahora, apenas eran unas cuantas las que permanecían leales a Andamar, y de entre ellas, no todas podían estar presentes, pues Naadur había dejado guarniciones en Midum, y ya años antes el propio Andamar había enviado a nobles de su confianza a los gobiernos de Grodania y algunos de los demás territorios que aún controlaba. Tendrían que conformarse.

Naadur fue llamado por Dilmala al cabo de unas horas. Yaluc había comunicado a su amiga lo poco que él sabía de protocolo regio en estos casos, pues nunca había asistido a un acontecimiento semejante. Pero lo que sí sabía, como todo valate, es que cuando nacía un niño, y más tratándose de un niño real, el padre debía realizar una serie de ceremonias. Eso sí lo había visto cuando era acólito del templo de Nin. No importa lo pobre o rico que fuera el padre, siempre acudía al templo con su nuevo hijo para presentarlo ante Nin. Todos acompañaban alguna ofrenda, la mejor que su situación les pudiera permitir, desde un magnífico caballo, que era la ofrenda más valiosa, hasta una simple gallina o conejo cazado en el campo. Todo para conseguir la protección del más poderoso de los dioses para su hijo. Claro que esto sólo ocurría en el caso de los niños varones que, siendo valate, de alguna u otra forma, acabarían siendo guerreros. De pronto, a Yaluc le vino un recuerdo.

Como el niño de curiosidad infinita que era, había preguntado al Venerable Ris qué sucedía con las niñas ¿Acaso no estaban ellas bajo la protección de los dioses? Indiferente a las burlas de los demás acólitos por su insólita pregunta, no cesó hasta conseguir saber lo que deseaba. Ris le dijo que esta ceremonia era exclusiva de los varones, pues estos serían un día guerreros. Cuando Yaluc se mostró triste al pensar que la mitad de las personas no gozaban de protección alguna, Ris le dijo con afecto

que la compasión era una gran virtud, especialmente en un gobernante.

Se estremeció. Este recuerdo había permanecido dormido en su memoria, y ahora, aparecía con la misma nitidez que si hubiera sucedido esa misma mañana ¿Cómo es que él nunca había caído en la cuenta de que Ris no había dicho sacerdote, sino gobernante? En su momento, él ni siquiera se percató. Ahora, recordando que Ris le había mantenido oculto por orden del rey, y sabiendo los planes secretos que su padre tenía para él, todo cobraba sentido ¿Había estado él, el humilde e insignificante Yaluc, destinado desde el principio para gobernar? ¿Y cómo sería tal cosa posible sin traicionar a su amado Naadur? Decidió no pensar más en aquello. Puede que hubiera planes para él, pero eso no quiere decir que tuviera que cumplirlos. Nunca haría nada que pudiera perjudicar a Naadur, y eso incluía muy especialmente robarle su derecho al trono.

Otra persona en palacio meditaba sobre el nacimiento del nuevo príncipe. Naturalmente, lo hacía según el alcance de sus 7 años. Nadie se había preocupado de ella en todos esos días, y Nysbe tenía la sospecha de que desde ese momento, nadie volvería a hacerlo, al menos como antes. Ahora que el ansiado heredero había llegado, ella carecía de toda importancia, si es que la había tenido alguna vez. Sola en su alcoba, aprovechó la ausencia de su aya para dejarse llevar por las emociones. Lloró un buen rato por lo que intuía que había perdido para siempre. Pero luego, se recompuso. No mostraría su debilidad. Era una princesa valiente. Con 7 años, ya se había comenzado a pensar en sus esponsales. En realidad, su aya le había dicho que ella había estado ya prometida con el príncipe Rolf de Narvaly. Ella le recordaba vagamente como un niño amable con el que había jugado cuando estuvo viviendo allí en palacio. Pero al parecer, Rolf había muerto el invierno de la plaga, y ahora deberían buscar

un nuevo esposo para ella. Se permitió una última expresión de rabia ¿Por qué no podía ella ser la reina de Kynán? ¿Qué habría pasado si nunca hubiera nacido un príncipe? Por desgracia, ya nunca lo sabría. Sonaron golpes en la puerta de su alcoba y a continuación entró su aya.

—Mi señora Nysbe, has de prepararte. El nuevo príncipe va a ser presentado dentro de unas horas.—

Por fin, Naadur fue autorizado a entrar en la alcoba de su esposa. Numa estaba recostada sobre las almohadas, muy pálida, pero despierta y con una amplia sonrisa que iluminaba su cara. Entre sus brazos, sostenía a su recién nacido. Naadur se acercó para verlo. El cambio en aquellas pocas horas había sido tan espectacular, que si no fuera porque no tenía ningún motivo para desconfiar, habría jurado que no era el mismo niño de por la mañana. Aún estaba envuelto en el lienzo de Dilmala, pero la congestión había desaparecido por completo. Su piel era de un blanco tan puro como el de su madre. Cuando Naadur acercó tímidamente un dedo para rozar su mejilla, el pequeño abrió los ojos que eran exactos a los de Numa. Naadur sintió que le miraba y le reconocía de algún modo ¡Que estupidez! se dijo. Todo el mundo sabe que los bebés apenas pueden ser considerados seres humanos. Al menos hasta que comienzan a caminar y a hablar, no se diferencian mucho de cualquier cría de animal.

—Es perfecto.— Numa dijo con voz queda. Naadur la miró y sonrió.

—Por supuesto.— Afirmó sonriendo con ternura.

—No lo dice porque ella sea su madre, Naadur.— Él escuchó a su espalda la voz de Dilmala. Se volvió para mirarla. Le impresionó una vez más ver las cicatrices en el lado derecho de su rostro, un rostro tan bello. —El príncipe es perfecto en todos los sentidos. Le he examinado a fondo, ni una marca, ni un lunar, ni mancha

alguna estropean su piel. En la aldea del Roble Partido, dónde me crie, había un artesano del marfil. Sus tallas eran muy apreciadas por su calidad. Pues bien, la piel de tu hijo me recuerda a una de aquellas delicadas piezas.— Naadur sonrió complacido.

—Él es especial sin duda. Se ha hecho esperar mucho. Pero ha venido con el cometa. Estoy seguro de que será el más grande rey de Kynán que haya existido nunca.— Dilmala sonrió.

—¿Habéis decidido el nombre que le pondréis?— Naadur miró a Numa.

—Sikander, se llamará Sikander.— Dijo la princesa con aplomo. Naadur la miró con gesto interrogativo.

—No es un nombre tradicional de los reyes de Kynán.—

—Pero es su nombre.— Numa dijo con total seguridad. —Es el nombre que ellos me comunicaron.— Naadur se volvió para que su esposa no viera la tristeza que esa afirmación le producía.

Su mirada se encontró con la de Dilmala. La mujer le dedicó una cálida sonrisa, y en un tono muy diferente al modo entre burlón y desafiante en que solía dirigirse a él, dijo:

—La Madre elige a algunas de sus criaturas para comunicarse directamente con ellas. Tu esposa sin duda es una de esas criaturas.—

—¿Igual que tú?— Susurró él algo inseguro.

—No, no igual, pero de un modo parecido. La Madre habla y actúa a través de mí, no conmigo. Naadur, no sé si lo has dicho sólo por la felicidad de sostener al fin a tu hijo en tus brazos, pero es muy cierto, el príncipe Sikander es muy especial.—

—Lo sé, claro que sí.— Respondió Naadur entusiasmado. —Él será el rey más grande que Kynán haya tenido. Llevará a los valate a un destino glorioso. Estoy seguro.— Dilmala no dijo nada.

Le resultaba muy penoso saber que aquel recién nacido en efecto estaba destinado para grandes cosas, sin embargo ¿cómo decirle a su entusiasmado padre que esas cosas implicarían muy posiblemente la destrucción de aquel mismo reino de Kynán?

Por la seguridad del reino

Se oyó un alboroto en la antecámara del rey, mientras Andamar se esmeraba en ponerse sus más suntuosas vestiduras para la presentación del siguiente heredero a la corona de Kynán. Uno de los guardias que vigilaban las puertas entró muy azorado.

—Te ruego disculpes mi interrupción, mi señor Andamar, pero ahí fuera hay un grupo de mujeres muy indignadas que solicitan hablar contigo de inmediato.—

—¡Qué insolencia! ¿Acaso no conocen en palacio el protocolo para las audiencias con el rey? Ahora me preparo para la presentación de mi nieto.—

—Se lo hemos dicho así, mi señor, pero aseguran que no se moverán hasta que las recibas.— Los gritos se volvieron a oír. Furioso, Andamar salió a la antecámara.

—¿Quien osa irrumpir así en mis aposentos privados?— Gritó.

Un grupo de mujeres, con rostros acalorados y vestiduras desordenadas, se calló de pronto, y todas le miraron fijamente. Una de ellas, de mediana edad y cuerpo robusto, se adelantó un paso hacia él.

—Somos parteras, señor. Hemos dedicado nuestra vida a traer al mundo a los hijos de las principales familias de Kynán incluido tu propio hijo el príncipe Naadur y tu nieta la princesa Nysbe. Creemos que eso nos hace merecedoras de que se nos trate con respeto y dignidad. No pensamos tolerar el insoportable agravio del que hemos sido objeto hoy. Y creemos que nuestro buen rey debe saberlo, para que pueda poner remedio a tan horribles sucesos.—

—Pero ¿qué sucede? ¿De qué habláis? ¿No ha terminado acaso felizmente el alumbramiento de mi nieto?—

—¡Ay, mi señor Andamar! Ya veo que desconoces lo sucedido. Una bruja, una sucia hechicera loggi, ha sido introducida en la alcoba de la princesa Numa con intención de sustituirnos. Si vamos a ser reemplazadas por magas y brujas loggi, nuestra labor en palacio ha terminado, y nos retiraremos. Pero pensamos que debes ser informado del gravísimo peligro que amenaza a tu nieto. Ha sido contaminado por hechicerías y quién sabe qué otras horribles prácticas. No se nos ha permitido proveerle de los habituales amuletos para mantener alejados de él a los malos espíritus y Demonios del Abismo, mientras es puesto bajo la protección del poderoso Nin.—

Andamar se había puesto muy pálido ¿De verdad su hijo se habría atrevido a desobedecer las leyes por él instauradas? Lleno de ira se encaminó hacia los aposentos de Numa, dejando a las parteras con la palabra en la boca.

—¿Es verdad lo que he oído, que has expulsado a las parteras de palacio para sustituirlas por una bruja loggi?— Se encaró con su hijo que salía aún sonriente y con rostro iluminado del cuarto de la princesa.

—Nadie las expulsó. Ellas se negaron a colaborar con Dilmala.— Dijo Naadur con calma.

—Luego es cierto ¿Cómo has podido? Mi propio hijo, mi heredero. Si tú no respetas las leyes ¿quién lo hará?—

—Ha sido mi culpa. Yo traje a Dilmala.— Dijo Yaluc, que había acudido en busca de su amiga, con la que deseaba consultar ciertas dudas que le estaban surgiendo a raíz de sus recién recuperados recuerdos.

—Pero yo fui quien firmó el permiso.— Replicó Naadur.

—¿Qué importa ahora quién haya hecho qué? ¿No veis lo grave de vuestros actos? Tú, Naadur ¿Tan poco te importa tu hijo que le has sometido a las prácticas de esa mujer, ignorando a los dioses?—

—No padre. Precisamente por lo mucho que me importa, lo he hecho. Y aunque suponga haber desobedecido tus leyes, por lo que aceptaré el castigo que me impongas, si no hubiera sido por Dilmala, tanto Numa como el príncipe estarían ahora muertos.—

Andamar empalideció aún más, tanto que Yaluc y Naadur temieron que fuera a desmayarse, sobre todo porque se tambaleó torpemente hasta encontrar una silla en la que sentarse. Se cubrió el rostro con las manos.

—No tiene la protección de los dioses.— Murmuraba. —¿No hemos sufrido ya acaso suficientes desgracias, como para ofender así a nuestros dioses?—

Yaluc y Naadur se miraron. Andamar, en esos momentos, estaba recordando. Recordaba la noche en que su propio padre, el rey Belcentes, murió, y su madre le convenció para falsificar un documento. Después todo había sucedido tan rápido. Aquella mujer loggi irrumpió en la antecámara real, y lanzó su terrible profecía. Miró a los dos jóvenes. Se dio cuenta de que Yaluc comprendía su estado de ánimo. Él, claro, conocía bien la profecía, la había puesto por escrito en aquellos libros de los que nunca se separaba.

En efecto, Yaluc seguía llevando en un zurrón aquellos valiosos rollos que le dictara Zesera. El propio rey Andamar le había sugerido alguna vez que los depositara en el templo, donde se hallaban custodiados todos los documentos del reino. Pero ¿cómo poner su más preciosa posesión, la que le importaba incluso más que su vida, pues le había sido encomendado su cuidado, en manos de Palas, que no ocultaba su odio hacia él?

Poco le bastaría al ladino sacerdote para destruirlos sabiendo de quien venían y lo mucho que significaban.

Andamar seguía lamentándose en silencio, y no se había percatado de que Dilmala había salido de la alcoba de la princesa.

—No te aflijas, Andamar.— Dijo ella, sobresaltando al atribulado rey. —No por cosas sin importancia, pues asuntos más graves ocuparán tus días y gastarán tus fuerzas.—

—¿Me estás lanzando acaso una nueva maldición? Ya fuiste especialmente insolente en nuestro anterior encuentro.—

—Y ya vi que no seguiste mi consejo sobre tus emblemas reales.—

Todos los presentes habían enmudecido, asombrados por la increíble insolencia y osadía de aquella mujer, que se atrevía nada menos que a interrumpir al rey. Sin embargo, Yaluc, que la conocía bien, no se sorprendía, y curiosamente, tampoco Naadur, para quien Dilmala resultaba cada vez más fascinante.

—Nadie te ha lanzado maldición alguna. Mi antecesora Zesera, sólo te reveló lo que la Madre Noble y Generosa, a su vez le había revelado a ella. Yo me limito a hacer lo mismo. Tú y los tuyos os empeñáis en atraer vuestra propia destrucción, sin querer ver que se aproxima. Ya que te proclamas rey y señor de tantos pueblos, harías bien en velar por ellos.— Andamar estaba tan pálido, que parecía a punto de desmayarse, incluso más que antes de sentarse.

—Calma, padre. Es mejor que vayas a descansar. Estás muy pálido, y temo por tu salud. No sería nada bueno para nuestro reino que enfermaras ahora que nos están sucediendo acontecimientos tan venturosos.— Como un niño, Andamar se dejó guiar por su hijo.

Aprovechando que estaban solos en la antesala, Yaluc se acercó a su amiga.

—Creo que le has asustado demasiado.—

—No era ésa mi intención.—

—¿Acaso has tenido alguna visión acerca de él?—

—No ha sido necesario. Él, lo mismo que todos nosotros, tiene un papel que desempeñar en los acontecimientos que han de venir. Poco podemos hacer para cambiarlos, excepto tratar de hacer que la Madre sienta que hay de nuevo equilibrio y armonía entre sus criaturas.—

—Dilmala, hay algunas cosas que deseo preguntarte.—

—Si vas a volver a pedirme que te diga lo que vi en el futuro de tu querido Naadur, ya sabes que no puedo hacerlo. Sólo puedo decirte, igual que la otra vez, que cuides de él. Y si como veo tus sentimientos continúan siendo los mismos, procura disfrutar en lo que puedas de su compañía, pues no será tan prolongada como quisieras. Y ya te he revelado más de lo que debería.—

El rostro de Yaluc se ensombreció reflejando toda la angustia que esas palabras le producían. En contra de sus propios intereses, Dilmala no pudo evitar acariciar tiernamente la mejilla del gigantón pelirrojo. En esos momentos, su amor por él le producía un dolor casi insoportable, así que comprendía muy bien lo que él debía de sentir al estar tan cerca de Naadur sin poder expresarle el suyo. Por fortuna, esta vez la Madre fue compasiva con ella, y no le sobrevino ninguna visión.

—Hay otra cosa.— Logró decir él con voz entrecortada. La mano de Dilmala en su mejilla le resultaba enormemente reconfortante. Sin atreverse a mirarla a los ojos, preguntó; —El niño que acaba de nacer ¿Es él?— No fue capaz de acabar, pero a ella no le hacía falta para comprenderle. Le alzó con cuidado la barbilla para que

la mirase. Esos ojos suyos del color del mar se le asemejaban más que nunca, pues en ellos se adivinaban las lágrimas prontas a derramarse. Sólo le dedicó una débil sonrisa, y asintió con la cabeza. Él se cubrió el rostro abatido. —Oh, por todos los dioses y demonios ¿Qué hemos de hacer pues?—

—Protegerle. Ése es nuestro principal cometido.—

Yaluc querría haber preguntado más, pero en ese momento, Derina salió de la alcoba de Numa.

—¿Hemos terminado aquí, tia Dilmala?— Preguntó la muchacha.

Dilmala la miró un momento, luego miró a Yaluc. La Madre a veces imponía a sus criaturas tareas pesadas. Y en esta ocasión, ella debía realizar una, y una que además, le resultaba especialmente difícil.

—Yo sí, tú no, querida niña.— Dijo con la voz más dulce que pudo emplear para anunciar a su sobrina que de ahora en adelante, debería enfrentarse a una tarea ingrata y difícil, y además sola entre gente extraña. La muchacha la miró confusa —Ahora te lo explicaré, pero esperemos a que regrese el príncipe. Él también ha de escuchar lo que tengo que decir, y no me apetece tener que repetirlo, pues estoy cansada.—

—No sé si Naadur vendrá otra vez aquí enseguida.— Yaluc dijo algo confuso.

—Lo hará.— Ella afirmó, y le dedicó una de aquellas sonrisillas burlonas que él tan bien recordaba de cuando la conoció.

¿Qué se traería entre manos? Con seguridad sabía más cosas que ninguno de ellos, y como de costumbre, no se mostraba muy dispuesta a compartir cómo las sabía.

Como si la hubiera oído, Naadur se presentó de nuevo en la antecámara. Se le veía algo agitado, y su euforia de la mañana parecía algo más apagada.

—¿Algún problema hermano?— Yaluc preguntó, siempre preocupado por el bienestar de su amado Naadur.

—Me preocupa la salud de mi padre. Nunca terminó de recuperarse después de la plaga y la muerte de mi madre. Antes he temido que fuera a desmayarse aquí mismo.—

—No temas Naadur. A tu padre aún le restan numerosos años de vida.— Dilmala le dijo, en un tono completamente neutro, sólo como si le transmitiera un mensaje. Él la miró asombrado, como siempre ante aquella extraordinaria mujer.

—Precisamente, yo quería hablar contigo. Me alegro de que aún no hayas abandonado el palacio.—

—Ella sabía que ibas a venir, y te estaba esperando. Eso ya no debería sorprenderme, pero aun así.— Yaluc dijo, y se encogió de hombros resignado.

—A mi tampoco me sorprende.— Dijo Naadur sonriente. —Ya me demostraste tu poderosa magia en el campamento. Y lo has vuelto a hacer en la alcoba de mi esposa. Nunca podré pagarte de verdad por salvarla a ella y a mi precioso hijo y heredero. Pero se me ocurre un modo de al menos, recompensar el valioso servicio que has hecho para mi y para el reino.—

—No actúo para recibir recompensas. Pero si deseas retribuir mi trabajo de hoy, utiliza tus poderes de príncipe para beneficiar a tantos como necesitan ser socorridos en tus reinos. Ha habido una larga sequía, que sólo se ha sumado a las calamidades que ya causó la guerra y luego la plaga. Abre los depósitos de grano de los castillos para que sea repartido en las aldeas.— Naadur hizo un gesto entre travieso y divertido.

—Dices que no quieres recompensa y sin embargo me pides algo más difícil de conseguir que el oro o las joyas.—

—¿No dices ser un príncipe poderoso? Para ti no deberían ser esas cosas difíciles de conseguir.—

—¡Oh cuán equivocada estás, mi admirada Dilmala! Como Príncipe Heredero de Kynán puedo ordenar a los nobles que combatan a mi lado con sus ejércitos, y ellos han de obedecerme. Pero no tengo más poder que tú para hacerles abrir sus almacenes de grano, si ésta no es su voluntad.— Se miraron durante unos momentos. Al fin, Naadur volvió a hablar. —Lo que yo quiero ofrecerte es algo que ya te ofrecí, ser el médico personal del heredero de kynán y su familia. Ya has visto cómo los que se dicen físicos y expertos médicos de la corte no saben nada de nada a la hora de salvar las vidas de aquellos a quienes han de cuidar. Tú podrías hacer mucho bien enseñándoles. Y al final, todo el reino se beneficiaría de ello.— Ella sonrió.

—Sé que tu ofrecimiento es sincero Naadur. Pero nada ha cambiado, mi destino no es trabajar en tu corte. He de regresar a mi aldea. Sin embargo, puedo ofrecerte algo. Mi sobrina Derina se quedará aquí para cuidar de tu hijo.—

—¿Ella conoce la magia de la sanación tan bien como tú? Parece muy joven para ser una maga poderosa.— Naadur replicó, mirando a la ruborizada muchacha.

—No voy a repetir de nuevo que mis prácticas de sanación no son magia. Pero tu hijo corre un grave peligro, no por su salud, sino porque le amenazan poderosas fuerzas, que no se sienten nada complacidas con su llegada, y procurarán destruirle. Derina le vigilará como una madre loba a sus lobeznos.—

—¿Mi hijo en peligro?— Naadur se angustió.

Yaluc miraba a Dilmala ¿Qué más sabría y se estaría guardando para cuando considerase oportuno?

—Debes atender a lo que Dilmala dice. Ya sabes que ella no se equivoca.—

—No, claro que no. Profetizó acertadamente el nacimiento de mi hijo cuando ni yo mismo lo creía posible. Pero dime ¿cómo una niña puede impedir que esas fuerzas dañen a mi hijo?—

—Tú sólo confía en ella. La Madre la guiará.—

Muy a su pesar, Naadur tuvo que dejar marchar a Dilmala. El día estaba ya muy avanzado, y él aún no había hecho nada de lo que un padre, y más un padre de tan alto linaje, debe hacer cuando nace su hijo. Se dirigió hacia sus aposentos dejando a Yaluc junto a una totalmente desconcertada Derina. Lo primero, era ir a ofrecer un buen sacrificio al templo, y presentar a su hijo al poderoso Nin. Naadur estaba seguro de que aquel niño estaba llamado a ser el más grande de todos los reyes de kynán y los reinos vecinos. Pero siempre conviene tener al dios de la guerra de tu parte.

Se vistió con sus mejores galas de Príncipe Hheredero, pues después de regresar del templo sería el momento de presentar a Sikander ante la corte. El nombre aún le resultaba algo extraño, pero no se sentía con ánimo para disgustar a Numa después de lo mucho que ella se había esforzado siempre en agradarle. Además, sospechaba que su mente cada vez tenía más débiles hilos que la conectaban con el mundo real.

Mientras se preparaba, hizo llamar a su más fiel lacayo y le encargó que fuera al templo para preparar su ofrenda. Le entregó una bolsa bien llena de monedas con las que debía comprar el mejor ejemplar que pudiera hallar en los puestos que siempre

permanecían abiertos junto a la muralla menor a los pies del templo.

Cuando al fin salió de sus aposentos, ya completamente ataviado, se encontró lo primero con su abuela. La mujer también había manifestado su alegría por el feliz desenlace del parto, pero Naadur la había encontrado algo extraña, más de lo que era habitual en una mujer de tanta edad como ella.

—Querido nieto, antes de que vayas en busca de tu hijo para llevarlo al templo, quisiera hablar contigo.—

—Ahora no, abuela, tengo mucho que hacer antes de que vengan todos los nobles de la corte esta noche—

—Es importante.— Ella dijo, en ese tono de autoridad que él recordaba desde que tenía memoria, y al que nadie, desde el propio rey Belcentes, hasta el último lacayo de palacio, osaba oponerse.

—Te escucho, pero por favor procura ser breve.—

—Lo seré. No te robaré mucho tiempo, si estás dispuesto a hacer lo que es mejor para el reino.—

—¿A qué viene eso ahora abuela? El reino está más seguro que nunca. Acabo de recuperar los territorios que nos fueron arrebatados. Y presiento que el nacimiento de mi hijo es sólo la antesala de la era de mayor gloria para Kynán y los valate.—

—Es precisamente de tu hijo de lo que quiero hablar.— Ella continuó en el mismo tono severo. Resignado, Naadur suspiró y la miró expectante. — No es momento ahora para discutir por qué lo creo, pero el caso es que opino que tu esposa no es la persona más indicada para encargarse del príncipe. No me interpretes mal, no dudo en absoluto de sus cualidades maternas. El asunto es de índole mucho más seria. Está en juego nuestro destino.—

—¿De qué me estás hablando abuela?— Naadur comenzaba a inquietarse. Primero Dilmala, y ahora su abuela, haciendo enigmáticas afirmaciones acerca de su hijo.

—Hablo de que el príncipe ha de ser educado desde su nacimiento en las más puras leyes y tradiciones valate, sin desviarse en lo más mínimo. Ya tuvimos el peligro de que Domusal, un hombre de sangre mezclada, se sentara en el trono y pervirtiera lo que nos es más sagrado. Por ello, he decidido encargarme personalmente de convertir al nuevo príncipe en el más perfecto valate. No podemos correr riesgos.—

—Pero abuela ¿no será ésa una tarea demasiado pesada para ti?— Naadur intentó argumentar sin mucha fuerza.

—¿Intentas decir con elegancia que soy demasiado vieja, y que probablemente no viviré lo suficiente como para completar el trabajo?—

—Yo no—

—He de decirte que alguien, que lo sabía bien, me vaticinó muy larga vida.—

—Pero—

—No tienes ninguna razón legítima para oponerte. Estarás de acuerdo conmigo en que Numa cada vez está más lejos de nosotros, aunque su cuerpo permanezca en palacio.— Nadur no podía discutir eso, pero recuperando de pronto sus agallas, dijo:

—De acuerdo abuela. No puedo pensar en nadie más adecuado que tú para hacer de mi hijo el más perfecto príncipe valate, pero tengo una condición.—

—Habla pues.—

—Yo decidiré qué personas se encargan de su cuidado.—

—Ya tengo elegida a una excelente nodriza.—

—Nada que objetar a eso, la persona de la que te hablo es demasiado joven para amamantar a un recién nacido, pero será su cuidadora principal.—

—¿De quién me hablas?—

—Luego te la presentaré abuela. Ahora, si me das tu permiso, he de ir en busca de mi hijo para cumplir con la primera tradición a que un valate está obligado.—

Malos augurios

Naadur continuó caminando rápido por los largos corredores hasta llegar de nuevo a la alcoba de su esposa. Estaba tan concentrado en lo que debía hacer, que al principio no vio a Derina sentada junto a la cama como un perrillo al lado de su amo. Se acercó al lecho, donde Numa dormía. A su lado, el recién nacido príncipe permanecía despierto, y Naadur estuvo seguro de que le siguió con sus grandes ojos mientras se le acercaba. Tomó al niño, que seguía envuelto en el lienzo de Dilmala, y se sobresaltó al oír la voz de Derina, a la que no había visto.

—Le he limpiado después de que la princesa le amamantara, pero no hay ninguna otra ropa para ponerle.— Se disculpó la muchacha, con voz tímida.

Naadur le dedicó una sonrisa, y ella se ruborizó como la inmensa mayoría de las mujeres de cualquier edad cuando él les sonreía.

—No te preocupes. Basta con que esté limpio. Ahora para presentarlo en el templo, no necesita ropas, Así el dios le conocerá desde el principio y nunca le confundirá con ningún otro.— Ella puso una expresión de lo más cómica.

Naadur entonces recordó que era loggi, y según su amigo Yaluc, ellos no comprendían muy bien las sutilezas de la religión valate.

Cogió al niño envuelto en la suave manta, y comenzó a salir de la alcoba. En todo ese tiempo, Numa no se había despertado. Antes de salir, se volvió y habló de nuevo a la chica.

—Espera aquí, más tarde te será mostrado lo que has de hacer y donde vas a vivir.—

Sin más, Naadur salió de la alcoba dirigiéndose con paso ligero hacia la salida de palacio que quedaba justo enfrente del edificio del templo. Pensó en lo diminuto y ligero del recién nacido que llevaba cargado. Naturalmente, como buen guerrero valate, él nunca se había ocupado de sus vástagos. Éstos además habían sido casi siempre niñas, que quedaban inmediatamente bajo el cuidado de las mujeres, pues después de todo, ése iba a ser su mundo. Pero ahora, por fin tenía un varón vivo y sano. No había duda de ello. El niño se removía con energía entre sus brazos, y cada vez que le miraba, el pequeño seguía con los ojos muy abiertos. Naadur no tenía experiencia para saber lo poco común que era eso en un niño con apenas unas horas de nacido. Y aunque la hubiera tenido, estaba demasiado feliz para detenerse a considerar pequeños detalles como ése.

Cuando alcanzó la puerta, se dio cuenta de pronto de la lluvia, que seguía cayendo con fuerza. Durante toda la mañana había continuado la tormenta, y los truenos no habían dejado de resonar por todo el palacio, pero él no había prestado atención. No podía salir al exterior con su hijo recién nacido apenas envuelto en una mantita loggi. Este niño era demasiado valioso como para arriesgarse a que se enfriara. De modo que dio media vuelta contrariado por el retraso, y se dirigió a la entrada del pasadizo subterráneo que a veces los reyes utilizaban para cruzar el gran patio que separaba el palacio del templo sin ser vistos por nadie.

Cuando llegó al templo, Palas ya le esperaba tan obsequioso como siempre, con todo preparado. Su lacayo le comunicó que había conseguido un caballo blanco y Naadur casi comienza a saltar y batir palmas de alegría, antes de recordar que sus manos estaban ocupadas con su más preciada posesión en el mundo.

—Los augurios no pueden ser más favorables.— Dijo el Sumo Sacerdote mientras ya le precedía camino de la estatua del dios

más poderoso de todos los dioses. Naadur, como era preceptivo, colocó a su hijo tendido desnudo sobre el lienzo loggi, a los pies de la estatua. El pequeño, que no había dejado de moverse emitiendo suaves ruiditos durante todo el camino, de pronto, se quedó completamente inmóvil, y Naadur juraría que miraba fijamente a la gigantesca estatua que se cernía sobre él. Además, no le pareció que su gesto fuera de agrado ¡Que bobada! se dijo. Al parecer, pasar tanto tiempo al lado de su querido amigo Yaluc le estaba contagiando su desbocada imaginación.

El lacayo trajo el caballo, y tendió las riendas a un sacerdote, que lo colocó delante del dios, dónde Naadur debería sacrificarlo. Se preparó. Tomó el cuchillo ritual que le entregó Palas, con el que debería degollar al magnífico animal, y se dispuso a rebanarle el pescuezo. Justo cuando él alzaba la mano, el principito comenzó a llorar y a agitarse, moviendo frenéticamente sus pequeños brazos y piernas. Naadur se sorprendió ante la potencia de los gritos que salían de aquel cuerpecito, pero lo peor fue que el caballo se espantó. Dando coces, comenzó a agitarse hasta que el sacerdote no tuvo más remedio que soltar las riendas. Por un momento, Naadur creyó horrorizado que el animal pisotearía a su recién nacido heredero, cuyos llantos continuaban igual de desgarradores. Pero el caballo comenzó una loca carrera en dirección contraria, hacia la salida del templo. Naadur oyó los gritos y las carreras del lacayo y los sacerdotes que intentaron en vano detener al enloquecido animal. Éste acabó saliendo por la puerta principal del templo.

Naadur se había quedado helado con el cuchillo aún en la mano alzada en ademán de cortar el cuello del animal del sacrificio. No pudo evitar que le viniera a la memoria el eclipse ocurrido durante la coronación de su padre, y cómo todo el mundo había huido despavorido. Para su mayor asombro, ahora el recién nacido ya no lloraba, y Naadur contempló atónito cómo volvía a

sus gorjeos de antes ¿Qué podía significar aquello? Sin duda era una señal ¿Acaso Nin no aceptaba a su hijo? ¿Qué clase de destino le podía esperar a un príncipe valate sin el amparo y protección del dios de la guerra? No sabía qué hacer. Continuaba allí sin poder reaccionar.

No sabía cuánto tiempo había estado sin ser capaz de moverse ni actuar. Oía el tumulto que se había originado fuera del templo. Ya a esas horas correría la noticia de que el magnífico corcel que Naadur había comprado para ofrecer por su hijo había escapado, asustado por los llantos de éste. Palas meneaba la cabeza, tan desconcertado como él.

—Mi señor, esto no es bueno, nada bueno. No recuerdo que cosa semejante haya sucedido nunca en una presentación.— Aquellas palabras hicieron reaccionar por fin a Naadur.

—¿Acaso insinúas que mi hijo no es digno de ser el heredero de Kynán? Pues te lo advierto. Si me entero de que difundes rumores acerca de lo que ha pasado aquí hoy, no dudaré en convencer a mi padre para que te sustituya como Sumo Sacerdote, y te envíe al destierro más ignominioso.—

—Pero mi señor.—

—Ya me has oído. Si alguien pregunta, teníamos otro caballo. No creo que te sea difícil traer uno del establo del templo, y sacrificarlo delante de Nin en mi nombre y el de mi hijo. Y ahora, continuemos. No ha pasado nada de lo que debemos preocuparnos.—

Naadur no se creía por supuesto sus propias palabras, pero no estaba dispuesto a reconocer que su hijo, por el que tanto había suplicado, y que casi le había costado la vida a su madre, no fuera a ser el heredero que él deseaba.

De modo que, como si no hubiese sucedido nada especial, tomó de nuevo en sus brazos al pequeño, que parecía haber caído rendido por el sueño, y lo alzó por encima de su cabeza delante del dios.

—¡Escúchame poderoso Nin, rey de todos los dioses, Señor de la guerra y protector de los reyes de Kynán! Mira a mi hijo, al que pongo a tu servicio como buen príncipe valate. Tú que elegiste a mi antepasado Andamar el Fundador, y ceñiste en su cabeza la corona de kynán, protege a este hijo mío, que te servirá tan fielmente como yo lo he hecho y continuaré haciéndolo hasta el fin de mis días. Concédele la victoria en las batallas. No apartes de él tu mirada ni permitas que los oscuros Demonios del Abismo le dañen.—

Acabó su súplica, pues no podía añadir el preceptivo, “Te ofrezco para ello este animal en sacrificio”. Sabía que si en algo apreciaba su posición, y le constaba que era mucho, Palas haría lo que le había ordenado, y más tarde, sacrificaría a cualquier caballo de los establos del templo, para luego presentar sus restos y repartir la carne entre los sacerdotes y los nobles en la celebración nocturna.

Naadur salió del templo acarreando de nuevo a su hijo, que ahora estaba profundamente dormido, pero su alegría se había esfumado por completo. No podía dejar de pensar en lo sucedido.

Cuando dejó al pequeño de nuevo en el lecho de su madre, salió en busca de Yaluc. Cuánto le hubiera gustado en ese momento que Dilmala siguiera aún en palacio. Ella sin duda sabría darle una explicación a lo ocurrido en el templo. Si había alguien que conociera lo oculto y sobrenatural, ésa era ella. Pero en su ausencia debería conformarse con la tampoco nada despreciable sabiduría de su querido amigo.

En cuanto entró en sus aposentos, Yaluc se alarmó al ver la palidez de su amado Naadur.

—¿Qué tienes? Parece como si se te hubieran presentado todos los Demonios del Abismo.—

—Todos no. Pero no me cabe duda de que alguno había de andar suelto por el templo cuando he ido a ofrecer el sacrificio por mi hijo.—

—¿Qué ha sucedido?—

Naadur explicó a Yaluc lo sucedido en el templo atropelladamente y con voz temblorosa.

—¿No piensas tú también que sea un terrible augurio como el eclipse durante la coronación de mi padre?—

—No sé lo que pueda significar exactamente, pero sí puedo decirte algo Naadur. Ese niño tuyo que acaba de nacer no es en modo alguno un ser común.—

—Por supuesto que no. Es mi heredero, y será Señor del Mundo después de mí.—

—No me refiero a su sangre real, sino a que es especial.—

Naadur le miró muy serio, y estuvo pensativo durante unos minutos, hasta el punto de que Yaluc creyó que ya no diría nada más. Entonces habló:

—Si te refieres a esa estúpida profecía que le hicieron a mi padre y mi abuela cuando murió el viejo rey Belcentes, yo soy un valate, y como tal, no doy crédito a hechicerías.—

—La mujer que hizo esa profecía sabía de lo que hablaba. Dilmala, a la que tanto admiras, y en cuyos vaticinios sí crees, fue discípula suya aun a su pesar.—

—Parece que esa mujer te resulta muy cercana.— Naadur dijo, ignorando deliberadamente las referencias a Dilmala y sus predicciones.

—Mucho. Pasé todo un invierno viviendo con ella, mientras me dictaba los libros que guardo en mi zurrón.—

—¿Y qué hay en esos libros para que los lleves siempre contigo?—

—Todo.— Yaluc dijo sonriendo misterioso, mientras recordaba cómo Zesera le había dicho exactamente la misma palabra cuando él le preguntó qué quería que escribiera.

Llegó por fin la hora en la que debía celebrarse la solemne ceremonia de presentación del futuro heredero de Kynán ante los nobles. No sería una ceremonia tan brillante como en tiempos pasados. No obstante, la familia real se presentó en toda su magnificencia. Estaban todos, pues se había hecho llamar a Nará para que asistiera.

Yaluc asistiría como uno de los miembros principales de la familia real. Por primera vez fue realmente consciente de lo que eso implicaba. Él también se había puesto sus mejores galas. No dejaba de dar vueltas a lo que Naadur le había contado. Claro que tenía una explicación para lo ocurrido en el templo. Dilmala le había confirmado que el príncipe Sikander era aquél que anunciaba la profecía de Zesera. Pero no podía decírselo con tanta claridad a Naadur. Le rompería el corazón saber que ese hijo tan deseado muy probablemente sería quien acabaría con el reino de Kynán. Además de que todavía no estaba seguro de su propio papel en todo aquello. Al final no había podido preguntarle a Dilmala su opinión sobre las palabras que había recordado del Venerable. Muy erguido junto al rey y la reina viuda, mientras Nará se situaba al otro lado, miró cómo el nuevo príncipe era traído al

gran salón maravillosamente iluminado, y que a esas horas ya estaba lleno de gente.

Aunque no hubieran asistido tantos nobles como al rey Andamar le habría gustado, todas las familias que le apoyaban estaban allí representadas. Naadur entró en el salón, y Yaluc contuvo la respiración procurando disimular la intensa emoción que le producía verle en sus espléndidos ropajes plateados de Príncipe Heredero. Detrás de él, debería haber entrado la princesa Numa llevada en andas, pero ésta aún se hallaba demasiado débil para tanto alboroto. En su lugar, a un par de pasos de su padre, caminaba la princesa Nysbe. El salón se llenó de murmullos. Lo habitual era que los hermanos y hermanas del nuevo príncipe desfilaran al final de la comitiva.

Una robusta mujer de cara redonda y roja llevaba al recién nacido sobre un cojín forrado de seda blanca y que Yaluc suponía, estaría relleno de suaves plumas de ganso. El pequeño, que dormía plácidamente, ya iba ataviado con una diminuta túnica blanca, como era la vestidura habitual de los niños valate. Su cabeza estaba completamente calva, pero cuando le creciera el cabello, éste sería mantenido muy corto hasta que cumpliera los 12 años, cuando comenzaría a dejarlo crecer al convertirse en hombre. Junto a la mujer de cara roja que Yaluc supuso sería la nodriza, caminaba Derina con gesto completamente desconcertado. La habían vestido con la sencilla túnica parda de las criadas, y su bonito cabello castaño que le caía por la espalda, estaba ahora oculto bajo una pañoleta del mismo color que su túnica. Yaluc sintió que se le encogía el corazón. Derina era, igual que Mores, como una hermana pequeña para él. Su madre Jaduma y su padre, el siempre amable Mosh, le habían acogido como a su propio hijo. Al mirarla, recordó cómo se había sentido él, tan intimidado o más, al entrar por primera vez en aquel palacio,

pensando que el rey deseaba matarlo. Imaginaba lo perdida que Derina debía de sentirse, rodeada de completos extraños.

Nysbe ya no estaba tan enfadada como cuando le comunicaron el nacimiento de su hermano. Por supuesto, seguía sin entender por qué no podía ella ser la reina, como había oído que sucedía en otros lugares. En Narvaly, sin ir más lejos, su pariente Zodrim se sentaba en el trono como reina con todas las de la ley. Pero su cambio de humor se debía a ese niño que acababa de nacer. Cuando fue llevada por la mañana a la alcoba de su madre para conocerle, iba completamente dispuesta a odiarle por haberle robado su oportunidad de llegar a ser la reina de Kynán. Sin embargo, en cuanto se inclinó para mirarle, él fijó en ella aquellos ojos tan parecidos a los de su madre y los suyos propios, y simplemente, no pudo. Además, tenía motivos para sentirse orgullosa. Su padre le había confiado una importante misión. Ella iba a sustituir a su madre en la ceremonia. No sólo no la habían olvidado, sino que era importante.

Yaluc siguió observando a los presentes que contemplaban el singular desfile encabezado por Naadur. Entre ellos, y en un lugar destacado, sólo por detrás de los parientes Gormaron de la reina viuda, vio a los Kyrás, los dos únicos que quedaban después de la plaga. El que era fiel mano derecha de Andamar y futuro suegro de Yaluc, Damosén, y su prometida, Ory. Ella, naturalmente, llevaba sus sencillas vestiduras infantiles. Cuando su mirada se encontró con la de Yaluc, le sonrió abiertamente. Él de pronto pensó que Ory y Derina tenían la misma edad, 13 años, y sin embargo su aspecto era tan diferente. Derina, a pesar de su expresión inocente, era ya una mujer, ni siquiera la fea túnica informe de criada acertaba a ocultar sus pequeños pero firmes pechos. Mientras que Ory, cuya mirada estaba muy lejos de resultar inocente a ojos de Yaluc, poseía un cuerpo sin apariencia alguna de femineidad. No es que a él eso fuera a importarle, pues

tanto le habría dado aunque Ory hubiera sido una belleza, pero había algo en ella, algo que le repelía más allá de su poco interés en las mujeres.

Naadur se detuvo junto al pequeño trono dispuesto sobre un estrado que presidía el salón. Y esperó hasta que los que caminaban tras él llegaran a su altura. Entonces, colocó la mano con gesto protector sobre la rubia cabeza de la princesa Nysbe, y dijo:

—Mis queridos amigos, y súbditos de mi padre. Las circunstancias de esta ceremonia no son las habituales. Mi esposa se halla demasiado débil para hacer frente a su obligación, y no hay ninguna otra mujer con el linaje suficientemente alto como para sustituirla. Dado que mi abuela como viuda y mi tía Nará como Primera Doncella, están inhabilitadas para tal cometido, he decidido que sea mi hija, la princesa Nysbe quien ocupe el lugar de mi esposa mientras ella no pueda hacerlo.—

Más murmullos. Naadur no quiso mirar a su padre, pues intuía su cara de asombro y seguramente desaprobación, pero ya estaba hecho. Continuó.

—Ya sé que sólo tiene 7 años, pero como ya he dicho, las circunstancias son excepcionales. Y por eso, en este momento, proclamo a mi hija Nysbe mayor de edad, con todo lo que ello conlleva. A partir de hoy, le será permitido dejarse crecer el cabello y vestir como una joven valate. Y ahora, mi querida Nysbe disponte a realizar tu tarea como te he encomendado.—

Llena de orgullo, y con todo su interior burbujeando como una olla al fuego, Nysbe sintió el impulso de saltar y subirse al trono como la niña que era. Pero muy a tiempo recordó lo que su padre le había dicho antes a solas, y acababa de decir ahora delante de todos. Ella ya no era una niña. Era la princesa Nysbe de Kynán que debía sustituir a su madre. Por tanto, con toda la solemnidad

de que fue capaz, caminó hacia el trono, y subió a él. Le costó subir al estrado donde se hallaba, pues era muy alto para ella, pero su padre le tendió la mano sin cambiar su propio gesto solemne. Una vez sentada en el trono, las piernas le colgaban. Yaluc la miró con ternura. Hubo nuevamente murmullos. Sin embargo, no sólo Naadur, sino también Yaluc, miraron a los presentes con gesto reprobador, y nadie osó reírse o comentar la curiosa circunstancia. La nodriza había depositado al principito en su cojín en los brazos de su padre, y éste lo colocó con sumo cuidado sobre el regazo de la pequeña princesa. El rostro de Nysbe resplandecía de puro gozo. Naadur habló de nuevo:

—Amigos míos, nobles de Kynán. Muchos de vosotros o vuestros hijos me habéis seguido y servido bien en batalla, por lo que os estoy agradecido. Os solicito ahora que reconozcáis a este mi hijo, que será quien os conduzca en el futuro, y a quien habréis de obedecer. He aquí al príncipe Sikander, futuro rey de Kynán y Señor del Mundo.—

Tras ello, volvió a colocarse al lado del trono, mientras todos los nobles y sacerdotes presentes comenzaban a desfilar para ver de cerca y así reconocer a su futuro señor. Nysbe no cabía en sí de felicidad, pues al mismo tiempo que todos aquellos nobles, grandes señores y linajudas damas reconocían a su hermano, también de alguna manera la reconocían a ella en su nueva situación. Enderezó la espalda todo lo que podía sin poner en riesgo a su pequeño hermano que reposaba sobre su regazo, y puso el gesto más serio y solemne que supo. Sí, de verdad, ella también era importante.

Una corona para Menetir

Durante los días siguientes continuó la lluvia incesante. A veces acompañada de rayos y truenos, otras veces mansa pero sin pausa, e incluso en las peores ocasiones, transformada en granizo, que como crueles piedras, caía sobre los campos destrozando lo poco que aún quedaba de las escasas cosechas. Al mismo tiempo, por todo el reino se fue extendiendo la noticia del nacimiento del nuevo heredero de Kynán. Nadie convocó a la gente a palacio, como en otras ocasiones sucedía, pues el mal tiempo no hacía recomendable que el orgulloso padre mostrara a su hijo al pueblo desde el balcón de palacio. Además, estaban los rumores, que a pesar de los intentos de Palas, se difundían acerca de los extraños sucesos ocurridos durante la presentación en el templo. No se había conseguido atrapar al caballo, que había terminado huyendo hacia la playa, donde siguió su alocada carrera hasta dejar de ser visto por la gente. Los rumores eran de toda clase. Para sorpresa de Naadur, a quien sus fieles lacayos mantenían informado, la gente no interpretaba lo ocurrido como mal augurio, sino que lo asociaban a la aparición del cometa y la llegada de las lluvias. Todo ello les hacía creer que el recién nacido poseía la capacidad de obrar prodigios.

Cuando por fin tras más de una semana, las nubes despejaron el cielo, ya no había en él rastro alguno del cometa, lo que contribuyó a que la gente se reafirmara en su creencia. A falta de presentación oficial, muchos se habían congregado en las plazas, no sólo de Taros, sino de cualquier ciudad o aldea grande, para rendir su particular homenaje al nuevo príncipe que había obrado tales maravillas. Naadur no sabía qué pensar de ello, pero al

menos, si el pueblo estaba feliz por el nacimiento, y daba la bienvenida a su hijo, todo lo demás tendría arreglo.

No tardó tampoco la noticia del nacimiento del príncipe Sikander en extenderse por los reinos vecinos. Pero en concreto, en Esterria, la noticia se vio eclipsada por sus propios venturosos acontecimientos. Pocos días después de la llegada al mundo del nuevo príncipe valate, se celebró la boda de Enekhhal y Marusene. Tal y como Tessino había vaticinado, los nobles parientes del rey protestaron, pero ninguno se atrevió a enfrentarse abiertamente a Enekhhal, pues todos sabían quién era. Muchos habían combatido del lado de su padre y luego de Menetir, con la esperanza de recuperar sus propios privilegios perdidos, en caso de victoria de aquél. Conocían las desavenencias entre los hermanos, pero a pesar de todo, no se les escapaba que por mucho que no se llevaran bien, puestos a elegir ¿a quién elegiría Menetir, a unos nobles díscolos o a su propio hermano? No tenían dudas del resultado de tal elección, por lo que sabiamente optaron por aceptar a Enekhhal como esposo de Marusene, y a ésta como futura regente cuando el cada vez más débil rey Dolomán se uniera a los antepasados en el inframundo.

Por su parte, Menetir recibió la noticia como un nuevo agravio hacia él. Ahora también su odiado primo Naadur tenía un heredero. Mientras que él apenas podía hacer nada para reunir un nuevo ejército. La posición de Andamar y su familia en el trono de Kynán era cada vez más firme y segura. Ni siquiera le quedaba ya el consuelo de disfrutar de la nueva actitud de su esposa en el lecho. Al cabo de unas pocas noches, ella dejó de mostrar resistencia, y volvió a su pasiva actitud de antes, cuando se desposaron. Menetir se sentía cada vez más frustrado. No sabía

cual era su posición en el reino. Los nobles le ninguneaban, ya parecía que ni siquiera le temían como antes, sabedores de que no disponía de ejército. Y ni siquiera contaba con el consuelo de la amistad de su fiel cuñado Temuzén, pues éste se había retirado a un pequeño castillo en un recóndito valle del reino, para dedicarse a su melancólica esposa.

Enekhhal estaba feliz, o lo más cerca que él con su carácter cínico y descreído, podía encontrarse de la felicidad. Incluso había recibido la sorpresa en el día de su boda, de que le proporcionasen unas vestiduras completas de príncipe valate. No les faltaba detalle, ni siquiera los emblemas de la familia. Mientras contemplaba el emblema Damoy del rey subiendo a la montaña con el sol naciente, pensó en lo irónico de su vida. Había tenido que perderlo todo para ser tratado como nunca lo había sido antes, pues siempre había permanecido a la sombra de su hermano mayor. Sin embargo, los mismos que unos meses antes no habrían dudado en asesinarle, ahora le adulaban como al más alto de los príncipes. Él, sin embargo, no se engañaba, era demasiado inteligente para ello. Pero no podía negar que le complacía. No confiaba en vivir lo suficiente como para recuperar sus posesiones y su dignidad de príncipe Damoy, pero su hijo sí que lo disfrutaría. Tesimandro sería un Damoy con todo el derecho, y un día no muy lejano se sentaría en el trono de Esterría. Quién se lo iba a decir a él, el príncipe segundón. Al final no sólo ejercería como corregente de un reino grande e inmensamente rico, sino que sería el padre de un rey. Por un momento, mientras miraba a su recién estrenada esposa, tan bella y sonriente, se le ocurrió pensar en su hermano ¿Qué opinaría Menetir de todo esto? Con seguridad le fastidiaría en grado sumo, y ese pensamiento le produjo un gran placer que se reflejó en su más

que amplia sonrisa, mientras tomaba a su esposa de la mano, camino de sus aposentos privados.

No hubo tregua significativa entre las lluvias y el invierno. Al igual que aquel año el verano había sido desacomodadamente seco y caluroso, incluso en los reinos de montaña como Narvaly, tras las tormentas, hubo unos pocos días de calma, pero enseguida llegó el frío. Las heladas nieblas avanzaron desde el mar para engullir a toda la ciudad de Taros, mientras que más al sur, regresaban las lluvias, ahora acompañadas de gélidos vientos, y la nieve comenzaba a cubrir las cimas de las montañas.

Las alegres reuniones de la gente en las plazas para dar la bienvenida al nuevo príncipe pronto cambiaron de cariz con la llegada del mal tiempo. El frío y la lluvia no hicieron más que incrementar las ya duras condiciones en las que la mayoría vivían. Muchos vagaban sin rumbo de aldea en aldea, pues la guerra y la plaga habían acabado con muchos señores, y ya nadie organizaba el trabajo en las granjas y los campos. Otros habían acudido entusiasmados al reclamo de Agón y los suyos, y acampaban ya por miles en los alrededores de la Aldea del Roble Partido que como la mayoría, no disponía de reservas de alimentos para atender a tal multitud. De modo que, aquellas alegres asambleas pronto se convirtieron en tumultos y hordas desordenadas que no dudaban en asaltar los almacenes de grano de las pequeñas fortalezas abandonadas. A Andamar le llegaban estas alarmantes noticias. No había duda de que cuando acabasen con las fortalezas y castillos abandonados, pasarían a los que estaban habitados, donde se almacenaba mayor cantidad de alimentos. El rey se sentía angustiado, y compartió con su hijo sus preocupaciones.

—Padre no temas, yo me encargaré de esos rebeldes loggi, que pretenden desafiar nuestra autoridad. Su cabecilla es precisamente aquél a quien beneficiaste cuando curó tu brazo herido. Ha pagado nuestra generosidad con la traición. Desertó de mi ejército llevándose con él hombres y armas que legítimamente nos pertenecen. He jurado que recibirá su justo castigo, y así será. Pero me informan mis espías de que el invierno se ha adelantado, y los pasos de montaña ya están impracticables. Tampoco se encuentran en mejor estado los caminos que incluso dando un rodeo mayor, podrían llevarnos hacia el campamento de los rebeldes. Me temo que no me es posible mover un ejército hasta la primavera.—

En Narvaly, Menetir seguía ensimismado en sus propios problemas. Ya no tenía ni siquiera la pequeña asignación de que disponía como Primer Consejero de su esposa, y debía conformarse con su magra paga de general del ejército narvaliense. Sin duda, esta merma económica era la venganza de su esposa por haber rechazado el puesto en la anterior ocasión. Su mal humor y frustración, unidos a su sentimiento de ser constantemente humillado por parte de los nobles, hicieron que se acercara más a los escasos hombres que aún permanecían fieles a su causa, y que eran verdaderos soldados valate, no mercenarios contratados. Frecuentar a la soldadesca le hizo caer en su antigua mala costumbre de jugarse hasta las vestiduras en partidas de dados que, como pudo comprobar para su mayor disgusto no le eran más favorables que antes. Junto con sus nuevos amigos además de jugar y beber, solía salir de caza, incluso cuando el tiempo era tan adverso como ahora, y la nieve caía abundante sobre las cumbres y los valles de Narvaly. Cualquier excusa era buena para alejarse de aquella corte donde no paraban de humillarle. Zodrim más de una vez le había

reprendido por su actitud, mezclándose con soldados plebeyos y avergonzando a su familia. Pero él estaba tan furioso por su papel en aquella farsa, que parecía haber olvidado incluso su famoso orgullo de príncipe valate.

Se encontraba en una de aquellas cacerías, cuando de pronto se quedó solo al perseguir a lomos de su caballo a una cierva que huía internándose en el bosque. Estaba tan entusiasmado siguiendo a su presa, que no se dio cuenta de que los demás no le seguían. Tuvo no obstante que detenerse en medio de un claro, pues había perdido de vista al animal, y no tenía idea de hacia dónde había ido. A pesar de la nieve que caía, tanto él como su montura sudaban profusamente por el esfuerzo. Entre las blancas nubes de vapor que creaban sus alientos, le pareció ver un grupo de sombras. Su instinto de guerrero se puso en alerta, y echó mano de su espada. Sin embargo, antes de que pudiera desenvainarla, un grupo de hombres a caballo cubiertos por mantos negros que no dejaban más que sus ojos a la vista, ya le había rodeado.

—Será mejor que no saques tu espada Menetir. Si nos acompañas de buen grado, todo irá bien. Pronto estaremos junto a un fuego acogedor.—

—¿Por qué he de hacer lo que me decís? ¿Quiénes sois y qué pretendéis?—

—Nuestros nombres no son importantes Menetir. Tú sólo has de saber que venimos en tu busca enviados por alguien importante y poderoso.—

—¡Descubríos y decidme quién os envía y para qué me quiere, o no me moveré un paso!—

—Como quieras.— Y apenas terminó de hablar el que parecía el portavoz del grupo, Menetir sintió un fuerte golpe en la nuca, y todo se volvió oscuro.

Cuando despertó, con dolor de cabeza y mareado, se encontraba en una especie de gran habitación que parecía hecha de tablas por las que se colaba el viento helado, pero a su lado había un gran fuego, que mitigaba y mucho el frío de aquella tarde de invierno. Trató de sentarse con cuidado a causa del mareo frotándose la nuca, y vio que frente a él, sentado en un banco de madera, había un hombre sin barba y de cabellos grises, que le resultaba familiar. Se fijó mejor, y vio el color de su peto que era verde, con lo que identificó a cuál de los clanes debía de pertenecer. Ahora que le veía mejor, recordaba haberle visto alguna vez en palacio.

—¿Qué quieres? ¿Te ha enviado acaso mi esposa para que me asesines?— Preguntó iracundo, y su ira sólo aumentó cuando se dio cuenta, al echar mano de su espada, de que no la llevaba ceñida a su cintura como siempre. El viejo sonrió condescendiente.

—Si quisiera matarte, ya estarías muerto. No habría esperado a que despertaras ¿no crees? Y en cuanto a tu esposa, no, ella no me envía.—

—Pero la sirves, todos vosotros la servís ¿Cómo podéis llamaros hombres, y aceptáis que os gobierne una mujer?—

—Aunque no has pasado mucho tiempo en Narvaly, llevas viniendo aquí desde tu infancia. Ya deberías saber que los narvalienses somos ante todo comerciantes. Lo más importante para nosotros son los negocios. Si la reina hace que éstos sean posibles, bienvenida sea la reina. Pero no todos nos sentimos cómodos con el gobierno de tu esposa.—

—De modo, que aún hay en Narvaly algunos hombres.—
Menetir sonrió.

—No es por la razón que crees Menetir. Tanto nos da si quien se sienta en el trono es macho o hembra, mientras nosotros podamos seguir haciendo nuestros negocios en paz. Paz, que por si lo has olvidado, tú destruiste de la peor manera.—

—Si tanto os desagrado ¿qué queréis entonces de mí?—
Menetir preguntó altivo, recuperando de pronto su carácter habitual.

—Como te he dicho, no todos estamos conformes con la actual reina, porque somos partidarios de otro miembro de la familia real, uno que ha permanecido desterrado demasiado tiempo.—

—¿De quién me hablas?—

—Tú no le conoces. Se trata del noble Anfós. Pero él fue gran amigo de tu abuelo el rey Belcentes, y también de tu padre. Más de una vez, fue invitado a las reuniones en la Heredad del Sur.—

— Me hablas de un amigo de mi abuelo. Sin duda, igual que él todos sus contemporáneos han de habitar el Inframundo.—

—No todos. Como tú bien sabes, la viuda de tu abuelo vive aún, y según lo que he oído, goza de excelente salud.—

—Pero ella era más joven que mi abuelo.—

—Cierto. Este noble de quien te hablo, naturalmente, es ya muy anciano. Según dice, ha cumplido los 80 años ¿Quién puede ponerlo en duda? Como bien dices, no hay gente tan anciana a quien preguntar si eso es cierto. Se trata de un primo del antiguo rey de Narvaly, el padre del rey Rotik, tu suegro. Él se enemistó con el rey, y fue obligado a desterrarse. En su ancianidad, siente cada vez más nostalgia de su patria, y desearía volver. Naturalmente, él es demasiado anciano para disputar el trono a Zodrim, pero tiene hijos y nietos, que aún se sienten demasiado

agraviados por el injusto trato que el viejo rey dio a su familia. No voy a comparar su situación con la tuya. Pero ellos creen que la nieta de su agresor no merece estar sentada en el trono.—

—No sé si puedo creer lo que me cuentas. Me hablas de un hombre más anciano que nadie que yo haya conocido ni de quien haya oído hablar, y me dices que fue expulsado de este reino. Dime, si cometió tal delito contra el antiguo rey ¿cómo es que no le hizo ejecutar, como mi cuñado Netyk hizo con su propia hermana?—

—No se trató de un delito de traición. Lo que enemistó a este noble con el viejo rey su primo, fue que ambos deseaban a la misma mujer. Se trataba de una bella esclava midummita que le fue regalada al rey en su coronación. Pero Anfós también la deseó desde el momento en que la vio. Al parecer, ella quedó preñada de él, y colaboró muy gustosa, pues Anfós a cambio de sus favores le concedió la libertad, cosa a la que no tenía derecho, pues ella era una esclava del rey. Éste montó en cólera, y hubiera matado con sus propias manos al infractor, si no le hubieran detenido sabiamente los clanes. Las guerras civiles no son nada bueno para ningún reino, como estamos pudiendo comprobar en el caso de tu propia familia. Narvaly jamás sufrió ninguna, y esperamos que así siga siendo.—

—Pero pretendéis desalojar a Zodrim del trono ¿Creéis acaso que sus partidarios no ofrecerán resistencia?—

—Los planes que tenemos son más complejos que eso. Te será revelado tu cometido en cuanto te dispongas a colaborar con nosotros.—

—¿Y por qué habría yo de hacerlo?—

—Porque saldrás muy beneficiado. Te lo aseguro.—

—Pero, contando con que yo acepte participar en un plan que aún desconozco, sin duda sabes que mi posición en este reino no es precisamente la de alguien cuya ayuda os sea útil. Apenas tengo para subsistir sin dignidad alguna, y mi relevancia política es inexistente.—

—Sin ánimo de indisponerme contigo, debes reconocer que tu situación económica es en gran parte culpa tuya. Deberías controlar mejor tus inclinaciones al juego y las borracheras. No olvides que eres un príncipe valate. Y en cuanto a tu posición, también está en tu mano dejar de estar marginado y poder actuar desde una posición ventajosa.— Menetir abrió los ojos asombrado e incrédulo.

—¿Y cómo puedo conseguir tal cosa?—

—Muy fácil ¿Por qué crees que después de tantos meses desde que Zodrim fue proclamada reina, aún no te ha coronado como su rey consorte? Deberías pensar en tu comportamiento hacia ella. Las mujeres, como sabes, son rencorosas.—

—¿Coronarme?— Menetir preguntó sinceramente sorprendido.

—Sí amigo mío. En Narvaly, el rey suele coronar a su consorte para que el Consejo de los Clanes reconozca su autoridad. Esto sucede tanto cuando hay un rey, como cuando hay una reina. En el caso de las esposas reales, es para asegurar que la descendencia sea reconocida como legítima, y en el caso de los esposos de reina, como es tu caso, es para que el consorte pueda realizar con todo el derecho sus funciones en la corte. Pero veo que no te has tomado siquiera la molestia de enterarte de tus obligaciones como consorte de Zodrim.—

—¿Y qué debo hacer? ¿Cómo puedo conseguir que me corone? Ella no está muy contenta conmigo ¿Debo ser un esposo más amable? ¿Crees que así querrá coronarme?— Menetir

preguntó, obviamente sin haber escuchado la palabra obligaciones. Pensaba ya únicamente en ceñir una corona y echar mano del tesoro real para su ansiado ejército conquistador de Kynán

—No se trata sólo de tu comportamiento como esposo, aunque si eres gentil y afectuoso con ella, seguro que facilitarás la convivencia. Pero no, lo único e imprescindible que se espera de ti, como de cualquier consorte para ser coronado, es que jures lealtad a la reina.—

—¿Jurar yo servir a una mujer?— Menetir se indignó.

—Eres demasiado terco y estúpido. Sólo piensas en tus sentimientos. Recuerdo que siempre fue así, desde que eras un niño, y venías con tu familia de visita a Narvaly ¡Cuánto más fácil sería todo esto, si te parecieras más a tu inteligente hermano!— Eso, naturalmente, hizo enfurecer a Menetir. Pero el viejo no parecía en absoluto impresionado. —Cálmate, y piensa con astucia por una vez en tu vida. Si juras lealtad a tu esposa, ella ya no tendrá ninguna excusa para no coronarte. Y cuando lo haga, tendrás autoridad como un miembro del Consejo Real. Entonces y sólo entonces, podrás sernos de utilidad. Y sabremos recompensarte. Te lo aseguro.—

—Y dime ¿qué me impedirá, cuando mi esposa me corone, denunciaros ante ella? Después de todo, ya no me será necesaria vuestra ayuda, pues seré rey consorte.— El viejo suspiró ruidosamente, haciendo un gesto de resignada paciencia.

—Ni siquiera recuerdas mi nombre, pero aunque supieras quién soy, y pretendieras delatarme ante Zodrim, dime ¿qué pruebas tienes de que lo que te he dicho sea cierto? Ni siquiera de que esta conversación haya tenido lugar. No dudes Menetir que, si nos traicionas ante Zodrim, lo negaremos todo, y ¿a quién piensas que creará ella, a los nobles que le sirven con lealtad, o a

un esposo que la maltrata y se comporta más como un salvaje que como un príncipe? Sé de buena tinta que ella te ha amonestado más de una vez por tu conducta, y que se sentiría más que aliviada de deshacerse de ti, si tuviera un modo de hacerlo.—

Menetir sentía hervirle la sangre ¿Cómo osaba aquel maldito viejo insultarle de tal modo? No pudo aguantarse, y comenzó a incorporarse, dispuesto a lanzarse sobre el hombre que tenía enfrente. Unos fuertes brazos le retuvieron desde ambos lados. Vio furioso cómo un par de aquellos gigantones forzudos que solían guardar los aposentos de la reina, le sujetaban ambos brazos.

—Está bien. Podéis soltarle. Creo que ya se ha dado cuenta de que su ímpetu no le llevará a ninguna parte. Y bien Menetir ¿Aceptas colaborar con nosotros? Para ayudar a que te decidas, sólo te diré que el noble Anfós posee una gran fortuna. Si crees que las aportaciones de oro que te entregaba tu cuñado Nettik eran generosas, no imaginas la inmensa fortuna de Anfós, y lo que él puede darte.— Después de mirarse por unos minutos, el viejo volvió a hablar. —Veo que aún pareces dudar ¿qué te impide aceptar nuestra generosa oferta?—

—Si os ayudo a destronar a Zodrim ¿Qué me quedará a mí? Ya no seré siquiera esposo de reina. Y además si ella es destronada, nuestro hijo Uthegal dejará también de ser el heredero de Narvaly.—

—Bueno, me sorprendes. Estaba convencido de que al trono al que aspirabas era el de Kynán, que legítimamente te pertenece, no el de Narvaly. Ayúdanos a sentar a uno de los nuestros en el trono de este reino, y tendrás oro más que suficiente para formar el más poderoso ejército que hayan visto los siglos, y recuperar el trono que te robaron. Así, tu hijo heredará Kynán, que es lo que

corresponde ¿no crees?— Eso fue más que suficiente para convencer a Menetir.

Sellaron el acuerdo con un apretón de manos. El viejo dijo que de momento, era mejor así, que confiaba en la palabra de Menetir.

—Y recuerda que, si nos traicionas, te lo haremos pagar. Y del mismo modo que la recompensa por ayudarnos será grande, así también será el castigo, mucho más de lo que imaginas.—

Terminó la reunión, y Menetir tuvo que aceptar a regañadientes, ser subido de nuevo a la carreta destartada donde le habían trasportado antes, y que su cabeza fuera cubierta con un grueso manto.

—Es necesario. Antes estabas inconsciente, pero no es conveniente que sepas dónde hemos estado. No temas, tu caballo y tus armas te serán devueltos en cuanto estemos de nuevo en el claro donde te encontramos.—

Cuando llegó esa noche ya oscurecido a palacio mientras soplaba una terrible ventisca, dudaba de si lo que le había sucedido era la verdad o lo había imaginado. Sin embargo, al día siguiente, mientras caminaba por los pasillos de palacio, vio a los nobles del Consejo que se disponían a reunirse como cada mañana con la reina, y entre ellos, estaba el viejo del peto verde. No le miró, pero Menetir supo que le estaba vigilando, esperando a que pusiera en marcha el plan convenido ¿Cómo convencer a Zodrim de que de pronto deseaba ser un esposo devoto y leal? Ella ya no confiaba en él. La había perdido. Ya no conseguiría seducirla. No después de haber entrado durante tantas noches consecutivas en sus aposentos, y haberla forzado en el lecho. Sin embargo, se dispuso a intentarlo.

Solicitó audiencia, a pesar de la rabia que le producía tener que pedir como cualquiera poder hablar con la reina. Pero sabía que

así era del único modo en que ella le atendería, pues por la noche en el lecho, ni siquiera le miraba, mucho menos hablaba con él. No, era mejor que la tomara cuando estaba serena.

Zodrim le recibió aquella tarde. Cuando entró al salón de recepciones real, la vio sentada en el trono, en solemne pose de majestad. Irradiaba autoridad, y su gesto adusto le indicaba que le iba a resultar muy difícil ganarse su voluntad. Pero durante la noche había estado meditando en su miserable situación actual y en todo lo que podía ganar, si hacía lo que le habían sugerido. No era más que un simple gesto, se dijo. No debía permitir que su orgullo se interpusiera en su futuro. El trono de Kynán estaba al alcance de su mano. Sólo tenía que hacer un simple gesto.

Ante la mirada atónita de Zodrim, y la de los nobles que se encontraban allí con ella, Menetir cayó de rodillas ante el trono.

—¡Oh mi fiel esposa y muy noble reina Zodrim! He meditado profundamente sobre mi indigno comportamiento hacia ti y para con este reino, y en esta hora te digo que estoy sinceramente arrepentido. Si tuvieras a bien escucharme, quisiera demostrar que mis palabras son sinceras.—

Ella continuó mirándole seria, sin que en su rostro se reflejara el menor cambio. Ya pensaba Menetir que no había nada que hacer, cuando ella habló:

—No sé qué pretendes con esto Menetir. Tus actos han sido viles y mezquinos desde el momento en que te desposaste conmigo. Los narvalienses aún no han olvidado la destrucción que tú y tus mercenarios trajisteis.—

—Señora, te aseguro que estoy sinceramente arrepentido de todo ese daño.—

Ahora sí hubo un cambio en el semblante de Zodrim. Llamarla señora la había tomado totalmente por sorpresa. Menetir sintió

que ganaba terreno. Decidió tomárselo como un avance en el campo de batalla. Tenía ventaja, y debía aprovecharla.

—Habla pues. Te escucho.—

—Como digo, he meditado largamente sobre mi indigna conducta, y estoy sinceramente arrepentido. Me he dado cuenta de la fortuna que tuve al desposarme con una dama tan noble como tú. Después de que me fuera robado todo lo que legítimamente me correspondía, incluso mi nombre, tú has continuado honrándome con tu afecto.—

Como estaba pendiente del más mínimo cambio en el rostro de ella, no le pasó desapercibido el ligero movimiento de cejas al oír sus últimas palabras. Daba igual. Si tenía que humillarse ante aquella gente, más valía que lo hiciera de tal modo que ella no pudiera negarle lo que le iba a solicitar.

—Por eso, mi muy amada esposa, solicito que me concedas el honor de continuar a tu servicio. Delante de todos estos nobles y buenos hombres, te doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para honrar a Narvaly como fiel consorte de su muy noble reina Zodrim.—

Ella se quedó pensativa por unos minutos, que a Menetir se le antojaban interminables. Hubo murmullos sorprendidos de todos aquellos que eran ajenos al plan, aunque un pequeño grupo no sintió sorpresa alguna. Por fin, la reina se puso en pie y habló:

—Ponte en pie Menetir. He escuchado tus palabras, y las tomaré en consideración,— La asamblea prorrumpió en murmullos, ahora mucho más animados.

La opinión de la mayoría era que ya había llegado el momento de que Menetir fuera coronado consorte real, aunque también, seguían desconfiando de él casi todos. La reina dio por terminada la asamblea. Menetir quedó algo confuso. Zodrim no le había

negado la corona, pero tampoco había expresado claramente que fuera a coronarle, ni cuándo. Intentó buscar entre los nobles a aquél con el que había hablado, sin hallarle. Ya se disponía a abandonar él también la sala, cuando Zodrim le llamó.

—Quédate, esposo. He de hablar contigo.—

Interpretando esas palabras como la confirmación de su victoria, Menetir se acercó a su esposa con una gran sonrisa. Cuando estuvo a su lado, Zodrim se puso de puntillas para acercarse a su única oreja, y le susurró:

—No pienses que he creído ni por un momento en tus palabras de arrepentimiento, Menetir. No confío en ti. Sé muy bien que estás mintiendo. Pero has sido astuto. Al hablar delante de la asamblea de los clanes no puedo negarte la corona. Pero no te confíes demasiado.—

Las palabras de Zodrim habían sido duras. Nunca la había oído hablar en semejante tono, y curiosamente, eso, al igual que su resistencia de los primeros días de su regreso, le excitaba sobremanera. Encontraba a esta Zodrim inmensamente más interesante y atractiva que a la sumisa jovencita que le seguía como un perrillo anhelando cualquier momento de atención por su parte, cuando visitaba a sus parientes de Narvaly.

La coronación se estableció para la semana siguiente. Menetir, con buen juicio, cosa rara en él, decidió que no debía enfadar a Zodrim; no, al menos hasta después de ser coronado. Por eso, no acudió a su lecho después de aquella tarde en el salón del trono. La mañana del solemne día en que por fin sería coronado Consorte de Narvaly, recibió una sorpresa. Mientras sus asistentes le ayudaban a vestirse con sus mejores galas, un lacayo entró en sus aposentos.

—Mi señor Menetir, traigo algo para ti.—

—¿Qué es?— Preguntó intrigado, al ver que el lacayo no portaba bultos ni paquete alguno.

—Es un regalo de parte de quién tú ya sabes.— Dijo misterioso el lacayo, y entregó al sorprendido Menetir un cilindro de cuero, que sin duda contendría algún documento.

Con inquietud creciente e impaciencia, echó a sus asistentes en cuanto terminaron de vestirle, y se lanzó a abrir el rollo. Cómo esperaba, dentro había no uno, sino varios pergaminos cuidadosamente enrollados, y separado de ellos, otro, que cayó al suelo cuando extrajo los demás. No le costó reconocer aquellos documentos, llevaban su firma. Eran los que había firmado comprometiéndose a pagar las cada vez más abultadas cantidades que perdía a los dados. Con manos temblorosas, tomó el que había caído al suelo. En él, sólo había un par de frases escritas: “Tú cumples, y nosotros cumplimos. Tus deudas han sido pagadas.”

No estaba firmado, pero no le hacía falta para saber de quién era. “Quién tú ya sabes”, naturalmente, aquel noble que le había hablado en el bosque. Así que iba en serio. Se había comprometido a traicionar a su esposa a cambio de por ahora, saldar sus deudas de juego.

Sin embargo, no sería Menetir si le dominaran los remordimientos. Bien se puede decir que desconocía tal sentimiento. Él era el príncipe Menetir. Había sido injustamente tratado. Y sólo comenzaba a recuperar el lugar que merecía, y que nunca debió perder.

Bien erguido, caminó con paso majestuoso hacia el gran salón del trono. Allí le esperaba la reina, rodeada de todos los representantes de los clanes, los sacerdotes de los dioses principales, las altas damas de la corte, y sus hijos. Todos para

contemplar cómo se comenzaba a reparar la horrible injusticia cometida contra él.

Añoranzas y retornos

Como ya había anunciado el breve otoño, el invierno se presentó con toda su crudeza en el reino de Kynán y sus reinos vecinos. Incluso en la ciudad de Taros a orillas del mar, el frío fue inusitadamente intenso, y hubo nevadas muchos días seguidos, cosa que no se recordaba desde hacía generaciones. Yaluc, como le sucedía a menudo cuando el tiempo era demasiado malo para sus interminables paseos, se veía presa del aburrimiento. Desde que habían regresado, sus obligaciones habían cambiado bastante. Ahora no había guerra, por lo que los ejercicios militares se suspendieron durante el invierno. Tampoco se le había asignado ninguna tarea aparte de guardar las espaldas de Naadur, cosa que ahora no era necesaria. Mientras su querido hermano adoptivo participaba activamente con su padre y los demás nobles en el Consejo Real, Yaluc sentía que aquel inmenso palacio se le caía encima. Sin embargo, su situación cambió de pronto.

Un día, el rey Andamar le hizo llamar. Junto a él estaba Naadur, pero ningún otro miembro del consejo.

—Querido Yaluc, Naadur me ha comunicado su preocupación por el malestar de las gentes de mis reinos a causa de las malas cosechas y la escasez de alimentos.— Yaluc intercambió una breve mirada con Naadur acompañada de una sincera sonrisa. De modo que era cierto lo que le dijo a Dilmala. Él creía que se debían atender las demandas de la gente. —Como sin duda sabes, la mayoría de los depósitos de grano están en los castillos y haciendas de los nobles. Como rey, puedo exigir de ellos lealtad, pero en cada uno de sus dominios, ellos son señores absolutos.

De modo que no puedo ordenarles repartir sus reservas si ése no es su deseo.—

—Sí, Andamar. Estoy al tanto de esa circunstancia.— Dijo Yaluc. —Lo que no sé es cómo puedo yo ayudar, pues no poseo hacienda ni castillo, ni por supuesto reservas de grano.—

Andamar le dedicó una sonrisa paternal, lo que le tomó por sorpresa. Aunque el rey siempre le había tratado con amabilidad, nunca le había hecho sentir su afecto.

—Lo sé muy bien, y créeme que estoy en disposición de corregir esa injusticia. Pero según mi amado hijo me ha contado, a ti siempre te preocupan los humildes loggi más que tu propio bienestar. Por eso, te he hecho llamar. Deseo poder obligar de algún modo a los señores locales a compartir sus reservas. Pero para ello necesito conocer bien las leyes y costumbres, de modo que pueda cambiarlas. Sé que eres bueno con los libros, y que te complace como a mí andar entre ellos. Imagino que si el Venerable te tenía en tan alta estima no era sólo porque mi, quiero decir nuestro padre, se lo ordenó, sino porque eras buen alumno. Así que, te pido que me ayudes en esta tarea, que imagino será bastante ardua, de investigar entre los documentos depositados en el templo de Nin y también en el de Arapagena. He decidido realizar una completa revisión de las leyes valate, no sólo de las que ya he vuelto a instaurar, sino de todas. Ya que me propongo redactar un completo código, que se aplique en todos mis reinos y sirva de guía a los reyes que vengan después de mí. Es una tarea demasiado pesada para mí solo. Y no confío en nadie más.—

—Andamar, éste es un gran honor.— Yaluc dijo sinceramente emocionado.

—¿Lo ves padre? Ya te dije que Yaluc no podría resistirse a meterse entre polvorientos rollos y viejos pergaminos igual que tú.— Naadur dijo burlón, pero abrazó a Yaluc. —Enhorabuena

hermano. Por fin empiezas a ocupar el lugar que mereces en esta corte.— Algo confuso, Yaluc miró a su amigo y luego al rey. Éste también sonreía, y le palmeó la espalda, afectuoso.

—Creo que no me he expresado correctamente Yaluc. Lo que acabo de hacer es nombrarte mi consejero en este cometido vital para nuestros reinos.—

—Así es. Mi padre te ha nombrado Primer Consejero de Libros,— Bromeó Naadur. Yaluc y el rey le miraron. Andamar soltó una alegre carcajada, algo que hizo muy feliz a su hijo que no le había oído reír así desde la terrible pérdida de su amada Brala.

—Primer Consejero de Libros.— Dijo el rey, sin dejar de reír —Me gusta el título. Es ingenioso ¿Tú qué opinas Yaluc?—

—Que no podrías concederme un título mejor, señor.—

Así, el invierno siguió avanzando. Las noticias del reino, que llegaban con gran retraso a causa del mal tiempo que dificultaba moverse por los caminos, no habían mejorado en lo que se refiere a la situación de las gentes. Andamar ordenó vaciar los almacenes de Taros, que estaban bajo jurisdicción real, y repartir el contenido en la también hambrienta ciudad, con la esperanza de que los nobles siguieran su ejemplo. A pesar de las tempestades del invierno, ordenó enviar barcos a todos los puertos de sus reinos con funcionarios especiales con la orden de hacer lo mismo con todos los almacenes y depósitos reales. Por último, Andamar habló muy seriamente con los sumos sacerdotes y sacerdotisas de los templos de la capital para que se sumaran, aunque sólo su hermana Nará ordenó que todos los templos de Arapagena hicieran lo mismo que los almacenes reales.

Estas acciones consolaron algo a Yaluc, que no hacía más que pensar en sus queridos loggi, pero también en todos los

demás pueblos que se hallaban bajo el mando del rey de Kynán. Pensaba en cómo seguirían los hombres que habían desertado con Agón. Si continuarían preparando una sublevación contra el rey, sublevación, que sin duda supondría su final ¿Cómo pretendían luchar contra el ejército vencedor de tantas batallas, al mando de Naadur el Intrépido?

También le preocupaba Derina. La había visto tan abrumada y perdida. Siendo un hombre, y además soltero, no tenía acceso a las salas y estancias de palacio dedicadas a las mujeres y los niños. Además, el príncipe Sikander había sido puesto bajo los cuidados y autoridad de la reina viuda, lo que le situaba aún más fuera del alcance de Yaluc, y por lo tanto también a Derina, que no debía separarse del pequeño. Pero la suerte por fin le sonrió. Ya cerca del Día Corto del Invierno como lo llamaban los valate, o El Corazón del Invierno para sus queridos loggi, Naadur le comunicó que pensaba ir a visitar a su hijo, y le preguntó si le apetecería acompañarle. Yaluc no lo dudó.

Era uno de los días que precedían al Día Corto del Invierno, y Taros se encontraba ya en medio de tan solemne conmemoración. Yaluc no podía evitar comparar el modo en que su propia gente conmemoraba ese especial momento del año con la manera en que lo hacían los loggi. Los valate, según su costumbre, se hallaban presos del miedo y la melancolía como cada año. La ciudad permanecía silenciosa y oscura, no solo a causa del luto preceptivo por la muerte del sol, sino porque éste había permanecido especialmente ausente durante semanas. Cuando no estaba cubierto por negras nubes que descargaban incansables ora lluvia helada, ora intensas nevadas, el cielo de la ciudad se hallaba cubierto por la espesa niebla procedente del mar, que lo envolvía todo, haciendo que pareciera que realmente durante aquellos funestos días no llegaba siquiera a amanecer.

Ya llevaba algunas semanas acudiendo al templo, a veces con el rey y otras veces solo, para investigar entre los montones de rollos y pergaminos allí conservados. Procuraba no hacer el más mínimo caso de las desagradables miradas de Palas y otros sacerdotes, a quienes les caía igual de mal, aunque, eso sí, cuando acudía junto al rey, se cuidaban mucho de manifestarle su antipatía. Hatajo de hipócritas. Aquella mañana, había visto a Palas salir junto con su pequeña comitiva de sacerdotes hacia la playa para iniciar las plegarias en súplica al sol para que no abandonara definitivamente al pueblo valate. Recordaba bien cuando él mismo había participado en aquellas lúgubres procesiones pronunciando interminables letanías, a la oscilante luz de las antorchas. Lo que más recordaba era el terrible frío que se pasaba. El Venerable siempre le decía que si se concentraba, y ponía su corazón en las plegarias al dios, olvidaría su incomodidad física. Yaluc tenía que reconocer que nunca consiguió tener una fe tan robusta, aunque no dudaba de que el Venerable creía verdaderamente en todo lo que decía. Muy diferente era Palas. Yaluc se indignó, aunque no se sorprendió en realidad, al ver que, a diferencia de su amado Ris, Palas no sólo no compartía la incomodidad de los demás sacerdotes porque no permanecía con ellos todo el tiempo, sino que cuando lo hacía, llevaba una gruesa capa de lana cubriendo desde su calva cabeza hasta sus enjutos pies, bien envueltos en cómodos zapatos de buen cuero. Mientras, los demás sacerdotes se congelaban bajo sus leves capas de lana raída y con sus pobres sandalias.

Abandonó la ventana de palacio, desde dónde observaba la ceremonia de súplica por el regreso del sol, porque Naadur ya le esperaba para ir a ver a su hijo. Aquella ala del palacio a Yaluc le resultaba completamente desconocida. Naadur le tomó el pelo muy divertido contándole toda clase de chismes increíbles que decía recordar de cuando él era aún lo suficientemente pequeño

como para vivir con las mujeres, para luego echarse a reír diciendo que lo había inventado todo. Yaluc se lo tomaba con paciencia. Cuando llegaron a una sala que daba al sur, se sentaron a esperar.

—Ésta era mi sala favorita durante el invierno, porque cuando hace sol, calienta los paneles de pergamino que cubren las ventanas y lo inunda todo con una preciosa luz dorada. Aquí solía jugar con mi primo Enekhhal, que venía a visitar a la nodriza Cerala, aunque ya no tenía edad para estar aquí. Él siempre se portó bien conmigo. No puedo decir lo mismo de Menetir— Naadur dijo poniéndose serio de pronto.

— ¿Y ahora he de creer lo que me cuentas?— Yaluc preguntó en tono fingidamente irritado.

—Perdón por haberme burlado antes. Pero es que eres tan paciente. Tú nunca te enfureces por nada ¿sabes? Si me hubieras dado un buen puñetazo por tomarte el pelo, no te habría culpado.—

—¿Y no me harían ejecutar por atacar al Príncipe Heredero?—

—Muy gracioso. Ya veo que también sabes tomarme el pelo cuando te apetece.—

Llegó entonces la comitiva formada por la princesa Numa, la joven Derina que sostenía en brazos al principito, y un par de guardias de palacio.

—Querida Numa, cuánto me complace verte tan animada.— Naadur dijo sinceramente alegre.

Su esposa parecía haberse alejado de la realidad completamente desde el nacimiento de su hijo. Naadur supuso que poder verle y estar con él le serviría para aclarar su confusa mente. Ella le dedicó una leve sonrisa. Naadur se acercó a la criada, y tomó al niño de sus brazos. Yaluc se fijó en que el principito había crecido bastante desde su nacimiento, y parecía

increíblemente despierto y atento para tener sólo 3 meses. Naadur lo alzó hasta tenerlo frente a su cara, sosteniéndolo por debajo de los brazos. El niño gorjeó alegre, y Yaluc se vio fascinado, como siempre le ocurría con aquellos ojos suyos de un color tan inusual.

—Mírale Yaluc ¿No es el niño más hermoso que jamás has visto?— Naadur dijo lleno de orgullo paternal. —Y es fuerte, mira.— Dijo, y sostuvo al bebé colgando de sus manos, mientras el pequeñín se agarraba con fuerza a sus dedos.

—¿No es eso peligroso? Podría caerse y lastimarse.— Yaluc dijo preocupado.

—No se caerá porque no se soltará. Mi hijo ya se comporta como el gran y poderoso rey que un día será. El más fuerte y que jamás abandona su presa ¡Muy bien hijo mío!—

Devolvió el niño, que no parecía alterado en lo más mínimo a pesar de haber pendido de las manos de su padre, a la pequeña criada, y se acercó para hablar con su esposa. Yaluc aprovechó para hablar con Derina.

—¿Cómo estás? ¿Te acostumbras a vivir aquí en palacio?— Ella le miró, y le dedicó una sonrisa.

—Sí Yaluc. Cuidar del príncipe me complace mucho, aunque echo de menos mi casa y a mi familia.— Dijo esto bajando la voz y la cabeza. Yaluc le alzó la barbilla con ternura.

—Lo comprendo, y sobre todo en esta época del año. Si yo, que sólo fui un loggi adoptivo durante unos pocos años, añoro celebrar El Corazón del Invierno, imagino lo duro que debe de ser para ti.—

—La verdad Yaluc, es que estoy muy confundida. Estas personas parecen no saber nada de la Madre, y estos días andan tan tristes.— La muchacha dijo, meneando la cabeza.

—Verás Derina, los valate, como has dicho, desconocen a la Madre, y están tristes porque temen que el sol no será capaz de regresar de nuevo después de estos oscuros días. Por eso rezan los sacerdotes y se lamentan en la playa, para intentar convencer a los monstruos y Demonios del Abismo, mandados por la Señora de las Aguas, de que permitan regresar al sol desde su tenebroso mundo.— No pudo evitar sonreír al ver el gesto de incompreensión de la muchacha. Pero tuvo que interrumpir su conversación con ella porque Naadur dio la visita por terminada.

Sólo cuando aquel duro invierno comenzó a retirarse de los reinos, se pudo empezar a ver lo terrible de la situación real de las gentes humildes. Muchos habían muerto de hambre y frío a causa de la debilidad de sus cuerpos. Andamar estaba muy abatido. Era como si una nueva plaga hubiera assolado sus reinos. Sin embargo, el buen tiempo permitió por fin que pudiera mandar enviados reales a todos los rincones de sus reinos con la misión de recopilar todos los datos e informarle de la verdadera situación.

En Narvaly, Menetir había pasado el invierno haciendo méritos para que Zodrim no desconfiara de él, y creía haberlo conseguido. Como consorte, asistía a los consejos, aunque pronto se dio cuenta de que la reina no pensaba reponerle en su antigua posición de Primer Consejero con acceso al tesoro real. No obstante, cerca ya de la primavera, cuando aún los pasos de montaña permanecían cubiertos de nieve, expuso a Zodrim la petición de su pariente Anfós para que le fuera permitido regresar a su patria dónde deseaba morir.

—Desconocía la existencia de ese pariente, pero los consejeros más ancianos me han puesto al corriente. No veo motivos para negarle regresar después de tantos años. Ninguno de los que intervino en aquel desgraciado incidente está ya vivo.

Sinceramente, me sorprendería que un hombre tan anciano pueda soportar el largo viaje desde Albisos. Pero si ése es su deseo, puedes comunicar a sus representantes que doy mi permiso para que pueda regresar, y habitar en el castillo que le perteneció.—

Ya florecían los campos cuando al fin, después de muchas semanas de duro camino, el noble Anfós volvió a pisar el bello palacio real de Hittowa. Zodrim le dio la bienvenida sinceramente emocionada, y muy sorprendida al ver que su aspecto era notablemente saludable para su avanzada edad. Él se lo agradeció muy encarecidamente, y se disculpó de participar en el Consejo de los Clanes o el Consejo Real, alegando que estaba ya demasiado cansado y le faltaban fuerzas. Pero aceptó el puesto que le correspondía para su nieto. Anfós se retiró a su recuperado castillo y Menetir no tardó en ser convocado ante él.

—Te agradezco muy sinceramente que colabores con mi causa, Menetir. He oído hablar mucho de ti. No pocos de los hombres que lucharon a tu lado se refugiaron en Albisos. Como sabes, ese reino siempre fue aliado de Kynán, pero cuando tu padre fue privado de sus legítimos derechos, se puso en contra del Usurpador.—

—Es un honor colaborar con tan nobles y altos señores como vosotros, que sin duda comprendéis mi situación.—

—Así es. Continúa sirviéndonos igual de bien, y serás generosamente recompensado. Para empezar, y como señal de agradecimiento por haber intercedido ante la reina, he dispuesto que te sea entregada una cuantiosa asignación de monedas de oro, plata y cobre, para que las emplees en armar ese ejército que necesitas para recuperar tu trono legítimo. Así mismo, mis criaderos de caballos están a tu disposición para que elijas los ejemplares que desees para ti y tu guardia personal. No sé si estás

al tanto, pero los caballos son mi principal negocio, aunque no el único.—

—Sí— Confirmó Mordek, el nieto de Anfós. —Nuestra familia se dedica a la cría y comercio de caballos, pero también tenemos concesiones en las ricas minas de oro de Albisos, otorgadas por el propio rey, además de muchos otros negocios. Yo me he trasladado junto con mi abuelo, pero la mayor parte de nuestra familia permanece allí.—

Para Menetir había sido una tremenda sorpresa conocer al nieto de Anfós, pues a todas luces, su sangre estaba mezclada con la de aquellos habitantes de Albisos de los que tanto había oído hablar desde su infancia. Recordaba la impresión que le causó la primera vez que vio gente como ésa acompañando a una embajada de Albisos que visitó a su abuelo Belcentes. Cuando le contaban que en aquel reino había gente de piel tan oscura como el cuero de sus zapatos pensaba que se burlaban de él, hasta que los vio con sus propios atónitos ojos de niño. El nieto de Anfós no era tan oscuro, pues al fin y al cabo tenía sangre narvaliense, pero aun así, Menetir estaba fascinado por su piel y sus rizados cabellos tan oscuros como sus ojos.

El Hogar de Mores

El invierno no había sido tan duro en Esterria, pues su clima siempre era más cálido. Pero de todas formas, y a pesar de ser el reino más rico, no se salvó por completo de los tumultos producidos por las gentes descontentas con la escasez de grano con el que hacían su pan.

Enekhhal seguía disfrutando de su nueva posición de Consejero de Guerra de un rey al que francamente nada podía aconsejar. El pobre Dolomán cada vez estaba más enfermo, y desgraciadamente, no sobrevivió al invierno. El pequeño Tesimandro fue proclamado rey de Esterria, y sus padres, Enekhhal y Marusene, fueron nombrados regentes hasta que el niño alcanzara la mayoría de edad.

Como era de esperar, los parientes del difunto rey que habían aspirado a sentarse en el trono tras la muerte del desdichado Dolomán, y que despreciaban a Tessino, protestaron. Pero como éste tan acertadamente le dijera a Enekhhal, sus protestas perdieron fuerza cuando vieron a un príncipe valiente asumir la regencia, lo que significaba que un descendiente de los reyes de Kynán, Señores del Mundo, sería rey de Esterria. Además, aparte de los pocos nobles descontentos, la mayoría de la corte y sobre todo el pueblo, había tomado gran afecto a Enekhhal. Desde que fue nombrado Consejero de Guerra y encargado de las fronteras, no había dejado de viajar por el reino escuchando todas las quejas de los señores locales, y a menudo aportando soluciones. Él no podía sentirse más satisfecho de poder al fin poner en buen uso su ágil mente y poderoso ingenio. Pero seguía siendo Enekhhal el cínico, y su actitud ante la vida no había cambiado.

Quien naturalmente se sintió más feliz de que el pequeño Tesimandro fuera proclamado rey fue su abuelo Tessino. Tantos años había soportado el desprecio de los nobles por no ser de sangre aristocrática, y al fin veía recompensados sus esfuerzos. Mas no pudo disfrutar mucho tiempo de su triunfo, pues los excesos con la comida y la bebida que había realizado toda su vida le pasaron al fin la cuenta, y murió apenas un par de meses después que el desdichado rey idiota.

El asunto más urgente en el reino tras los funerales de Tessino, era encontrar una prometida para el pequeño rey. Los consejeros más experimentados insistían a Enekhhal mucho en eso, y en que la elección debía hacerse con el máximo cuidado, dada la frágil situación del momento. Nunca habían tenido que preocuparse de eso con el anterior rey, que jamás superó la edad mental de un niño pequeño, pero Tessimandro mostraba la viva inteligencia de su padre unida a la belleza de su madre.

Aunque de momento había paz, a nadie se le escapaba, y a Enekhhal aún menos, que Menetir buscaría la manera de volver a intentar recuperar su trono. “Mi hermano no cederá hasta que se vaya a acompañar a los antepasados al Inframundo”. Enekhhal solía decir. De modo que había que pensar muy bien en las alianzas. Esterría era un reino muy atractivo para ambos bandos. La anterior posición de neutralidad de Tessino, convenciendo a los reinos de las llanuras del sur de esperar a ver cómo los valate se destrozaban en guerras familiares, había cambiado por completo.

Muchos de aquellos reinos de las llanuras volvían a ser aliados de Andamar tras el fulgurante triunfo militar de su hijo en Midum. Nadie quería arriesgarse a ser invadido por los valate y conquistado por aquél a quien ya se comparaba con su antepasado Groaker el Grande. Por tanto, Esterría ya no tenía

fuerza para mantenerse neutral por si solo. Pero con quién aliarse. Enekhhal no sentía la menor simpatía por la causa de su hermano. Como ya había manifestado más de una vez, para él, no había diferencia alguna si reinaba Menetir en Kynán o seguía haciéndolo Andamar. Es más, confiaba más en su tío que en su hermano. Si había luchado de su lado había sido mientras vivía su padre, por lealtad a él, pero ahora, como era su lema, sólo era leal a sí mismo. Y procuró pensar en su beneficio primero, luego en el de su hijo y por último en el de Esterría.

Tampoco había muchas damas donde elegir. Lo más sensato, le decía Marusene, es que escogieran a alguna princesa o noble extranjera, pues si Tesimandro se desposaba con una noble de Esterría, las demás familias nobles se sentirían agraviadas, debilitando al reino. Y no era nada acertado debilitarse cuando las tribus háleas acechaban más que nunca.

Durante sus viajes, Enekhhal pudo comprobar que cada vez los bárbaros se reunían en mayor número tras las fronteras de la región oriental del reino, provocando continuos incidentes con los habitantes de aquellas tierras. No dudaban en hacer incursiones hasta las ciudades más próximas a la frontera, saqueando cuanto podían para luego regresar a sus campamentos. Lo malo es que cada vez tardaban más en regresar a dichos campamentos, y últimamente muchos ya no lo hacían, quedándose a este lado de la frontera. Los señores locales solicitaron a Enekhhal ayuda para fortificar mejor sus ciudades ante la creciente amenaza de los bárbaros del este.

Esterría no era el único reino en el que se buscaba una candidata para futura reina. Zodrim se hallaba también en profundas meditaciones sobre con quién desposar a su heredero Uthegal. El niño todavía era muy joven, pero ya era tiempo de

buscarle una esposa, más aún siendo el heredero de Narvaly. Y después de tanto pensar, Zodrim se dio cuenta de que ya tenía la candidata ideal.

Después de que el príncipe Rolf su sobrino hubiera muerto por la plaga, su compromiso con la princesa Nysbe de Kynán quedaba en el aire ¿Por qué no acordar con el rey Andamar que Rolf fuera sustituido por Uthegal? Al fin y al cabo, Nysbe seguiría siendo la futura reina de Narvaly. Hizo llamar a sus consejeros para exponerles su plan.

Claro está que Zodrim no podía saber que su esposo ya había negociado el asunto del casamiento de su hijo. En efecto, sus nuevos aliados, el noble Anfós y su nieto Mordek, le propusieron que para seguir obteniendo de ellos las generosas aportaciones de oro y caballos prometidas, él debía continuar su labor de presión hacia la reina.

—No pretendemos destronar a Zodrim, Menetir. Al menos no inmediatamente.— Le dijo Anfós .—Ya todos hemos visto lo que una guerra dinástica hace en cualquier reino, y tú eres el mejor ejemplo de ello. Nuestra intención es más bien ir colocándonos en la posición más ventajosa posible para el momento inevitable en que la reina se vea en la obligación de ceder su trono. Por ello, esperamos de ti que seas tan eficaz como hasta ahora, y convenzas a tu esposa de que elija como futura esposa de Uthegal a mi biznieta.—

Al principio, Menetir pensó en protestar airadamente y negarse a tal proposición. No le hacía ninguna gracia que sus futuros nietos fueran de piel oscura ¿Cómo iba un rey de tales características físicas a sentarse en el trono de Kynán? ¿No sería eso una grave ofensa hacia el todopoderoso dios Nin, que había elegido a los valate para que le sirvieran haciéndoles el pueblo más fuerte del mundo?

De pronto, las razones de la reina viuda Garpa para oponerse a su padre por ser de sangre mezclada no le parecieron disparatadas en absoluto. Pero luego recordó que no se hallaba precisamente en situación de poner pegas a aquéllos que tenían la posibilidad de destruirle ¿Qué les iba a costar denunciarle ante Zodrim? Él no tenía pruebas para inculparles, mientras que ellos conocían sus debilidades, y estaban en posesión de valiosa información que le comprometía.

—No será fácil.— Se limitó a decir.

Cuando comenzó la asamblea, Zodrim sólo podía pensar en el momento en que se acabara. Se encontraba cerca de la mitad de su nuevo embarazo, y éste le estaba resultando más incómodo y difícil que ninguno de los anteriores. Sentía que el gran salón estaba demasiado cargado, aunque aún sólo era primavera, y la brisa fresca de las montañas entraba por las ventanas de palacio. Tenía la esperanza de que la reunión fuese corta.

—Nobles de Narvaly.— Comenzó. —Os he convocado para anunciar que ya he elegido una candidata para que se convierta en la esposa de mi hijo y heredero Uthegal.— Se oyeron murmullos de expectación. —En realidad, ya la teníamos. Se trata de la princesa Nysbe de Kynán, hija de Naadur y Numa. Como ya habíais dado vuestra aprobación a esta princesa cuando fue comprometida con el difunto rey Rolf mi sobrino, espero que no tengáis ninguna objeción. Nadie, ni el rey Andamar, ni esta asamblea, ha anulado ese compromiso, por lo que he de deducir que continúa en pie. Pero para confirmarlo y hacerlo oficial, he decidido enviar una embajada de paz y amistad al rey de Kynán. Nuestro pequeño reino necesita la paz para continuar siendo próspero.—

Ahora se oyeron voces de aprobación. Nada importaba más a los clanes de Narvaly que hubiera paz y seguridad en los caminos

para que sus negocios se desarrollaran sin problemas. Pero de pronto, una voz discordante se alzó entre los miembros de la asamblea.

—Me opongo a tal compromiso matrimonial.— Menetir dijo en voz bien alta, poniéndose en pie para que nadie dudara de quién era el que hablaba. —El príncipe Uthegal es mi hijo, y no apruebo que se despose con la hija de mi enemigo.—

—Tu opinión aquí no es la de un padre, sino la de uno más de mis consejeros. Ciertamente Uthegal es tu hijo, pero por encima de ello, es el heredero de Narvaly, y su casamiento incumbe a la reina que soy yo.—

—¡No lo acepto!— Gritó Menetir airado. Y ahora otras voces le siguieron.

Zodrim se sintió terriblemente mareada y agobiada. Había previsto que Menetir protestara, pero no que otros miembros del consejo secundaran su protesta ¿Qué estaba ocurriendo?

Mores y Dilmala no conocían las leyes de Kynán muy a fondo, pero de todas formas intuían que el destino de Agón era muy negro, si no dejaba su actitud. Si se arrepentía, quizá el rey fuera clemente con él. Mores, que era ahora el único hombre de la familia, tomó para sí la tarea de convencer a su tío. Para ello, se desplazó hasta la Aldea del Roble Partido en cuanto se derritió la nieve de los pasos de montaña. Dilmala decidió acompañarle.

Agón había perdido ya todo contacto con los que eran sus parientes. Ya no escuchaba a nadie, pues se creía destinado a cumplir una sagrada misión. Lo malo es que muchos le escuchaban y le creían, convirtiéndose en sus seguidores. Es más, durante el invierno, habían ido llegando cada vez en mayor

número al campamento de la Aldea del Roble Partido, a pesar del mal tiempo.

La entrevista de Mores y Dilmala con Agón no fue nada bien.

—Escúchame, tío Agón. Tú has servido en el ejército del príncipe Naadur. Conoces de primera mano lo poderoso que es ¿Cómo pretendes que los loggi se enfrenten a él? Será nuestro fin, sin duda.—

—No pretendo luchar contra los valate a su modo. Sólo tienes que mirar a tu alrededor. Los loggi somos más. Hemos permitido que nos sometan. Pero eso ha de acabar. Si nos mantenemos unidos, y nos negamos a seguir sometidos, tendrán que dejarnos en paz. Y entonces volveremos a vivir como antes.—

—Aunque las cosas sucedieran como esperas, y los valate nos dejaran en paz, el mundo de nuestros antepasados ya no existe Agón. Es el orden de las cosas. El agua no puede correr río arriba, y los días no pueden ir hacia el pasado.—

—Me sorprende que seas precisamente tú la que se conforme con seguir sometida a los valate.— Dijo Agón, mirando a su hermana con incredulidad.

—No se trata de lo que yo prefiera. Hablas de volver a vivir como los antepasados, pero no tienes en cuenta a la Madre. Sabes bien que Ella se complace en la armonía, pero los cambios también forman parte de esa armonía. Todas sus criaturas somos felices cuando todo transcurre como esperamos, las estaciones se suceden en orden, los árboles dan frutos a su tiempo y los animales crían para que todo siga un año más. Pero de vez en cuando las lluvias son demasiado fuertes, y muchos animales y personas se ahogan, los bosques se incendian o la propia Madre abre sus entrañas y se traga parte del mundo. Todo forma parte

de Su orden ¿Acaso no recuerdas de dónde viene el nombre de esta aldea?—

—Claro que sí. Escuché la historia cientos de veces, lo mismo que tú, Pero ¿A qué viene?— Agón se estaba impacientando. Mores asistía fascinado a la conversación entre sus tíos maternos.

—Es precisamente de lo que te estoy hablando. Aquel rayo partió por la mitad el gran roble que llevaba desde tiempo inmemorial a la entrada de la aldea.—

—Pues sigo sin ver la relación. El roble no murió a causa del rayo.—

—Ciertamente, a una de sus mitades le han seguido brotando hojas y ramas nuevas. Pero ya no es el mismo roble de antes de que le cayera el rayo, ni nunca volverá a serlo. Agón, éstos son tiempos de cambio para todos los pueblos. De la misma forma que el roble, el pueblo loggi podrá seguir viviendo, pero ya nunca será como antes. Tú y yo no volveremos a la infancia Agón. Los días no vuelven hacia atrás.—

—Eso es lo que tú crees. Pero, si no recuerdo mal, no hablas en nombre del pueblo loggi. Ni siquiera eres Guía de la Gente. Yo liberaré al pueblo loggi, con tu apoyo, o sin él.—

Mores estaba muy abatido por no haber obtenido ningún éxito en la entrevista. Dilmala intentó consolarle, pero no era fácil, pues el joven se sentía responsable del destino de su gente. Pero al llegar a su pequeña aldea, le esperaba una sorpresa.

La gente estaba reunida esperándolos, no sólo los habitantes de la aldea, sino todos los que se habían reunido allí atraídos en un principio por Agón, pero que no se sentían inclinados a seguirle en su nueva empresa. No eran partidarios de enfrentarse con las armas a los valate, pero sí exigían cambios en su situación. Los

loggi ya se habían cansado de permanecer pasivos mientras su mundo era destruido.

Una vez Mores se recuperó del duro viaje, un día su tía Dilmala y su madre le convocaron en la cabaña de Jaduma.

—Querido Mores, quiero que sepas— Comenzó la mayor de las mujeres —que no me puedo sentir más orgullosa. Eres el mejor hijo que ninguna madre puede desear.— Él se sintió algo azorado, pues no estaba habituado a recibir cumplidos. —Sé que mi amado Mosh tu padre, sentiría lo mismo que yo. Cuando naciste, temimos mucho por ti, por tu destino a causa de tu pierna lisiada. Pero nos has mostrado una y otra vez que eres mucho más fuerte de lo que nunca pensamos.—

—Madre ¿A qué viene todo esto?— El joven preguntó con timidez.

—No te abrumes querido sobrino.— Habló ahora Dilmala. —Sin duda, la Madre vela muy especialmente por ti. Ella, como sabes, ama a todas sus criaturas, pero siente especial predilección por las más frágiles de entre ellas.—

—Si te hemos convocado aquí es para que sepas que nosotras no hemos planeado esto, pero sin duda, nos complace mucho y lo apoyamos.—

—¿Esto? ¿Qué es esto? ¿De qué habláis?—

Sin decir nada, y con una sonrisa misteriosa, ambas mujeres apartaron la piel que cubría la puerta de la cabaña de Jaduma, pues las noches aún eran frescas, y se apartaron de ella para que Mores pudiera ver a una auténtica multitud congregada ante la cabaña.

—Mores, todos te apoyamos.— Gritó alguien.

El joven salió titubeante y azorado, lo que acentuaba su cojera. Su compañera Satuba salió de entre la gente y le tomó del brazo con una amplia sonrisa en la cara.

—Nuestra gente atraviesa por una situación difícil.— Oyó Mores que su madre hablaba a la gente. —Nunca nos habíamos enfrentado a tiempos como éstos, y además, ahora ya no contamos con ningún Guía de la Gente como solíamos, para que nos ayude interpretando las señales que nuestra amada Madre nos envía. Pero vosotros, con la sabiduría que Ella os concede, habéis elegido a mi hijo para que ocupe ese lugar entre la gente loggi.—

—¿Qué? ¿Yo un Guía de la Gente? Madre, eso es una locura.—

—Tranquilo Mores.— Le calmó Dilmala. —No se trata de eso. Mi sobrino es demasiado humilde, pero vosotros ya lo sabéis por eso le habéis elegido.—

—No sólo por eso.— Dijo un hombre de cabello canoso. —Mores convivió durante tres años con el Sabio Errante Cabeza de Fuego, quien a su vez recibió la sabiduría de la mismísima Zesera. No se nos ocurre nadie mejor para guiarnos en estos tiempos tan confusos.—

—Pero yo no sé nada.— Intentó Mores excusarse.

—Sabes mucho más de lo que crees.— Le contradijo su tía. —Muchas veces se me propuso, incluso por parte de la propia Zesera, convertirme en su alumna, pero como ya he explicado antes a quien me lo propuso, yo no soy la indicada para tal tarea. Sin embargo, me comprometo a prestar a mi sobrino toda la ayuda de la que yo sea capaz. Si la Madre Generosa quiere seguir obsequiándome con el don de las visiones, las emplearé para asistir a mi sobrino e intentar que nuestra gente conserve la mayor dignidad posible, ya que éstos son tiempos nuevos. Ya nada es

como era, ni volverá a serlo. Eso sí puedo decíroslo, pues la Madre misma me ha enviado sus mensajes. Debemos estar preparados para afrontar esos cambios, de otro modo, nuestra gente no sobrevivirá.—

—¿Cómo podremos defendernos si los ejércitos del rey vienen a destruirnos?— Quiso saber una mujer.

—No vendrán a destruirnos.— Dijo Dilmala. —Sé que todos vosotros estáis aquí porque no os gusta el modo de proceder de mi hermano Agón y los que le siguen. Algunos habéis venido desde muy lejos y entre vosotros los hay que acudieron a escucharme cuando yo vagaba de aldea en aldea haciendo saber lo que había sucedido con mis hermanas a manos del horrible Menetir y sus hombres. Nosotros no somos muchos, pero permaneceremos aquí, en paz. Y cuando nos sea posible intentaremos convencer a otros de nuestros hermanos loggi de que hagan lo mismo. Nunca fuimos guerreros, las armas no nos salvarán, pero sí pueden destruirnos. Los valate pueden parecer mucho más fuertes, pero creedme, ellos están abocados a un destino tan incierto como el nuestro. Confíad en mí y en mi sobrino Mores, que es sensato. Nosotros hablaremos con los enviados del rey para que sepan que no pretendemos alzarnos con violencia, pero que tampoco nos conformamos con las injustas leyes del rey Andamar que han privado a la mayoría de nuestro pueblo del único modo de vida que conoce.—

Los reunidos debatieron durante bastantes minutos lo dicho por Dilmala. Al final, quedó plenamente aceptada la nueva situación de Mores. Pero aún hubo una sorpresa más para el joven. Cuando creía que la reunión acababa ya, el hombre del cabello canoso que habló antes volvió a tomar la palabra.

—Sólo quiero decir que un grupo de gente creemos que esta aldea ya es lo bastante grande como para tener un nombre.—

—¡Hogar de Mores!— Se oyó gritar desde el fondo. Todos volvieron la cabeza. El que había gritado era un muchacho. Repitió su proposición, y esta vez, otros jovencuelos que estaban a su lado comenzaron a corearla. El grito se fue extendiendo, hasta que todos los reunidos corearon “Hogar de Mores”.

—Bien, me parece que nuestra pequeña aldea ya es una aldea con nombre.— Dijo Jaduma muy sonriente, mientras Mores deseaba con todas sus fuerzas hacerse invisible.

**Cuando todos los enemigos del rey de Kynán se hacen
más fuertes**

En cuanto los caminos estuvieron practicables, Naadur organizó una partida para dirigirse hacia el campamento de los rebeldes de Agón y hacerles desistir de su actitud. Tenía planeado apresar al hombre y hacerle juzgar por su delito de desertión y robo de propiedades reales. El futuro de Agón no era nada halagüeño. Yaluc le pidió que no fuera excesivamente duro con aquellas gentes.

—He de aplicar el castigo de rigor ante los delitos de Agón.—
Dijo Naadur.

—Por supuesto. Pero con él hay gente que no pertenece ni ha pertenecido al ejército.—

—Si acatan las leyes de Kynán, no serán castigados.— Aceptó Naadur.

—Quisiera acompañarte en esa expedición.—

—Pero tú tienes ahora el cometido de ayudar a mi padre con los libros.—

—¿Acaso he sido relevado de la posición de guardarte las espaldas?—

—No se trata de una expedición arriesgada a un reino extranjero Yaluc. Sólo son un puñado de desertores del ejército y campesinos inexpertos en el arte de la guerra. No pienses que he dejado de apreciar tus servicios. Estoy seguro de que no habría conseguido nada sin tu valiosa ayuda. Pero ahora por fin recibes la compensación por tus esfuerzos ¿Cuántas veces me has dicho que te desagrada la guerra? Pues bien, no deseo separarte de

una tarea que te complace tanto para volver a obligarte a ir al campo de batalla.—

La discusión de los amigos se vio zanjada por el rey, cuando Naadur le presentó su plan.

—Es verdad que Yaluc me es sumamente útil aquí, pero su misión primera es cuidar de ti. Aunque haya un heredero, es aún muy pequeño. Nuestra posición sigue siendo frágil, y no pienso exponerme a que pierdas la vida hijo. Que yo sepa, no has cambiado. Los años no te han hecho más prudente. Sigues siendo tan temerario como siempre, o no te habrías ganado el apodo de el Intrépido.—

De modo que Yaluc acompañó a Naadur en su expedición contra los rebeldes.

Para Yaluc, fue un choque emocional regresar a la Aldea del Roble Partido. Era la primera vez que estaba allí como príncipe. Ahora se alojó en el castillo Torres Blancas junto a Naadur y sus oficiales, mientras que el pequeño ejército que habían traído acampaba en los alrededores del castillo.

—Los rebeldes son muchos más de los que creía.— Dijo Naadur después de que sus espías le informaran de lo que vieron en el campamento de Agón.

El campamento era grande. Estaba rodeado por empalizadas y pequeños muros de adobe, lo que indicaba que Agón había utilizado su experiencia en el ejército. Sin embargo, éstas no eran unas defensas suficientemente impresionantes para él, que acababa de reconquistar Shimma.

—Pero sus fuerzas no pueden compararse con las nuestras Naadur.— Yaluc razonó. —¿Cuántos de ellos están armados con algo más que un cuchillo de caza o un arco y flechas? ¿Y cuántos

de éstos sabrían utilizarlos en un combate contra el ejército del Príncipe Heredero?—

—No dudaba de que los defenderías Yaluc. Quizá no haya sido buena idea dejarte venir.—

—Yo nunca los apoyaría contra ti.— Yaluc protestó.

—Pero tal vez no seas tan riguroso en el combate como en otras ocasiones.—

—Eso que dices no tiene sentido Naadur. Tú mismo proclamas a quien quiera oírte que apenas me hace falta presentarme ante el enemigo para hacerle huir. Sabes muy bien que no me complace matar hombres y que sólo lo hago cuando ya no me queda otro remedio para protegerte.—

—Eso es cierto. Sé bien que antes perderías tu vida que arrebátársela a otro, y que sólo combates por lealtad hacia mí ¿Pero no te será duro en demasía tener que elegir entre tu lealtad hacia mí y tu amor por esos loggi a quienes consideras tus hermanos?—

Yaluc se quedó pensativo, pues ¿cómo decirle a Naadur que no había nadie, ni siquiera sus queridos loggi, a quien amase más que al príncipe de sus sueños, aquel a quien nunca podría expresar abiertamente su amor?

Naadur le observaba atentamente. Por muy bravo guerrero que fuera, y no estuviera dispuesto a que el ejército valate fuera humillado por unos desertores, también era un hombre de corazón generoso, y detestaba ver el sufrimiento de su hermano adoptivo.

—Yaluc. No me gusta causarte sufrimiento. Sabes que no puedo quebrantar la ley del ejército, que debo acatar el primero como general y príncipe. Pero por ti, ofreceré a esos rebeldes la oportunidad de rendirse antes de actuar. Y para que veas que no

pongo en duda tu lealtad, serás tú quien les comunique mi oferta.—
Yaluc sonrió visiblemente aliviado.

—Gracias Naadur. Una vez más muestras tu nobleza y generosidad. Me esforzaré al máximo para evitar la batalla.—

—Ciertamente, si se rinden, no habrá batalla. Pero eso sí Yaluc, Agón y los otros desertores habrán de ser juzgados para evitar que se conviertan en ejemplo a seguir por otros soldados. No puedo ni quiero comprometer la disciplina de mi ejército.—

—Lo comprendo, y como tu hermano y miembro de ese ejército, soy el primero en obedecerte.—

Por un momento Yaluc se sintió feliz al pensar que no sería necesaria su intervención para evitar el combate. En cuanto los rebeldes de Agón, que eran en su mayoría humildes granjeros y campesinos vieron llegar a los soldados de Naadur con sus enormes caballos, corazas, yelmos y largas lanzas, cundió el pánico y huyeron en desbandada. Yaluc casi sintió compasión por Agón, quien se esforzaba por mantener a sus hombres defendiendo el campamento. Apenas unos cuantos, sin duda los que habían sido como él soldados, permanecieron a su lado. Viendo que éstos se disponían a luchar, se adelantó, llegando casi hasta las endeble defensas del campamento.

—Escúchame Agón. Sin duda estás viendo que superamos ampliamente a tu pequeño grupo de hombres. Ríndete ahora, y ningún loggi morirá.— Yaluc gritaba para que su voz llegase clara al otro lado de las empalizadas.

La respuesta que recibió fue absoluto silencio. A pesar de ir a caballo y de su gran estatura no alcanzaba a distinguir cuántos hombres se escondían detrás de un pequeño muro de piedras, ramas y barro. Sin duda, no podían ser muchos, pero no podía negar que se sentía nervioso. Permaneció con su mirada fija en el

lugar donde sospechaba que debía de hallarse Agón. Siguió sin suceder nada. Ya se disponía a realizar un nuevo intento, cuando una flecha pasó silbando a su lado, tan cerca de su cabeza que arrastró y arrancó un buen mechón de cabellos anaranjados.

Algo aturdido y mareado por la sorpresa oyó a su espalda cómo el suelo retumbaba bajo los cascos de los caballos de los hombres de Naadur.

—¡No! ¡Esperad!— Gritó. Se sentía desolado por su fracaso.

Oyó la orden de Naadur de atacar. Los jinetes pasaron por su lado hacia la empalizada, primer y frágil obstáculo que derribaron fácilmente. Vio entonces a Naadur, que detenía su caballo a su lado.

—Odio ver que sufres hermano. Pero aún odio más ver cómo soldados que un día combatieron a mi lado, se comportan de un modo tan vil. Les ofreces la paz, e intentan matarte. No merecen ninguna clemencia.— Y siguió a sus jinetes hacia el campamento.

Naadur tuvo que reconocer que Agón y los pocos hombres que le quedaban se defendieron con terrible e inusitada fiereza. Sin embargo, poco pudieron hacer contra los experimentados hombres del príncipe. Antes de que cayera la tarde, ya estaban todos muertos o prisioneros. Entre los segundos se contaba el propio Agón. A pesar de todo, Yaluc quiso hablar con él.

Pero el loggi parecía alguien completamente distinto al hombre que curó el brazo del rey. Su gesto era fiero y en sus ojos, Yaluc vio arder la llama del odio. Cuando se acercó a él, el otro le escupió.

—No tengo nada que hablar contigo. Tú eres el peor de todos porque pretendes hacer creer que los loggi te importamos.— Yaluc quiso responder, pero Agón se puso a gritar exigiendo que le

devolvieran a la jaula de madera en la que los prisioneros serían transportados hasta Taros dónde serían juzgados.

Sin embargo, durante la noche, sucedió algo completamente inesperado. Yaluc se despertó al oír un terrible tumulto desde su dormitorio en el castillo. Se asomó para ver qué lo causaba. Parte del campamento de los soldados valate estaba ardiendo. Todos corrían de un lado para otro, intentando apagar el fuego que consumía las tiendas de los oficiales y las humildes mantas de los soldados.

Cuando el incendio fue sofocado, se hizo evidente que había comenzado en la zona de las jaulas. Los soldados que las guardaban estaban esparcidos alrededor, todos muertos. Pero no habían muerto a causa del fuego, sino que les habían cortado el cuello. Los prisioneros habían desaparecido. Yaluc no sabía qué pensar. Esa conducta era tan ajena a los loggi que él conocía. Matar a unos hombres por la espalda y prender fuego al campamento donde muchos dormían era algo tan inesperado. Lo habría creído de Menetir y los suyos, pero había sido Agón con un grupo de loggi. Yaluc ya no comprendía nada de nada.

El inesperado suceso enfureció más aún a Naadur. Tanto, que Yaluc no se atrevía a contradecirle. Nunca le había visto así, ni siquiera cuando habían sufrido reveses en las batallas. Pero es que esto había sido un ataque a traición y eso Naadur no podía tolerarlo.

No habían terminado de recoger los restos del campamento y enviar a un grupo custodiando los cuerpos de los muertos para que fuesen honrados debidamente en Taros, cuando Naadur ordenó ponerse en marcha a la caza de los huidos. Yaluc sabía que si los encontraba, esta vez ya no tendría ninguna clemencia. Completamente abatido, siguió a su príncipe por esos bosques que tanto amaba y tan bien conocía.

Pero no sólo Yaluc, también Agón conocía perfectamente aquellos parajes, y la persecución se prolongó mucho más de lo esperado. Ya los días comenzaban a ser cálidos, y las provisiones que llevaban comenzaban a acabarse, pues no habían planeado una expedición tan larga. Naadur meditó qué hacer. Podía comportarse como un guerrero feroz y continuar la persecución, saqueando las aldeas donde la gente procuraba esconderse y los que no, se negaban a informarle sobre el paradero de Agón.

Pero si hacía eso, estaba seguro de que la llama de la rebelión prendería mucho más fuerte. Pudo comprobar con sus propios ojos la escasez en la que vivían aquellas gentes. Todos tenían un aspecto pálido y macilento a pesar de su natural tez bronceada. Apenas podían subsistir con lo que cazaban, pero no siempre tenían esa posibilidad, pues muchos señores ponían guardias en sus tierras, y no permitían que nadie ingresara en ellas persiguiendo presas. La tristeza de Yaluc no tenía límite ¿Dónde había ido a parar el hermoso y armonioso mundo que conoció en sus viajes de Sabio Errante?

Otra desdicha se sumó a su ya bajo ánimo. Cuando regresaron a la Aldea del Roble Partido donde Naadur pretendía recapitular y decidir qué se habría de hacer, un enviado del rey les estaba esperando. Andamar, en vista de que la captura del rebelde Agón no parecía rápida, exigía a Yaluc regresar inmediatamente a Taros, dónde debía desposarse con su prometida, pues ésta ya había cumplido los 14 años.

Naadur advirtió a Yaluc que de poco le serviría intentar resistirse pues si su padre había decidido que era el momento, nadie le haría cambiar de opinión. Después de meditar mucho sobre sus escasas posibilidades de atrapar a Agón en las condiciones en que se hallaban, Naadur dio por terminada la

expedición con intención de emprender otra más adelante, mucho mayor y mejor preparada.

—No pienso permitir que esos rebeldes se burlen del rey de Kynán, pero, eso sí, antes asistiré a tu boda querido hermano.—
Se burló, y Yaluc estaba tan angustiado que no se le ocurrió ninguna réplica ingeniosa.

Cuando llegaron a Taros, Yaluc fue informado de que los preparativos para celebrar sus esponsales estaban ya muy avanzados. El rey tenía la intención de celebrarlos después de la conmemoración de su coronación, que coincidía con El Día Largo del Verano. La gente estaría de buen humor a pesar de que el invierno hubiera sido tan duro, y así todo iría mejor.

Sólo dos días después de que los príncipes regresaran a Taros llegó una inesperada embajada. Se trataba de varios nobles que venían en nombre de la reina de Narvaly.

Allí, Menetir no sabía cómo evitar que Andamar aceptara la propuesta de su esposa. Ella había enviado ya la embajada y si su hijo se desposaba con Nysbe, sus nuevos aliados desde luego le retirarían del todo su apoyo. Y eso no podía permitirlo, no ahora que comenzaba a reclutar un nuevo ejército.

Hizo llamar a su leal cuñado Temuzén para que fuera su lugarteniente como siempre, pero éste se mostraba reticente. Parecía distante, no tan amistoso como de costumbre.

—Me preocupa mi esposa. Ella parece convencida de que no tenemos intención de vengar a Uxyla, que ya la hemos olvidado. Y cree que el menos comprometido eres tú.—

—Eso no es cierto. Dile a mi hermana que sigo igual de comprometido con vengar la sangre de vuestra hija.—

—Ella no confía en ti Menetir. Cree que sólo te importa recuperar tu trono, no hacer justicia a Uxyla.—

—¿Y cómo puedo convencerla de que no es así?— Menetir preguntó, sin sentir el menor remordimiento por mentir tan descaradamente a su cuñado.

Desde luego, no había olvidado la muerte de Uxyla, pero no por las razones que alegaba, sino porque desgraciadamente, de algún modo, los nuevos aliados sospechaban de su papel en ella, y le habían amenazado con compartir esas sospechas con la reina. Si eso sucedía, él no estaba seguro de poder convencer a Zodrim. Ella ya le despreciaba lo bastante.

—Querido cuñado.— Dijo Temuzén. —Siento como si todo lo que hacemos estuviera condenado al fracaso. No puedo olvidar cómo aquella bruja loggi te maldijo.—

—¡No la nombres!— Menetir dijo, poniéndose pálido como cada vez que recordaba el rostro lleno de odio, y aquellos ojos casi negros clavados en él, mientras la bruja le decía: “Te ahogará en sangre”. Menos mal que estaba muerta, aunque no estaba del todo seguro de que no pudiera perseguirle aliada con algún demonio. Inconscientemente, se llevó la mano al lugar que un día ocupara su oreja derecha. La cicatriz siempre le recordaba que estaba maldito.

Por suerte para Menetir, le llegaron mejores noticias que las que le traía su cuñado. El nieto de Anfós le hizo llamar, como siempre rodeándose de misterio. Menetir acudió de incógnito al castillo del noble. Allí le esperaba un grupo de los nobles que apoyaban la causa de aquél.

—Saludos Menetir.— Dijo Mordek. —Te hemos hecho llamar porque tenemos noticias para ti. Nuestros espías en Kynán nos han revelado que el rey Andamar tiene serios problemas. En todos

sus reinos se han estado produciendo tumultos y revueltas de la gente descontenta por la carestía y el hambre.—

—Eso ha ocurrido en todas partes.— Dijo Menetir.

—Así es. Pero es que en Kynán, además, se han producido revueltas organizadas. El propio príncipe Naadur tuvo que salir no hace mucho a sofocar una rebelión en toda regla. Al parecer, un grupo de loggi desertores de su propio ejército ha organizado un levantamiento.—

—Ésas son excelentes noticias.— Menetir dijo sonriente. —Aunque imagino que la revuelta habrá sido sofocada. Sin embargo, cualquier cosa que debilite a Andamar me beneficia.—

—Pues alégrate, porque, aunque la revuelta fue sofocada, según nos informa nuestro espía, los principales cabecillas consiguieron escapar, y andan escondidos por los bosques.—

—Me sorprende mucho que unos andrajosos loggi se hayan enfrentado a Naadur y consiguieran escapar.—

—No son unos loggi cualquiera. Según tengo entendido, quien los encabeza fue soldado del propio Naadur, además de haber servido al mismísimo Andamar.—

—Si todo eso es cierto, significa que Andamar tiene más puntos débiles de los que yo suponía, y sería muy estúpido por mi parte no aprovecharme de ellos. Precisamente, mi cuñado pertenece a la familia Cenwolf, muchos de cuyos miembros permanecen aún en Kynán. Y te puedo asegurar que no son nada partidarios de Andamar. Creo que me serán de gran ayuda tal y como están las cosas. Os agradezco mucho la información.—

—Ya sabes que siempre puedes contar con nuestro apoyo y ayuda en todo lo que desees, mientras renuncies al trono de Narvaly, que nos pertenece.—

—Ánimo amigo Menetir.— El anciano Anfós habló por primera vez. —Pronto, antes de lo que imaginas, tú te sentarás en el trono de Kynán y mi nieto lo hará en el de Narvaly. Y para sellar nuestro compromiso, que mejor que celebrar los esponsales de mi biznieta con tu hijo.—

—Ya sabes que no está en mi mano ese asunto. Zodrim ha enviado ya una embajada a Kynán para renovar el antiguo compromiso de la princesa Nysbe ahora con Uthegal. Sólo espero que Andamar no acepte, aunque como es una rata cobarde y traidora, puede que lo haga.—

—Por tu bien y el de todos nosotros, más vale que esa boda no tenga lugar.—

A su regreso a Hittowa, Menetir convocó a su cuñado y le contó lo que había sabido por parte de sus aliados.

—Eso nos conviene mucho.— Dijo Temuzén. —Haré llegar a mis parientes la orden de que procuren ponerse en contacto con ese rebelde, y le presten cuanta ayuda esté en su mano.—

—Eso es. Tengamos a Naadur entretenido persiguiendo rebeldes por los bosques, mientras nosotros preparamos nuestro nuevo ejército. Brindemos por nuestro éxito Temuzén.— Y ambos chocaron sus jarras de vino riendo alegres.

—Se me ocurre que podríamos hacer más para debilitar a Andamar.— Propuso Temuzén.

—Te escucho.—

—Si hay rebeldes en Kynán, siendo los loggi apenas mendigos harapientos sin idea de la guerra, es completamente lógico pensar que el malestar por la carestía que se ha extendido por todos los reinos haya llegado también a Midum. Allí podríamos volver a encender la llama que ya una vez nos sirvió para perjudicar a Andamar.—

—Eso me complace mucho. Además, esta vez nadie se interpondrá en mi camino. Ya no hay ningún príncipe ambicioso como Netik para arrebatarme la gloria de conquistar Midum y sentarme en el trono de los Señores del Mundo.—

Fíjate bien en quien es tu verdadero enemigo

Cuando Naadur se enteró del propósito de la embajada llegada de Narvaly, se indignó. Acudió enfurecido ante su padre el rey.

—Padre, sabes que siempre te he sido leal y jamás se me ha pasado por la cabeza desobedecerte. Pero lo haré, por mi honor que lo haré si continúas con la idea de desposar a mi hija con el hijo de mi peor enemigo. Jamás consentiré tal cosa ¿Me oyes?—

—Cálmate Naadur. Aún no he tomado ninguna decisión.—

—No hay nada que decidir.— Naadur gritó, lo que tomó por sorpresa a su padre y a los guardias presentes en el salón del trono. Nadie nunca había visto a Naadur faltar al respeto a su padre. —Mi hija no se desposará con el hijo de ese demonio.—

Naadur no esperó a la respuesta de su padre. Resueltamente salió de la sala y se encaminó hacia los aposentos de la joven princesa. Al haberla declarado mayor de edad, ella debía tener sus propios aposentos. Sin embargo, puesto que aún era muy joven en palacio se creyó oportuno que estas habitaciones estuvieran situadas cerca del ala de los niños. Una joven criada le informó de que la princesa se encontraba reunida con su aya y una Doncella de la Luna.

Naadur no quería esperar. Tenía urgencia de ver a su hija. De pronto, sentía como si un horrible peligro se cerniera sobre ella. Entró en la sala dónde Nysbe era instruida en sus obligaciones de princesa valate. Una doncella de la luna estaba sentada frente a la princesita y ambas hablaban en voz baja. El aya se sentaba a un lado imponiendo su autoridad para que todo transcurriera en orden.

—La clase ha terminado.— Dijo Naadur. El aya le miró con gesto de desaprobación, pero antes de que dijera nada, Nysbe se adelantó.

—Padre— Exclamó, y corrió alegre a abrazarle.

—Princesa Nysbe. Ésa no es la manera apropiada de comportarse para una joven de tan alto linaje. Seguro que tú mi señor Naadur estarás de acuerdo. No querrás que tu hija sea una princesa maleducada.— El aya dijo con severidad. Naadur dejó a Nysbe en el suelo y ofreció su encantadora sonrisa a la mujer. Se trataba de la que ya fuese aya de su esposa Numa.

—Desde luego. Tienes mucha razón. Y tú Nysbe has de escuchar siempre todo lo que te diga el aya Yasha. Pero, con tu permiso, quisiera pasar un rato con mi hija.—

El gesto de la mujer siguió siendo el mismo. Naadur se cuidaría mucho de faltar al respeto a un aya, y menos delante de su hija. Él también había sido bien educado como príncipe valate. Al fin, la mujer se puso en pie. Hizo un gesto a la joven doncella para que la siguiera, y ambas salieron del cuarto.

Nysbe estaba encantada. Qué sorpresa tan estupenda. No tenía muchas ocasiones de ver a su padre. Le habían contado que estas últimas semanas había estado guerreando. Ella ya sabía que la guerra era el principal cometido de su padre, pero eso no hacía que sus temores de que le sucediera algo malo cedieran. Ya temía bastante por su madre, tan desdichadamente fuera de la realidad. Sentía que ahora tenía que protegerla mucho más, aunque ella fuera tan joven. Sin embargo, Nysbe, a pesar de contar con apenas 8 años ya no se sentía una niña en absoluto. Era muy consciente de su papel de princesa valate, sobre todo desde que su padre la declarase mayor de edad. Estaba bastante orgullosa de su melena plateada que comenzaba a crecer y de

llevar vestidos de adulta, aunque le costase al principio acostumbrarse a no pisarlos al caminar.

Naadur se sintió aliviado al poder abrazar a su hija. Sintió una punzada íntima al darse cuenta de que no tardando mucho ella se alejaría del todo. Si no se desposaba con Uthegal, lo que pensaba impedir por todos los medios, habría de hacerlo con otro. Y tal como estaba la situación después de la pasada guerra, era bastante conveniente buscar o reforzar las alianzas con otros reinos. Porque, aunque Kynán fuera el más fuerte, había muchos que envidiaban su posición, y podrían aliarse en su contra. Sin duda su padre el rey desearía reforzar las antiguas alianzas y buscar otras nuevas, lo que significaba que muy probablemente Nysbe desposaría a algún rey extranjero.

Los planes de Andamar para celebrar los esponsales de Yaluc con Ory Kyrás, y así poder tener un nuevo heredero cuanto antes, se vieron en grave peligro. Todo sucedió de un modo tan repentino, que apenas tuvieron tiempo de darse cuenta. El rey había dado largas a la embajada de Narvaly alegando que deseaba meditar sobre su propuesta. Al fin y al cabo, no había prisa, pues los príncipes de ambos reinos aún eran demasiado jóvenes para consumir los esponsales.

Entonces, comenzó el calor. Un calor tan terrible como lo había sido el frío del pasado invierno. Además, casi todas las tardes, al menos en la zona de Taros se formaban tormentas que descargaban abundante lluvia, lo que sólo contribuía a refrescar el ambiente brevemente, mientras el resto del día permanecía una pesada y sofocante humedad.

A la semana de comenzar este tiempo, empezaron los primeros casos. Una nueva enfermedad hacía caer a la gente bajo terribles fiebres. En toda la ciudad se comenzó a temer que fuera el inicio de una nueva plaga. Ni los físicos, ni los sacerdotes con

sus plegarias, eran capaces de aliviar los temores del pueblo. Muchos enfermaron y algunos murieron. Entre los enfermos, se contó el rey.

Naadur ya había temido durante meses por la debilidad en la salud de su padre, y este nuevo episodio no hizo más que agravar esos temores.

—Tu amiga me aseguró que mi padre gozaría de larga vida Yaluc ¿Acaso me mintió?— Naadur preguntó angustiada a su amigo.

—Dilmala nunca miente. Si ella te dijo eso es que sinceramente lo cree a causa de sus visiones. Tal vez son éstas las que la han engañado.—

Naturalmente, mientras el rey estuviera enfermo, se suspendían todas las celebraciones. Yaluc se sintió sumamente aliviado. No estaba en absoluto seguro de que Andamar aprobara que se pospusiera su boda, pues para el rey era sumamente urgente que él engendrara un heredero que se sumara a los que ya había, y contribuyera a que la situación de la sucesión al trono de Kynán no fuera tan frágil. Después de todo, tanto él como Naadur corrían peligro de morir en alguna batalla, aunque no hubiera guerra en ese momento.

Pero el rey no estaba en condiciones de protestar. De modo que Yaluc propuso el retraso de la boda a Naadur y éste, demasiado preocupado por la salud de su padre, aceptó. Íntimamente temía que le hubiera llegado la hora de convertirse él mismo en rey, para lo que aún no se sentía preparado.

La reina viuda Garpa, cuya preocupación por la sucesión era tan grande o mayor que la de su hijo, procuró permanecer a su lado temiendo perderle ¿Qué maldición había arrojado sobre ella aquella extraña mujer loggi? ¿Acaso tendría que asistir a la

muerte de su amado hijo mientras ella permanecía fuerte y saludable?

Por otro lado, procuró alejar todo lo posible al pequeño Sikander de cualquier oportunidad de contagio de la extraña fiebre. Hizo que el pequeño, su nodriza y su niñera, permaneciesen todo el tiempo bien aislados en sus habitaciones de palacio, impidiendo que nadie, ni siquiera la madre del niño se les acercara.

La enfermedad de Andamar duró varias semanas. El rey parecía a punto de morir, pero de pronto, la fiebre le bajaba para al cabo de un día o dos, volver a subir y ponerle de nuevo al borde de la muerte.

Curiosamente, Yaluc que tan aliviado se había sentido porque la enfermedad del rey le permitiera posponer su boda, tuvo la ocasión de arrepentirse y sentir remordimientos por su alegría, cuando la joven Ory también enfermó. Su padre, el valiente Damosén, que tanto y tan bien había servido al rey, estaba desesperado. Había perdido a toda su familia excepto su hija con la anterior plaga ¿Por qué eran los dioses tan crueles de querer arrebatarse a Ory también?

Pasaron algunas semanas, y el fuerte calor comenzó a ceder. Le substituyó una agradable brisa procedente del mar que parecía purificar el pesado ambiente, y llevarse los malos espíritus causantes de las fiebres. Todos los que se hallaban enfermos comenzaron a recuperarse, incluidos Andamar y la joven Ory.

Pero no había el rey empezado a sentirse con fuerzas suficientes para salir del lecho, cuando llegaron nuevas malas noticias. Esta vez desde Midum.

Los mensajeros informaron al rey de que se estaban multiplicando las revueltas y levantamientos entre los antiguos

partidarios de los Sum. Viejos fantasmas que jamás habían desaparecido del todo reaparecieron. Las revueltas eran graves, habiéndose producido incluso ataques a la capital. Y al parecer, no se trataba de simples bandidos o rebeldes descontentos. Los revoltosos estaban bien organizados.

—Padre— Dijo Naadur. —Sospecho que los rebeldes midummitas están recibiendo ayuda y apoyo de fuera del reino. Y no me cuesta mucho suponer quién les provee.—

—Sí, la verdad es que según he oído, Menetir parece gozar nuevamente de una buena posición económica, aunque la reina no le haya permitido acceder al tesoro real.— Comentó el rey. —Según mis espías, tiene aliados secretos, aunque no hay que buscar mucho para suponer que esos aliados tienen que ver con ciertos nobles narvalienses que recientemente regresaron al reino después de permanecer desterrados en Albis. Naturalmente, no hay pruebas de ello, pero esos nobles son muy ricos y Menetir al parecer ha hecho buena amistad con ellos—

—Puede que hayamos vencido a Menetir, pero él nunca se rendirá. De eso estoy seguro.— Dijo Naadur. —Mientras aprovecha su nueva riqueza para organizar un ejército con el que estoy seguro de que volverá a atacarnos, no duda en prender la chispa del descontento en nuestros reinos para debilitarnos. Pero no temas, padre. Partiré de inmediato a Midum.—

—¿Y qué pasará con las revueltas de los loggi?—

—Tendrán que esperar hasta que pacifique definitivamente Midum. Aunque podrías enviar al leal Damosén. Él es un buen guerrero, y podrá mantener a raya a esos desertores bandidos, si no atraparlos y hacerlos comparecer ante tu justicia.—

—Yaluc podría hacerlo después de sus esponsales.—

—Padre, algo me dice que el asunto de Midum no será tan sencillo como las revueltas de unos campesinos descontentos en Kynán, y Yaluc me será necesario. Pienso llevarme un numeroso ejército, y no regresaré hasta que Midum se rinda por completo y sea totalmente leal a ti. Te doy mi palabra.—

Y así, aunque seguía detestando la guerra con todas sus fuerzas, Yaluc dio la bienvenida a esta nueva expedición de duración indeterminada que le mantendría lejos quién sabe por cuánto tiempo de la corte y de su prometida.

—Podrías celebrar tus esponsales de todas formas antes de marcharte Yaluc. Es más, lo considero muy conveniente ¿Qué pasa si no regresas? Si te desposas, puedes dejar ya la semilla de un nuevo heredero aquí en Taros.— Le dijo el rey.

—Andamar, no deseo importunarte, pero ¿Acaso has visto a la joven Ory Kyrás en estos últimos días?— El rey negó con la cabeza confundido ante la pregunta. —Yo sí. Me interesé por su salud, y su padre me permitió visitarla. Aún esta tan débil como un pajarillo ¿No crees que sería una crueldad obligarla a cumplir con sus deberes de esposa antes de que esté completamente repuesta? Tú eres un hombre bondadoso Andamar. Todos los recuerdos que tengo de ti, de cuando pasabas horas en el templo entre libros, me indican que tu corazón es tierno y compasivo.—

Andamar no pudo objetar nada. Ciertamente, no deseaba pasar por un rey desalmado. Y Yaluc se marchó antes de que su rostro revelara que no había sido del todo honesto con el rey.

No es que le hubiera mentido, pero sí había exagerado un poco. Ory no se encontraba tan postrada ni mucho menos. La verdad es que las fiebres apenas habían hecho adelgazar ligeramente su rolliza figura, y su rostro apenas había perdido color. Pero para cuando el rey pudiera enterarse de eso, el ejército ya habría partido hacia Midum.

Yaluc no estaba orgulloso por su comportamiento. Pero si le decía al rey que no sentía el más mínimo deseo de desposarse con Ory ni con ninguna otra, se metería en graves problemas. Por primera vez en su vida sería reo de traición al violar tan flagrantemente las leyes de Andamar. Todo valate estaba obligado a desposarse y dar nuevos valate al reino.

Mientras el ejército de Naadur se ponía en marcha hacia Midum a pesar de que el verano estaba ya avanzado, Menetir se complacía escuchando los informes de los espías que le comunicaban que su plan estaba dando resultado. Naadur se disponía a emprender una guerra contra los rebeldes de Midum, guerra que Menetir tenía toda la intención de hacer interminable e imposible de ganar.

—Se te ve muy satisfecho.—

La voz de la mujer le tomó completamente por sorpresa. Había salido a cabalgar por los hermosos prados que rodeaban Hittowa para celebrar su buen humor. Miró y vio a una mujer harapienta al borde del camino.

—¿Cómo osas dirigirte a mí con tan poco respeto? ¿No sabes acaso que soy el consorte de la reina?—

—Sé muy bien quién eres. Tú y yo ya nos conocemos.— La mujer dijo, y soltó una risilla sumamente desagradable.

Entonces, Menetir por fin le vio la cara apergaminada rodeada por grises cabellos tan sucios como sus harapos, y un escalofrío recorrió todo su ser al comprobar que aquel rostro era el mismo del wasmun que se le presentara en Midum y más tarde en su celda del Palacio de las Nubes.

—Yo tenía razón.— Dijo con voz temblorosa. —Eres un demonio ¿Cómo si no podrías aparecer en forma de hombre y luego de mujer?—

—Pensé que te agradaría más así.— La horrenda mujer se burló, e hizo un gesto obsceno hacia él. Menetir casi se cae del caballo.

—¿Qué quieres de mí? ¿Hasta cuándo pretendes atormentarme?—

—Hasta que hagas lo que debes.—

—No sé de qué me hablas. Desde que me fue arrebatado lo que me pertenece por derecho, no he hecho sino luchar por recuperarlo, y destruir al Usurpador y su familia.—

—Sí. y ya se ve el éxito que has tenido.— Volvió a burlarse ella.

—Si tan poderoso eres ¿Por qué no me ayudas tú?—

—Ya lo hago estúpido. Lo estoy haciendo desde nuestro primer encuentro, mostrándote el camino. Pero tu estás demasiado cegado por tu propio brillo para verlo.—

—¿Qué quieres decir?—

—Luchas para destruir a Andamar, pero él no es tu enemigo. No el verdadero, aquél que te destruirá con toda seguridad, a no ser que tú consigas destruirle antes.—

—¿Quién es él?— Quiso saber Menetir asombrado. —¿Quién puede ser más peligroso para mis intereses que Andamar? ¿Su hijo? Él no accederá al trono si yo venzo a su padre, pues ya me encargaré de acabar con él.—

—Palabrería inútil ¿No te has enterado Menetir? En Taros ha nacido un nuevo príncipe.—

—Claro que lo sé. Me llegó puntual la noticia de su nacimiento. Naadur tiene un heredero ¿y qué? De poco le servirá cuando yo acabe con él, con todos ellos.—

—Ese príncipe es mucho más, Menetir. Él es tu verdadero enemigo. El único que puede destruirte y te destruirá, no lo dudes. Ése es parte de su cometido en el mundo.—

—Hablas de un niño en pañales y dices que me destruirá ¿Cómo es eso posible?—

—Porque es poderoso, y lo será más a medida que crezca. Si estás dispuesto a destruirle, sólo tienes la oportunidad de hacerlo mientras aún es demasiado débil para enfrentarse a ti.—

—He de matarlo pues.—

— Bueno, no es la primera vez que matas a un niño ¿verdad?—

—Eres un demonio malvado y retorcido que sólo quiere atormentarme. Me dices que el nuevo príncipe es mi mayor enemigo y que he de destruirle. Pero sin duda sabes que no puedo acudir al palacio de Taros como si nada, llegar hasta su cuna y estrangularle con mis propias manos, por mucho que eso me complacería grandemente.—

—Yo ya te he advertido. Sabes dónde está el verdadero peligro. Ahora eres tú quien debe decidir.—

Y la vieja hizo un movimiento brusco con una de sus manos, haciendo que saliera una serpiente quién sabe de dónde, entre las patas del caballo. El animal se espantó, y si Menetir no hubiera sido el excelente jinete que era, sin duda habría caído y se habría desnucado. Aun así, le costó un buen rato dominar a su agitada montura, no sin tener que recorrer en alocada carrera una buena cantidad de trecho por en medio de prados y bosquecillos. En más de una ocasión Menetir estuvo a punto de romperse la cabeza contra alguna rama. Cuando al fin logró detener al caballo, ambos

sudaban profusamente, y Menetir sentía que su corazón latía tan fuerte y rápido que temió que le escapara del pecho.

Aquella noche y las siguientes, Menetir tuvo horribles sueños en los que la serpiente aparecía una y otra vez entre las patas de su caballo, al pie de su cama, o en su plato cuando se disponía a comer. Inevitablemente aquella serpiente tomaba entonces el rostro de la vieja o del wasmun, ambos igualmente repulsivos, y le decía: "Haz lo que debes", con su desagradable voz cascada. Menetir se sentía abrumado por aquellos sueños que no lograba comprender. Sin duda necesitaba consultar con un augur.

Afortunadamente, en Narvaly no estaban proscritas las prácticas de adivinación como en Kynán. Por ello, muchos quiromantes, magos y adivinos de toda clase, la mayoría charlatanes que sólo pretendían robar el oro o el cobre de sus incautos clientes, se habían refugiado en este reino huyendo de los territorios de Andamar.

Una mañana, Menetir se decidió, y caminaba sin saber muy bien qué buscaba por el distrito de los templos de Hittowa, cuando le dio un vuelco el corazón. Fue al pasar por delante de un edificio bastante destartado y mucho menos vistoso e impresionante que los demás templos. Lo que le llamó la atención fue el relieve que presidía la entrada a aquel edificio. En él, una feroz serpiente venenosa se alzaba amenazadora sobre los visitantes que osaran traspasar aquel umbral. Entonces, Menetir reconoció el templo. Estaba dedicado a una de aquellas deidades prácticamente olvidadas de los antiguos midummitas. Se sorprendió de saber que aún debían de quedar seguidores y devotos de aquel dios olvidado, pues de lo contrario, su templo no continuaría abierto en Hittowa.

Estaba claro que los sueños y la serpiente eran una señal. Tal vez, dentro le esperaba la respuesta a sus dudas. Entró, e

inmediatamente una mujer de aspecto bastante menos desagradable que la vieja harapienta del camino se le acercó. Iba vestida con una larga túnica gris ceñida a su delgada cintura por un cordón negro que colgaba a uno de sus costados. Llevaba el oscuro cabello sujeto en la nuca con otro cordón del mismo color. Su rostro era el de una mujer bastante anciana a pesar de que su cabello no mostraba trazas de gris. Sonrió a Menetir y éste se sintió más cómodo. Parecía una mujer amable.

—Sé a qué has venido.— Dijo con ese inconfundible acento de los midummitas, que a veces era casi imposible de entender. Menetir volvió a sentirse inquieto. Para él, ya todo tenía un carácter mágico y misterioso desde su último encuentro con el demonio wasmun.

—Busco respuestas. Necesito hacer una consulta a tu dios.— Ella volvió a sonreír como una madre ante la absurda petición de un niño caprichoso.

—¿Crees que cualquiera puede dirigirse al Oculto?—

—Yo no soy cualquiera, como sin duda ya sabes.— Menetir se impacientó.

—¿Y sobre qué deseas preguntarle al dios?—

—¿No hay un sacerdote superior a ti?—

—Aquí no hay superior ni inferior. Sólo el Oculto está por encima de todos. Si quieres hablar, habla, y si no, vete por donde has venido.—

Menetir se angustió dándose cuenta de pronto de que había sido insolente dentro de un templo ¿Cómo podía él saber si el propio dios no lo había oído, y se había molestado por su falta de respeto? Ya tenía suficiente con la maldición de la bruja loggi para ganarse también la enemistad de un dios, por mucho que éste estuviera casi olvidado.

—No hace mucho, un wasmun me vino a visitar.—

—Te escucho.— Dijo la mujer.

Menetir relató todos sus encuentros con el wasmun, y lo que él o ella le habían dicho en cada encuentro. A requerimiento de la sacerdotisa, también se vio obligado a relatarle la maldición que aquella bruja había lanzado sobre él cuando le cortó la oreja.

—Escucha Menetir, y pon atención a lo que voy a decirte, porque no lo repetiré. El wasmun que mencionas está encargado de servirte. Pero tú has sido desconsiderado con él y por eso no ha sido contigo todo lo claro que debía. Todo lo que te vaticinó se cumplirá, porque los wasmunes nunca se equivocan en sus pronósticos. La bruja que dices parece muy poderosa. Por lo poco que yo sé de la magia de esos loggi, debes guardarte de ellos, pues a menudo sus encantamientos se manifiestan a través de animales o incluso fenómenos naturales.—

—¿Y qué significan mis sueños?—

—No seas impaciente. Ahora te lo explico. Sin duda, el Oculto vela por ti y te ha guiado hasta mi. La serpiente es su forma favorita de manifestarse. Él te ha advertido sobre tu enemigo. Por lo que cuentas, ese príncipe tiene como misión destruirte, y su poder ha de ser considerable, pues el Oculto lo toma en cuenta para advertirte sobre él. En tu sueño, Él te ha sugerido la solución para acabar con tu enemigo.—

—¿Cómo?— Menetir preguntó sin comprender.

—La serpiente Menetir—

—¿La serpiente?— Ella suspiró impacientándose.

—Una serpiente, aunque no sea demasiado grande, puede matar con su veneno a una criatura de apenas un año de edad.—

—¿Pero cómo hacer que una serpiente muerda al príncipe. Él está en el palacio de Taros y sin duda le tendrán bien protegido.—

—Si de verdad estás dispuesto a servir al Oculto, Él lo hará por ti.—

—¿El dios matará al príncipe?— Menetir se asombró.

—Siempre que jures servirle para siempre, y no le traiciones. Como seguramente sabrás, el Oculto fue en su día el más venerado de los dioses de Midum. Pero tras la desaparición del imperio midummita, otros pueblos con otros dioses ocuparon su lugar y Él fue relegado casi al olvido. Pero continúa siendo poderoso, y no se siente complacido con su situación actual. Se mostrará generoso con quienes le sirvan.—

—¿Y cómo he de servir a tan poderoso dios?—

El príncipe prodigioso y el rey proscrito

En cuanto Naadur y Yaluc tuvieron listo su ejército, embarcaron hacia Midum, aunque el verano estaba cercano a su final. Todavía el tiempo era bueno para navegar, y en Midum el invierno solía ser más benigno, lo que les permitiría alguna campaña contra los rebeldes. Yaluc y Naadur se embarcaron a bordo del Señor de las Olas y una gran flota les siguió. La travesía hacia Midum fue completamente plácida, sin el menor contratiempo, lo que Naadur interpretó como que los dioses estaban complacidos con su idea, y le eran favorables. No obstante, en cuanto las naves arribaron al puerto de Shimma y bajaron a tierra, el heredero de Kynán se encaminó hacia el templo de Nin para ofrecer un sacrificio al dios, y así ganarse su favor para las futuras batallas. No se le había pasado la inquietud por los extraños acontecimientos acaecidos cuando presentó a su hijo ante el dios, y no quería cometer errores. Siempre es mejor tener a los dioses de tu lado.

En Taros mientras tanto, al acabar el verano, el príncipe Sikander cumplió su primer año de vida. Eso en sí ya era una excelente noticia, pues no eran pocos los niños que morían antes de llegar a ese momento. Por eso, las familias solían celebrarlo con gran alegría. Y la familia real no era menos. El rey, la reina viuda y la princesa Numa que durante aquellos días parecía algo más coherente que de costumbre, junto con la princesa Nysbe celebraron una fiesta en el palacio. A ella asistieron todos los nobles presentes en la capital, incluidos los embajadores de Narvaly, que seguían esperando la respuesta del rey a la proposición de Zodrim para desposar a su hijo con Nysbe.

Andamar en el fondo creía que era un buen acuerdo. Zanjaría de una vez la situación de Narvaly. El reino de las montañas ya no podría mantenerse completamente neutral si la hija del heredero de Kynán se convertía en su reina. Y además, había otra razón a considerar. Esa unión entre la hija de Naadur y el hijo de Menetir podría enmendar la ruptura entre las dos ramas de la familia Damoy. Pero Andamar temía despertar la ira de su hijo. Naadur se mostraba inflexible en ese tema y francamente, Andamar ya conocía bien el daño que las desavenencias familiares pueden hacer a cualquier reino. De modo que estaba ganando tiempo y tratando de buscar una excusa que dar a la reina Zodrim para rechazar su oferta sin causar su indignación y enemistarse con su reino. No porque temiera a los ejércitos de Narvaly, sino a Menetir que después de todo era el consorte coronado.

La alegría por la celebración del cumpleaños del príncipe Sikander se vio ensombrecida por un suceso dramático que ocurrió pocos días después.

Derina como era su costumbre, no se separaba ni un minuto del príncipe. Dormía en su misma alcoba, y ni siquiera cuando era amamantado o su madre la princesa Numa le visitaba, ella se separaba de su lado. No olvidaba que su tía Dilmala le había encomendado el cuidado y vigilancia del niño, que al parecer estaba en grave peligro. Sin embargo, Derina nunca imaginó la clase de peligro que realmente acechaba al principito. No hasta esa terrible mañana.

Despertó al amanecer, oyendo los alegres parloteos del niño como solía suceder. El principito no dormía casi todo el tiempo como era lo normal en los bebés de tan corta edad, sino que permanecía despierto con sus enormes ojos atentos a todo lo que le rodeaba. Derina cada vez sentía un mayor afecto por el niño

que en cuanto la veía le dedicaba una luminosa sonrisa y siempre deseaba que ella le tomara en brazos.

Nada le extrañó pues escuchar que Sikander estaba ya despierto antes de que vinieran a alimentarle. Pero cuando alzó la mirada de su jergón a los pies de la cuna del príncipe, el horror se apoderó de ella.

Los desgarradores gritos de espanto de Derina alarmaron a toda el ala del palacio. La reina viuda acudió todo lo rápido que le permitían sus piernas algo anquilosadas ya por la edad. También acudieron la nodriza, la princesa Numa y Nysbe. Garpa fue la primera en llegar al hallarse su alcoba casi junto a la del príncipe. Y lo que vio la dejó tan paralizada como a la joven Derina. Una serpiente venenosa de algún modo había subido hasta la cuna del principito. Pero lo que de verdad las dejó a todas sorprendidas fue que no sólo no había mordido al niño, sino que éste jugaba feliz con ella. Así era en efecto. Sikander estaba sentado en su cuna mientras la serpiente reptaba entre sus manitas sin intentar ni por un momento morderle, y ni siquiera abrir sus horrendas fauces.

Sin embargo, las mujeres permanecieron aterradas contemplando la escena ¿Cómo era tal cosa posible? Derina sabía mucho del peligro que suponían aquellas serpientes. Más de uno de sus amigos de la aldea había sufrido su venenosa mordedura, y no pocos de ellos habían muerto. Sin embargo, el principito no parecía asustado en lo más mínimo. Es más, parecía muy complacido con su juguete. Pero lo más sorprendente era el comportamiento del animal.

A los gritos de las mujeres acudieron un par de guardias de palacio, y uno de ellos no dudó en asaetear a la serpiente certeramente con su lanza. Luego tomó al animal muerto, aún ensartado en el arma, y lo sacó del cuarto. Para asombro y sorpresa de las mujeres, el niño se echó a llorar amargamente.

Derina acudió presta a consolarlo tomándole en brazos, y meciéndole como siempre había visto hacer a las madres en su aldea. Garpa se acercó a ella, y aún temblorosa, acarició la cabeza del niño. Ésta ya estaba coronada por una mata de finos cabellos tan rubios que parecía como si el niño llevara puesto siempre un yelmo de plata bruñida.

—El pobrecito se ha asustado con lo ocurrido.— Dijo Garpa con voz tierna, mientras Derina continuaba meciendo al pequeño, que no dejaba de llorar.

Entonces, Numa se acercó también. Extendió los brazos, y Derina le entregó al pequeño. En cuanto estuvo en brazos de Numa, el niño cesó en su llanto, y apoyó la cabeza en el hueco del cuello de su madre. Ésta entonces, dirigió una mirada a los presentes.

—No llora porque esté asustado, sino porque está triste.— Dijo en su misterioso tono habitual. Y sin más, comenzó a su vez a mecer al niño, mientras le susurraba al oído. El pequeño se quedó dormido.

El relato del extraño incidente de la serpiente venenosa se extendió por el palacio y luego por toda la ciudad. No faltó quien lo relacionara con lo sucedido en el templo, pues a pesar de las amenazas de Naadur, había sido inevitable que trascendiera. La gente ya consideraba al príncipe Sikander como autor de prodigios. Al fin y al cabo, había llegado con el cometa. Pronto, este suceso pasó a incrementar las leyendas que ya corrían sobre el pequeño príncipe, acerca de su peculiar aspecto, y de su poco habitual comportamiento.

Cuando Menetir se enteró de lo sucedido con la serpiente, sintió una angustia antes desconocida para él. Los sacerdotes del

dios olvidado le habían garantizado que su dios se encargaría de eliminar al principito y sin embargo, según las noticias que le llegaban, no sólo la serpiente no había sido capaz de cumplir su cometido, sino que al parecer, el pequeño la había estrangulado con sus propias manitas. Por supuesto, Menetir no podía saber que las habladorías que le llegaban eran exageradas. Si ni siquiera un dios tan poderoso había sido capaz de acabar con él ¿Quién era ese niño? ¿Cómo podía tener tanto poder?

Empezó a comprender por qué era su mayor enemigo. Si siendo un bebé en pañales había derrotado a un dios ¿Qué no podría hacer cuando creciera? ¿Sería acaso él también un dios?

Por su parte Zodrim también estaba preocupada, pero no por las mismas razones que su esposo. Ella también había oído las increíbles leyendas que corrían ya acerca del pequeño prodigio, pero eso no le importaba. No tanto como comprobar que Andamar no la tomaba en serio ¿Por qué si no estaría haciendo esperar inútilmente a sus embajadores sin darles ninguna respuesta? Tal vez no consideraba a Zodrim lo suficientemente importante como para hacer una alianza con ella, aunque anteriormente no hubiera dudado en aliarse con su hermana mayor.

Después de mucho meditar sobre su situación, se le ocurrió que podría comenzar por establecer otras alianzas para que Andamar viera la conveniencia de tenerla como amiga. Zodrim necesitaba el reconocimiento del más poderoso de todos los reyes para afianzar su propio trono. Cierto que la mayoría de los clanes la apoyaban, pero no le pasaba desapercibido que había algunos desacuerdos.

De modo que pensó en su pequeña Zaner que contaba 3 años, como una buena candidata para desposarse con su primo el recién coronado rey de Esterria Tesimandro. Había sido una sorpresa para ella como para todo el mundo enterarse de la boda

de Enekhhal con la hija de Tessino, y de que ella había tenido ya un hijo del príncipe valate. Pero el caso es que ahora un sobrino suyo se sentaba en el trono de uno de los reinos más ricos y prósperos, si no el que más, y ella mantenía unas más que buenas relaciones con su padre. Enviaría una embajada también a Esterria, pero para que fuera más efectiva, propuso a su cuñada Nusi encabezarla. Sabía bien el gran amor que ella sentía por sus dos hermanos, y sin duda le complacería mucho ver de nuevo a Enekhhal, quien como bien sabía Zodrim, nunca pondría los pies en Narvaly mientras Menetir tuviera alguna autoridad allí, por pequeña que fuera.

Le costó más de lo que esperaba convencer a su cuñada que parecía cada vez más apagada, pero lo consiguió. Nusi partió hacia Esterria a pesar de la cercanía de las lluvias de otoño, pero en su caso, el viaje era corto, pues Narvaly mantenía frontera con el reino de Esterria, y los caminos eran buenos, ya que ambos reinos comerciaban desde hacía incontables generaciones.

Enekhhal se sintió muy feliz de volver a ver a su querida hermana, aunque le entristeció comprobar cómo la amargura había minado su salud y belleza. Su vida en Esterria transcurría plácida a pesar de la creciente presión de los bárbaros del este. Ésta era grande, pero él había tenido la habilidad de negociar con los jefes de las tribus que llevaban más tiempo acampadas en la frontera y conocían mejor a los esterrianos. Estos jefes habían aceptado contener a sus congéneres más salvajes a cambio de algunas concesiones de tierras a lo largo de la frontera. Por este logro, la popularidad de Enekhhal había aumentado muchísimo, y los nobles que se oponían a su esposa perdían sin cesar influencia en el reino.

En cuanto a su relación con Marusene, ella era lo suficientemente inteligente como para saber que Enekhhal no cambiaría su modo de ser ni de comportarse. La suya no había sido una unión por amor, aunque sentían un mutuo afecto. Ambos se beneficiaban de ella, y eso a Marusene le bastaba. Enekhhal no dejó de dedicarse con tanto entusiasmo como siempre a su diversión favorita, las jovencitas complacientes. Pero tampoco descuidaba a su esposa, de modo que para cuando Nusi llegó a Ayusha le fue anunciado el embarazo de la regente.

Ambos regentes consideraron la oferta de Zodrim. Se hallaban en proceso de buscarle una esposa adecuada a Tesimandro, y ciertamente Zaner cumplía los requisitos que deseaban. Era extranjera y de sangre real. A Enekhhal no le agradaba favorecer a su hermano, pero la niña era también la hija de Zodrim, por la que sentía gran afecto.

Los dos hermanos se encontraban paseando una tarde por los agradables jardines del palacio de Ayusha, que incluso en fecha tan cercana al invierno aún estaban llenos de hermosas plantas en flor, cuando Enekhhal le comunicó a Nusi que la oferta de Zodrim les complacía.

—Es sin duda una gran noticia hermano.— Dijo ella. —Me complace mucho ver que nuestra familia se reconcilia. Si sólo tú y Menetir pudierais ser más comprensivos el uno con el otro. Ya sabéis el gran amor que os tengo, y cuánto me hace sufrir veros siempre enfrentados.—

—Nada me complacería más que verte feliz hermana mía, pero no es posible mi reconciliación con Menetir. Él ha cometido demasiadas fechorías que no puedo perdonar.—

—Vamos Enekhhal. Ya le conocemos bien. No puede evitar comportarse a veces como un matón.—

—No hablo de eso Nusi. Hay otras razones demasiado graves para que él y yo nos reconciliemos. Él no merece ser tratado con respeto. En realidad, debería ser juzgado por sus muchos y horribles crímenes. Pero no deseo entristecerte. Hablemos de otra cosa.—

—No Enekhal. Siempre he mediado en vuestras peleas y siempre he conseguido reconciliaros, porque ambos confiáis en mí ¿Qué me ocultas? Si él te ha causado un daño tan grande, he de saberlo.—

—No te oculto nada.— Él dijo sin mirarla.

No la miraba, pues nunca había podido ocultarle a ella sus sentimientos. Nusi era la única persona en el mundo que conocía cuánto había sufrido él durante su infancia e incluso siendo ya adulto, por la evidente preferencia que su padre mostraba hacia Menetir. Los abusos de su hermano mayor nunca le dolieron tanto como sentir la indiferencia y frialdad de su padre. Sólo al final de su vida, Domusal había intentado poner remedio, pero ya era tarde. Y ésa era otra de las cosas que Enekhal no perdonaba a Menetir, pues estaba seguro de que él con su airada reacción ante el sacrificio de Domusal para salvarle la vida, había precipitado la muerte de su padre.

—Enekhal Damoy. Te conozco desde que naciste. Nunca has podido mentirme y nunca podrás. Ahora dime ¿Qué te ha hecho Menetir?— Ella dijo en tono autoritario.

Aquel tono al que ni siquiera el bravucón Menetir era capaz de oponer resistencia. Evitaba mirarla a los ojos porque sabía que si lo hacía, no sería capaz de mantener su terrible secreto. Pero no podía hablar. Si lo hacía, le rompería el corazón.

—No Nusi. Es mejor que no te diga nada.—

—Está bien. Le preguntaré a Menetir entonces.—

Nusi regresó bastante desconcertada a Narvaly. Marusene había aceptado la boda de su hijo con la pequeña Zaner, pero, aunque eso era un éxito, ella iba pensativa a causa del extraño comportamiento de su hermano menor. No era la habitual hostilidad entre los dos hermanos que ella había conocido siempre. Parecía que había algo mucho más profundo.

Cuando al fin pudo encararse con su hermano Menetir, no dudó en revelarle la conversación que había mantenido con Enekhal

—Dime Menetir ¿Por qué se muestra Enekhal tan reticente y resentido contigo?—

—No le hagas caso. Ya conoces su afición a llamar la atención. Como está viviendo en un reino alejado, teme ser olvidado. Más le valdría ponerse a mis órdenes como es su obligación, y defender a la familia de las humillaciones a las que hemos sido sometidos.—

—Ser el regente de Esterria y padre de su rey no me parece estar alejado como dices ¿Qué me ocultáis vosotros dos?—

—No sé qué te habrá dicho él. La última vez que nos vimos se negó a ponerse bajo mis órdenes. Le acusé de ser traidor y cobarde, que es lo que es. Estará resentido conmigo por eso.—

—No. Os he oído llamaros cosas peores, y he presenciado vuestras peleas. Tus insultos nunca le han afectado demasiado. Sin embargo, me dijo que has cometido crímenes demasiado terribles para ser perdonados.— Menetir se puso pálido de pronto.

Recordó aquella noche en que Enekhal le había sorprendido, y a punto había estado de cortarle el cuello. No olvidaba las acusaciones de su hermano. Enekhal sospechaba de su implicación en el asesinato de Uxyla ¿Había encontrado pruebas? ¿Se las habrían suministrado Anfós y los suyos? ¿Y si Enekhal le

había dicho algo de eso a Nusi? Ella seguía mirándole fijamente. Esperando su respuesta. Acusadora.

—¿Menetir?— Estaba claro. Nusi le acusaba.

—¡No le creas! Los rumores sobre la muerte de Uxyla son obra de mis enemigos.—

—¿Qué dices? Enekhhal no mencionó a Uxyla.— Nusi miraba desconcertada a su hermano mayor. El rostro de éste había pasado de la palidez al enrojecimiento. Un horrible pensamiento acudió a su mente. —Menetir ¿Por qué nadie habría de extender rumores contra ti sobre la muerte de mi hija?— Preguntó apenas en un susurro, pues la respuesta que temía recibir le cerraba la garganta. Sin embargo, no dejó de mirarle.

Dándose cuenta de que se había precipitado en tomar conclusiones, y su hermana no sabía nada porque nada le había revelado Enekhhal, intentó escabullirse. Pero ya era demasiado tarde.

—¿Tú?— Nusi ya no pudo seguir. No le salían las palabras.

—Escucha. Yo nunca quise.—

Ella no le dejó terminar. Un dolor que creía que jamás volvería a sentir atravesó de nuevo todo su ser. Era como estar otra vez en aquella gran sala, y contemplar una vez más cómo aquella loca clavaba su cuchillo en el cuello de su pequeña, degollándola como a un animal para el sacrificio. Su vista se nubló, y sintió que se le paraba el corazón.

Entonces alzó la mirada, y entre la niebla de su dolor vio el rostro de su hermano, excusándose como si se tratara de una más de sus travesuras. Sin remordimientos. Sintió una ira y una furia tal que perdió la noción de lo que hacía. Sin dudar, saltó como una fiera contra su hermano arrebatándole la daga que él llevaba

siempre consigo. Antes de que Menetir pudiera reaccionar, ya le asestaba su hermana una cuchillada ciega.

Por suerte, él era mucho más fuerte, y su instinto de guerrero le ayudó a esquivarla. Además, Nusi no era tan hábil con el cuchillo como la bruja loggi, o Menetir habría sido nuevamente herido por una mujer enfurecida. No obstante, antes de que él la derribara de un poderoso empujón, ella logró desgarrarle la túnica produciéndole un rasguño en el pecho que comenzó a sangrar.

Pero el daño que él había causado a su hermana era mayor. Ella había caído y se había golpeado la cabeza. Menetir no se detuvo a mirar el resultado de su violencia, y se dispuso a huir. Pero los gritos de Nusi alertaron a los guardias de palacio, que intentaron impedir su fuga. También Temuzén había sido alertado al oír a su esposa discutir con Menetir, y acudió corriendo. Por entre los guardias que intentaban detener a Menetir la vio tendida en el suelo y la sangre bajo su cabeza.

Ahora fue Temuzén quien empujó a los guardias para acudir junto a Nusi. Ella estaba sin sentido en el suelo. Acercó su rostro al de ella, y sintió que aún tenía aliento, aunque muy débil. La tomó en brazos, y comenzó a correr mientras gritaba.

—Avisad a los físicos y arrestad a Menetir.—

Los guardias no fueron capaces de detener a Menetir. Él era un guerrero mucho más experimentado que ninguno de ellos, y los despachó casi sin esfuerzo. Salió al galope de palacio con intención de refugiarse en el castillo de su amigo el noble Anfós.

Si Nusi moría, sí que estaría en graves problemas. Ahora nadie dudaría en acusarle, pues había testigos de su crimen.

Los físicos, a pesar de su proverbial ignorancia, consiguieron detener la sangre que seguía manando de una gran brecha en la cabeza de Nusi. Ésta permaneció unas cuantas horas

inconsciente, mientras su esposo, su hijo y la propia reina Zodrim que siempre había apreciado sinceramente a su cuñada, no se separaban de su lecho.

Al amanecer, Nusi recobró la conciencia, pero estaba muy pálida. Temuzén le ofreció un cuenco con sopa. Ella tomó un poco, pero enseguida vomitó, y comenzó a sufrir convulsiones. Sin embargo, pudo pedir que su esposo y la reina se acercaran a escuchar lo que iba a decir.

—Menetir. Fue Menetir.— Dijo con voz débil y entrecortada. Una nueva convulsión agitó todo su cuerpo. —Él mató—

—¿Mató? ¿A quién? ¿A quién mató Menetir?— Quiso saber Temuzén.

Parecía que Nusi había caído nuevamente en la inconsciencia. Pero de pronto, se incorporó en el lecho y agarró con sorprendente fuerza el brazo de su esposo mientras gritaba:

—¡Mi niña!— Dejó escapar como un gemido, y cayó de nuevo sobre el lecho, muerta.

Temuzén y Zodrim no podían creer lo que habían oído. Ambos estaban atónitos y horrorizados. Temuzén, además comenzaba a asumir que su esposa estaba muerta, y el dolor le invadió

—No debería sorprenderos tanto.— Oyeron decir a Ardates, de cuya presencia casi se habían olvidado.

El joven tenía el rostro enrojecido de ira, y un odio feroz ardía en sus ojos.

—En el ejército he oído muchos rumores. Cada vez que me enfrentaba a algún soldado borracho que se lamentaba de que estuviéramos guerreando en el nombre de mi hermana, repetían que el propio Menetir era culpable de su muerte. Siempre me negué a creer tales rumores, pero eran insistentes.—

Ahora fue Zodrim la que empezó a sentirse terriblemente mal. Desde un principio había sabido del terrible carácter de su esposo. Ella lo había sufrido en incontables ocasiones. Pero eso, asesinar a una niña inocente, y hacer que la culpa recayera sobre Andamar, era ya demasiado.

—¿Te das cuenta padre de que hemos estado combatiendo en el bando equivocado?— Continuó Ardates.

Temuzén era incapaz de hablar o de moverse, aunque los acontecimientos se precipitaron y hubo de hacerlo.

Zodrim sintió que la criatura en su vientre saltaba como si hubiera sido víctima de un terrible sobresalto, y casi inmediatamente, comenzó a sentir los dolores propios del parto, a pesar de que era demasiado pronto.

La reina fue llevada a sus aposentos, y nuevamente los físicos fueron avisados ahora junto con las parteras. Mas nada se pudo hacer. Zodrim parió una criatura muerta. Era un varón. A pesar de lo mal que se sentía y del dolor por la pérdida de su hijo, Zodrim reclamó la presencia del capitán de la guardia de palacio. Cuando éste acudió junto al lecho de la reina, ella le ordenó que hiciera apresar a Menetir por la muerte de su hermana Nusi.

Le costaba creer que de verdad él hubiera sido el responsable también de la muerte de la pequeña Uxyla que inició las terribles guerras entre valate, y además no sabía cómo Ardates podría demostrar lo que había dicho. Sin duda Menetir lo negaría. Pero sí que no podría negar la muerte de Nusi.

Le fue informado que Menetir había huido, y se envió una partida en su busca.

Menetir llegó al castillo de Anfós, y una vez en presencia del anciano noble, le narró lo sucedido en las últimas horas.

—De modo que no has sido capaz de conservar tu terrible secreto ¿eh?—

—Nusi no puede demostrar nada, de igual modo que no pudisteis vosotros. De lo contrario ya me habríais delatado.—

—A lo mejor es que deseamos mantenerte mientras nos seas útil.—

—Ya habéis visto que Zodrim no ha tomado en cuenta mi oposición, y piensa seguir con los esponsales de Uthegal y la hija de ese insufrible Naadur. No, si continuáis apoyándome es por otros motivos.—

—Puede ser. Pero si tu hermana muere a causa de lo que hiciste, puedes ser acusado, y entonces no me servirás de nada.— El anciano parecía furioso, y la tos, que le había asaltado varias veces desde que hablaba con Menetir, le atacó de nuevo.

Menetir empezó a ponerse nervioso. Si aquellos nobles dejaban de apoyarle, y Temuzén le acusaba por la muerte de Nusi ¿Qué haría? ¿A quién acudiría? Se vería completamente solo y sin asistencia de nadie. Anfós parecía muy agobiado por la tos, y a punto de ahogarse.

Menetir le acercó una jarra con agua, y el viejo bebió con ansia. Cuando acabó, dijo:

—He añorado tanto mi patria, y en cuanto vuelvo el frío aire de estas montañas me va a matar. Creo que soy demasiado viejo para salir de caza al amanecer. Ayúdame.— Ordenó mientras comenzaba a levantarse. Al acudir a asistirle en su intento, Menetir comprobó que el anciano ardía de fiebre.

—Creo que harías bien en echarte en tu lecho a descansar, y pedir la ayuda de un físico.—

—¿Un físico? Los físicos de este reino son unos ignorantes. Cuando era joven, viajé una vez con tu abuelo por sus reinos.

Visitamos las islas del Gran Mar y del Pequeño Mar. Así fue como conocí Albisos. No hay un lugar como ése en todo el mundo. Allí sí que hay sabios médicos y sanadores.—

—Creía que sus habitantes eran unos dementes obsesionados con servir a sus dioses.—

—Son ricos y sofisticados ¿Sabías que su reino fue fundado por los conquistadores midummitas mucho antes de que tus bárbaros antepasados llegaran a Kynán? Ellos sí saben de sanación. Conocen bien las enfermedades y cómo curarlas.—

—Hablas de brujería sin duda. He oído muchas veces esa clase de rumores referidos también a los loggi ¿Y qué son ellos sino andrajosos campesinos?—

—Llévame a mis aposentos. Estoy cansado. Ya seguiremos hablando más tarde.—

—Pero permites que me oculte en tu castillo ¿verdad? Si regreso a Hittowa, me apresarán.—

Menetir permaneció por más de una semana en el castillo de Anfós. Los guardias enviados por la reina acudieron por supuesto a buscarle allí. Todos conocían su amistad con el noble retornado. Pero su nieto Mordek se mostró firme negando que Menetir estuviera allí o siquiera hubiera aparecido por su castillo. Aseguró a los guardias que su abuelo y él eran leales a la reina, y no escondían proscritos. Y les pidió, no de muy buenas maneras, que no les molestaran, pues su abuelo era un hombre muy anciano y se encontraba enfermo.

Lo único cierto que Mordek había dicho era que Anfós estaba enfermo. Su caso se agravó. La fiebre siguió subiendo, y aunque el anciano se mostraba increíblemente fuerte y resistente, estaba claro que aquella enfermedad era algo serio. Cuando la fiebre se lo permitía, protestaba enérgicamente por la presencia de Menetir.

Gritaba que ya no les servía de nada, pues era un proscrito acusado de asesinato, y ellos debían procurar no llamar la atención para continuar desarrollando su plan.

Esto preocupaba mucho a Menetir. Pero Mordek le aseguró que aunque su abuelo se recuperase, lo que era dudoso dada su edad, ahora era él el jefe de la familia, y tenía sus propios planes en los que Menetir le sería muy útil. Mucho más después de que le ayudase a librarse de la persecución de su esposa, pues así estaría para siempre en deuda con él.

A las dos semanas, el anciano perdió su batalla contra la muerte. Como había sido un noble muy importante, pariente cercano del rey abuelo de Zodrim, se le rindieron honores al nivel de su alto linaje. Hubo solemnes funerales, a los que Menetir por supuesto no asistió. Él siguió escondido en las propiedades de Mordek. Durante los funerales, la reina Zodrim hizo un sorprendente anuncio.

—Mi esposo me ha deshonrado. Ha deshonrado a nuestro reino con su indigno comportamiento. Este último crimen sólo ha venido a sumarse a todos los anteriores de los que muchos de vosotros también fuisteis víctimas. Además, todos estáis al tanto de que está condenado al destierro de por vida por parte del rey Andamar de Kynán, quien le despojó de todos sus derechos dinásticos, por lo que no posee ya nombre ni título. Por todo ello, he decidido divorciarme de mi esposo. Él no es, ni ha sido nunca digno de Narvaly.—

En cuanto se les pasó la sorpresa, la mayoría de los representantes de los clanes rompieron a aplaudir y vitorear a la reina. Estaba claro lo muy aliviados que todos se sentían de librarse de Menetir.

—No tanto como yo.— Zodrim dijo en voz baja.

Lo había meditado mucho, y también lo había consultado con sus consejeros. Éstos le habían hecho ver que Menetir no tendría modo de oponerse, pues nunca debió ser coronado consorte siendo un hombre desterrado sin nombre ni patria.

Naturalmente, cuando Menetir conoció la noticia se enfureció ¿Cómo podía su esposa ofenderle de tal modo? ¿Es que nunca acabarían las humillaciones? ¿Por qué, si tenía supuestamente el respaldo del poderoso dios Oculto, todo se le ponía en contra?

Mordek intentó hacerle reflexionar.

—Lo que te ha sucedido en realidad nos beneficia.—

—¿Cómo? Ya no soy rey consorte ¡No soy nada!— Gritó Menetir furioso.

—Ya te dije que tengo mis propios planes, y cuando te los explique, verás que tengo razón.—

Lahón

Tal y como Naadur había supuesto, las campañas para acabar con los rebeldes de Midum fueron largas y difíciles. Aprovecharon incluso los meses invernales, cuando no llovía demasiado y los campos de batalla no eran barrizales impracticables. Naadur comprobó enseguida que no se trataba de los pequeños grupos de nobles nostálgicos de la antigua grandeza de Midum y de su dinastía, como sucediera antes. Ahora eran pequeños ejércitos bien organizados que cuando Naadur los derrotaba, no tardaban mucho en reorganizarse y volver a la carga. Sin duda, tenían refugio y proveedores de armas y oro fuera del reino.

Aunque sospechara de Menetir, no tenía modo de comprobar su implicación, y menos cuando se extendió la noticia de que la reina Zodrim se había divorciado de él, y volvía a ser un proscrito acusado además de la muerte de su propia hermana. Simplemente desapareció. Nadie parecía saber a dónde había ido. No cabía duda de que alguien le ayudaba, aunque nadie supiera quién ni cómo, pues sus amigos los nobles retornados de Narvaly se habían desentendido de él, y jurado lealtad a la reina Zodrim.

Pero Naadur estaba demasiado ocupado para preocuparse también del paradero de Menetir. Ya le daría caza como merecía cuando acabase con todos aquellos rebeldes.

Cuando el tiempo se hizo demasiado inclemente, y las lluvias no permitían a los caballos y carretas avanzar por los caminos, Naadur tuvo que hacer un alto en sus ofensivas. Se había instalado en el palacio del gobernador de Midum en Shimma, pero tenía otra idea en mente.

Un día, paseaba con Yaluc por los alrededores de la ciudad de Shimma. Iban bien abrigados sobre sus caballos, pues soplabá un frío viento del norte, que si bien alejaba las nubes, no hacía que el suelo en los caminos se seicara. De modo que seguían inactivos, atrapados en la capital.

—Fíjate bien Yaluc ¿No te parece ésta una ciudad grandiosa?—

—Sin duda lo es Naadur. Lástima que tantos y tan magníficos edificios estén en su mayoría en ruinas. Apenas puedo imaginar cómo sería en sus buenos tiempos.— Yaluc dijo soñador.

—Habría de ser impresionante. Pero dime ¿De qué les valieron a los midummitas todos sus impresionantes edificios, magníficas estatuas y hermosos jardines, si eran demasiado débiles para conservar tal abundancia?—

—¿Por qué dices eso? Según lo poco que yo sé, fueron un magnífico imperio.—

—Pero no pudieron resistir ni un poquito en cuanto nuestros antepasados los atacaron.—

—Su reino ya se encontraba para entonces en franca decadencia Naadur.—

—Eso es precisamente a lo que me refiero. Los dioses fueron demasiado generosos con ellos. Pero no eran dignos. Sin embargo, yo me propongo devolver a esta ciudad y al reino de Midum toda su magnificencia, que será mayor que nunca, pues ahora estará gobernado por verdaderos hombres firmes y fuertes, no por afeminados cobardes y corruptos.—

Yaluc volvió la cara para ocultar sus sentimientos ante las palabras de su amado. Ciertamente le amaba con toda su alma, pero Naadur muchas veces podía ser un auténtico asno. El heredero le miró con su espléndida e irresistible sonrisa.

—No pongas esa cara. No criticaba tu admiración por la cultura midummita. Nunca diría de ti que eres débil y mucho menos cobarde. Nadie como tú puede guardarme las espaldas. Y para que veas que comprendo tus sentimientos, reconozco que los valate no hemos sabido apreciar esta hermosa ciudad, dejando que continuara su deterioro. Pero te doy mi palabra de que eso cambiará.—

Y con esas palabras arreó a su caballo, y emprendió un galope ligero hacia el palacio. Yaluc se quedó un momento pensativo. Naadur le resultaba a veces tan incomprensible. Justo cuando comenzaba a convencerse de que el heredero no tenía la menor sospecha de sus sentimientos, le soltaba una frase como aquélla. Pero eso sí, seguía sin aclararle nada de nada. Suspiró resignado, y animó también a su caballo para que emprendiera el galope.

La idea de Naadur de devolver el esplendor a Midum comenzaba por reconstruir de una vez por todas las antaño inexpugnables murallas de Shimma y sus majestuosos edificios, comenzando por el antiguo palacio real.

—Escucha lo que te digo Yaluc. Cuando yo sea rey haré de Shimma mi capital. Amo Taros. Ha sido el hogar de nuestra familia por generaciones, pero no se puede comparar con esta ciudad. Si pretendemos ser dignos del título de Señor del Mundo habremos de vivir en consonancia.—

—Lo que a mí me gustaría es saber más acerca de todos esos antiguos reyes. Me encantaría poder interrogar a sus estatuas.—
Naadur rio de buena gana.

—Siendo tú, puede que te respondieran.—

—Búrlate todo lo que quieras. Pero si de verdad piensas ser un rey tan magnífico, necesitarás de los sabios para rodear a tu corte de todo el brillo y esplendor que deseas.—

—Y entonces, tú me ayudarás a encontrar a todos esos sabios.—

Acabó el invierno, y se reanudaron las campañas. Y en toda aquella primavera y principio del verano, Naadur volvió a ser el general victorioso que fuera en sus campañas contra Menetir. Para el Día Largo del Verano, todo el reino de Midum estaba completamente pacificado. Por desgracia, igual que le sucediera con Agón, los principales cabecillas de las revueltas, aquellos descendientes de los Sum que añoraban sentarse de nuevo en el trono que una vez ocuparon, consiguieron escapar. Naadur no tenía duda de que se hallarían en el mismo escondite que el maldito Menetir, pero decidió que era el momento del regreso.

Para Yaluc, todos esos meses en Midum no sólo significaron que descubriera las magníficas ruinas del legendario reino. En sus momentos de ocio del invierno se dedicó a buscar a cualquier persona que pudiera hablarle aunque fuera un poco de aquellos reyes y dioses que ahora eran solo estatuas. Se sintió como cuando viajaba como Sabio Errante apuntando todo lo que le sorprendía y aprendía en cada ocasión. Por desgracia, casi todos los sacerdotes o ancianos que encontró le decían lo mismo. Ya no iba a encontrar a nadie que fuera capaz de leer las inscripciones de los palacios y los templos, o la escritura de los antiguos midummitas. Lo que era una verdadera lástima, pues se enteró de que en cada templo, palacio, e incluso casa noble, se almacenaban libros, que en el caso de los antiguos midummitas no estaban hechos de rollos de pergamino, sino de tabletas de barro cocido.

Pero sin duda el mayor y más importante descubrimiento que Yaluc hizo durante aquellos meses fue Lahón.

Sucedió un día en el que estaba acompañando como de costumbre a Naadur en una de las negociaciones que el heredero

emprendía con los nobles que dudaban en permanecer leales a Andamar. Aquél era uno de los nobles más importantes que se jactaba de ser descendiente de una de las familias de más alto linaje de los midummitas, pero que se había dado cuenta de que era más provechoso para ellos aliarse con los nuevos señores más fuertes y poderosos. Naadur quería asegurarse de que las cosas siguieran como estaban, y concertó una cita con el noble. Éste, siguiendo las ancestrales costumbres de su pueblo, invitó a Naadur y Yaluc a compartir su mesa. La comida fue espléndida, los midummitas daban mucha importancia a esas cosas. Naadur comentó a Yaluc que debían de ser incluso más ceremoniosos que los esterrianos en ese sentido. Tras la comida, el noble les invitó a ver sus caballos, de los que se sentía especialmente orgulloso.

Mientras visitaban las magníficas cuadras donde debía de haber no menos de 100 ejemplares, a cual más espléndido, Yaluc tuvo un sorprendente encuentro. El noble y Naadur se hallaban enfrascados en la conversación acerca de los caballos que a ambos entusiasmaban, y Yaluc se alejó de ellos recorriendo en solitario aquellas instalaciones, sumido en sus pensamientos. Mientras deambulaba, llegó a donde un mozo cepillaba cuidadosamente a una yegua amarillenta. Yaluc intentó desviarse antes de que el joven le viera, pues ya mientras pasaban antes con el anfitrión, aquel mozo le había perturbado en gran manera. Rara vez se sentía dominado por su deseo, pero en aquella ocasión no pudo evitarlo. Aquel muchacho le impresionó demasiado, y se sorprendió al ver que le miraba con descaro, y le sonreía.

Sin embargo, no pudo conseguir evitarle como pretendía, pues el mozo ya le había visto. Volvió a sonreírle de aquel modo tan descarado. Ahora que le veía de cerca, Yaluc no tuvo dudas de que era un loggi. Su bronceada piel y su cabello castaño y

ensortijado, que llevaba corto según la costumbre de su pueblo, eran inconfundibles. Ahora le miraba con sus oscuros ojos sin dejar de sonreír.

—No me atrevía a esperar que regresaras, y sin embargo, aquí estás.— El joven dijo con un pesado acento como el que Yaluc había oído a los loggi del sur de Kynán, cerca de las montañas que limitaban con Midum.

Allí había pasado algunos de los mejores momentos de sus viajes, contemplando las cuevas pintadas y entrevistándose con ancianos de las aldeas que aún conocían y hablaban la antigua lengua loggi.

—Eres muy descarado hablándome de ese modo ¿Acaso no sabes quién soy?— Yaluc intentó imponer su autoridad, aunque su voz no sonó todo lo firme que él hubiera querido. Lo que aquel muchacho despertaba en él le perturbaba demasiado.

—Claro que sé quién eres. Nunca te he podido olvidar Cabeza de Fuego.— Eso le tomó por sorpresa.

—¿Ya me conocías?— Preguntó perdiendo la compostura que deseaba aparentar.

—Tú visitaste mi aldea. Yo tenía 13 años, y acababa de llegar desde la aldea donde me crié para vivir con los hombres sin mujeres. En cuanto te vi fuiste el dueño de mi corazón. No sabes cuánto envidié a aquel chico que te acompañaba. Cuánto deseé estar en su lugar. Y resulta que eres también uno de nosotros.—

El joven sonreía muy feliz, mientras hablaba a Yaluc con voz acariciadora. Yaluc se sintió terriblemente incómodo y expuesto.

—¿Por qué supones?— No fue capaz de terminar. El joven rio alegre.

—Me ha bastado ver cómo me has mirado antes. Sólo nosotros miramos así a otros hombres.—

—¡Silencio!— Yaluc ordenó nervioso mirando a ambos lados, sintiendo terror ante la perspectiva de que los otros hombres que había en las cuadras hubieran oído lo que el joven había dicho.

Él siempre procuraba ser discreto y lo lograba, pues en el ejército, donde curiosamente le era más fácil satisfacer sus deseos, los soldados con los que habitualmente yacía estaban tan interesados como él en permanecer ocultos. Ya había descubierto hacía tiempo que entre los que eran como él existía una especie de lenguaje secreto con el que sabían reconocerse.

—No temas.— Dijo el mozo de cuadra. Los otros esclavos que trabajan aquí no conocen el idioma valate, y el señor y el príncipe Naadur están demasiado lejos para oírnos.—

—¿Eres esclavo?— Yaluc no pudo evitar el dolor en su pregunta.

—Antes de que acabara el invierno en el que nos visitaste, vinieron unos bandidos a la aldea. No sé cuántos de nosotros sobrevivimos. Nos atraparon. Nos cazaron como a animales, pero nos tratan de un modo que un loggi nunca trataría a ningún animal.—

—No sé cómo puedes soportarlo. La esclavitud es lo más opuesto que puedo imaginar al pensar en un loggi. Vosotros amáis la libertad sobre todo lo demás.—

—Aquellos bandidos nos encadenaron, y nos trajeron aquí. Yo ni siquiera sabía que se pudiera ir tan lejos. Tardamos días y días en llegar, y entonces, me entregaron al señor. Dime tú que eres sabio ¿Cómo es posible que unas personas posean a otras personas?—

—No puedo explicártelo. Sabes que los valate no tenemos esclavos. Pero me estoy dando cuenta de que debemos de ser el único pueblo que no los tiene. Debes de ser muy infeliz. Y yo no

me estoy comportando mucho mejor que los que te apresaron. Ni siquiera te he preguntado tu nombre.—

—Soy Lahón de la Aldea Cerro Boscoso, Aunque no sé si seguirá existiendo.— El joven dijo con tono melancólico. Pero a continuación, miró a Yaluc sonriendo y añadió: —Pero ahora que tú estás aquí lo soportaré mejor. Si me dices cuáles son tus aposentos en el palacio del señor, esta noche iré a visitarte.— Lahón continuó con voz insinuante que no dejaba lugar a las dudas.

—Desconozco si vamos a estar aquí mucho más tiempo. Y nadie ha dicho nada de pasar la noche.—

Lahón sólo volvió a sonreír. Entonces Yaluc vio que Naadur se aproximaba, y se apresuró a alejarse de Lahón como si el muchacho estuviera en llamas. Se daba cuenta de cómo le ardían las mejillas, y suplicó a todos los dioses y a la Madre, quien supuestamente sentía predilección por él, para que Naadur no se diera cuenta.

—¡Ah estás aquí! Me preguntaba dónde te habrías metido. Ya empezaba a pensar que habrías encontrado a algún anciano criado midummita, y le estarías torturando para que te contase toda la historia de su familia.— Naadur dijo burlón.

—No sigas, No es gracioso.— Yaluc protestó.

—¡Venga! ¿Ya estás de mal humor? Pues te advierto que no es nada conveniente. El señor de estas tierras nos ha invitado a pasar la noche en su hacienda. No es que me agraden especialmente todos estos rodeos y ceremonias, pero los midummitas son así. Ellos todo se lo toman con enervante calma ¡Y aún te sorprendes de que su cultura muriera!—

Naadur meneaba la cabeza, mientras pasaba un brazo amistosamente por los hombros de su amigo, para lo que casi debía ponerse de puntillas. Eso no parecía molestarle en lo más mínimo. Es más, Yaluc había comprobado que el hecho de que él fuera mucho más grande y fuerte parecía divertir mucho a Naadur. De refilón, mientras se encaminaban hacia la salida de los establos, vio a Lahón, quien le dedicó una sonrisa especialmente luminosa.

Debería haberle sorprendido, pero en realidad no fue así, cuando Lahón apareció en sus aposentos pasada la medianoche. Yaluc había estado especialmente inquieto durante la interminable cena ofrecida por el anfitrión. Naadur tenía razón en eso ¿Cómo habían conseguido los midummitas conquistar medio mundo como se contaba, si apenas parecían capaces de decidir nada sin dar eternos rodeos? Pero al fin la cena acabó y pudieron retirarse a dormir. Mientras otros esclavos le mostraban sus aposentos, no podía dejar de pensar en cuánto le gustaría ver aparecer a Lahón, aunque al mismo tiempo eso era lo que más temía.

—No sé cómo lo haré. Pero te doy mi palabra de que volverás a ser libre.— Yaluc dijo a Lahón mientras ambos yacían lánguidamente después de haber gozado de su mutua pasión. El joven le miró con ojos soñadores.

—¿Me llevarás contigo?— Preguntó esperanzado como un niño.

—Cuando seas libre podrás ir a dónde quieras.—

—Dónde quiero ir es contigo.—

Nunca sería capaz de comprender del todo de dónde sacó el valor para hacer algo así. Pero al día siguiente, mientras el noble midummita volvía a agasajarlos, Yaluc le preguntó si le vendería

a uno de sus esclavos. Había meditado mucho, y aunque la idea le repugnaba, se dio cuenta de que era la manera más fácil de conseguir liberar a Lahón. Otra cosa sería cómo explicar su deseo y por qué había elegido a ese esclavo en concreto. Para su sorpresa, el noble respondió:

—¿Vender? ¡Oh no, mi príncipe Yaluc! Será para mí un gran honor regalarte el que escojas. De esta manera, con un regalo, sellaremos nuestro acuerdo, y espero que el príncipe Naadur se dé cuenta de que tiene mi lealtad.—

Así de fácil, Yaluc se dijo a sí mismo. Ni el noble ni Naadur pestañearon siquiera cuando mencionó al mozo de cuadra.

Cuando esa tarde emprendieron por fin el regreso a Shimma, Lahón formaba parte de su séquito. Ya llevaban un buen rato cabalgando cuando al fin Naadur le miró. Yaluc había estado temiendo todo el tiempo ese momento. Con toda seguridad, Naadur querría saber por qué había decidido comprar al esclavo.

—Verás, te lo explicaré.— Comenzó titubeante.

—¿Qué es lo que me vas a explicar?— Se extrañó Naadur.

—Bueno. Lo del esclavo.— Yaluc aclaró en el mismo tono inseguro.

—No tienes que darme explicaciones de lo que hagas Yaluc. Eres un príncipe valate. Más que eso, eres un heredero de Kynán. Puedes hacer lo que se te antoje. Si tienes el capricho de quitarle las cadenas a un esclavo ¿Por qué no habrías de hacerlo? Conociéndote me sorprende que no hayas querido comprarlos a todos. La verdad hermano, es un alivio ver que también puedes obrar de modo impulsivo. A veces temo que seas demasiado perfecto para ser humano.— Naadur rio.

—Dudo de que mi fortuna sea tan cuantiosa como para liberar a todos los esclavos de esa hacienda. Pero dime, tú eres tan

valate como yo ¿No te molesta que en nuestros reinos haya esclavos?—

—Me molesta mucho. Es una de esas horribles costumbres de los pueblos viejos y decadentes como los midummitas. Si un hombre no puede imponer su autoridad sobre otros por sus méritos sin tener que encadenarlos, no merece llamarse hombre. Espero que mi padre acabe con esa costumbre con ese código suyo de leyes que le ayudas a preparar. Dime ¿Qué harás con él? Es un loggi ¿No lo llevarás con tus amigos de las montañas? Si es así, me gustaría acompañarte. Me complacería mucho poder ver de nuevo a Dilmala la maga.—

—No lo sé. La verdad es que le he dado la libertad que nunca debieron quitarle. Él irá dónde quiera.—

—¿Ves? Por eso me eres imprescindible. Siempre sabes lo que es correcto en cada momento.—

Ser princesa tiene un alto precio

El regreso a Taros por barco como a la ida, fue realmente apacible. Ni tormentas en el mar, ni alborotos entre las tripulaciones. Naadur estaba exultante.

—Me pregunto cómo le habrá ido a tu suegro contra los rebeldes de Agón.— Comentó en tono ligero, mientras avistaban ya el puerto de Taros.

—Aún no es mi suegro.— Yaluc se apresuró a responder.

—Vamos Yaluc, es cuestión de semanas o puede que sólo de días. En cuanto arribemos a Taros. Ya viste la prisa que tiene mi padre porque te desposes y produzcas algún heredero más al trono de Kynán.— Yaluc puso mala cara, lo que causó la risa de Naadur.

—No te aflijas. Desposarse no es tan terrible, y tu prometida parece una muchacha sana. Por fortuna, aunque sea pariente de mi esposa, los dioses no parecen haberla afligido con una mente débil como a ella. Te dará hijos fuertes e hijas hermosas.—

Cuando llegaron fueron recibidos con gran alegría. Al parecer, según supieron, el invierno y la primavera habían sido mucho más benignos que el año anterior, y se prometían buenas cosechas. La ciudad aún estaba llena de gente por las celebraciones del Día Largo, La Llegada y la coronación de Andamar. Naadur se sintió encantado cuando le contaron lo ocurrido con su hijo.

—¿Lo ves padre? Ya te dije que mi hijo será el rey más fuerte y poderoso que jamás haya existido. Si con sólo un año es capaz de dominar serpientes venenosas ¡Imagínate lo que hará cuando sea un hombre!— Exclamó lleno de orgullo, y acudió radiante a ver a su principito valiente y guerrero, como empezaba a llamarle.

En esta ocasión, Yaluc no esperó a ser invitado. Siguió a Naadur por los largos corredores de palacio. Él también sentía gran curiosidad por ver a aquel principito tan extraordinario y de paso, a su querida Derina.

El niño que pronto cumpliría los 2 años ya caminaba e incluso corría como Naadur comprobó encantado, y hablaba con sorprendente fluidez y corrección.

—Mi hijo Sikander es en todo extraordinario, como corresponde a un príncipe anunciado por un cometa.—

—¿No se suele decir que los cometas anuncian desgracias?—
Yaluc preguntó sarcástico.

Naadur no dejó de sonreír. Estaba demasiado feliz con su vida en ese momento como para que nada le agriara el buen humor.

—Nada nos puede ensombrecer este gran momento Yaluc. El nacimiento de mi hijo sin duda ha señalado el comienzo de una nueva era que estoy seguro será la más esplendorosa de los valate.—

—Entonces ¿ya no estás preocupado por el incidente del templo?—

—Seguramente, sólo fue eso, un incidente casual. Puede que el caballo escuchara algún ruido, o que lo escuchara Sikander, lo que le asustó haciéndole llorar y espantando al caballo. Ya sabes lo asustadizas que son esas bestias.—

Yaluc sonrió. Por algo habían apodado a Naadur desde su niñez El Príncipe Astuto. Su mente nunca dejaba de trabajar.

Ver al pequeño Sikander quien lucía una hermosa mata de suaves bucles plateados, y continuaba teniendo aquellos asombrosos ojos azules, le sorprendió, pero no tanto como el gran cambio que observó en Derina.

La muchacha, calculó, ya debía de haber cumplido los 15, y era toda una mujer. Si continuara en su aldea, muy probablemente a esas alturas estaría pensando en emparejarse si no lo hubiera hecho ya. Se preguntó si se sentiría demasiado sola y aislada tan lejos de los suyos.

—Cuidar del príncipe Sikander me hace muy feliz Yaluc.— Le dijo la muchacha.

A Yaluc no se le escapó el modo en que Naadur no había apartado los ojos de ella. Desde luego, podía entenderlo. Derina guardaba un extraordinario parecido con su tía Dilmala. Pero mientras la otra mujer poseía unos ojos oscuros y profundos llenos de misterio y no carentes de tristeza, los de Derina eran iguales que los de su padre el siempre afable Mosh. La joven tenía aquella misma mirada llena de bondad.

—¿No añoras tu aldea? ¿Conocer a algún joven, y emparejarte quizá?— Yaluc preguntó amable.

—Desde que mi tía Dilmala regresó a la aldea y se quedó allí a vivir, yo me convertí en su ayudante y alumna. Y desde entonces mi única ilusión ha sido ser como ella. No he sentido la necesidad de emparejarme, al menos de momento.—

—No creo que te resulte nada difícil llamar la atención de cualquier hombre.— Naadur dijo mirando descaradamente a la joven. Yaluc le miró a su vez con una expresión de censura.

Cuando estuvieron de nuevo fuera de los aposentos de los niños y las mujeres, Yaluc dijo:

—Escucha. Ya sé que no puedes evitar actuar según tu naturaleza, pero te pido que tengas en cuenta que Derina es para mí como una hermana pequeña.—

—Si tal es el caso, para mí lo será también, aunque por el escudo de Nin que es tan deseable como su tía la maga. No me

mires así ¿Crees que no soy capaz de cumplir lo que digo? Soy un hombre de honor Yaluc. Desde este momento, juro que Derina será como mi hermana, y como tal, me erijo en su protector tanto como tú. Si lo que temes es que algún criado de las cocinas o mozo de cuadras se abalance sobre ella, no temas. Haré circular la orden de que Derina ha de ser respetada como una mujer de la familia real.—

—Eso está muy bien Naadur.— Yaluc dijo sin creerse del todo las reclamaciones de su amigo. —Pero es totalmente innecesario. Veo que sigues sin entenderlo ¿Acaso no me escuchabas cuando te conté que entre los loggi cada uno decide cuándo y con quién se empareja? Derina tiene suficiente edad para decidirlo. Y si ella elige a un criado o mozo de cuadra, no hay nada que objetar. Lo que espero es que ningún príncipe se aproveche de su autoridad y poder para intimidarla. Ella no es Dilmala, aunque se le parezca Naadur.—

—Ciertamente espero que no tenga un cuchillo afilado y esté tan pronta como ella a utilizarlo.—

—De modo que Dilmala usó su cuchillo contra ti.— Yaluc rio.— Seguro que te lo tenías merecido.—

En una cosa Naadur no se equivocaba, Andamar no veía el momento de celebrar de una vez los esponsales de Yaluc y Ory. El rey decidió que la boda tendría lugar justo después del cumpleaños del príncipe Sikander. Llamó a Yaluc a su presencia.

—Ahora que vas a ser un hombre casado has de tener tu propia hacienda. Lamento haber descuidado ese tema. Hace mucho que debería haberte dado los medios que mereces como el príncipe tercero en la línea al trono que eres. He decidido nombrarte Señor de Torres Blancas. Antes de que os marcharais a esta última campaña, lo consulté con Naadur, y él me dijo que sin duda te

complacería, pues en esa región es donde pasaste los años en que Ris te hizo ocultar por orden de nuestro padre.—

—No sé qué decir. Nunca he ambicionado títulos ni riquezas.—

—Claro que no. Por eso eres más merecedor de ellas. Naturalmente, eso no significa que tengas que vivir allí. La mayoría de los grandes señores de Kynán prefieren vivir en Taros. Y sólo se retiran a sus señoríos cuando están molestos con el rey.— Dijo sin ningún humor. Al parecer, las cosas con los nobles no andaban tan bien como debieran. —Además, sinceramente, me complacería mucho seguir contando con tu valiosa ayuda para preparar mi código de leyes.—

Garpa había sido encargada de preparar a la joven Ory Kyrás, puesto que ésta era huérfana y tampoco tenía hermanas mayores. Ciertamente, estaba la princesa Numa, pariente de Ory, pero era obvio que ella no podía encargarse de una misión como aquélla, además de que la rama de la familia de la princesa estaba bastante enemistada con la de Ory. Garpa suspiró. A veces las familias se distancian por razones nimias que con el tiempo se convierten en obstáculos insalvables. De modo, que la tarea recayó sobre sus hombros. El padre de Ory, Damosén, lo tomó como un inmenso honor. Su hija sería preparada por la propia reina viuda. Y así se lo hizo ver a la joven, aunque ella no parecía muy impresionada. Es más, Garpa empezaba a pensar que por muy honorable y leal que su padre fuera, la chica no tenía madera de princesa real de Kynán.

Por lo pronto, parecía demasiado caprichosa y malcriada. Sin duda, al quedarse solo con ella como único miembro superviviente de su familia tras la plaga, su padre la había consentido demasiado. Desde que se prometió con Yaluc su aspecto había mejorado algo. Había crecido, lo que hacía que se la viera algo más esbelta. Además, su cabello ya estaba bastante largo, y

Garpa tenía que reconocer que junto con sus ojos color miel, era con mucho lo más bonito de ella. Pero en realidad el aspecto físico no tenía gran importancia a la hora de ser princesa real con la trascendental misión de traer al mundo al menos un heredero más, mejor si eran más de uno.

Para eso, bastaba con que tuviera buena salud, y a pesar de las recientes fiebres, se la veía bastante robusta. Esto suponía un cambio agradable en comparación con la extremadamente frágil Numa. Pero mientras la esposa del heredero era una auténtica dama de alto linaje, bien educada, de exquisitos modales y buen carácter sólo ensombrecido por su débil mente, Ory no se mostraba precisamente como la dama mejor educada. Tal vez había razones de peso para el distanciamiento entre las dos ramas Kyrás, después de todo. Garpa no ponía en duda el valor y lealtad de Damosén, quien lo había demostrado sobradamente igual que su padre antes que él. Pero la educación de las niñas dependía de las mujeres de la familia, y quizá la elegida por Damosén no había sido la más adecuada.

Garpa ya había comprobado que la joven Ory era obstinada, caprichosa, y no de muy buen conformar. Le gustaba salirse siempre con la suya. Y no toleraba nada bien la disciplina. Garpa, que era una mujer de fuerte carácter que no había tenido ningún problema para ser la auténtica gobernante al lado de su indeciso y débil esposo, podía hacerse con ella. Eso no le suponía problema alguno. En los aposentos de las mujeres hubo algunos interesantes duelos de voluntades entre ambas, en los que naturalmente, Garpa siempre salía vencedora. Pero ¿Qué pasaría cuando Ory fuera ya la esposa de Yaluc?

Garpa seguía desconfiando del joven. Y no estaba más contenta con que su esposo se lo hubiera ocultado de lo que lo estuvo al enterarse de los planes de éste. Pero debía reconocer

que Yaluc, en los años que llevaba ya como príncipe adoptado por Andamar y heredero después de Naadur y ahora también su hijo, no había dado muestra alguna de ambicionar el trono para él. Es más, ella empezaba a temer que adoleciera del mismo defecto que su padre Belcentes al que tanto se parecía físicamente. No es que pensara que Yaluc era débil, pero sí que le veía demasiado introvertido, dado a pensar en vez de actuar, y en exceso guiado por sus emociones ¿Podría un hombre así mostrarse firme con la caprichosa Ory, o se dejaría dominar por ella? Y en ese caso, dado que la muchacha no era ni mucho menos tan noble de carácter como él ¿Le empujaría a intentar ocupar el trono?

Si le hubieran dicho que tendría estas preocupaciones cuando aun no había nacido el príncipe Sikander, sin duda habría dicho que quizá no era tan malo que Yaluc optase a ser el rey de Kynán después de Naadur. Al fin y al cabo, tenían la misma edad, y no había modo de saber cuál de los dos sobreviviría al otro. Y siempre existía la posibilidad de que ambos resultaran muertos en batalla, con lo que el trono de Kynán se quedaría sin heredero.

Aunque Garpa no se lo había contado al rey, pues sabía que no le gustaría nada, si el reino quedara sin heredero, ella ya tenía pensado buscarle a su hijo una nueva esposa. Después de todo, no era nada común que un rey permaneciese viudo, y menos cuando aún no era demasiado viejo como para poder engendrar nuevos herederos. Pero Sikander había nacido, y era un niño sano y robusto. Si las profecías tenían algo de verdad, Garpa haría todo lo posible por impedir que se cumplieran. Si de ella dependía, y los dioses le permitían vivir lo suficiente, Sikander sería el príncipe perfecto que su padre Naadur parecía ya entrever.

Ory, por su parte, tenía otras ideas en mente. Ella no tenía más preocupación que la de que el príncipe Yaluc no regresara de la guerra, y ella perdiera la oportunidad de ser princesa. Estaba

impaciente por ser la mujer más importante del reino, sólo después de la princesa Numa. Y ésta no tenía gran importancia, pues todo el mundo sabía que estaba loca, aunque en palacio nadie pronunciara esa palabra. Ory no sentía el menor aprecio por ella, aunque fueran parientes. Después de todo, sólo la había conocido cuando la trasladaron a vivir a palacio para preparar sus esponsales.

Por supuesto, también estaban la reina viuda y la princesa Nysbe. Pero una era una anciana viuda cuyas obligaciones se limitaban a permanecer en sus aposentos cuidando de su biznieto, y la otra todavía era una niña, y seguramente no tardaría mucho en desposarse con algún príncipe o rey extranjero, y se iría lejos. De modo que sólo quedaba ella, Ory Kyrás. Se moría de impaciencia. Además, el príncipe Yaluc era muy apuesto, aunque parecía tan serio y distante. Pero ella estaba segura de que no le costaría mucho tenerle en la palma de su mano. De sus doncellas había oído siempre que una mujer lista puede hacer lo que se le antoje con la voluntad de un hombre si conoce los trucos. Y ella había estado muy atenta cuando las criadas casadas hablaban.

—Deberías reprimir tu glotonería Ory. No tendrás un aspecto muy elegante el día de tu boda si sigues engordando.— Garpa reprendió a la muchacha que como era su costumbre, permanecía echada contemplando el jardín desde la galería de palacio, mientras no paraba de comer dulces de una bandeja.

Las golosinas y chucherías de toda clase eran su mayor debilidad. Sumando eso a que era más bien perezosa, Garpa temía que el príncipe Yaluc se desilusionara demasiado rápido. Después de todo, no se le conocían amantes. Parecía estar más interesado en los libros que en las mujeres, En eso, suspiró, se parecía a su hermanastro Andamar. Y no es que le preocupara especialmente la felicidad conyugal de Yaluc el bastardo de su

esposo, pero ella había sido encargada de preparar a la novia y no pensaba permitir que sus esfuerzos acabasen en fracaso.

Ory no dijo nada, aunque puso mala cara ¡Cómo odiaba a esa vieja mandona! Cuando ella fuera princesa, pensaba decirle bien alto lo que pensaba de ella.

—Según he oído, tu prometido vendrá luego a visitarte. Así que te sugiero que le ofrezcas algo mejor que verte ahí echada indolente, sin nada que hacer. A los hombres no les agradan las mujeres perezosas.—

—¿Y qué me aconsejas hacer?— Ory fingió sentir interés por lo que Garpa pudiera decirle.

—Ven a tejer conmigo y las princesas. Estamos terminando el tapiz en honor a la reconquista del príncipe Naadur y tu prometido del reino de Midum. Sin duda, eso le halagará si ve que te interesas por sus hazañas.—

Ory tuvo que reconocer muy a su pesar que la vieja podría tener razón. Según lo que había oído de sus criadas, a los hombres nada les agrada más que sentirse halagados por su fuerza, valor e inteligencia. Aunque detestaba tejer, siguió dócil a la reina viuda.

En la fresca sala donde se realizaban las actividades de las mujeres durante los meses calurosos, ya se hallaban Numa y Nysbe. La princesa Numa parecía estar más atenta y centrada de lo habitual. Garpa y Ory se sentaron también junto a ellas, y se unieron a la labor de tejer. El tapiz, que ya estaba casi terminado, mostraba la narración en vívidas figuras de la exitosa campaña de Midum. Ory se fijó en que su prometido aparecía bien representado. No se había descuidado ningún detalle, empezando por su elevada estatura y acabando con su magnífica melena anaranjada.

Tejer no le gustaba, aunque no se le daba demasiado mal. De todas formas, tuvo que soportar cómo Garpa alababa la maravillosa habilidad tejedora de Numa. Y no podía negarlo. La princesa loca, como ella la llamaba aunque no en voz alta, hacía una labor primorosa, y su hija no le iba a la zaga a pesar de contar apenas 9 años. Fue precisamente Nysbe la que rompió el silencio.

—¿Por qué no puedo salir a cabalgar con mi padre?— Protestó.

—Eres una princesa, y como tal, has de cumplir con tus obligaciones.— Su madre le dijo en tono afectuoso. Nysbe dejó la labor a un lado, y puso cara de enfado.

—Las labores de las mujeres son tan aburridas ¿Por qué no podemos hacer cosas interesantes como los hombres? Ellos viajan, ven nuevos lugares, salen de caza y van a la guerra.— Se quejó.

—Las cosas son así, así han sido siempre, y seguirán siendo.— Sentenció Garpa. —Pero no dudes de que las mujeres tenemos nuestro lugar en el mundo.—

—Sí, el de estar siempre por detrás, y obedecer a los hombres. Todos estáis tan felices porque ha nacido mi hermano y será rey ¿Por qué no puedo yo ser la reina de Kynán? Zodrim es la reina de Narvaly.— Insistió la niña cargada de razón.

Ory pensó que era una suerte que esta irritante niña fuera a estar pronto lejos del reino, pues se le antojaba que su carácter no iba a hacer nada fácil la convivencia.

—¡Qué locura!— Exclamó Garpa. —En Kynán no puede haber reinas. Es la ley. Desde que el todopoderoso Nin entregó la corona al Fundador, el rey de Kynán ha de ser siempre un Damoy varón, y no hay más discusión. Te aconsejo que te vayas quitando esas ideas de la cabeza, si quieres ser feliz como esposa de un rey.— Garpa dijo, indicando con su tono que no había más que hablar.

Nysbe tuvo que callarse, aunque no estaba en absoluto conforme. Ella siempre había sido de carácter rebelde. Pero desde que la loggi Derina vino a cuidar de su hermano, había hecho gran amistad con la princesa, y ésta escuchaba embelesada todo lo que la muchacha le contaba del modo en que las mujeres loggi no se sometían a los hombres, sino que eran iguales a ellos ¿Por qué no podían los valate, que supuestamente eran superiores, hacer lo mismo? La perspectiva de estar obligada a desposar a algún desconocido, quien sabe si tal vez un desagradable viejo como sabía que le había sucedido a algunas de las jóvenes nobles de su séquito, no le agradaba en lo más mínimo. Y ni siquiera podía culpar a su inocente hermano. Él no era responsable de nada, aunque con su nacimiento la hubiera relegado definitivamente al segundo plano oscuro, donde únicamente se permitía vivir a las mujeres.

Aquella tarde, después de haber soportado tejer durante horas, con lo que le dolían las manos, Ory decidió salir al jardín. El calor había disminuido ya en aquella hora, donde las sombras comenzaban a alargarse. Garpa le había dicho que esperase en sus aposentos la visita de su prometido, pero Ory no tenía paciencia para permanecer mirando por la ventana hasta que Yaluc quisiera ir a verla.

Sabía por la princesa Nysbe que Yaluc había salido a cabalgar con Naadur. Para esa hora, ya deberían de estar de vuelta. Y vio sus sospechas confirmadas cuando oyó desde el jardín cómo los guardias saludaban en las puertas, al otro lado de los muros, a los príncipes que regresaban. Ya que había salido, su curiosidad la dominó, y siguió caminando hasta salir del jardín donde solían pasear las mujeres de palacio. Se encaminó hacia la parte de los establos. Quizá podría ver a su prometido mientras llegaba. La

idea de verle agitado y sudoroso después de cabalgar durante horas la emocionaba. Muchas veces había intentado imaginar cómo sería la intimidad con aquel apuesto y corpulento hombre de cabellos de fuego.

Antes de llegar a los establos, oyó voces. Así que se ocultó detrás de unos arbustos. Sentía gran curiosidad, pero no quería ser sorprendida en aquella zona de palacio sin estar acompañada, y que su reputación se viera ensombrecida por un comportamiento inapropiado. Se asomó con cuidado. Desde su escondite podía ver la entrada de los establos. Las voces que había escuchado correspondían al príncipe Naadur que hablaba a los mozos de cuadra después de entregarles su hermoso caballo castaño. Junto a él, se encontraba Yaluc aún a lomos del suyo. Vio alejarse al príncipe Naadur sonriente hacia la entrada de palacio. El mozo encargado del caballo del heredero desapareció hacia el interior del establo.

Otro mozo se acercó a Yaluc. El príncipe desmontó, y entregó las riendas al mozo. Pero Yaluc, a diferencia de Naadur, no se dirigió hacia palacio, sino que se quedó hablando con el mozo. La conversación parecía muy amistosa, pues ambos sonreían. Y entonces Ory vio algo que en un principio no supo cómo interpretar. Los dos hombres se alejaron de la entrada de los establos y fueron hacia un rincón entre éstos y los muros de palacio. Entonces su conversación pareció hacerse mucho más íntima. Sus cabezas se acercaban para hablarse en voz baja, y en cierto momento, Ory vio asombrada cómo Yaluc abrazaba al joven de cabello corto y rizado, y le besaba en los labios.

Casi se cae de culo de la sorpresa, si no hubiera sido por la pared que tenía detrás. De pronto, sintió tanto temor de ser descubierta que se metió todo lo que pudo detrás del arbusto. Sólo entonces se dio cuenta de que era un arbusto espinoso, cuando

sintió cómo las espinas se clavaban en sus brazos y piernas ¿Y si la habían visto allí escondida? Aunque parecía que no se preocupaban de nada de lo que les rodeaba, ella casi no se atrevía ni a respirar. Le pareció que aquel beso duraba horas. Al fin los dos hombres se separaron. El joven del cabello rizado se metió de nuevo en los establos, y Yaluc se dirigió hacia el palacio ¿Iría ahora a sus aposentos a visitarla después de comportarse de aquel modo tan impropio con un joven?

Le temblaban las piernas cuando al fin se decidió a salir de su escondite. No había nadie delante de los establos, de modo que no podían verla. Sin saber muy bien cómo, volvió a meterse en el jardín, y una voz la sobresaltó.

—Señora ¿Te encuentras bien?— Oyó que le preguntaba una doncella madura con voz preocupada. —¿Has tenido algún accidente?—

Entonces Ory se dio cuenta de que la parte delantera de su vestido estaba manchada por haberse escondido detrás del arbusto, y tenía también algunos desgarros por las espinas. Sin saber muy bien qué hacer, su carácter de niña malcriada en ese momento la vino a salvar. Se echó a llorar, y entre hipos le explicó a la matrona que se había caído, y se había herido en una pierna. La buena mujer le tomó la mano, y con palabras maternales, la acompañó hasta el interior de palacio. Una vez en el ala de las mujeres, tuvo que soportar la regañina de Garpa por salir al jardín, y alejarse sin compañía. Pero la reina viuda también se interesó por sus heridas, y se ofreció a decirle a su prometido que esperase un poco más antes de ir a sus aposentos, de modo que ella tuviera tiempo de cambiarse de vestido, y recomponer su apariencia.

Ory todo el tiempo sentía una extraña opresión en el pecho que no sabía identificar. Muchas veces había escuchado, cuando ponía atención más de lo debido a las conversaciones de las

criadas, que éstas hablaban en términos incomprensibles para ella de ciertos comportamientos de algunos hombres, que invariablemente obtenían la burla y la desaprobación de aquellas mujeres ¿Se referirían a lo que ella había visto? ¿Era habitual que algunos hombres trataran a otros como trataban a las mujeres?

Naturalmente cuando Yaluc llegó, ella actuó con la mayor naturalidad. No tenía la menor intención de comentarle a nadie lo que había visto. Y desde luego, tampoco quería hacer nada que pudiera enfadar a Yaluc, y poner en peligro su futura boda. Sin embargo, lo que había visto la hacía sentir tan humillada ¿Cómo iba a compartir con nadie más su vergüenza? Yaluc por su parte, se comportó como en él era habitual con amabilidad, porque él siempre era amable, pero con bastante frialdad y distancia. A pesar de ello, Ory se dijo a sí misma que no permitiría que su esposo la ignorase. Ya sabría ella cómo llamar su atención en cuanto se hubieran desposado.

Un mal comienzo y una esperanza

La boda de Yaluc y Ory Kyrás fue un gran acontecimiento. Andamar tenía muchas ganas de celebrar un suceso positivo. La gente parecía más calmada porque el año había sido mejor. Pero aún no se habían apagado las revueltas en el campo, y el padre de Ory, el noble y valeroso Damosén, no había sido capaz de atrapar a Ágón. Éste, que conocía muy bien los bosques y las montañas de su región, permanecía escondido.

Yaluc vivió todas las ceremonias aquel día como si no fuera él. Se sentía casi como cuando tomaba aquellas mezclas de raíces para intentar comunicarse con los autores de las pinturas de las cuevas. Pero lo cierto es que no había tomado nada, aunque era muy consciente de lo que se esperaba de él una vez se retirase con su esposa a la alcoba, y para ello sabía que necesitaría ayuda. Por eso, ya desde muy temprano, mientras los invitados expresaban sus buenos deseos para la nueva pareja y los sacerdotes y sacerdotisas de todos los templos de Taros les colmaban de bendiciones y les entregaban amuletos para favorecer que su unión fuera fecunda, se dedicó a beber vino.

—Cualquiera diría que quieres estar borracho para tu noche de bodas.— Naadur se burló de él. Era una burla inocente, pero Yaluc pensó en lo muy cerca que su querido amigo estaba de la verdad.

Quizá Naadur sabía lo que decía o quizá no. Yaluc seguía sin ser capaz de leer al príncipe. Siguió bebiendo sin prestar demasiada atención a los malos gestos que le dedicaba su nueva esposa. Ya habría tiempo cuando estuvieran solos para que le hiciera reproches. Y no tenía dudas de que se los haría.

Al fin, llegó el momento en que sus amigos y compañeros de batalla le dejaron solo en la alcoba y se retiraron entre risas y bromas subidas de tono. Era la antesala de la alcoba de Ory. Yaluc miró lleno de aprensión hacia las cortinas que le separaban del lecho donde ella ya le esperaba. Se dijo que si había sido capaz de matar también podría cumplir lo que se esperaba de él en el lecho. Y creía haber ingerido la cantidad suficiente de vino para sentir que nada le importaba. Apartó la cortina y entró.

Ory estaba sentada sobre el lecho llevando la sutil camisa blanca de nueva desposada. La miró, y ella bajó los ojos. Yaluc no estaba seguro de que su actitud tímida fuera sincera. Si lo fuera eso le haría a él las cosas más fáciles. Pero no, estaba seguro de que ella sabía muy bien qué debía esperar de él, y de que no dudaría en reclamarlo.

Sin mirarla, se despojó de sus vestiduras nupciales, y quedó desnudo delante de ella.

Ory contuvo la respiración ante la súbita visión de su esposo en toda su magnificencia. Aunque había intentado imaginarle muchas veces, la realidad sobrepasaba sus ensoñaciones. Se fijó en las cicatrices que le señalaban como el gran guerrero que era, especialmente, le impresionó la de su costado. Contempló el cuerpo fuerte y musculoso cubierto aquí y allá por fino vello rojizo algo más oscuro que el cabello de su cabeza y su abundante barba.

—Bien. Loados sean los dioses, y hagamos lo que se espera de nosotros.— Yaluc dijo en un tono exajeradamente alegre.

Ory se centró ahora en mirar su hermoso rostro. Ciertamente, Yaluc era un magnífico ejemplar de varón valate, y era suyo. Le complació pensar que nadie, ni siquiera el propio Yaluc, podía negarle eso, su posición como esposa del príncipe tercero en la línea de sucesión al trono de Kynán. Él le dedicó una sonrisa

mostrando sus blancos dientes. Tenía una estúpida expresión en su bonita cara y estaba completamente borracho. No acabó de pronunciar no sin dificultad a causa del vino aquellas palabras, se desplomó sobre el lecho cuan largo era, y lo era mucho, al lado de la atónita Ory.

Ella se quedó durante algunos instantes indecisa, sin saber qué hacer, hasta que le empezaron a llegar los suaves y regulares ronquidos de Yaluc ¿De verdad su esposo se había quedado dormido la noche de bodas?

Ory se despertó, aunque no recordaba cuándo consiguió al fin quedarse dormida aquella aciaga noche. Había estado primero esperando, luego frustrada y por fin llorando de rabia mientras Yaluc ni siquiera cambiaba de postura sobre el lecho. Pero despertó, luego estaba claro que había dormido. Sin duda, el agotamiento por la frustración y la rabia la habría terminado por rendir.

La claridad del día se colaba por entre las cortinas nupciales que continuaban corridas. Se dio la vuelta despacio sólo para comprobar que el lecho a su lado estaba vacío ¿En qué momento de aquella horrible noche Yaluc se había marchado dejándola sola y humillada? Quien sabe. De nuevo sintió deseos de llorar de rabia y frustración. Pero en cuanto escuchó a una doncella llamar a la puerta pidiendo permiso para entrar, se limpió las lágrimas con el borde de su intacta camisa nupcial y se dispuso a inventar algún motivo por el que su esposo no se hallara en el lecho junto a ella. Por suerte, ahora era una princesa, y ninguna doncella o criada se atrevería a decir nada sin su consentimiento. Fingiendo total normalidad se asomó por entre las cortinas, y con una sonrisa forzada, le dijo a la joven criada que volviera más tarde, pues su esposo aún dormía y no quería perturbar su sueño. La muchacha con una leve inclinación de cabeza volvió a salir de la alcoba.

Sólo había ganado tiempo. Pero si conseguía permanecer sin que la molestaran el suficiente, a nadie ya le sorprendería que Yaluc hubiera salido de la alcoba de su esposa. Por dentro rabiaba porque por mucho que pretendiera engañar a los demás, el caso es que su noche de bodas había resultado un fracaso absoluto, y ella era esa mañana tan virgen como cuando su doncella personal la dejó sentada en el lecho la noche anterior.

Yaluc nunca se había sentido tan mal, tanto física como anímicamente. Por un lado, no tenía dudas de que estaba pagando por haber ingerido tal cantidad de vino. Él no acostumbraba a beber, y se preguntó si todos los demás se sentían así de mal después de emborracharse, y si era así, por qué continuaban haciéndolo. Pero lo peor con mucho, era la terrible vergüenza y los remordimientos que sentía. Se había despertado junto a Ory que para su suerte dormía, a causa de la imperiosa necesidad de orinar, y había aprovechado para escabullirse, pues se sentía incapaz de enfrentarse a la mirada reprobadora de ella cuando despertara. Si le vieran ahora todos los enemigos que huían sólo con ver su corpachón acercarse a caballo en batalla, escurriéndose subrepticamente fuera de la alcoba nupcial en medio de la noche ¿Qué pensarían de él? Desde luego, le perderían el miedo, eso seguro.

No sabía qué hacer. Permaneció en sus aposentos hasta bien entrada la mañana. Entonces, un lacayo llamó a su puerta.

—Buenos días mi señor Yaluc. Te traigo esto de parte de tu esposa.— Y le entregó un pequeño pergamino cuidadosamente doblado. —Me ha encargado que te diga que te espera para almorzar en la sala junto a la galería, como acordasteis.—

Imaginaba la cara de bobo que debía de tener mientras tomaba el pergamino de manos del lacayo. Éste inclinó la cabeza y se retiró.

Naturalmente, por mucho que no tenía una memoria clara de la noche anterior, de lo que sí estaba seguro es de no haber cruzado ni una palabra con su esposa, pues se había desplomado como tantos soldados ebrios que había visto en las posadas y tabernas. Sin embargo, Ory había hecho creer a los demás que todo estaba bien. Desplegó la nota que le enviaba con delicada caligrafía. Sólo había tres palabras escritas: “*No sigas avergonzándome*”. Suspiró. No se iba a librar de la furia de su esposa. Su matrimonio no podía haber empezado peor. Se aseó y acudió a la cita. Se sintió inmensamente aliviado al ver que Naadur y Numa estaban también allí.

—Querido hermano, tú siempre tan gentil, dejándonos en mal lugar al resto de los hombres. Si las demás esposas se enteran de que te retiras a tus aposentos para permitir dormir a Ory confortablemente, comenzarán a exigir que todos hagamos lo mismo.— Yaluc miró alternativamente a su esposa y a la de Naadur. La princesa Numa, como en ella era habitual, no parecía siquiera haber escuchado lo que su esposo acababa de decir. Siguiendo su mirada, Nnaadur añadió. —No la mía. Numa es la más perfecta de las esposas. Jamás se queja ni exige nada.— Y la miró con dulzura, mientras besaba tiernamente una de sus blanquísimas manos. Ella siguió sin inmutarse.

El matrimonio de Yaluc había empezado mal y continuó peor. Ory siguió haciendo como si todo fuera bien, pero no podía sentirse más frustrada y molesta por los infructuosos intentos de su esposo de consumir su unión. Al cabo de un par de semanas, Yaluc cesó en sus intentos.

Cuando Zodrim se enteró de la negativa de Naadur al casamiento de su hija con el príncipe Uthegal, noticia que le trajo la embajada que Andamar al fin había devuelto a Narvaly, no podía culparle a pesar de su decepción. No después de lo que ahora sabía. Probablemente, Naadur había sospechado desde siempre de la implicación de Menetir en la muerte de Uxyla, aunque seguramente tampoco tenía pruebas, como le ocurría a ella. Eso hacía explicable el odio visceral que el príncipe Naadur sentía por Menetir. Después de todo, Uxyla había sido su prometida y murió delante de sus ojos. Zodrim no estuvo presente, pero le habían relatado con todo detalle cómo aquella horrible mujer degolló a la pequeña Uxyla mientras Naadur aún le cogía la mano. Sí, ella comprendía su dolor.

Poco antes de que comenzaran las lluvias, Andamar recibió una extraña e inesperada visita en palacio. Se trataba de un noble valate de aquellos que se pusieron inmediatamente del lado de Domusal, lo que era comprensible puesto que pertenecía a la numerosa familia Cenwolf. No todos ellos habían abandonado Kynán. Algunos permanecían en el reino, aunque Andamar les hubiera privado de sus privilegios en la corte. Pero no había podido quitarles por completo su fortuna que no tenía dudas seguían usando para ayudar a Menetir.

Aquel hombre debía de tener la misma edad que Andamar, aunque su aspecto era cansado y enfermizo. Sin duda ser clandestino no es una vida confortable, Andamar pensó. Le sorprendió que el hombre hubiera sido capaz de llegar hasta él, aunque éste le reveló que se había hecho pasar por un campesino del sur.

Pero lo verdaderamente sorprendente, más que la visita misma, era lo que tenía que decirle a Andamar. Venía según dijo,

en nombre del mismísimo Temuzén su pariente y cuñado de Menetir que siempre había actuado como su mano derecha y amigo leal. Sin embargo, el hombre quiso dejar muy claro que no era un embajador de Menetir, pues Temuzén al parecer había roto sus relaciones con él. Andamar no necesitó que le dieran muchas explicaciones. Tenía conocimiento de lo sucedido en Narvaly, de cómo Menetir supuestamente era el responsable de la muerte de su propia hermana y esposa de Temuzén. Pero había algo más, algo mucho peor. Se trataba de una información muy valiosa, tanto para él como para su reino, pero que sólo el propio Temuzén le daría en persona. Para ello, solicitaba permiso de Andamar para entrar en Kynán y dirigirse a la corte. Andamar meditó un momento. Luego hizo llamar a Naadur y Yaluc, quienes le aconsejaron que aceptara. El príncipe Naadur, además, se ofreció a escoltar él mismo a Temuzén desde la frontera, siempre que viniera solo y desarmado. El noble aceptó y Andamar redactó un salvoconducto permitiendo a Temuzén la entrada en Kynán.

Naadur viajó todo lo rápido que los caminos ya bastante embarrados le permitieron, y se encontró con Temuzén su antiguo amigo, en la frontera. Le sorprendió verle muy desmejorado. Al parecer la muerte de su esposa le había afectado mucho. Durante el camino reveló a Naadur que se arrepentía de su lealtad hacia Menetir, pues éste nunca había sido merecedor de ella. Aunque Naadur le insistió, no quiso revelar nada más hasta estar en presencia del rey.

Una vez ante Andamar, Temuzén contó lo ocurrido en Narvaly, que en Taros ya conocían, pero informó también del motivo. Al parecer, Menetir confesó a su hermana que él había sido el responsable de la muerte de su pequeña Uxyla. Temuzén tampoco tenía ninguna prueba, pues Menetir había escapado y nadie conocía su escondite. Pero reveló que era buscado en Narvaly y acusado por la muerte de su hermana, ya que nadie

tenía dudas de que no fue el golpe en la cabeza tanto como la terrible confesión de Menetir lo que mató a la mujer.

Aún Temuzén guardaba más sorpresas para Andamar y sus herederos. Se ofreció para luchar de su lado contra Menetir, pues desde ese momento, su única razón en la vida era destruirle para vengar a su hijita y a su esposa. Pero puso la condición de que Andamar indultara a su hermano Kamenés, quien permanecía prisionero desde la batalla en que Naadur le capturó.

Andamar aceptó y ordenó que Kamenés fuera traído a Taros desde las minas de las montañas del este donde permanecía como prisionero del rey. Se permitió a Temuzén recuperar el palacio que un día perteneció a su familia en Taros, y él solicitó que se permitiera la venida también de su hijo Ardates. A lo que Andamar asintió. Esto era mejor de lo que nunca pudo esperar. Los Cenwolf no sólo eran una de las familias más influyentes de Kynán durante el reinado de su padre, sino que además eran muchos, y actuaban siempre en grupo. De modo que si contaba con la lealtad de Temuzén todos los demás Cenwolf se pondrían de su lado

El mensaje de Dilmala

En la aldea Hogar de Mores, éste cada vez era más respetado por su forma de dirigir la comunidad. No había dejado de llegar gente de todas partes, incluso de los rincones más lejanos donde vivían loggi, para establecerse allí. De modo que ya no se trataba de una pequeña aldea sino casi de un pueblo que no paraba de crecer. Y para organizar a tanta gente, Mores intentaba seguir las antiguas enseñanzas todo lo posible. De algo le había servido convivir con Yaluc durante tres años. El joven le había enseñado a leer, y para ello había usado sus propios libros, aquellos que Zesera le dictó. Así que Mores conocía muchas de las antiguas costumbres, y se dedicó a aplicarlas. Dilmala le decía que el mundo ya no era como cuando los loggi vivían solos y en paz. Pero las antiguas costumbres eran un método de vida mucho mejor que los alocados planes de Agón para enfrentarse a los valate.

Ya había mucha gente, y no paraban de construir pequeñas chozas e incluso casas para instalarse. El Hogar de Mores no paraba de crecer. Si las cosas continuaban a ese ritmo, pronto sería casi tan grande como la Aldea del Roble Partido antes de que ésta hubiera comenzado su propia transformación con los partidarios de Agón instalándose allí.

Para albergar a tanta gente, se hizo necesario comenzar a construir las casas de manera ordenada aprovechando el espacio escaso en la cima de la montaña. Muy pronto, los rebaños tuvieron que ser conducidos a las laderas y valles de alrededor para pastar. Pero también había llegado gente procedente de haciendas de señores valate, gentes que sabían cultivar la tierra y criar toda clase de animales. Por eso los espesos bosques que rodeaban la

una vez diminuta aldea empezaron a ser sacrificados para formar bancales y terrazas en las que cultivar. Mores aprendió así del modo más duro, que Dilmala tenía mucha razón cuando afirmaba que el antiguo mundo loggi ya no podía volver. Era imposible que tantas personas pudieran sobrevivir de la caza, la recolección de frutos silvestres y la pesca.

Con punzadas de nostalgia, contemplaba la aldea donde se había criado. Apenas conocía ya a unas pocas personas, los que habían estado allí desde siempre. Estos se diluían entre los numerosos habitantes nuevos. Sin embargo, aunque Mores no conociera a la mayoría, ellos sí le conocían a él al menos de oídas por acompañar a Cabeza de Fuego, quien seguía contando con gran respeto entre los loggi. Y además, Mores era sobrino de la Mujer del Bosque, a la que también muchos de ellos habían tenido ocasión de escuchar cuando ella recorría los bosques y las aldeas narrando las atrocidades cometidas por Menetir y su ejército.

La propia Dilmala estaba pasando por difíciles momentos. Durante los últimos meses sus visiones habían aumentado, llegando a ser casi diarias. Parecía que la Madre tenía un importante mensaje para ella, pues todas las visiones se referían a lo mismo. Al fin llegó a la conclusión de que debía seguir su instinto y trasladarse donde la Madre parecía guiarla. Habló con su hermana Jaduma y su sobrino Mores, quien se hallaba muy emocionado, ya que su compañera Satuba esperaba un hijo.

—Queridos míos, os he reunido para haceros saber que voy a tener que marcharme de la aldea.—

—¿Por cuánto tiempo?— Quiso saber Mores.

—No puedo saberlo. Es la Madre y no yo quien decide.—

—¿Pero cómo podré desenvolverme aquí sin tu ayuda?—

—Tú no me necesitas. Todo lo que te hace falta para dirigir a esta gente lo tienes dentro de ti mismo. Sólo medita bien todo antes de emprender nada nuevo, y no olvides que la gente es quien ha decidido elegirte como su guía, y también pueden retirarte ese privilegio si traicionas su confianza.—

—Te echaremos mucho de menos hermana.— Dijo Jaduma. —Y yo personalmente añoraré a mi queridísima sobrina.—

—No te preocupes. Dilmala dijo con una cálida sonrisa. —No vas a tener que separarte de Ylania. Me complace mucho cuánto la quieres y ella a ti. Por eso, no puedo imaginar a nadie mejor para cuidar de mi hija. Al fin y al cabo, yo te privé de la tuya.—

—Estoy segura de que si hiciste que Derina se quedara en Taros sería por alguna buena razón.— Dijo Jaduma.

—Así es. La misma que ahora me obliga a marchar también a mí. Pero así también podré estar cerca de ella, pues me temo que ha de sentirse muy sola en aquel ambiente extraño.—

—Luego vas a vivir a Taros. Espero que puedas hablar con Yaluc. Mucha gente está segura de que nos ha olvidado.— Habló ahora Mores.

—Ya te dije que él sigue preocupándose de los loggi, pero no está al mando aunque sea un príncipe. Y tampoco puede obrar a su antojo. Él también está sujeto a los designios de la Madre. No olvides que siempre habló con él como no habla con ninguno de nosotros. Es un elegido de la Madre, y por tanto, no debemos perderle el respeto que merece. Díselo a cualquiera que dude de él ¿Acaso Zesera le habría escogido como su pupilo si no hubiera sido digno de ello? Bien, he de partir.—

Dilmala había vuelto ya su mirada hacia la salida de la cabaña, y por eso, no pudo ver cómo su hermana meneaba la cabeza con un gesto de compasión. Era tan duro ver el gran amor que Dilmala

sentía por Yaluc sabiendo que él nunca podría corresponder como ella anhelaba.

Especialmente difícil fue para Dilmala separarse de su hija. A pesar de que Ylania mostraba bien a las claras su origen, con un cabello rubio casi idéntico al de su padre, ya no pensaba en ella como hija de Menetir. Se alegraba de haberle permitido vivir, pues ahora no concebía la vida sin ella. Pero no podía llevarla consigo y su dolor se hizo más agudo, porque según sus visiones, era probable que no volviera a verla.

Cuando llegó a Taros, era una desapacible tarde de lluvia y frío. Con decisión, después de compartir un bocado con unos campesinos que acampaban junto a las murallas del templo, se dirigió a las puertas del recinto del palacio. Como ya esperaba, los guardias la detuvieron.

—¿Acaso no sabes que los loggi no tienen nada que hacer aquí?— Ella no se alteró.

—Avisad al príncipe Naadur o a su hermano el príncipe Yaluc. Podéis incluso avisar al rey si os place, porque todos ellos me conocen, y no tendrán inconveniente en permitirme el paso a palacio.—

En un principio, los guardias se echaron a reír de buena gana ¿Una sucia loggi pretendía conocer al rey y a los príncipes? Menuda broma. Sin embargo, ella continuó impasible, con los ojos fijos en los de uno de ellos, el que había hablado. A pesar de lo desapacible de la lluviosa tarde, dejó caer el manto de oscura lana que le cubría la cabeza, y se colocó bien bajo la luz de las antorchas para que le vieran la cara. El tiempo y sus sabios cuidados habían atenuado bastante las cicatrices de su rostro. Pero éstas eran todavía lo bastante impresionantes. El guardia sufrió un escalofrío, como ella esperaba, y volviendo a clavarle su oscura y penetrante mirada, dijo con voz grave:

—Si vencí a las llamas ¿crees que me detendrán vuestras burlas?—

El guardia aún desconfiaba. Pero ante la firmeza de la mujer con aquella mirada tan penetrante, y temiendo incurrir en la ira de cualquiera de los mencionados si la expulsaba y luego ella resultaba tener razón, decidió permitirle el paso.

Dilmala recorrió decidida los pasos que la separaban de la entrada del palacio. Allí, naturalmente, también había una pareja de guardias.

—No puedo perder el tiempo. Lo que me trae aquí es de suma importancia. Vuestros compañeros de la muralla me han permitido el paso. De modo que dejadme entrar.—

Los guardias se miraron desconcertados. Luego miraron hacia la muralla. No había habido ningún grito ni aviso de alarma. De modo que aquella insolente mujer debía de estar diciendo la verdad, y le habían permitido el paso.

—Está bien. Pero espera aquí. Un mayordomo de palacio anunciará tu llegada, y entonces ya no será mi responsabilidad si se te permite o no entrar ¿Cuál es tu nombre mujer?—

—Dile que soy Dilmala de la aldea Hogar de Mores.—

No pasaron muchos minutos antes de que el mismo mayordomo que acudiera a la llamada del guardia regresara, para escoltarla hacia una sala agradablemente caldeada por un gran fuego que ardía en la chimenea de piedra. Apenas había otras luces pues los empleados de palacio acababan de comenzar a encender las numerosas velas y antorchas que lo iluminaban.

—¡Qué sorpresa tan agradable! No esperaba volver a verte.— Oyó una alegre voz, que enseguida reconoció como la del príncipe Naadur. Se volvió, y allí estaba él con su espléndida sonrisa.

—Saludos, príncipe Naadur. Espero que todos en tu familia gocen de buena salud.— Él se echó a reír.

—Vamos. Esas formalidades no encajan contigo. Además, estoy casi seguro de que tú sabes muy bien cómo se encuentran todos y cada uno de los que habitamos este palacio.— Ella no tuvo más remedio que esbozar una sonrisa.

—Eres listo. Pero eso tú ya lo sabes.—

—¿Por qué has venido? Ya sé que tú no haces nada sin una razón.—

—Estás en lo cierto. He venido para aceptar tu generoso ofrecimiento, si aún lo mantienes.—

—¿Mi ofrecimiento?— Él sonrió insinuante, y sus ojos brillaron traviosos.

—Hablo de ser el médico personal de tu familia, claro.—

—¡Oh, qué decepción!— Él fingió desilusionarse

—Y bien ¿Aún mantienes tu ofrecimiento?—

—Desde luego. Nada me complacería más que verte por aquí a menudo, y que cuides de la buena salud de los míos, claro ¿Puedo saber por qué has cambiado de opinión? Cada vez que te lo ofrecí me rechazaste sin compasión.— Él dijo simulando sentirse herido.

—Hay razones poderosas, muy poderosas. Si he venido para vivir aquí es porque mi presencia es necesaria. Pero si no te importa, quisiera informar de mis motivos también a tu esposa. En realidad, es con ella con quien venía a hablar.—

—¿Y no con Yaluc?— Él preguntó en tono juguetón.

—También con Yaluc.— Ella suspiró resignada ante la exuberancia del príncipe.

—Bien, los haré llamar. Supongo que ya sabrás que Yaluc es ahora un feliz esposo.—

Ella permaneció pensativa un momento. No, dudaba mucho de que Yaluc fuera feliz. Es más, estaba bastante segura de que no lo era.

Naadur llamó al mismo mayordomo que la había llevado hasta allí, y le encargó que hiciera llamar a su esposa y a su hermano. Dilmala se quedó contemplando al príncipe mientras hablaba con el mayordomo. Sabía muy bien que él la deseaba. Su fama de conquistar mujeres era tan grande como la de conquistar territorios. Sin embargo, había algo en él, en sus ojos tan parecidos a los de Yaluc, y sin embargo tan diferentes, que la hacía pensar que sus sentimientos hacia ella eran algo distinto.

Por un momento se permitió imaginar ceder a sus deseos. Ella no tenía ningún buen recuerdo de sus relaciones con los hombres, pero Naadur le había asegurado que él no era como Menetir. Seguramente era cierto. Podía ver la maldad en los ojos de Menetir, y ésta estaba completamente ausente en los de Naadur. Le miró bien. Era ciertamente hermoso, aunque para ella ningún hombre poseía la belleza de Yaluc. Se preguntó si su poblada barba, del color del vino, sería suave al tacto como la de Yaluc o áspera como la de Menetir.

No pudo entretenerse más en sus pensamientos porque él de nuevo la miraba con su habitual descaro.

—¿Sabes? No pierdo la esperanza. Y si permaneces en palacio, no tardarás en darte cuenta de que lo que te ofrezco será de tu agrado.— Él dijo, y Dilmala supo que no se refería a su empleo como médico real.

Los minutos hasta que los otros entraron en la sala se le hicieron largos, pues no deseaba indisponerse con Naadur, pero

tampoco estaba lista para ceder a sus avances si él continuaba intentándolo. Por fortuna, permaneció perfectamente alejado de ella.

—¿Has venido caminando desde tu aldea?—

—No conozco otro modo de ir de un lugar a otro mejor que mis pies.—

—Es curioso cómo los loggi seguís asustándoos de los caballos después de tantas generaciones. Lo he visto cuando tu gente aún servía en nuestro ejército. Costaba mucho acostumbrarlos a no huir en cuanto se acercaba un caballo.—

—Yo no temo a los caballos, ni siquiera a esos enormes que los valate montáis. Pero aún me pregunto cómo podéis conseguir dominar a esas criaturas. Sin duda la Madre ha de tener algo que ver con ello.—

—Bueno, tal vez esa madre de la que tanto hablas no desprecia a los valate tanto como tú.—

—La Madre no desprecia a ninguna de sus criaturas, ni siquiera cuando no se comportan en armonía con los demás.— Él se echó a reír. Pero en ese momento, se oyeron pasos, y Yaluc apareció en la sala.

—Así que, es cierto. Has venido a palacio por tu propia voluntad.— Dijo sonriente acercándose a Dilmala, y tomándole las manos en afectuoso saludo. Ella correspondió a la sonrisa de Yaluc con la suya propia, pero fue una sonrisa muy fugaz.

—No por mi propia voluntad. La Madre me ha traído hasta aquí, y tengo importantes mensajes para vosotros.—

Al fin, Numa entró también en la sala. Sus ojos se encontraron con los de Dilmala, y ambas mujeres mantuvieron un silencioso diálogo como en las otras ocasiones en que se habían visto.

—Vienes por mi hijo ¿verdad?— La princesa preguntó, no sin cierta angustia en su voz.

—¿Sikander?— Preguntó Naadur sorprendido.

—En efecto. Escuchad lo que he de deciros. La Madre me ha revelado que el pequeño príncipe corre mucho peligro.—

—Nadie puede hacerle daño a mi hijo. Está bien protegido.—
Afirmó Naadur.

—Y sin embargo, ya ha habido intentos de quitarle la vida.—
Naadur y Yaluc palidecieron. Al fin, el príncipe heredero habló con voz titubeante.

—¿Te refieres a la serpiente? Sin duda se trató de una negligencia de algún criado, permitir que ese animal entrara en los aposentos del príncipe.—

—No Naadur. No fue negligencia de ningún criado ni incidente casual. Tampoco aquélla era una inocente serpiente guiada sólo por su naturaleza animal. No, no se trataba de una criatura de la Madre, sino de un espíritu malvado que tomó la forma del animal para poder introducirse en la alcoba del niño, y morderle para matarle con su veneno.—

—¿Qué dices? Creía que todos somos criaturas de esa madre tuya, hasta los propios dioses. Tú lo dijiste ¿Cómo es posible entonces que la serpiente no lo fuera?— Naadur estaba cada vez más pálido, aunque intentaba disimular su inquietud creciente.

—Respóndeme a esto Naadur. Los hombres son criaturas de la Madre, pero algunos fabrican espadas con las que matan a otros hombres ¿Son las espadas creaciones de la Madre, o de los hombres?— Naturalmente, Dilmala no esperaba respuesta. Continuó hablando. —La Madre da vida a multitud de criaturas, de todas clases, pero no es responsable de su comportamiento. Los

espíritus han estado siempre ahí. Algunos son muy poderosos, y como les sucede a algunos hombres, se niegan a perder ese poder, y harán lo que sea por mantenerlo. Uno de ellos, un ser enormemente malvado y oscuro, muy poderoso, fue quien envió el espíritu en forma de serpiente. Este ser no se detendrá hasta que acabe con la vida del príncipe.—

—¿Pero, por qué?— Preguntó Yaluc.

Aunque, en el fondo, sospechaba la respuesta que Dilmala le iba a dar. Él mismo había sentido la presencia de esos poderosos espíritus de los que ella hablaba, en el bosque, en las cuevas, incluso en la soledad de sus aposentos. Una presencia no siempre benévola.

—Porque sabe que Sikander ha venido para destruirlo. Tiene mucho miedo, y lo volverá a intentar porque sabe que sólo tendrá la ocasión de matarle mientras aún sea un niño. Yaluc, imagino que ya habrás deducido por mis palabras que Sikander es un elegido de la Madre, una de esas criaturas de las que Ella se vale para hacer que las cosas cambien cuando es necesario. Y no es casual que tú estés cerca de él.—

—No comprendo toda esa palabrería. Dices que mi hijo es un elegido de la tal madre. Bien. Siempre es positivo para un rey tener de su parte a cualquier dios. Si esa diosa de los loggi va a proteger a mi hijo, estoy dispuesto a hacer que se levanten templos en su honor y sea venerada como merece. Ya que le ha hecho tan fuerte y valiente como para acabar él mismo con la serpiente, según dicen, a pesar de su corta edad.— Naadur afirmó convencido de sus palabras.

Dilmala esta vez, intercambió silenciosas miradas con Yaluc, meneando la cabeza con resignación.

—No acabó con ella,— Dijo Numa, y todos se sorprendieron al oír su voz. Ya casi nunca hablaba, y cuando lo hacía, sus palabras no solían ser muy coherentes. —Él sólo se hizo su amigo. La serpiente nunca le habría hecho ningún mal porque ya no estaba guiada por el espíritu maligno. Sikander la había liberado. Por eso lloró cuando el guardia la mató.—

Los hombres la miraban sin saber qué pensar, pero Dilmala no tenía ninguna duda de que lo que Numa decía era así, pues ella misma lo había contemplado en sus visiones.

—Ésa es la razón por la que estoy aquí. La Madre me ha enviado visiones sobre el príncipe. Él tiene una importante misión que cumplir. Pero hay fuerzas que se le opondrán. Hemos de protegerle.—

Dilmala fue instalada en los aposentos de las mujeres, muy cerca de la alcoba del príncipe Sikander. Cuando Garpa se enteró, sintió un gran temor, pues aquella mujer loggi era, según había oído de su propio nieto, una poderosa maga. Tanto como la que lanzó la horrible profecía ¿Había venido para asegurarse de que se cumpliera? Y en tal caso ¿qué podría hacer ella para impedirselo?

Había estado segura de poder impedir que Sikander se convirtiera en el príncipe profetizado, aquél que se sentaría en el trono de Kynán sólo para destruirlo todo, para acabar con el mundo que sus antepasados tan laboriosamente habían construido.

Tenía planeada toda su educación, aunque sinceramente, había llegado a dudar de que Sikander fuera ese príncipe destructor que anunciaba la bruja loggi. Era un niño tan dulce y encantador. Garpa debía reconocer que había conquistado por completo su corazón. Casi nunca desaparecía la sonrisa de su preciosa carita, que era la viva imagen de la de su padre Naadur.

La verdad, Sikander era la perfecta mezcla de sus padres. Era muy blanco y rubio con los increíbles ojos azules de Numa, pero poseía los rasgos, y sobre todo la irresistible sonrisa de su padre ¿Cómo aquel precioso príncipe podía traer algo malo?

SEGUNDA PARTE

Cambio de vida y cambio de planes

Menetir llevaba casi dos años oculto, pero sentía que ya estaba listo para regresar al mundo, y reclamar lo que le pertenecía por derecho. Su huida de Narvaly fue facilitada por Mordek, el nieto de Anfós. El noble le entregó un carro tirado por dos bueyes conducidos por un par de sirvientes suyos nativos de Albisos. Aquellos dos hombres sí que tenían la piel oscura como el que Menetir recordaba haber visto de niño. Ellos habían venido a Narvaly para traer algunos enseres pertenecientes al noble difunto, y se volvían a su patria después. No sin cargar su carro con productos de Narvaly. De modo que para todo el mundo no eran más que unos comerciantes de aspecto exótico. Mordek aseguró a Menetir que en cuanto pasaran los funerales de su abuelo, a los que no tenía más remedio que asistir, se reuniría con él. Y le hizo esconderse en el carro entre las mercancías.

Así, oculto entre cargamentos de lana narvaliense el cargamento menos sospechoso que podría haber, viajó Menetir el altivo príncipe valate. Sólo cuando se hallaban lejos de cualquier poblado, y de noche, los hombres le permitían salir para tomar un poco de aire y alimentarse.

El viaje, que era muy largo, a Menetir se le hizo eterno, y llegó un momento en que pensó que no aguantaría. La parte más peligrosa claro, fue atravesar Midum. Era una ruta comercial antiquísima que los mercaderes habían utilizado desde mucho antes de que los valate llegaran a Kynán, y también era el camino más corto para llegar a su destino. Aunque el actual rey de Albisos se había puesto del lado de Domusal, y por tanto, era enemigo de Andamar, el comercio no se detenía. En Midum ya habían

empezado las lluvias y continuaba el calor, con lo que la incomodidad de Menetir fue muy grande.

Al fin llegaron al puerto de Shimma, donde la mercancía sería embarcada en un navío de Albisos. Éste también era un momento especialmente peligroso, pues los porteadores que llevaron la mercancía al barco le habrían descubierto. Por eso, antes del amanecer cuando llegarían los porteadores para hacer su trabajo, los hombres de Mordek le hicieron descender y ocultarse, esta vez entre las carretas de inmundicias del muelle. Tuvo que soportar aquella horrible humillación mientras se cargaba la mercancía. Cuando ya no había empleados midummitas cerca, le hicieron subir al barco, donde por fin podría viajar con la dignidad que merecía. Eso sí, después de que se hubieran alejado lo suficiente del puerto, para que ningún tripulante de otros barcos o pescador pudiera verle y reconocerlo.

Como le solía ocurrir, Menetir se mareó, aunque la travesía hacia la Isla Blanca donde se hallaba la capital del reino de Albisos, era mucho más corta que su viaje desde Kynán a Midum. Y además, navegaban por el Pequeño Mar, mucho más tranquilo que el Gran Mar, por donde transcurría la otra ruta.

Cuando por fin llegaron al puerto de Latto, Menetir apenas podía creerlo. En el barco ya se le había facilitado un cómodo alojamiento para la travesía de dos días, tres como máximo, donde asearse y descansar de su aventura pasada. También le proporcionaron vestiduras limpias, aunque eran del estilo de la gente de Albisos. Eso de momento poco le importaba, pues de nuevo se le trataba como a un príncipe, como lo que era.

En Latto, capital del reino, le llevaron a un maravilloso palacio construido todo de piedra blanca que relucía con el brillante sol de la isla. Era propiedad de Mordek, y allí vivía su familia. No le habían mentido, eran inmensamente ricos. Poseían numerosos

negocios de los cuales los que más les reportaban eran los caballos y las minas de oro. Así es, el oro era la principal exportación de Albisos. Ya lo había sido en tiempos antiguos, pero recientemente, en vida del rey Belcentes se habían hallado nuevas minas de una riqueza impresionante. Como el rey de Kynán y el de Albisos eran aliados por entonces, los valate consiguieron un buen trato a la hora de comprar el oro del Reino de las Mil Islas, como era conocido también Albisos.

Tal como le prometiera, Mordek se reunió con él pocas semanas después, y una vez juntos en la Isla Blanca, le expuso su plan.

—Mi abuelo era un hombre chapado a la antigua. Le importaba mucho el honor familiar. Por eso estaba resentido con el rey de Narvaly que le acusó injustamente por haber perdido a su amante. Su intención como te contó era recuperar el rango que le corresponde a nuestra familia entre los clanes y junto a la reina. Pero yo, amigo mío, soy mucho más ambicioso ¿Por qué conformarme con las migajas, si puedo poseer todo el pastel? Lo que quiero decir es que pienso conseguir desalojar a Zodrim del trono de Narvaly.—

—Creía que tu abuelo también aspiraba al trono.—

—Sí, pero no para él. Su plan era desposar a tu hijo el heredero de Narvaly con mi hija, de modo que ambas ramas de la familia se unieran, y quedara así restituido el linaje que se nos arrebató.—

—Ya sabes que mi esposa la reina planea desposar a Uthegal con la hija de Naadur.—

—Lo sé, y eso ya poco me importa, porque lo que yo pretendo es sentarme yo en el trono. Tengo derecho de sangre, y tú me vas a ayudar a conseguirlo. A cambio, yo te ayudaré a conseguir tu propio trono. No preocupádonos del honor, como pretendía mi

abuelo. Así nunca conseguiremos nada. Tú me entiendes, pues ya has utilizado subterfugios y jugadas sucias, como hacer matar a la hija de tu hermana, y provocar la rebelión de tu padre.—

—Para lo que me ha servido. Mi propio padre aceptó someterse a Andamar.—

—Tengo entendido que lo hizo a cambio de tu vida.—

—Preferiría mil veces estar muerto que humillado como me hallo ante el Usurpador y su familia.—

—Tranquilo, ahora podrás hacer lo que siempre deseaste. Como ves, me sobra el oro, y está a tu disposición para armar un ejército invencible, y conquistar Kynán. Pero antes, tendrás que darme algo a cambio.—

—¡Por supuesto! Si está en mi mano, te daré lo que me pidas. A pesar de lo que hayas oído decir de mí, no carezco de honor, y sé ser agradecido.—

—Excelente. No esperaba menos. Lo que quiero que hagas en primer lugar es desposar a mi hija. Tu esposa te ha repudiado, y los clanes han aceptado el divorcio porque no eres digno de ser consorte de Narvaly. Debo reconocer que mi pariente la reina ha sido muy astuta. Si hubiera exigido la anulación de vuestro matrimonio, cosa que podía hacer pues tú has caído aún más en desgracia de lo que ya estabas sin nombre ni linaje, nadie se hubiera opuesto. Pero si ella hubiera hecho eso, vuestros hijos se habrían convertido en bastardos, del mismo modo que sucedió con tu padre y sus hermanas cuando se declaró nulo el matrimonio del rey Belcentes con la dama Heusa.—

—Estoy bien al corriente de las humillaciones a las que se ha visto sometida mi familia. No necesito que tú me las recuerdes.—

—Está bien. Pero no me negarás que Zodrim ha sido astuta. Sólo se ha librado de ti, y sus hijos conservan el rango de príncipes

de Narvaly. Tu hijo Uthegal sigue siendo el heredero, aunque si mi plan tiene éxito, nunca se sentará en el trono. Yo lo haré. Pero mi querido amigo, él no necesitará ese trono, pues tú ya le habrás garantizado heredar el de Kynán después de ti. Sin embargo, soy un hombre ambicioso. No voy a negarlo. Mis planes están bien urdidos, y con tu ayuda, tienen más posibilidades de cumplirse. Me consta que eres un gran guerrero, pero por si se diera el caso de que yo no consiguiera el trono de Narvaly, al menos, mi hija sería reina de Kynán.—

—Pero, aunque yo me desposara con ella, y engendrarnos hijos, éstos siempre estarían por detrás de los que tuve con Zodrim. No ignoras que tengo otro hijo además de Uthegal.—

—Lo sé, lo sé. Pero mi hija es muy joven. Te deseo larga vida. Ojalá los dioses te la concedan, y así mi hija se sentará junto a ti en el trono durante muchos años, con lo que su posición favorecerá mucho a la familia.—

—Está bien entonces. Si lo que deseas es eso, y no pretendes apartar a mis hijos de su legítimo derecho.—

Menetir se desposó ese mismo invierno, que en la Isla Blanca lo era sólo de nombre, con Xya-Kirit, la joven hija de Mordek. Para su grata sorpresa, era una joven muy bella. Su madre era midummita, por lo que su piel era más clara que la de su padre, aunque seguía siendo más oscura que la de Menetir.

Resultó ser una esposa mucho más dócil que Zodrim, y Menetir agradeció el cambio.

Cuando se cumplió el primer año de Menetir en el reino de Albisos, ella dio a luz a una niña. Un nuevo invierno llegó, que en aquella isla sólo hacía que el calor disminuyera levemente, y se produjeran abundantes lluvias casi diarias. Las gentes del reino aprovechaban después la tierra humedecida para plantar multitud

de frutos y plantas exóticas, muchas de las cuales Menetir no conocía, a pesar de haberse criado en el Palacio de las Nubes.

Durante toda su estancia, no dejó de preparar su ejército. Siguiendo los consejos de Mordek, que resultó ser un hombre sumamente inteligente, Menetir permaneció oculto. Para los habitantes de palacio, era un noble exiliado de Narvaly. Sólo su esposa conocía su verdadera identidad, y ella no se la revelaría a nadie.

Mordek le sugirió afeitarse la barba y cortarse el cabello para pasar más desapercibido. Pero Menetir se negó. No eran raros los nobles narvalienses que adoptaban la costumbre de llevar largas y pobladas barbas al estilo valate, y, por supuesto, jamás renunciaría a su magnífica trenza que solía adornar con joyas. Antes se dejaría cortar la mano que su trenza. Para ocultarla, así como la falta de su oreja derecha, cosa que podría haberle delatado, adoptó el típico gorro de seda que solían llevar los hombres de aquel reino.

El subterfugio fue un éxito, y nadie sospechó que Menetir viviera entre ellos en la isla. Él no utilizó un apodo infantil como hiciera su hermano para ocultar su identidad. Mordek había dicho que era un pariente lejano de su clan narvaliense, el cual era conocido como Runus, por el antepasado que lo fundó, y así es como le conocían allí.

Todo el mundo le buscaba, ya que Zodrim ofrecía una recompensa sustanciosa para llevarle de vuelta a Narvaly donde sería juzgado por la muerte de su hermana. Nadie sospechó de él en Albisos, y por tanto, pudo permanecer casi dos años completamente tranquilo dedicándose a preparar en secreto su gran ejército. Podía hacerlo puesto que Mordek le había cedido una gran hacienda al sur de la capital, donde sólo quienes el propio Menetir autorizaba podían pasar. Allí instaló el

campamento donde se entrenaba su ejército. Cada vez estaba más impaciente por que llegara el momento de volver a enfrentarse con el engreído Naadur, y derrotarle para siempre.

Devolver las cosas al lugar que les corresponde

Una vez pasó el invierno, Naadur sugirió a su padre trasladarse a Midum. Seguía con la idea de convertir Shimma en su capital, y además, así esperaba poder proteger mejor a su hijo. No estaba muy seguro de si creía lo que Dilmala había revelado. No dudaba por mucho que ella y Yaluc se empeñaran en negarlo, de que era una poderosa maga. Pero sus mensajes le resultaban confusos e incomprensibles. Para él, su hijo era el futuro rey de Kynán y Señor del Mundo. Naturalmente, tenía enemigos que intentarían perjudicarlo haciendo daño a Sikander. Pero nadie le podía proteger mejor que su padre.

Andamar se mostró de acuerdo con el traslado de su hijo. Durante todo el invierno había seguido trabajando con Yaluc en la elaboración de su querido código de leyes. Ya había recopilado muchas y redactado algunas nuevas que quería poner en vigor cuanto antes. Entre las novedades que adoptó estaba dividir el inmenso reino de Kynán. Ahora volvía a incluir Midum, además de las islas del Gran Mar y la mayoría de las del Pequeño Mar, eso sin contar los reinos vasallos y aliados. Pensó que para una mejor administración convenía reordenar el territorio y dividirlo en unidades más pequeñas.

Por fin parecía que había paz. Aunque los hombres de Agón continuaban actuando como bandidos en los bosques. Andamar sospechaba que tenían ayuda de fuera, y no le costó imaginar de quién. Temuzén se lo confirmó además de revelarle el juramento que Menetir había hecho de no descansar hasta ver a Andamar y todos los suyos convertidos en cenizas. Eso hizo a Naadur estar seguro de que Menetir estaba también detrás de los intentos de asesinar a su hijo.

Andamar decidió dividir el reino, y nombró a su hijo virrey de Midum, mientras que a Yaluc, le entregó el señorío de Las Torres Blancas, además de nombrarle Consejero de Libros, título que le había caído en gracia.

De modo que en cuanto comenzó el buen tiempo, Naadur se dispuso a viajar con toda su familia, es decir: su esposa, hijos y criados. Ése último grupo incluía a Derina y Dilmala, aunque Naadur jamás se atrevería a considerarlas criadas. También viajó con ellos Garpa. A pesar de su avanzada edad, ya había cumplido los 68, ella se negó a dejar de ser la encargada de la educación de su biznieto, y si eso implicaba un largo viaje y vivir en un reino extranjero, que así fuera.

Para Yaluc fue muy duro separarse de Naadur, pero no tenía una excusa válida para viajar con él. Ahora no había guerra, y el rey le había encomendado otras tareas. Por suerte tenía a Lahón, que entraba en sus aposentos cada noche cuando ya todos dormían. El joven loggi más de una vez le había sugerido que si era tan infeliz en aquel palacio donde debía ocultar sus sentimientos, podrían los dos huir, desaparecer en alguna lejana aldea de las montañas. Lahón le reveló que aunque la aldea donde vivía había sido destruida por los bandidos, él sabía de otras incluso más remotas en medio de las escarpadas montañas de aquella región, donde el Sabio Errante Cabeza de Fuego nunca había llegado. Sólo Zesera, cuando aún era lo bastante joven para acometer el duro viaje, había visitado aquellas aldeas perdidas donde según dijo Lahón, aún se vivía según las antiguas costumbres de los loggi.

—Zesera me habló de esas aldeas. Pero no imaginaba que existieran aún.—

—Existían cuando yo vivía con mis compañeros. Nuestra aldea a menudo recibía algún visitante de allí porque nuestros ancianos estaban muy unidos a los de esas aldeas.—

Pero Yaluc, aunque le resultase muy atrayente retirarse a las remotas montañas, y poder vivir abiertamente con Lahón, no podía soportar la idea de alejarse para siempre de Naadur y no volver a verle. Desde luego, no tenía la menor esperanza de que su amado príncipe alguna vez correspondiera a sus sentimientos. Pero se decía que mientras pudiera gozar de su compañía y de su amor fraternal, se consolaría.

Además, ahora estaba su esposa. Ory no se conformaba con permanecer apartada esperando que su esposo se dignara cumplir con su obligación. A pesar del cuidado que ponía en disimularlo, ya corrían por palacio los rumores de que el príncipe Yaluc rara vez visitaba el lecho de su esposa. Todo eso la ponía furiosa. Y un día se encaró con Yaluc.

—No creo merecer ser maltratada por ti como lo soy.— Se quejó.

—No sé por qué dices eso. Te trato con el máximo respeto, y siempre te defiendo cuando alguien critica tu glotonería o tu mal carácter.—

—Pero no me tratas como a una esposa.—

—Mira Ory, ambos somos conscientes de que nuestra unión la decidió el rey. Ninguno de nosotros tuvo oportunidad de elegir.—

—Eso no te libera de tus deberes de esposo. No pido que me ames, sólo que cumplas con ellos. Ya me siento suficientemente humillada.—

—¿Por mí? ¿Yo te he humillado alguna vez?—

—Siempre que has acudido a mi lecho para no consumir nuestra unión como es debido.—

Yaluc intentó calmarse. Se sentía muy agitado. Hasta entonces Ory no le había reprochado abiertamente su falta de entusiasmo en el lecho, y sabía que llegado el momento, él no tendría argumentos válidos para defenderse. Aun así, lo intentó.

—Lamento no ser un esposo lo suficientemente bueno. Lo hago lo mejor que puedo.—

—¿De verdad? Pues podrías esforzarte algo más y prestarme aunque fuera la mitad de la atención que le dedicas a ese caballero loggi.— Yaluc palideció. Miró a Ory. Ella le sostuvo la mirada con sorprendente calma. —¿Crees que no sé lo que pasa?—

—No sé qué chismorreos habrás oído—

Intentó desviar el asunto, aunque su voz no era convincente ni para él mismo. Su mente comenzó a girar desbocada. Estaba seguro de que Lahón y él eran sumamente discretos ¿Cómo había podido enterarse Ory? Si había oído rumores significaba que alguien más lo sabía. Su esposa le sacó de sus meditaciones abruptamente.

—¡Os vi con mis propios ojos!— Gritó llena de rabia. Por un momento, Yaluc creyó que se arrojaría al suelo y empezaría a patear y chillar como la niña malcriada que era. —Vi cómo le besabas como jamás me has besado a mí.—

Podía hacer dos cosas, negarlo, lo que sería absurdo puesto que Ory no era ninguna estúpida, o intentar disculparse. Sin embargo, la debilidad y la cobardía no eran parte de su naturaleza. Así que optó por la confrontación abierta.

—Muy bien. Entonces ya tienes un motivo más que suficiente para pedirle al rey que anule nuestro matrimonio, y te busque un esposo más adecuado.—

—¿Y dejar de ser una princesa de Kynán? De ninguna manera.—

—Así que, es eso. Permanecerás conmigo por tu ambición, aunque eso te humille como esposa. Si me acusaras el rey rompería inmediatamente nuestra unión. Yo sería castigado severamente. Pero tú, claro, perderías tu rango de princesa, y no quieres eso. Pues bien, Ory, yo no voy a cambiar mi forma de ser. Así que dime qué hacemos.—

—Quiero que se me trate como merezco. Quiero mi dignidad Yaluc. No te pido mucho. Sólo poder presentarme en la corte sin tener que bajar la cabeza por los rumores de que no soy lo bastante atractiva o interesante para que mi esposo venga a mis aposentos. Soy el hazmerreír de las criadas.— Ella dijo al borde de las lágrimas, y Yaluc vio que esta vez no era una rabieta. Ella estaba realmente dolida. Eso despertó su compasión.

—Comprendo que tu posición es difícil. Por ello, te ofrezco un trato. Si no quieres renunciar a ser mi esposa por la posición que eso conlleva, tendrás que ser más comprensiva conmigo. No es culpa tuya si no me siento atraído por ti. Por mi parte me comprometo a visitar tu lecho más a menudo para que dejen de murmurar.—

—Eso no será suficiente para acabar con los rumores.—

—Pues ¿qué quieres entonces?— Yaluc comenzaba a sentir que su compasión se debilitaba ante el gesto nuevamente obstinado en el rostro de su esposa.

—Dame un hijo. Si tenemos un hijo, todo acabará. Yo seré la princesa que deseo ser, y ocuparé el lugar que me corresponde

en la corte. Si me das un hijo, prometo que dejaré de importunarte, y miraré para otro lado aunque seas un degenerado.—

—Me parece justo.—

Yaluc puso todo su empeño en cumplir su promesa. No era fácil. Su primera experiencia con Tureya no le era de utilidad. No tenía memoria clara de ella a causa de las raíces. También estaban las ocasiones en que se había visto forzado a yacer con mujeres cuando se encontraba con Naadur y su ejército para evitar levantar sospechas. En todas aquellas ocasiones, él se había limitado a dejarse llevar. Pero Ory no era una mujer experimentada como aquéllas, y todo resultaba más difícil.

En Midum, Naadur comenzó a dedicarse de lleno a recuperar la antigua gloria de Shimma. Al principio su familia tuvo que instalarse en el palacio del gobernador. Pero en pocos meses, el palacio real estuvo restaurado lo suficiente, y decidió trasladarse a vivir en él. Era incluso más magnífico de lo que había oído desde niño en las historias sobre las conquistas de Groaker el Grande. Es más, al encontrarse instalado allí, como un verdadero Señor del Mundo al modo de los antiguos midummitas, se le ocurrió que ya iba siendo hora de que los valate actuaran de verdad como tales.

Durante siglos, desde que Groaker conquistara el reino de Midum y algunos territorios más, se habían convertido de hecho en Señores del Mundo, y sabían que no había en él reino ni pueblo alguno que pudiera medirse con ellos en fuerza y valor guerrero. Pero se dio cuenta de que continuaban viviendo casi como cuando El Fundador se instaló en Kynán tras La Llegada. Seguían comportándose como recién llegados, como si tuvieran que pedir permiso a todos aquellos pueblos más antiguos para gobernarlos, cuando habían demostrado ser los más fuertes. Pues bien, había

llegado la hora de que los valate, y muy especialmente los reyes de Kynán dejaran de ser rudos guerreros de los bosques y las montañas, y demostraran por qué merecían ser Señores del Mundo.

El clima de Midum parecía sentar bien a su familia. Garpa reconocía que sus viejos huesos no la molestaban tanto como en la fría y húmeda Taros, y Nysbe parecía resplandecer, al igual que su pequeño hermano Sikander. La única que no parecía haber mejorado era Numa. Naadur había esperado que el cambio de escenario despertara su interés y la animara, pero ella parecía cada día más apagada. Incluso, había observado extrañado que no parecía sentir ningún interés ya por sus hijos, cuando siempre había sido una madre amorosa a pesar de su debilidad mental. Daba la impresión de que deseaba alejarse de ellos, como si temiera causarles daño.

Un día, se atrevió a comentar sus temores con respecto a Numa con Dilmala. Ella le miró con afecto, lo que hizo despertar el deseo como de costumbre en él. No podía remediarlo. Aun sintiéndose preocupado por su esposa, una mujer hermosa era demasiado irresistible para él, y mucho más la enigmática y esquiva Dilmala.

—Tu esposa es una criatura muy especial Naadur. la Madre habla con ella, no hay duda de eso. La ha elegido para realizar un propósito. Traer al mundo a Sikander forma parte de ese propósito. Pero quién sabe ahora qué otros mensajes le estará enviando.— Dilmala mintió deliberadamente. Ella conocía bien esos mensajes. Los había recibido a la vez que Numa. Pero no podía revelar esa información a Naadur ¿Para qué causarle angustia innecesaria? Él y todos asistirían muy pronto al cumplimiento de tales mensajes. —No olvides que Numa escucha a la Madre.—

—¿Igual que haces tú?—

—No exactamente igual. Pero la Madre a veces escoge a algunas de sus criaturas para manifestarse y enviar sus mensajes a todos nosotros. Muchas veces la criatura elegida no es capaz de comprender. Numa sí. Ella sabe y comprende muy bien.—

—No entiendo nada de lo que dices. Hablas como si no hubiera nada malo en ella, cuando es evidente que su mente no funciona como debiera. No lo digo como un reproche, pues no creo que hubiera podido encontrar una esposa mejor, más leal y afectuosa que Numa.—

—Me complace comprobar que tu corazón tiene espacio para la ternura.—

—Pues ¿qué creías?— Se indignó él. —Ya te dije que yo no soy como Menetir. Aunque tú pareces creerlo así, yo jamás te haría lo que él te hizo.—

Naadur decidió viajar él solo a Taros para comunicar sus planes a su padre el rey. Cuando llegó, la primavera estaba ya en su apogeo. Le agradó sentir la fresca brisa del mar en Taros porque a pesar de todo, aquella lejana ciudad junto al mar era su hogar. Pero se recompuso. Tenía una importante misión. Reunió a su padre y a Yaluc. Éste último estaba exultante al verle de nuevo ¿Siempre había sido Naadur tan hermoso, o era lo mucho que le había echado de menos?

—Padre, hermano, si he venido hasta aquí sin avisar es porque tengo una importante propuesta que hacer. Tú, padre, has sufrido desde que subiste al trono el desprecio, la oposición e incluso la disputa por tu derecho a sentarte en él. Hiciste muy bien en reunir el Gran Consejo de los Reinos, aunque no diera el resultado que

tú esperabas. Pero ahora sí, padre. Ahora eres fuerte. Nadie te disputa el trono, y puedes demostrarlo.—

—¿Sugieres que reúna de nuevo el Gran Consejo de los Reinos?—

—Sí. Pero no para presentarte como la otra vez como rey de Kynán, sino como Señor del Mundo.—

—Ya soy Señor del Mundo. Vuelvo a serlo desde que recuperaste Midum.—

—Pero todos deben verlo y aceptarlo. Y para ello, sugiero que resucites una costumbre de los antiguos midummitas. Ellos fueron Señores del Mundo por más de mil años, y sabían cómo hacerse respetar y demostrar su grandeza y magnificencia.—

—Hasta que llegaron los valate.— Yaluc dijo sarcástico, haciendo que Naadur le dedicara una sonrisa de complicidad. Sin duda, su hermano le recordaba sus palabras acerca de la supuesta debilidad de aquellos midummitas a los que ahora pretendía emular.

—Yo hablo de los grandes reyes y Señores del Mundo Yaluc. Esos cuyas estatuas tanto te interesaron, no los débiles y corruptos que dejaron caer su poderoso reino. Aquéllos hacían una ceremonia cada vez que un nuevo rey se convertía en Señor del Mundo: la Ceremonia de Oro.—

—Conozco la historia hijo ¿Olvidas que pasé la mayor parte de mi juventud entre libros? He leído todo lo que hay en los rollos del templo sobre Midum. Aquélla era una magnífica ceremonia sin duda. Pero dime ¿Dónde está aquel palacio, tan grande que en él podían reunirse todos los mandatarios del mundo y aún quedaba espacio? ¿Y aquel trono de oro donde el Señor del Mundo era coronado? Lo único que ha sobrevivido a las leyendas es la

corona de oro y piedras preciosas que Groaker el Grande se trajo a Taros como botín, y duerme bien guardada en el tesoro real.—

—Todo eso está en Shimma padre, donde siempre estuvo. El palacio poco a poco está recuperando su magnificencia y esplendor. Aún no está completamente restaurado, pero lo estará pronto. Y en cuanto al trono de oro, es de lo que vine a hablaros. Durante las obras del palacio, se halló esa maravillosa joya que muchos creían sólo una leyenda.—

—¿Es eso verdad? ¿Has encontrado el trono de oro de los Señores del Mundo?— Preguntó Andamar con ojos maravillados, rememorando tantas veces en que su imaginación había volado de niño, mientras leía los relatos de las fabulosas hazañas de su antepasado. Naadur sonrió.

—Así es padre. Y tú te sentarás en él y serás coronado con la corona de Midum ante todos los dignatarios del mundo. Ya he cursado los mensajes en tu nombre para convocarlos dentro de tres meses. Es tiempo más que suficiente para que puedan llegar los que vienen de más lejos, y todo quede perfectamente preparado para que seas glorificado como mereces.—

Bágor El Glorioso

Cuando Menetir se enteró de lo que Naadur pretendía, montó en cólera. Si Andamar conseguía que todo el mundo le reconociera como Señor del Mundo, y los reinos vasallos renovaran sus votos, así como los aliados su lealtad, él estaría perdido pues le sería mucho más difícil conseguir conquistar Kynánn. Muchos nobles valate y reyes de otras naciones, entre ellos el de Albisos, se habían puesto del lado de su padre en su momento. Pero él sabía que no gozaba de tanta popularidad como Domusal ¿Cuántos de esos nobles y reyes continuarían a su lado si Andamar se coronaba Señor del Mundo? Había confiado en seguir debilitándole, promoviendo las revueltas de campesinos, y apoyando a los bandidos fugitivos de Agón. Tenía también preparados planes para organizar nuevas revueltas de los nostálgicos en Midum. Pero la presencia de Naadur en Shimma lo complicaba todo. Qué hacer, se preguntaba.

—¿Por qué sigues lamentándote? Tienes de tu lado una fuerza con la que ni Andamar ni Naadur cuentan.— Le dijo Mordek.

—Si te refieres a tu oro y tus caballos, te lo agradezco, ya lo sabes. Pero si Andamar consigue que le juren lealtad los demás reinos ¿Quién me apoyará? El rey Bag-Doser se mantiene en contra del Usurpador, pero es viejo y está enfermo, y su hijo no simpatiza con mi causa.—

—Ya nos preocuparemos del nuevo rey cuando llegue. Por ahora, en Albisos continúa reinando Bag-Doser, y hay muchos que no ven con buenos ojos las ideas del príncipe. Pero yo no te hablo de oro ni de caballos Menetir. Sin duda con ellos tú serás capaz de organizar un ejército invencible, no tengo dudas. A lo

que yo me refiero es a las poderosas fuerzas que están de tu lado, y a las que parece ignorar una y otra vez.— Menetir puso cara de no entender nada. Mordek suspiró. —¿Ya no te acuerdas del wasmun del que me hablaste, ése que se te apareció en varias ocasiones para guiarte?—

—¿Guiarme dices? Más bien creo que no ha dejado de burlarse de mí. Muchos en Midum afirman que hay un dios que gusta de aparecerse en forma de wasmun, y ya se sabe que a los dioses les divierte mucho jugar con los simples mortales.—

—Tienes razón en que existe ese dios, y te eligió precisamente a ti para que seas el artifice de sus objetivos. Sin embargo, tú no parece comprender, a pesar de lo mucho que te ha ayudado. Él fue quien envió una serpiente venenosa para matar al príncipe Sikander.—

—Que no alcanzó su objetivo. Ya he oído esas absurdas leyendas que corren por ahí sobre que el príncipe Sikander la mató con sus propias manos. Patrañas. Sin duda, alguno de los guardias llegó a tiempo de evitar que la bestia consiguiera morder al príncipe. Pero esa clase de historias son muy del gusto del Usurpador. Él siempre prefirió a los poetas y los sabios antes que a los soldados de su propio ejército, y su hijo se le parece.— Menetir lanzaba este discurso a quien quisiera escucharle para disimular el miedo que en él comenzaba a despertar ese misterioso niño al que hasta un dios señalaba como su mayor enemigo.

—Deja de quejarte como una vieja. Si la serpiente no consiguió su objetivo, sólo fue porque también el príncipe debe de contar con alguna poderosa fuerza de su parte. Pero si no quieres sufrir las consecuencias de ofender al más poderoso de los dioses, más vale que comiences a rendirle culto como merece y como juraste hacer en Narvaly.—

Menetir sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Aquella siniestra sacerdotisa de sucia túnica gris le arrancó una promesa. Él estaba entonces desesperado por conseguir algún triunfo después de tantas humillaciones, y ella le prometió que el propio Dios Oculto se encargaría de Sikander.

—Ven conmigo. Ya es hora de que empieces a hacer las cosas bien.—

Menetir no sabía a dónde le llevaba Mordek. Montaron en sus caballos, y comenzaron a alejarse de la capital hacia el interior de la isla. Por mucho que le preguntaba, Mordek no pronunció palabra. Sólo se limitó a cabalgar delante de él sin detenerse durante horas. Habían salido a primera hora de la mañana, y se acercaba ya el crepúsculo cuando por fin se detuvieron.

Estaban en uno de aquellos parajes tan habituales en la Isla Blanca, donde se formaban bosquecillos de palmeras y otros árboles junto a lagunas de aguas cristalinas. Eran unos lugares espléndidos para cazar toda clase de animales, incluidos magníficos leones, mucho más grandes que los de Kynán, y que lucían majestuosas melenas de pelaje alrededor de sus cabezas.

Desmontaron, y Mordek le indicó que le siguiera. Al entrar en el bosquecillo, Menetir vio entre los árboles un edificio de aspecto extraño. Se trataba de una construcción que parecía hecha en piedra gris, sin abertura alguna, excepto una entrada angosta. Era tan alta como las palmeras, y su techo tenía forma redondeada. A ambos lados de la entrada había dos altas torres muy delgadas, en el final de las cuales ondeaban sendos estandartes de color negro con bordes rojos. Allí se dirigieron hacia la entrada, que se veía como el agujero más oscuro que Menetir hubiera visto jamás. Él no era nada aficionado a internarse en cuevas. Prefería con mucho estar en el exterior, donde podía sentir el aire en la cara.

Pero siguió a Mordek, y así, penetraron en aquella especie de cueva artificial. A la entrada, había un sacerdote vestido igual que aquella a la que vio en Narvaly, aunque su túnica parecía incluso más sucia. Les entregó una antorcha a cada uno, y les hizo un gesto para que entraran. A la luz de las antorchas, Menetir siguió a Mordek por lo que él creyó un simple túnel.

Pero muy pronto comenzó a ver que las paredes y techo estaban cubiertas de pinturas. Cuando se fijó en ellas, se le heló la sangre. Esas pinturas no se parecían en nada a los relieves o frescos que había visto adornando otros templos, como el del propio Nin. En ellos se veía al dios mostrando su poder, venciendo a los enemigos, y siendo coronado rey de los dioses. Pero estas pinturas mostraban a un dios como Menetir no había visto ninguno. Supuso que era un dios, pues su tamaño era mucho mayor que el de las demás figuras. Tenía la cara y las manos de un rojo vivo, su rostro mostraba una expresión feroz, y su gran boca siempre estaba abierta como las fauces de la bestia más formidable, con unos enormes y afilados dientes.

En muchas de las escenas aquel horrendo dios devoraba tranquilamente a los indefensos hombres. En general, todas las escenas mostraban una violencia como él nunca había visto, ni en la más terrible de las batallas. Menetir no era precisamente un hombre demasiado sensible o sentimental. A menudo se le criticaba su excesiva crueldad, pero ni siquiera él podía permanecer impasible ante aquellas escenas horripilantes.

Con piernas algo temblorosas, continuó detrás del noble Mordek. Hubiera querido darse la vuelta, y volver a salir. Pero desde que entrara en el túnel, sentía como si una presencia ominosa le vigilara. Temía que si se internaba solo en el túnel, aquel dios de cara roja le devoraría sin piedad.

Con todo, Menetir aún tenía que ver la más terrible de todas las escenas, y ésta, además, no estaba pintada, sino que era algo real. Después de caminar un buen rato, llegaron a una estancia más amplia iluminada por numerosas antorchas. En el centro, había una escultura que representaba al espantoso dios de las pinturas, y todo alrededor de la escultura, cuidadosamente apiladas, se amontonaban cientos de calaveras. Pero lo que de verdad puso los pelos de punta al aguerrido Menetir fue que todas aquellas calaveras eran muy pequeñas.

—Niños— Se atrevió a comentar, con un hilo de voz.

—Son las víctimas de sacrificio preferidas del Glorioso, porque son puros e inocentes, y con ello acrecientan su poder.— Dijo una voz que resonaba de un modo lúgubre en aquella caverna. Menetir se volvió y vio a otro sacerdote, más joven que el de la puerta, pero igual de sucio. —Muéstrate humilde ante el más poderoso de todos los dioses, Menetir de Kynán.—

—Lo dudo. El más poderoso de todos los dioses es mi señor Nin el Guerrero.— Menetir se atrevió a decir.

—¡Silencio!— Gritó el sacerdote, al mismo tiempo que le golpeaba con una vara.

La sorpresa fue mucho mayor que el dolor. Estaba tan estupefacto, que no fue capaz de decir nada más ¿Cuándo alguien se había atrevido no ya a golpearle, sino a tocarle siquiera, aparte de su propio padre? Pero el sacerdote continuaba hablando.

—Como digo, éste es el más poderoso dios de los que hayan existido jamás. En tiempos, fue el dios principal de los midummitas. Ellos abandonaron su culto, dejándolo como un dios menor a la sombra de otros, hasta que fue casi olvidado. Pero Él se tomó su venganza haciendo que los midummitas fueran

conquistados por tu pueblo, unos meros salvajes de los bosques del norte.—

De nuevo Menetir se sintió asombrado, y esta vez la ira comenzó a bullir en su interior ¿Cómo se atrevía aquel sucio sacerdote? Pero no fue capaz de hablar. Era como si una gran fuerza se lo impidiera.

—Al cabo del tiempo, El Glorioso se convirtió en el Dios Oculto que conociste en Narvaly. Unos pocos continuaron rindiéndole culto fielmente, pero eran cada vez menos, y tuvieron que emigrar a otros reinos, como Narvaly o aquí en Albisos, donde mejor se conservó el culto. La infamia vertida sobre El Glorioso alcanzó tal punto, que en Midum han llegado a llamarle La Bestia de Shimma, y su antiguo templo se ha convertido en lugar de diversión para jóvenes sin seso.—

Ahora sí que Menetir sintió nuevamente un escalofrío. Recordaba muy bien aquella noche en Shimma, cuando junto con su hermano Enekhhal fue conducido hacia una emboscada con el pretexto de ir a internarse en aquel abandonado templo. De modo que ésta era aquella horrible bestia de la que hablaban. No tenía duda de que si algún poder conservaba aquel horrible dios, sin duda sería capaz de meter el miedo en el cuerpo de cualquier insensato que se internara en su templo, sólo con su mera presencia.

—Bien, y si es un dios tan poderoso ¿Cómo es que permitió eso?— Consiguí decir, sintiéndose algo más seguro.

—Los dioses viven gracias a los hombres. Necesitan de nuestra devoción y sacrificios para alimentarse. Si dejamos de adorarlos y rendirles culto, pierden su fuerza. El Glorioso apenas ha podido mantenerse gracias a nosotros los fieles. Pero cuanto más le sirvas, más poder Él te otorgará, porque se alimenta de las plegarias y sacrificios de la gente. Tú has sido elegido por El

Glorioso, porque al igual que Él, fuiste injustamente apartado. Te ofrece su alianza, que si le sirves bien, te concederá más poder del que ningún hombre haya gozado. Pero has de rendirle culto sólo a Él. Reconocerás a Bágor El Glorioso como tu señor, y como tal le servirás.—

—La primera vez que se presentó ante mí me vaticinó una corona ¿Dónde está?—

—Más cerca de lo que imaginas, pero antes tú has de ofrecerle un sacrificio. Sírvele bien, y Él te dará todo cuanto deseas, e incluso lo que ni siquiera llegas a imaginar.—

—¿Y no se enfurecerá Nin conmigo? Él es el dios de los valate, y el que protege a los reyes de Kynán ¿Cómo podré yo serlo sin su protección?—

—No temas, Bágor El Glorioso te protegerá.—

Apoteosis de Andamar

Naadur quería que la coronación de su padre como Señor del Mundo fuera la más espléndida que se hubiera celebrado nunca. Era muy importante para él que todos supieran a quién debían ser leales. Para ello, organizó unas festividades que durarían más de un mes. Habría ceremonias religiosas y juramentos de lealtad de los reinos, pero también diversiones de toda clase: torneos, competiciones de fuerza y habilidad, música y danza. Incluso tenía planeado contar con la ayuda de Yaluc para organizar una competición de poetas. Se ofrecería un premio, que el mismo rey entregaría, a aquél que compusiera la mejor oda a su gloria. Naadur estaba encantado con sus planes.

Era el verano en que el príncipe Sikander cumpliría 3 años. Ya comenzaban a llegar a Shimma los que iban a participar en las magníficas festividades organizadas por Naadur para la coronación de Andamar. El heredero había hecho construir una hermosa avenida flanqueada de arcos a la mayor gloria de los triunfos militares de Andamar. Poco importaba que el rey no hubiera participado en la mayoría de aquellas batallas. A ambos lados de la avenida pavimentada con pulidas losas de mármol irisado, se situaban gradas para que el pueblo de Shimma y todo aquel que lo desease pudiera contemplar el espléndido desfile que llevaría a Andamar hasta el palacio real. Tanto el palacio como la ciudad estaban maravillosamente ornamentados para la ocasión.

Naadur ordenó a todos los templos de la ciudad que abriesen sus almacenes y ofrecieran grano, carne y vino a la gente mientras durasen los festejos. A la mayoría de los sacerdotes no les gustó nada aquella medida. Pero Naadur también había apostado por toda la ciudad a sus mejores guerreros, aquellos con los que

conquistara Midum de nuevo, y nadie se atrevía a incumplir ninguna de sus órdenes por temor a ser arrestado y enjuiciado como traidor al rey de Kynán.

Andamar y los que le acompañaban desde Taros habían llegado la mañana anterior al gran desfile, y ya antes de que amaneciera, todo estaba preparado. La gente se agolpaba ya en las gradas de la avenida intentando coger el mejor sitio para no perderse nada del espectáculo.

Andamar desfiló por la avenida sobre una carroza abierta tirada por dos caballos blancos. Delante de él, marchaban orgullosos soldados de Kynán, luciendo sus mejores galas, con sus cotas y yelmos relucientes, y portando estandartes con el emblema del rey. Éste vestía su túnica dorada y su casco adornado de plumas blancas. La verdad es que se sentía bastante agobiado por el calor húmedo de la capital de Midum. Estaba deseando que llegara el momento en que pudiera desprenderse de tan pesados ropajes. Ya hacía tiempo que su salud no era demasiado buena. Apenas podía hacer ningún esfuerzo sin que su corazón se desbocara como si se le fuera a salir del pecho, y a menudo le asaltaban unas fiebres que le debilitaban aún más.

Pero se sentía tranquilo. Él, que nunca pensó en ser rey ni lo deseó, ahora por fin sentía su trono seguro. Sólo tenía que ver a toda esa gente que le aclamaba y lanzaba pétalos de flores a su paso, y sobre todo, a los múltiples dignatarios y reyes que habían venido a su coronación. Naadur le había comunicado que nadie quería perderse la ocasión, y todos se mostraban dispuestos a reconocerle como Señor del Mundo.

En efecto, se encontraban en Shimma todos los reyes y reyezuelos de los reinos de las llanuras del sur, pero, sobre todo, Zodrim de Narvaly y Tesimandro de Esterria, quien naturalmente, venía acompañado de su madre dada su corta edad. Por

supuesto, Enekhál aún no podía pisar los reinos de Andamar. No, nadie había querido faltar, y eso le tranquilizaba. Claro que había algunas ausencias, como las de los reyes de Albisos y sus afortunadamente escasos aliados que aún se negaban a reconocerle como rey legítimo. Pero ya contaba con ello.

Además, ya tenía no sólo uno, sino tres herederos. Aunque Andamar aún no lo sabía, muy probablemente pronto serían cuatro, pues Yaluc y Ory tenían previsto anunciar durante los festejos que esperaban su primer hijo. Sí, Andamar podía sentirse tranquilo por primera vez en muchos años.

Continuó contemplando desde su elevada posición a la gente que le aclamaba, y de alguna manera se hizo plenamente consciente por primera vez de lo que implicaba ser rey de Kynán y Señor del Mundo, pues en aquella multitud se representaban los numerosos pueblos sobre los que reinaba, cada cual con sus vestimentas características y sus diversos aspectos físicos.

Dentro del maravilloso palacio real de Shimma, ya estaba todo listo para la más solemne de todas las celebraciones que tendrían lugar: la coronación de Andamar como Señor del Mundo. En el inmenso salón bordeado de gigantescas columnas, se reunían todos los reyes, gobernadores y señores que iban a asistir, y aún quedaba espacio. Sobre un estrado elevado con tres escalones, de modo que estuviera más alto que cualquiera de los asistentes, se situaba el magnífico trono de oro de Midum. Era un asiento que además del rico material del que estaba hecho, contaba con adornos de esmeraldas y rubíes en el ornamentado respaldo, brazos y patas, que semejaban las garras de un león, animal emblema de Midum. Junto al trono, sobre un escabel cubierto con paños de terciopelo y en un cojín forrado de seda, reposaba la corona de Señor del Mundo. Curiosamente, era muy sencilla. Consistía en una simple diadema de fina filigrana de oro que se

ceñiría a la cabeza del rey. Pero eso sí, de la parte posterior de dicha corona, sobresalían dos elevadas plumas de águila fabricadas con oro también. Precisamente ése, el aro con las dos largas plumas, era el símbolo que figuraba en todo lo concerniente al Señor del Mundo, y aparecería también formando parte del sello real. Andamar había tenido que dejar de utilizarlo durante el tiempo en que Midum estuvo en manos del rey de Narvaly y nadie podía proclamarse Señor del Mundo. Pero esos tiempos gracias a todos los dioses, ya habían pasado.

Un grupo de sacerdotes y sacerdotisas entró en el gran salón, y se situó detrás del trono. Cada uno de ellos haría ceremonias propiciatorias en nombre de su propio dios o diosa para que todos estuvieran del lado del rey, y le fueran propicios. Nadie que no fuera un anciano, o un sabio de Midum se percataría de la ausencia de sacerdotes del Glorioso.

A continuación, entró Andamar vestido con una túnica blanca muy sencilla, pues debía recibir con humildad la corona que le convertiría en el hombre más poderoso del mundo. Se sentó en el trono, y en el salón se hizo el silencio. Entonces entraron también Naadur y Yaluc. Cada uno se colocó a un lado del trono junto al rey. Naadur, como primogénito y heredero, se adelantó un paso, y comenzó a hablar con voz solemne.

—Ved aquí a mi padre el rey Andamar Damoy II, rey de Kynán y de Midum, de las islas del Gran Mar y del Pequeño Mar, de Agazu y Las Llanuras, Señor del Mundo.— Proclamó. Y a continuación, tomó la corona, y se la entregó a su padre, que tenía las manos tendidas. Andamar se ciñó la corona con movimientos lentos y medidos.

Esta solemne ceremonia no se había realizado desde que los valate conquistaran Midum. Ellos simplemente se habían apropiado del título de Señor del Mundo, al dominar aquel territorio

y ser con mucho los gobernantes más poderosos. Según los antiguos escritos de Midum, y como se reflejaba en muchas de aquellas esculturas, grabados y relieves que tanto habían interesado a Yaluc, en los viejos tiempos era el sumo sacerdote del dios principal de Midum quien ceñía la corona en la cabeza del rey. Otras representaciones mostraban al dios mismo haciéndolo, aunque nadie había sabido explicar a Yaluc cuándo había sucedido eso. Pero como ya los dioses de Midum no eran tan importantes, sobre todo para los valate, se consideró que Andamar debía coronarse a sí mismo. De ese modo, ningún templo se sentiría más favorecido que los otros, y no habría rivalidades innecesarias.

—Permíteme padre ser el primero en jurarte lealtad.— Naadur dijo, y se arrodilló delante del rey para pronunciar el juramento ritual. Andamar, como era preceptivo, colocó la mano sobre la cabeza inclinada de su hijo para simbolizar que aceptaba.

A Naadur le siguió Yaluc, que repitió el mismo proceso. Después comenzaron a desfilar todos los grandes señores de Kynán, incluidos todos los miembros de la familia Cenwolf lo suficientemente mayores. La presencia de éstos seguramente causó sorpresa entre algunos de los presentes, pero no desde luego en Zodrim, la cual sentía la llama del odio hacia el que fuera su esposo crecer cada vez con más fuerza.

Se produjo un momento de incertidumbre y tensión cuando acabaron de prestar juramento los nobles y señores de Kynán, ya que ahora era el momento en que debían comenzar a hacerlo los reyes vasallos. Por suerte, la incertidumbre no duró mucho, pues en cuanto el rey de Agazu se adelantó, le siguieron todos los demás.

Cuando terminaron los juramentos de lealtad, llegó el turno de los reyes y señores independientes de proclamar si aceptaban o

no a Andamar como Señor del Mundo, y por tanto superior a ellos en jerarquía. Esta vez, el primero en adelantarse a ponerse delante de Andamar fue el rey niño Tesimandro. Con gran solemnidad, se colocó frente a Andamar, y en voz alta y clara pronunció las palabras de reconocimiento. Hubo algunos murmullos, pues todos sabían de quien era hijo el joven rey. Pero Marusene la corregente no pronunció palabra cuando todas las miradas se fijaron en ella. Tras Tesimandro, fue Zodrim de Narvaly, seguida de su propio hijo y heredero Uthegal, que pronunció las palabras después de ella.

Aunque sólo tenía 10 años, Nysbe asistía a la ceremonia en el salón entre las mujeres nobles, al lado de su madre, su bisabuela y la princesa Ory. Naturalmente, este tipo de eventos estaban vetados a los niños, a no ser que fueran reyes como Tesimandro o herederos con especial interés de su madre para que estuvieran, como Uthegal. La princesita de Kynán disfrutaba de ser ya considerada adulta, ya que el resto de los niños se veían obligados a presenciar la ceremonia desde muy lejos, asomados a la alta galería que recorría uno de los lados del gran salón. Sikander, como miembro de la familia real de Kynán gozaba de una posición algo más privilegiada, y separados de él por multitud de criados y guardias, se encontraban todos los demás niños de las familias asistentes que no eran demasiado pequeños para mantenerse en pie sin ayuda. Claro está, nadie se fijaba en este grupo de la galería. Por eso, nadie vio la rabia y el odio contenidos que contraían el rostro aún inocente del pequeño Domunir, que apenas tenía 8 años, pero que comprendía muy bien que todo esto suponía una horrible ofensa contra su padre Menetir.

Andamar se sentía muy emocionado. Nunca había esperado que la ceremonia transcurriera con tanta calma. No había habido voces discordantes. Nadie se había opuesto, ni presentado ningún argumento en contra de su legitimidad. Si no hubiera estado tan

abrumado por la emoción, su aguda inteligencia le habría hecho ver lo poco normal que era esa situación.

Naadur y Yaluc sí que se habían percatado, aunque cada uno tenía sus propias opiniones. Naadur, como príncipe de nacimiento y crianza, estaba familiarizado con las reuniones y consejos de los que había formado parte desde que su padre fuera coronado rey de Kynán. Nunca, ni siquiera entre consejeros leales, solían ir las cosas tan bien. Siempre había alguien con alguna queja o protesta. Pero por más que sus ojos recorrían la multitud de rostros que tenía enfrente, no advertía nada fuera de lo común en ninguno de ellos.

Yaluc se preocupaba más bien porque desde que había llegado a Shimma, tenía una extraña sensación de inquietud que no era capaz de identificar del todo. Ojalá no tuvieran tantas actividades a las que asistir, y dispusiera de tiempo libre para poder consultar sus inquietudes con su amiga Dilmala. Seguro que ella le calmaría. Pero ahora, Dilmala y Derina estaban cuidando del pequeño Sikander. Y al pensar en niños, le vino inevitablemente a la cabeza la noticia que su esposa le comunicara justo antes de embarcarse para Midum, estaba encinta. De alguna manera, Yaluc lo había conseguido. Había cumplido con su obligación como príncipe valate. Eso le consolaba. En su fuero más íntimo, rogaba que la criatura no sólo saliera adelante, sino sobre todo, que fuese un varón, para que Andamar le dejase en paz, y Ory pudiera disfrutar de su posición de princesa madre de un heredero, y por tanto, también le dejase tranquilo.

Naturalmente, Lahón no se encontraba entre los asistentes. Él ya no era un esclavo, pues Yaluc le había concedido de nuevo la libertad, pero tampoco era un noble que tuviera derecho a estar allí. No importaba demasiado porque Naadur sí que estaba. Se

sentía un poco culpable de pensar en Lahón cuando estaba con Naadur, de igual forma que de pensar en su príncipe cuando estaba con el caballero. Pero ése era su castigo, pensó, por no ser lo suficientemente valiente como para alejarse definitivamente de Naadur, cortar toda relación con él. Al fin y al cabo, él no necesitaba ser príncipe. Eso nunca le había hecho feliz.

La ceremonia de juramentos y coronación terminó cuando comenzaba ya a caer la noche sobre Shimma. Después de un refrigerio y cambio de vestiduras para estar algo más cómodos, los miembros de la familia real tendrían de nuevo que presentarse ante su pueblo, esta vez para presidir los festejos de la noche. Naadur estaba encantado de cómo estaba transcurriendo todo. Hubo música, saltimbanquis, poetas y narradores de historias, y la gente comió, bebió y bailó hasta la madrugada.

Nysbe se sentía casi tan feliz como su abuelo el rey. Resultó que ella iba a tener un papel que desempeñar también en aquella solemne ocasión que se celebraba. Entre los ilustres asistentes estaba el rey de Esterria, y puesto que Tesimandro tan sólo contaba 7 años, no podía participar en todas las actividades, aunque fuera rey. De modo que Naadur encargó a Nysbe en su papel de princesa anfitriona, que atendiera al rey niño.

Esto la hacía sentirse importante. Era algo en lo que su hermano no podía hacerla a un lado, ya que él era aún demasiado pequeño. Así que se dispuso a desempeñar la misión encargada por su padre con toda seriedad. Él le había recordado que era muy importante que las relaciones con Esterria se mantuvieran al menos cordiales, pues el rey Andamar tenía ya suficientes enemigos.

Por tanto, Nysbe se ocupaba orgullosamente de entretener al niño rey cuando éste no debía representar su papel en las ceremonias oficiales. Con gran solemnidad, se encargó de

mostrarle los hermosos jardines del palacio, sin olvidarse de relatar al pequeño cómo su padre había recuperado el esplendor de aquel lugar.

No le costaba hacer su papel de anfitriona, porque resultó que Tesimandro era un niño encantador. Attendía muy concentrado a todas las explicaciones de Nysbe, e incluso, mostraba admiración y asombro cuando ella le narró su largo viaje por mar desde la lejana Taros. El pequeño rey nunca antes había salido de su reino, y este viaje hasta Shimma se había realizado por tierra. No dudó en reconocer ante Nysbe que le asustaba subir a un barco y que éste se alejara perdiendo completamente de vista la tierra. Por todo ello, la princesa empezó a sentir un tierno afecto por aquel niño tan dulce.

Una de aquellas luminosas tardes, se hallaban recorriendo una vez más los jardines, y Nysbe había conducido al pequeño rey hasta un mirador por el que se contemplaba la muralla milenaria de la ciudad y por encima de los fuertes muros, el mar. Se detuvieron para disfrutar de las vistas bajo la sombra de un frondoso árbol. De pronto, algo cayó golpeando un hombro del rey niño y quedando a sus pies.

Tesimandro quedó paralizado por un momento, con una mueca de espanto en la cara. Nysbe miró a los pies del pequeño. Allí había una paloma muerta. Volvió a mirar al niño, y se dio cuenta de que éste estaba a punto de echarse a llorar. Entonces, se oyeron unos pasos apresurados. Nysbe se volvió para ver al príncipe Domunir acercarse corriendo.

—¡Eh, ese pájaro es mío!— Gritó, mientras llegaba junto a ellos. En su mano tenía una honda. Nysbe se irguió en toda su estatura que aún superaba un poco a la del recién llegado, y con voz firme y serena, dijo:

—Ese pájaro, como todo lo demás que hay aquí, le pertenece al rey de Kynán. Como él no está aquí, y yo soy su nieta, ese pájaro es mío. Y yo no te he dado permiso para que caces ningún animal dentro de mi palacio.— Nysbe podía oír cómo el pequeño rey Tesimandro sorbía fuerte, sin duda intentando no llorar. Domunir la miró con gesto petulante.

—A mí no me da órdenes ninguna mujer.— Afirmó mirándola a los ojos. Nysbe se disponía a replicar, pero otra voz se le adelantó.

—Claro que sí. Nuestra madre es la reina, y tú has de obedecerla como todos en Narvaly.— Los tres se volvieron a mirar al nuevo interlocutor. Uthegal se acercó hasta ponerse junto a su hermano y delante de Nysbe. Con gran solemnidad, hizo una leve reverencia, le tomó la mano, y se la besó en muestra del máximo respeto. —Te ruego que perdones la insolencia de mi hermano.— Añadió ofreciendo a Nysbe su mejor sonrisa.

Ella le miró con atención. Aunque eran hijos de un valate, tanto él como su hermano iban ataviados al modo narvaliense, y seguían sus costumbres, por lo que no llevaban el cabello rapado, a pesar de que ninguno cumplía aún 12 años. Uthegal tenía abundante cabello castaño que sobrepasaba algo el nivel de sus orejas. Sus ojos eran del mismo color, y tenían una expresión amable. Nysbe le encontró bastante agradable, a pesar de que su nariz era demasiado grande. Domunir, por su parte, tenía un gesto de todo menos amable. Sus facciones se contraían de rabia. Estaba muy claro que no le había gustado nada ser reprendido por su hermano mayor.

Nysbe sintió un rechazo inmediato hacia este príncipe, a pesar de que estaba muy claro que se convertiría en un hombre sumamente apuesto. Él llevaba sus ondulados cabellos algo más claros que los de su hermano, muy cortos, y se mostraba en todo arrogante como un verdadero príncipe.

—Aceptaré tus disculpas en nombre de tu hermano, sólo si él, se las pide a Tesimandro.— Nysbe dijo sin perder el tono serio. Ahora los tres niños mayores miraron al pequeño rey. Éste seguía esforzándose, aunque estaba claro que no lograba dominarse del todo. Su rostro estaba pálido. Nysbe se dirigió a Domunir. —Esa paloma muerta ha caído sobre Tesimandro, y le ha asustado. Has de pedirle disculpas.—

—No pienso pedir disculpas a un cobarde que llora como un bebé, y se esconde detrás de una mujer.— Domunir declaró obstinado.

—Tu comportamiento es muy grave. Estás ofendiendo a un rey.— Nysbe insistió.

—Vamos, hermano, discúlpate con el rey Tesimandro.— Uthegal le instó con tono afectuoso. El gesto de Domunir se hizo aún más obstinado.

—¡No! Yo no me inclino ante cobardes. Sois todos vosotros los que deberíais inclinaros ante mi padre. Él sí que es un verdadero rey.— Gritó, mientras se alejaba enfadado.

Nysbe notó entonces una mano pequeña buscando la suya. Miró al rey niño. Tesimandro tenía en sus claros ojos una expresión de adoración absoluta.

Todos eran demasiado niños para darse cuenta de la trascendencia que tendría este encuentro. Tardarían años en comprenderla, pero ninguno olvidó esa tarde en el palacio real de Shimma.

La alegría se tiñe de sangre

Por tres días siguieron los festejos. Se celebraron competiciones de fuerza, de puntería con flechas o lanzas, carreras de caballos, y torneos entre los más destacados guerreros. Todo seguía desarrollándose con la mayor normalidad y alegría por parte del público asistente. Hasta que durante uno de los torneos en los que Naadur había derrotado a todos sus oponentes, demostrando que era el mejor guerrero, se presentó por sorpresa un nuevo contendiente. Vino anunciado por un hombre que vestía las clásicas vestiduras midummitas, con su largo manto que le cubría de la cabeza a los pies, y ocultaba parcialmente su rostro entre las sombras. Dijo que su representado competiría contra Naadur y sólo contra él, y utilizaría el nombre de Guerrero Negro.

Naadur se apresuró a aceptar entusiasmado con el misterio y la aventura que traía aquel desconocido. Las reglas permitían utilizar nombres supuestos. Es más, ésta solía ser en otros tiempos la práctica habitual entre los contendientes para hacer los combates más emocionantes. Preguntó cómo deseaba el Guerrero Negro retarle, y el midummita dijo a espada. De modo que Naadur desmontó de su caballo, y se dirigió hacia el rincón donde se encontraban sus lacayos, que le entregaron su espada y su escudo. Se dirigió entonces al centro del campo de pruebas.

Yaluc, que estaba sentado en primera fila, sintió una angustia que le encogió el estómago cuando apareció el rival. Era un hombre tan alto como Naadur, vestido enteramente con ropajes negros sin emblema alguno, y cuyo rostro estaba cubierto por un yelmo también negro. De alguna manera, Yaluc supo que su amado corría peligro de muerte. Pero no tenía modo de probarlo.

Instintivamente, echó mano de su propia espada, que llevaba ceñida a la cintura.

Lo que ni Naadur ni Yaluc fueron capaces de ver es que entre el público habían aparecido muchos más hombres con mantos negros que les cubrían el rostro, y algunos de ellos incluso se sentaban entre los nobles y cerca de la familia real. No habían llamado la atención entre tantos midummitas de largos mantos como asistían a los festejos.

Naadur se dispuso a comenzar el combate. Durante unos minutos, fue bastante obvio para todos que aquel contendiente era mucho mejor que ninguno de los que habían luchado antes contra el príncipe. Seguramente ningún noble quería indisponerse con el rey causando un daño serio a su hijo. Pero aquel guerrero no parecía en absoluto preocupado por eso, y en cambio, se esforzaba en acometer con violencia y eficacia al príncipe, que pronto empezó a acusar el cansancio después de tantos combates. Su rival lo aprovechó para acorralarle y asestarle certeros espadazos, que no dejaban de golpear el escudo que Naadur cada vez sostenía con mayor dificultad a causa del cansancio y el dolor en su castigado brazo. Por fin el Guerrero Negro hizo un movimiento rápido con su pesada espada que brilló con el sol, y fue a golpear justo en un lado del pecho del príncipe. Éste cayó aturdido y dolorido, a pesar de que su gruesa cota hubiera absorbido lo peor del golpe. Naadur estaba en el suelo, y el Guerrero Negro se disponía como parecía claro a rematarlo.

—¡Alto!— Gritó el rey. —Estos combates no son a muerte. Se trata de una competición, no de una batalla. Has vencido, Guerrero Negro. Ahora arroja tu espada.—

—De ninguna manera.— Respondió el Guerrero Negro, despojándose a la vez de su yelmo, con lo que todo el mundo pudo ver y reconocer a Menetir. Se oyó como el público contenía

el aliento de la sorpresa. Ya hacía mucho que nadie sabía nada de él, y algunos incluso le habían dado por muerto, lo que evidentemente no era cierto. —Ahora es cuando por fin me voy a cobrar mi recompensa.— Dijo, a la vez que alzaba de nuevo su espada para asestar el golpe mortal.

Sin embargo, Naadur había tenido tiempo de rehacerse mientras Menetir miraba al rey. Y con furia real esta vez, al comprobar que se hallaba ante su peor enemigo, y éste pretendía matarle, se lanzó al ataque. Ambos se enzarzaron en un combate feroz, en el que las espadas chocaban entre sí y contra las cotas y yelmos, lanzando chispas al aire. Pero mientras el público contemplaba el combate boquiabierto, nadie se percataba de que las palabras de Menetir habían sido la señal que todos aquellos infiltrados de oscuros mantos estaban esperando.

Al unísono, todos ellos se despojaron de sus mantos, y dejaron al descubierto sus espadas bien dispuestas para cumplir su misión, que no era otra que acabar con la vida del rey y de sus herederos. Andamar no tuvo opción cuando el hombre que se situaba detrás de él de pronto le atacó, intentando degollarle. Por fortuna, el atacante era un midummita de menor estatura que el valate, y éste tuvo tiempo de inclinarse, y asestarle un golpe con el codo para librarse de él, aunque no sin antes sufrir un severo corte entre el cuello y el hombro, que comenzó a sangrar profusamente, e hizo que el rey se desplomara. Yaluc tuvo muchas menos dificultades para deshacerse de su atacante, aunque éste era mucho más corpulento que su compañero.

El gigante pelirrojo, enfurecido al ver que su príncipe era traidoramente atacado por Menetir, ya estaba dispuesto para el combate cuando el otro le atacó. Casi ni se volvió para mirarle, aunque le derribó de un certero golpe de su puño izquierdo en la cara. El otro cayó sangrando abundantemente por la nariz

destrozada. Yaluc se sintió dividido, y por un momento fue presa del pánico. Su instinto le decía que fuera en ayuda de su amado príncipe, de quien además seguía siendo guardaespaldas. Pero de un rápido vistazo se dio cuenta de que el rey se hallaba más indefenso que Naadur, y acudió en su ayuda. De nuevo Yaluc hizo honor a su fama, y dando golpes de espada y de escudo a diestro y siniestro, se deshizo de varios atacantes.

Ya todos en el público se habían percatado de lo que sucedía, y los hombres habían sacado sus espadas. Temuzén, que no había querido participar en los combates, se dio cuenta de que el rey niño Tesimandro que aún no portaba espada, se hallaba indefenso junto a su madre, y acudió en su auxilio. Le habría encantado lanzarse a por Menetir, pero, de momento, pensó que si salvaba al pequeño rey, Andamar le estaría sumamente agradecido por evitar un incidente tan grave en su celebración, y perdería definitivamente la desconfianza que aún le despertaban los Cenwolf. Si le dejaba clara su lealtad, tal vez el rey devolviera todo su patrimonio a su familia. Dudaba de que Menetir pudiera escapar, y cuando fuera prisionero de Andamar, le vendría muy bien que el rey de Kynán estuviera contento con él, porque pensaba solicitar el honor de ejecutar con sus propias manos al asesino de su hijita y de su esposa.

Como el experimentado guerrero que era, comenzó por su cuenta a deshacerse de cuantos atacantes halló, uniéndose a Yaluc en su curiosa tarea, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo. Mientras, la gente había comenzado a huir en desbandada. Algunos heridos, la mayoría aterrorizados, y sin comprender muy bien si el ataque estaba destinado a acabar con todos ellos.

No sólo los hombres que disponían de espadas se defendieron contra los atacantes. Muchos vieron atónitos, cómo la reina viuda,

a pesar de su edad, no dudaba en golpear con su bastón a aquellos que pretendían matar a su hijo. Ory demostró que no sólo era una niña malcriada, y valientemente tomó del brazo a la siempre desconcertada Numa, para sacarla del tumulto, y llevarla a un lugar seguro. Incluso Nysbe, que se sentaba entre su madre y su bisabuela, tomó parte como pudo en la defensa, dando puñetazos y patadas a todos aquellos extraños de los mantos.

Naturalmente, la defensa de las mujeres no fue muy efectiva. Aunque Garpa consiguió poner fuera de combate a alguno de ellos con un certero bastonazo en la cabeza, no tardó ella misma en recibir algunos golpes que acabaron con su dignísima persona por los suelos. Mientras que la pequeña Nysbe esquivaba como podía los intentos de ser atrapada de alguno de los guerreros, y corría hacia donde había visto huir a su madre con Ory.

La confusión era terrible, y por un momento, hubo quien pensó que los atacantes ganarían la partida. Menetir era uno de ellos. Cuando vio que sus hombres actuaban tras su señal, se sintió confiado y seguro de su victoria. Al fin se iba a deshacer de Andamar y toda su ralea. Pero para su sorpresa, incluso herido Naadur mostró una fiereza que le dejó completamente estupefacto. Por más que intentaba vencerle, aprovechando su mayor experiencia, Naadur respondía con energías redobladas. En esta ocasión Menetir no tenía la ventaja de su mayor corpulencia, pues ahora ambos eran hombres adultos, y Naadur era un joven en plenitud de facultades que, no sin esfuerzo, consiguió imponerse.

Sin embargo, estaba muy débil a causa de la pérdida de sangre por su herida, que aunque no era muy grave, sí lo era lo suficiente como para debilitarle. Cuando le vio caer de nuevo, Menetir se sintió exultante. Esta vez, nadie le impediría cortarle la cabeza, que tenía intención de exhibir clavada en la punta de su lanza por

todo el reino como emblema de su triunfo. Pero, sin tiempo para entender lo que pasaba, sintió cómo un gigante se le echaba encima. Yaluc ya había acabado con los atacantes del rey, que por fin recibía la ayuda de los soldados de Naadur que habían estado lejos repartidos por la ciudad y los templos, y ahora cayó sobre Menetir como una montaña. Menetir perdió el aliento, y estuvo seguro de que aquel pelirrojo enorme acabaría con él.

Pero una vez más, Menetir tuvo suerte, o como más tarde le dirían, aquel dios El Glorioso, le ayudó. Uno de sus hombres se acercó por detrás de los que peleaban, y golpeó a Yaluc en la cabeza, haciéndole perder el sentido.

—Vamos Menetir. Salgamos de aquí antes de que los soldados de Naadur nos capturen.—

Aturdido, Menetir vio cómo casi todos sus hombres habían sido muertos o capturados. Pocos continuaban luchando. Miró a Mordek, que le urgía a huir.

—Pero no puedo dejarlos vivos.—

—Ya habrá otra ocasión. Debemos huir. Además, la otra parte de nuestro plan seguramente habrá tenido éxito.—

La parte a la que Mordek se refería se estaba desarrollando al mismo tiempo dentro del palacio real, en las habitaciones de las mujeres. Allí, otro grupo de hombres, esta vez cubiertos con mantos de mujer para no llamar la atención al acercarse a palacio, había irrumpido por una ventana, y atrapado al pequeño Sikander. Pero no se lo iban a llevar sin luchar. Allí estaba Dilmala con su cuchillo. Atacó a los secuestradores, y gritó a Derina que fuera en busca de los guardias. La muchacha tuvo problemas para salir de la estancia, pero consiguió escabullirse de las manos de los captores, que se vieron sorprendidos, pues no esperaban resistencia.

Mientras, Dilmala se esforzaba en tratar de impedir que el hombre que había atrapado al pequeño príncipe volviera a salir por la ventana por donde había entrado. Pero no pudo retenerle mucho tiempo. Ella sólo podía acuchillar sus brazos cubiertos de grueso tejido, apenas arañándole. Mientras él volvió a entrar en la habitación, y con su espada, golpeó repetidamente a Dilmala. Ella puso las manos para intentar parar los golpes, con lo que sus brazos quedaron cubiertos de cortes. Finalmente no pudo evitar recibir un fuerte golpe en el pecho, que la dejó sin respiración. Impotente, contempló cómo el hombre volvía a salir por la ventana. Sin embargo, en ese preciso momento, sus ojos se encontraron con los del niño. Cómo si le hablase al oído, pudo escuchar dentro de su cabeza una orden clara: “Deja de luchar”. Aquellos ojos de color tan inusual la traspasaban mientras el pequeño le dedicaba una enigmática sonrisa. Sintió como si el mensaje procediera directamente de la Madre, y la calma se apoderó de ella.

La curiosidad pudo más, y a pesar del dolor que le producía respirar, se incorporó para poder mirar por aquella ventana. Los atacantes descendían por la pared con la habilidad de arañas. Llegaron al suelo, y emprendieron una veloz carrera hacia el muro que rodeaba el jardín de palacio. En ese momento, los guardias de las puertas, sin duda ya alertados, aparecieron por la esquina. Dilmala sabía que no serían capaces de alcanzar a los secuestradores antes de que llegaran al muro, y ciertamente sentía gran curiosidad por ver cómo saldrían del recinto. No tardó en averiguarlo. Uno de los que huían cogió un largo palo, y lo utilizó para impulsarse hasta lo alto del muro, quedando a horcajadas sobre él. Todo ocurrió con gran rapidez. El que llevaba a Sikander, lanzó al niño hacia su compañero del muro, que lo atrapó con soltura, mientras los demás lanzaban flechas a los guardias para impedirles acercarse.

El segundo secuestrador saltó de la misma manera, y se unió a su compañero. Los guardias consiguieron llegar hasta el grupo, a pesar de que las flechas habían alcanzado a dos de ellos. Pero los que habían subido al muro trepaban ya por las ramas de los árboles que bordeaban el recinto del palacio, llevando con ellos al pequeño príncipe. Éste, ni siquiera había dejado escapar un grito o un llanto de miedo. Pero Dilmala sabía que no lo haría. Vio a los hombres descender por las ramas, hasta que el muro le impidió verlos más. Y muy poco después, una poderosa luz procedente de detrás del muro iluminó la hora vespertina como si fuera el mediodía.

Más prodigios y señales

La confusión continuaba por toda la ciudad. Ory había conseguido llegar hasta la pared de un alto edificio, donde procuró apartarse del jaleo. Mantenía tomada de la mano a Numa que no había abierto la boca, y tenía aquella expresión ausente tan propia de ella. Ory estaba asustada, aunque no quería que la otra mujer se lo notara. En el caso de que Numa se diera cuenta de algo, claro. El sol acababa de ponerse, y el cielo delante de ellas comenzaba ya a estar oscuro. Ory miraba con aprensión los árboles que asomaban por detrás de algunas casas. Sabía que eran los que rodeaban los jardines traseros del palacio. Si llegaban hasta allí, podrían pedir ayuda a los guardias que hacían rondas alrededor del palacio real. Mientras miraba, el cielo ya casi nocturno se iluminó con una intensa luz. De pronto, Numa habló.

—Es el final. Ya todo está hecho.— Dijo la princesa con una voz extrañamente neutra.

—No digas eso. Si nos quedamos aquí contra esta pared, evitaremos que la multitud nos arrastre. Cuando se calme un poco, iremos hacia el palacio.—

—Ya todo ha terminado.— Continuó Numa sin mirarla. Entonces, Ory sintió compasión de aquella de la que se había burlado tantas veces. Después de todo, no era más que una pobre loca, y pariente suya aunque no hubiera tenido relación con ella hasta que se trasladó a vivir al palacio real de Taros. Además, debía de estar tan asustada como ella. No sabía por qué se sentía así. Tal vez porque desde que estaba segura de estar encinta, su carácter se había suavizado, y veía todo de un modo diferente.

Pero Numa no parecía haberla escuchado, y comenzó a separarse de la pared.

—¡Espera! Todavía hay demasiado jaleo. No es seguro caminar por las calles.— Dijo, intentando detenerla sin éxito.

—Mi hijo.— Numa dijo, caminando ya entre la gente que corría.

Completamente desconcertada por la actitud de la otra mujer, Ory vio cómo Numa se encaminaba con seguridad precisamente hacia aquellos árboles donde se acababa de iluminar el cielo de una forma tan extraña. Ory sintió mucho miedo. Quién sabe qué había sido aquel resplandor. No tenía ningún deseo de averiguarlo. Pero de pronto, la idea de quedarse allí sola le infundía aún más temor. Así que, decidió seguir a Numa. Ésta caminaba completamente indiferente a las carreras y los gritos de la gente. Mientras Ory tenía que esforzarse para no ser arrastrada y no perder tampoco de vista a la otra mujer.

En cuanto sobrepasaron los edificios que había entre ellas y los muros de los jardines de palacio, se encontraron en una zona mucho más tranquila. Por allí casi no se veía a nadie, y estaba bastante oscuro. Lo que quiera que hubiera sido aquel resplandor de antes, había desaparecido por completo.

Numa continuaba caminando indiferente a todo. Ory se sobresaltó cuando su pie tropezó con algo. Se inclinó, y a la tenue luz que aún conservaba el cielo vespertino, distinguió un bulto en el suelo que le pareció un hombre. Ya acostumbrados sus ojos a aquella penumbra, se dio cuenta de que había algunos más, inmóviles. Sin duda, muertos. Entonces, le pareció oír un gemido cerca. Y por poco se le para el corazón del susto cuando alguien la agarró. Instintivamente, se llevó las manos al vientre. Quien la agarraba era uno de aquellos a quienes había creído muertos. Acercó mucho su cara apenas visible entre aquellas tinieblas, a la de ella.

—Huye mientras puedas.— El desconocido le dijo, con voz entrecortada por el miedo, mientras le clavaba los dedos con fuerza en los brazos.

Ory estaba aterrada. Se disponía a gritar pidiendo ayuda, cuando el hombre la soltó, y emprendió una veloz huida en dirección contraria al muro de los jardines del palacio. Con sorpresa y espanto, vio levantarse a los otros bultos del suelo, y seguir al desconocido, con tal rapidez y atolondramiento, que uno estuvo a punto de derribarla al pasar a su lado. Temblando, Ory intentó encontrar a su escurridiza pariente. Vio antorchas. Debían de ser los guardias. Se encaminó hacia ellos.

Al llegar al grupo, vio que además de los guardias, Numa estaba allí también, y para su gran sorpresa, el pequeño príncipe Sikander. El niño se encontraba entre los brazos de su madre agachada, que lo mecía suavemente. Sikander tenía los ojos cerrados, y toda vitalidad parecía haberle abandonado. Ory ya no sabía qué pensar ¿Estaría muerto el principito, o se levantaría de pronto como aquellos desconocidos que tanto la habían asustado?

—Princesa Ory ¿Estás herida mi señora?— Preguntó uno de los guardias al verla.

Ella entonces se dio cuenta de que aún caminaba con las manos sobre el vientre, y sin duda, debía de estar pálida por el susto que acababa de sufrir. Sacudió la cabeza para aclarar su mente, e intentó sonreír.

—No. Sólo me han dado un susto. Pero ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué no está el príncipe en las habitaciones de las mujeres? ¿Está— Dudó, y mirando a Numa, cambió la pregunta que iba a hacer. —vivo?—

—No sabemos lo que ha pasado, señora. Oímos gritos dentro del jardín, y corrimos hacia aquí. Pero una súbita luz nos cegó, y cuando nos recuperamos, sólo hallamos a esos hombres que parecían muertos, y al príncipe.— El guardia también pareció dudar en si pronunciar las mismas palabras refiriéndose al pequeño príncipe. Ory miró a su alrededor.

—Esos hombres debieron de ver lo que ocurría. Pero no sé si los podremos hallar. Parecían muertos de miedo.— Dijo, recordando a los que tanto la habían sobresaltado un momento antes.

Numa continuaba meciendo al pequeño sin cambiar su actitud habitual. Entonces a Ory le pareció ver a la vacilante luz de las antorchas, que el pequeño pestañeaba como si estuviera a punto de abrir los ojos. Pero no estaba segura. El movimiento de las llamas podría haberla engañado.

—Creo que lo que debemos hacer es volver a palacio.— Dijo. Miró a los que tenía a su lado. Numa seguía sin inmutarse.

Uno de los guardias se inclinó, y ofreció tomar al pequeño en sus brazos. Pero Numa no se lo permitió, y con sorprendente energía para lo habitual en ella, se puso en pie con su hijo en brazos. Sikander era ya un niño de 3 años bastante alto, sin duda herencia de su padre y su abuelo. Ory imaginaba que no debía de pesar poco. Sin embargo, la frágil y etérea Numa, lo llevaba sin esfuerzo aparente.

—Por supuesto, Os escoltaremos.— Dijo el otro guardia, y comenzó a caminar con su antorcha iluminando el camino, mientras su compañero cerraba el grupo.

Cuando llegó la noche, la plaza donde se habían celebrado los combates estaba casi vacía. En ella permanecían los restos de aquella terrible batalla que se había organizado horas antes.

Había muchos muertos, la mayoría desdichados miembros del público que no habían sido lo bastante rápidos en huir, o que simplemente se habían visto en medio del tumulto, y habían sido aplastados. Pero también había cadáveres de los atacantes. Entre los guardias y los nobles que no estaban heridos habían llevado a los que sí lo estaban hasta el palacio real. Naadur, que no había perdido el conocimiento a pesar de que se encontraba muy débil, indicó a todos sus guardias y a los lacayos del palacio que todas aquellas personas eran sus invitados, y debían ser atendidos como la propia familia real. Se llamó a los físicos. Por suerte, Naadur había escuchado el consejo del mayordomo de palacio que le dijo que contratara los servicios de algunos físicos midummitas cuya sabiduría era muy alabada. Sin embargo, él de todas formas, quería ser atendido por Dilmala.

Ésta se encontraba en las habitaciones de las mujeres curando sus propias heridas, y meditando acerca de lo que acababa de suceder. Poco antes había contemplado ella también el resplandor en el cielo tras la desaparición del grupo de secuestradores detrás del muro. Justo entonces la asaltó una súbita visión.

Fue diferente a las que solía tener. Normalmente, cuando la Madre le enviaba visiones, éstas se le aparecían como imágenes reflejadas en la superficie de un tranquilo lago. Pero en esta ocasión, sintió que era literalmente empujada hacia el otro lado del muro, mientras seguía sintiendo la fría pared contra su espalda allí donde había caído junto a la ventana.

Vio que aquel misterioso resplandor procedía del mismísimo Sikander. El pequeño de pronto estaba envuelto en luz cegadora. Y lo siguiente que Dilmala vio fue a los secuestradores caer desmayados, mientras el propio Sikander, se tambaleaba y caía también. Pero Dilmala sabía que no estaba muerto. Sólo agotado

por el inmenso esfuerzo que acababa de realizar. Supo entonces sin la menor duda que era urgente proteger al príncipe como ya conocía desde su nacimiento, pero ahora la Madre se lo indicaba con toda claridad.

Sintió cómo su espíritu regresaba a su cuerpo, pero eso no fue el final. Otra visión le sobrevino, esta vez como las que acostumbraba a tener. En ella, aparecía Zesera. A su lado, sentado en el suelo frente a un banco de madera, estaba un Yaluc de 13 años escribiendo laboriosamente en uno de sus libros. A pesar de todo, Dilmala sabía que no se trataba de una visión del pasado. El espíritu de Zesera le enviaba un mensaje en ese preciso momento, y ella se dispuso a recibirlo con atención. La Hija Mayor señalaba con la punta de su dedo una línea concreta del texto que Yaluc escribía. Dilmala reconoció las palabras, y supo lo que la visión significaba. Zesera le indicaba cómo debía proteger a Sikander, y que la solución estaba en aquellos libros. No sólo eso, sino que debía contar con la colaboración de Yaluc.

Entre la confusión, nadie parecía haberse dado cuenta de la ausencia de Nysbe. La princesa había logrado huir intentando unirse a su madre y Ory, pero no las había encontrado. Había corrido, haciendo todo lo posible por no ser arrastrada y aplastada por la gente. Cuando al fin consiguió librarse de los que corrían, se encontraba en una parte desconocida de la ciudad.

Por suerte, vio a un grupo de soldados con el emblema de su padre. Suponiendo que acudían al campo de pruebas, los siguió. Así llegó a los alrededores del palacio. Pero no quería entrar de nuevo en la explanada donde seguían los enfrentamientos. Así que, rodeó los edificios que bordeaban la plaza, y se encontró frente al muro de los jardines de palacio. Entonces, vio un extraño resplandor que la cegó momentáneamente, y a continuación, volvió a escuchar gritos y carreras.

Asustada, y temiendo de nuevo ser arrastrada, trepó a un árbol. Esto era algo que acostumbraba a hacer a escondidas, claro. Sabía bien que la reina viuda su bisabuela, lo desaprobaba enérgicamente. Las mujeres no trepan a los árboles, y las princesas, menos aún, le habría dicho. Pero era posible que su bisabuela ya no pudiera volver a regañarla. Con punzadas de angustia, recordó cómo la había visto caer tras ser brutalmente atacada. Lo mismo que a su abuelo, quien sangraba por una herida en el cuello. Además de todo eso, su propio padre estaba luchando por su vida en el campo de pruebas ¿Y si todos ellos estaban muertos? Miró hacia el muro del jardín de palacio, intentando contener las lágrimas ¿Quedaría alguien de su familia para recibirla allí dentro?

Vio un grupo con antorchas que se acercaba a la entrada que tenía enfrente. Sintió una inmensa alegría al ver a su madre y la princesa Ory escoltadas por unos guardias. Su madre parecía cargar un bulto en brazos. Pero Nysbe no pensó más. Bajó al suelo con agilidad, y corrió hacia el grupo que se acercaba.

Cuando Naadur se enteró de lo ocurrido en las habitaciones de las mujeres, sintió pánico. Mientras caminaba con dificultad maldiciendo su herida que le impedía moverse más rápido dirigiéndose hacia aquella ala del palacio, no dejaba de recordar los extraños incidentes durante la presentación de su hijo en el templo ¿Y si él hubiera estado equivocado todo el tiempo, y Sikander no gozaba de la bendición de los dioses? Su padre estaba herido y podría morir. Él estaba herido. Sabía que su abuela había sido llevada al palacio herida también, y nadie sabía nada de las princesas ¿Habría conseguido Menetir su objetivo después de todo, y éste era el final de toda su familia?

Pero cuando alcanzó al fin las habitaciones de las mujeres, Derina salió a su encuentro, y le tranquilizó.

—No temas. Tu hijo está bien.— Le dijo la muchacha.

—¿Dónde está? Necesito verlo.—

—Tranquilo. Él está bien. Ahora descansa. Tú en cambio, estás herido.— Le dijo ahora Dilmala, que había salido de una estancia contigua.

Naadur se tambaleó un poco. Estaba mareado, sin duda por la pérdida de sangre por su herida del pecho. Pero empalideció más aún al ver a la mujer. Ella llevaba vendados los brazos, y su sencilla túnica estaba manchada de sangre en muchos lugares.

—Tú también estás herida. Ha habido lucha aquí. Los guardias me lo han dicho. No me mientas ¿Está muerto mi hijo?— Preguntó en tono autoritario.

—No. Está descansando, como ya te he dicho. Yo nunca miento. Él está bien. Tu esposa y tu hija están bien. Todos ellos lo están. Y ahora ¿Vas a dejarme que atienda tu herida, o prefieres a otro?—

Naadur suspiró aliviado. Su esposa y Nysbe habían escapado de la masacre. Ahora sintió de verdad que las piernas no le sostenían, y cayó pesadamente sentado en una silla.

—Sé que no mientes. Yaluc me lo dijo otra vez que dudé de ti. Pero, necesito saberlo. Esos hombres, sin duda no traían buenas intenciones, como tus brazos revelan ¿Está herido Sikander?—

—No. Los atacantes no parecían tener intención de dañarle, mientras no dudaron en atacarnos a los demás, y matar a algunos guardias. Al parecer, sólo querían llevarse al príncipe.—

—Sin duda, pretendían secuestrarlo y mantenerlo como rehén para forzarme a mí o a mi padre a hacer algo. Pero ¿cómo podré agradecerte lo que has hecho? Has salvado una vez más la vida de mi hijo.—

—Ahora no es momento Naadur. Es preciso atender tus heridas y las de los demás.— Dilmala no quería hablar en esos momentos de lo que acababa de saber. Tenía mucho que contar al príncipe. Pero no ahora.

—Primero mi padre.— Dijo Naadur.

—Si vas a confiar en mí como sanadora, has de seguir mis instrucciones. Veo que has perdido mucha sangre por la palidez de tu rostro. Sé que hay en palacio buenos físicos de este reino. He tenido ocasión de hablar con alguno de ellos. Son más sabios que los de Kynán, y sin duda, ya estarán atendiendo al rey. Yo me encargaré de ti.—

Naadur no tuvo fuerzas para discutir, aunque le encantaba contemplar la vehemencia y energía de aquella mujer fascinante. Con una sonrisa complacida, se dejó hacer. Dilmala sabía muy bien el significado de aquella sonrisa. Pero, después de los acontecimientos de aquel día, no tuvo corazón para desanimar una vez más al príncipe.

Más tarde, Dilmala examinó al rey, cuya herida ya había sido atendida por uno de los físicos de palacio. Tranquilizó a Naadur asegurándole que el hombre había hecho muy buen trabajo. Peor pronóstico tenía la reina viuda. Garpa había sentido con toda claridad cuando golpeó el suelo, cómo se rompían los huesos de su cadera. Pero, a pesar del dolor, permanecía impasible, esperando a lo que Dilmala dijera.

—Eres una mujer muy fuerte Garpa.— Dijo Dilmala.

—Sé que todavía no me voy a morir. Aquella bruja loggi me profetizó una larga vida en la que llegaría a ver cómo mi mundo era destruido por mi propio descendiente.—

—Aquella que nombras es Zesera. No era ninguna bruja, y yo fui alumna suya. Luego quizá prefieras ser atendida por otro.—

—No tengo miedo a las artes de tu gente. Lo que haya de ser será.—

Cuando Yaluc vio entrar en el salón de palacio a Ory, se dirigió hacia ella, y la abrazó con fuerza. Estaba mareado, y le dolía la cabeza. Pero en general, no tenía ninguna herida seria. Ella le miró con ojos asombrados.

—Si esto es lo que he de hacer para ganarme tu afecto, olvídalo. No he pasado más miedo en mi vida.— Dijo. Él le sonrió, lo que le produjo una emoción inesperada.

En esos momentos, no estaba muy segura de sus propios sentimientos. Mientras regresaban a palacio con el pequeño Sikander inconsciente, no había podido evitar pensar en qué pasaría si el niño moría, y ella daba a luz un varón. Eso, sin duda, cambiaría su situación por completo ¿Se sentía culpable por albergar esos pensamientos? No habría sabido decirlo. Y ahora, su esposo la sorprendía con una muestra de afecto ¿No iban a terminar de suceder acontecimientos extraños aquella jornada?

—Ya sabes que cuentas con mi afecto. No importa cómo sea nuestra relación. No te deseo mal alguno, y hoy he temido por tu vida. Pero me siento orgulloso. Has sido muy valiente y generosa ocupándote de la princesa Numa.— Yaluc dijo, y Ory sabía que era sincero.

Dilmala aconsejó a Naadur que descansara después de explicarle la situación de su padre y de su abuela. Pero el príncipe aún tenía asuntos que solucionar. Sí obedeció su consejo de reponer fuerzas, y tomó un cuenco de espesa sopa. Tenía que reconocer que le había sentado bien. Pero no podría descansar hasta que terminara lo que debía hacer.

Tenía que saber cuántos de sus partidarios habían caído en el traidor ataque de Menetir, y planear qué hacer a continuación.

Pero primero, tenía que comprobar cómo se encontraba el resto de su familia. Derina le permitió pasar, no sin advertirle que guardara silencio, a la alcoba del príncipe Sikander. Desde luego, no se podía negar que las mujeres loggi tenían carácter.

Allí se encontraba también Numa, lo que reconfortó a Naadur, ya que también había temido por ella. Su esposa estaba echada en el lecho junto al niño. Éste parecía dormir plácidamente. Numa tenía los ojos abiertos, pero Naadur no se molestó en hablarle, pues se dio cuenta enseguida de que se hallaba en una de aquellas ausencias tan típicas de ella.

Mucho más tranquilo, salió de aquella estancia. Oyó voces, y se acercó a otra alcoba. Era la de su hija. Pero la princesita no dormía. Las voces que había escuchado eran las de ella hablando apresuradamente con Derina. Al verle, la joven loggi salió de la alcoba. Nysbe también le vio, y corrió a abrazarle con gran entusiasmo.

—Qué alegría verte padre. Temía que aquel hombre horrible te hubiera matado.— Nysbe dijo entre sollozos de emoción.

—Con cuidado querida.— Naadur replicó en tono afectuoso. Ella vio entonces su pecho vendado asomando por su desgarrada túnica.

—¡Estás herido!— La niña exclamó preocupada.

—No es grave. He recibido peores heridas en batalla.— Naadur dijo, acariciando tiernamente la mejilla de su hija, húmeda por las lágrimas. —Así que, ya ves. No hay razón para llorar. Me alegro mucho de ver que ni tu madre, ni tu hermano ni tú estáis heridos.— Nysbe se separó de su padre, y se limpió con el dorso de la mano y gesto enfadado la lágrima que corría por su mejilla.

—No, no estoy herida, pero estoy furiosa.— Afirmó.

—Pero te acabo de decir que mi herida no es grave. Tu abuelo y la reina viuda están heridos, pero ellos también se recuperarán. No temas.—

—No estoy enfadada por eso.—

—¿Ah, no?— Preguntó Naadur fingiendo gran sorpresa.

—Bueno, sí. Claro que me disgusta que os hayan herido. Pero lo que me enfurece es que no pude hacer nada. Tan sólo huir y esconderme. Quisiera haber tenido una espada para matar por lo menos a alguno de los que nos atacaron.—

—Pero las mujeres no luchan, mi princesita intrépida.— Naadur rio.

—¿Por qué no? Si hubiera tenido una espada, habría podido defender a madre y las otras mujeres.— Naadur sintió que todo el peso de aquel día se aligeraba. Con el mismo buen humor, replicó.

—Me temo que te olvidas de que aunque fueras varón, tampoco podrías portar espada. Sólo tienes 10 años.— El gesto enfurruñado de su hija le divertía de verdad. Sólo esperaba que Sikander tuviera el mismo arrojo que su hermana. Ella se giró, y se dirigió hacia su lecho.

—Crees que es una broma, pero hablo muy en serio. Que tengas buenas noches padre.— Dijo, y Naadur interpretó que la conversación había terminado.

Había otra persona con quien deseaba hablar. Una vez de nuevo en el salón convertido en improvisada enfermería, se dirigió a Temuzén. Éste se encontraba junto a su hijo Ardates que al parecer también había resultado herido. El joven había participado en los combates, aunque no había llegado a enfrentarse a Naadur. De todas formas, el príncipe había visto lo hábil y valeroso que era, ya que había derrotado a muchos de sus rivales.

—Parece que las heridas de tu hijo no revisten mucha gravedad.— Naadur dijo al ver que el joven estaba sentado comiendo tranquilamente. —Quiero darte las gracias Temuzén, por luchar de mi lado. Yaluc me ha contado cómo te uniste a él en las gradas.—

—Yo soy un hombre de palabra Naadur. Juré lealtad a tu padre el rey, y cumpliré mi juramento. Además, me limité a defender a mi familia. Había muchos parientes míos en peligro.—

—Menetir también es tu familia.—

—No, ya no lo es. Juré acabar con él cuando mató a mi esposa. Sólo lamento que haya escapado.—

—Créeme si te digo que tengo tantos deseos como tú de verle muerto.— Dijo Naadur.

—Te creo. Él es el responsable de la muerte de mi hija. Pero ella era también tu prometida. Si no hubiera sido por Menetir, tú y yo seríamos familia.—

—Cierto. Serías mi suegro. Pero, aunque Menetir nos privara de ello al arrebatarnos a la inocente Uxyla, desde hoy te considero como si realmente fueras mi suegro.— Y abrazó al otro hombre, que le devolvió el abrazo.

La noche no trae la calma

Por fin las cosas parecieron tranquilizarse en palacio. Antes de retirarse definitivamente a dormir, Naadur recibió las malas noticias de sus soldados. Había enviado a algunos en busca del escurridizo Menetir. Pero todos iban regresando con la misma información: el depuesto rey consorte de Narvaly no aparecía por ningún lado. Naadur quiso suponer que su primo habría tenido un plan de fuga preparado para el caso de no lograr su objetivo de acabar con la familia real de Kynán. Decidió que ya no se podría hacer más por esa noche.

—Sin duda, la de hoy ha sido una jornada aciaga. Menos mal que ya ha terminado.— Comentó antes de retirarse a sus aposentos. No podía estar más equivocado.

En el ala de palacio destinada a las mujeres y los niños había alguien que no dormía. Había esperado pacientemente, o sería más correcto decir muerto de impaciencia, a que todo el mundo se fuera por fin a dormir. Era el pequeño príncipe Domunir.

Por supuesto, él y su hermano no habían asistido a los combates, ya que aún no tenían la edad para ello. No habían tenido más remedio que quedarse allí con los demás niños. Pero naturalmente, habían sido testigos del tumulto causado por el secuestro del heredero de Kynán. Y todavía más, por lo que comentaban entre sí los agitados criados habían sabido de lo que ocurría en la plaza.

Desde que oyó el nombre de su padre, Domunir había estado planeando el modo de escabullirse de los guardias que vigilaban aquella ala de palacio, y reunirse con él. Apenas le recordaba, pues él era aún muy niño la última vez que le vio, justo antes de

que su propia madre le humillara de la peor manera. Tanto él como su hermano, y más específicamente Uthegal, estaban siendo educados como príncipes narvalienses. Pero Zodrim había accedido, cuando sus relaciones con Menetir aún eran llevaderas, a que también recibieran la típica educación militar valate.

A pesar del divorcio y la huida de Menetir, Zodrim no había cambiado de idea, ya que los chicos parecían muy felices con sus instructores militares y después de todo, no dejaban de ser también valate. Los instructores de los niños habían sido elegidos por el propio Menetir entre veteranos de su ejército que le eran totalmente leales. Muchos abandonaron Narvaly cuando Menetir cayó en desgracia, pero no el viejo instructor de los príncipes.

Domunir le idolatraba. Para él, simbolizaba todo lo que significaba ser valate. El hombre le inculcaba todas las tradiciones de su pueblo. Pero sobre todo, le hablaba de su padre. Para Domunir, su padre era casi un héroe legendario. Él no tenía la menor duda de que tal y como no se cansaba de repetirle su viejo instructor, Menetir había sido vilmente traicionado y humillado, y le habían despojado injustamente de su trono. Por eso, había contemplado con tanta indignación la coronación del Usurpador.

Pero, según comentaban los criados, su padre había aparecido inesperadamente en los combates de celebración, y estaba aniquilando al malvado príncipe Naadur. Domunir ni siquiera se desalentó cuando escuchó que Naadur había salido con vida de aquel combate, y sus soldados habían recuperado el control de la ciudad. Simplemente pensó que su padre sería ahora prisionero del Usurpador. De modo, que se propuso encontrar las mazmorras de aquel inmenso palacio, hallar a su padre, y comunicarle que se unía a su causa.

Durante un buen rato, observó con atención a su hermano Uthegal que dormía plácidamente. Cuando estuvo seguro de que

no se despertaría, salió de su lecho, donde se había acostado completamente vestido. No quería arriesgarse, así que no encendió ninguna de las lamparillas de aceite que había en la alcoba. Con sigilo, abrió la puerta, y se asomó al corredor. Como suponía no había ya nadie por allí. Además, había algunas velas prendidas en candeleros clavados en las paredes. Esto era habitual en las estancias de los niños, y a Domunir le vino muy bien.

Salió al corredor, y se encaminó hacia la única salida que conocía de aquella parte del palacio, la que conducía al gran salón y a los jardines. Tendría que encontrar el camino hacia las mazmorras. Suponía que se encontrarían por debajo de los elegantes salones. En las historias que le contaba su aya, las mazmorras siempre estaban bajo tierra.

Su confianza duró lo que tardó en llegar al final del corredor, y ver el gran hueco de la escalera, y todo lo demás más allá de ella completamente a oscuras. Se detuvo un momento para pensar. Necesitaba algo para iluminar el camino. Miró a su alrededor, y vio una de las mesas junto a la pared al principio del corredor. Sobre ella, había algunas lamparillas de aceite apagadas. Cogió una, y miró en la mesa en busca de los útiles para encenderla.

No veía nada. Claro que la mesa estaba casi en el límite de la luz de la vela más cercana. Palpó con la mano en busca de lo que necesitaba, con tan mala suerte, que derribó otra lamparilla. Ésta cayó al suelo con un estrépito que le hizo contener la respiración. Se quedó totalmente inmóvil por unos momentos eternos. Era imposible que nadie hubiera oído el ruido. Pero nada ocurrió. Volvió a pasar la mano por la superficie de la mesa. Esta vez, con más cuidado. Pero seguía sin hallar lo que buscaba ¿Cómo iba a encender la lamparilla? Y si no la encendía ¿Cómo se iba a mover por aquella oscuridad? Volvió a mirar a su alrededor. La vela

serviría. Pero estaba demasiado alta para él. Meditó un momento, y calculó que si se subía a la mesa y estiraba bien el brazo, podría alcanzarla.

Tal como lo pensó, lo hizo. Se sintió triunfante, cuando su mano rozó la vela. Sólo tenía que estirarse un poco más, y podría agarrarla y sacarla del candelero. Pero al inclinarse, su peso hizo que la mesa se volcara. Domunir agarró la vela justo a la vez que caía al suelo junto con las lamparillas. No se hizo mucho daño. Pero no tuvo tiempo de pensar en eso, ni tampoco en el ruido mucho mayor que habían hecho todas las lamparillas al caer al suelo, porque la vela resbaló de su mano y cayó justo sobre el charco de aceite que se acababa de formar.

La llama se extendió rápidamente a lo largo de la mancha de aceite, rodeándole. Estaba asustado, pero se puso en pie. Las llamas no eran altas. Estaba seguro de poder saltar por encima de ellas. Lo hizo. Pero, mientras permanecía en el corredor mirando hipnotizado el fuego, sin saber qué hacer ahora, una llamarada iluminó el hueco del final del corredor. Y Domunir vio cómo una pesada cortina con el emblema de Señor del Mundo bordado comenzaba a arder.

Echó a correr entonces de nuevo hacia la alcoba que compartía con su hermano. Entró. No recordaba haber estado nunca tan asustado. Sacudió a Uthegal, que seguía profundamente dormido, hasta que su hermano abrió los ojos, y le miró. Apenas podía distinguirlo con la tenue luz de la luna que entraba por la ventana.

—¿Qué quieres Domunir? Todavía es de noche.— Uthegal refunfuñó.

—Fuego— Dijo Domunir en un susurro angustiado, tan bajo que su hermano no le entendió. —¡Fuego, hay fuego!— Dijo ahora más alto, y en tono urgente.

En ese momento, no le importó que se le escaparan las lágrimas. Ahora no era un valeroso guerrero como le gustaba pensar, sino sólo un niño asustado que pedía el amparo de su hermano mayor.

Uthegal pareció por fin comprender. Salió de su lecho. Domunir tiraba de él hacia la puerta. Cuando el mayor de los hermanos se asomó, ya todo el corredor estaba envuelto en llamas.

Desde ese momento, como suele ocurrir en ese tipo de sucesos, todo se precipitó. Por un tiempo, reinó la confusión, hasta que los adultos que había en el pabellón comenzaron a darse cuenta de lo que sucedía.

Naadur fue despertado abruptamente de su tan necesario sueño. Tardó un poco en comprender lo que su asistente personal le decía. Por fin, consiguió ponerse algo encima y salir. En los corredores se encontró con Yaluc.

—Hay fuego en el ala de las mujeres.— Le informó su amigo.

—Oh, por todos los demonios del Abismo. No. Mi esposa, mis hijos.— Naadur se lamentó. Mirando entonces a su querido amigo, añadió. —Todas las mujeres y los niños corren peligro.— Yaluc le pasó el brazo por los hombros a modo de consuelo, y así, junto con todos los criados, guardias, e invitados que no estaban heridos, se encaminaron hacia el ala de las mujeres.

Allí había ya numerosos criados y guardias intentando apagar el fuego. Uno de ellos informó al angustiado Naadur de que la mayoría de las mujeres y los niños habían sido sacados y llevados a los jardines como precaución por si el incendio se extendía. Incluso la reina viuda que estaba herida y no podía caminar, había sido trasladada.

—Tu esposa también está a salvo príncipe Yaluc.— Continuó el hombre.

—¿Y la princesa Numa y mis hijos?— Naadur preguntó lleno de angustia.

Ésta aumentó porque el hombre no respondía, y además, su cara expresaba miedo. Naadur iba a zarandearle para sacarle más información. Pero entonces Yaluc le tocó el hombro, y le señaló un grupo de personas que venían por el corredor, ayudadas por unos guardias de palacio. Naadur vio a la reina Zodrim, que empujaba con cada brazo a uno de sus hijos que tosían por el humo. A su lado, una criada llevaba en brazos a la pequeña Zaner. Los ojos de Naadur se encontraron con los de su prima Zodrim.

—Hay unos guardias y soldados intentando rescatar a tu familia Naadur. Pero el fuego en esa parte es muy grande. Nosotros casi no conseguimos salir.— Ella dijo, y le apretó un instante la mano.

Naadur sabía que sus sentimientos eran sinceros. Zodrim siempre había sido amable y de buen carácter. Pero Naadur no podía aceptar palabras ni gestos de consuelo. No, De ninguna manera. Se negaba a aceptar que su familia hubiera perecido en el incendio. Sin pensarlo, se dirigió hacia las habitaciones de su esposa y sus hijos.

—Detente mi señor. Es demasiado peligroso.— Le gritó uno de los guardias que acompañaban a la familia real de Narvaly.

Naadur ni siquiera volvió la cabeza. Yaluc, naturalmente, no podía hacer otra cosa más que seguir a su príncipe, incluso si éste se dirigía al mismísimo corazón de las llamas.

Nysbe había sido la primera en darse cuenta del fuego. Cuando salió al corredor, encontró a Derina, que le indicaba que debían salir del edificio. Pero Nysbe no podía hacerlo sin saber cómo estaban su madre y su hermano. Unas horas antes había

creído perdida a toda su familia. No podía aceptar que ahora sus temores se cumplieran.

Así que Derina y ella acudieron a la alcoba del príncipe Sikander, donde la princesa se había echado a dormir con su hijo. En el corredor se encontraron con Dilmala. Cuando las tres consiguieron entrar en la alcoba del príncipe, las llamas rodeaban por completo el lecho.

—¡Madre!— Gritó Nysbe.

La princesa Numa estaba sentada sobre el lecho, con el mismo aire ausente de siempre. A su lado, el niño estaba tendido con los ojos cerrados.

—¿Está muerto mi hermano?— Nysbe preguntó. Con todas sus fuerzas intentaba desasirse de la mano de Dilmala. Pero la mujer no cedía.

—¡Llévatela!— Ordenó a su sobrina, entregándole la mano de la llorosa niña. Ésta seguía resistiéndose a ser sacada de la alcoba. —Vamos Derina.— Dilmala insistió. Luego se acercó a su sobrina, y le habló al oído, lo que no era fácil por el fragor de las llamas. —Ella no debe ver lo que va a ocurrir aquí.— Derina asintió. Nunca había dudado de las órdenes de su tía, y aquel momento no era el más indicado para empezar a hacerlo. Empleando toda su fuerza de joven criada en el campo, consiguió arrastrar a la princesita que seguía protestando.

La mirada de Dilmala se encontró con la de Numa. Ahora, los ojos de la princesa estaban más claros que nunca, y Dilmala recibió el mensaje sin problema. Sin pronunciar palabra ambas mujeres mantuvieron una conversación trascendental, que las dos sabían sería la última.

Dilmala arrojó hacia el lecho por encima de las llamas su pesado manto de lana, y Numa envolvió con él al príncipe.

Naadur corría, pero no pudo hacerlo por mucho tiempo. Su herida del pecho se abrió. Al principio, soportó el dolor y continuó, sintiendo cómo la sangre empapaba su camisa. Pero se dio cuenta con rabia de que estaba demasiado débil para seguir. El humo le hacía toser y le lloraban los ojos, impidiéndole ver nada. Se sintió desfallecer.

Entonces, como un vendaval, sintió que Yaluc pasaba corriendo por su lado. Naadur llegó justo a tiempo a la alcoba de su esposa para ver cómo Derina arrastraba a una enfadada pero viva e ilesa Nysbe hacia los jardines.

Yaluc no se lo pensó y entró en tromba en la alcoba. Vio a Dilmala agachada, que tiraba de algo por el suelo a través de las llamas. Era un bulto oscuro. Vio que las llamas rodeaban el lecho y ya prendían en los cobertores. Al principio, le pareció que lo había imaginado, pero enseguida se dio cuenta de que era real. La princesa Numa estaba sentada sobre el lecho. Las llamas alcanzaban ya el borde de su camisa de dormir. Pero ella permanecía serena y con una leve sonrisa. En ese momento, las llamas alcanzaron las telas que rodeaban el lecho, y ya no vio más que fuego. La voz de Dilmala le sacó de su trance.

—Coge al príncipe. Hemos de salir de aquí.— Le entregó el bulto oscuro, y Yaluc vio que era el pequeño príncipe envuelto en el manto de lana de Dilmala. Estaba muy caliente, pero el grueso manto le había mantenido a salvo del fuego.

—¿Y la princesa?— Preguntó. Dilmala le miró con compasión. Meneando la cabeza mientras le empujaba fuera de la alcoba, dijo.

—No hay nada que hacer Yaluc. Ha ocurrido lo que había de ocurrir. Era inevitable.— Susurró ella. —Pero de todas formas duele.—

Yaluc no comprendía nada ¿Numa estaba muerta? Claro que lo estaba. Nadie habría podido sobrevivir a esas llamas. Miró al pequeño que sostenía en brazos. Dilmala le acarició la mejilla, y él la miró.

—Ahora es cuando va a empezar de verdad nuestro trabajo, mi dulce Yaluc.— Le dijo. Yaluc volvió a mirar al niño. Acercó su cara a la de él, intentando averiguar si respiraba. —No temas. Él vive, aunque todavía está demasiado débil por lo que tuvo que hacer esta tarde.—

—¿Lo que hizo esta tarde? ¿De qué estás hablando?— Yaluc no lograba salir de su confusión.

Entonces, se les unió Naadur, que miró con angustia a su hijo en brazos de Yaluc. Dilmala le miró a él también con la misma compasión.

—Como le acabo de decir a Yaluc, él está bien. Sólo necesita descanso. Vamos fuera, donde no hay humo.—

—Pero Numa.— Comenzó a decir Naadur casi sin fuerzas y entre toses.

—Fuera, por favor. Allí os lo explicaré todo.—

En el jardín, Yaluc y Dilmala se esforzaron en consolar a Naadur tras revelarles la muerte de Numa. Pero éste se mostraba inconsolable. No comprendía nada, y por muchos años que pasaran, nunca llegaría a hacerlo. Por segunda vez en su vida asistía a la muerte de su esposa o prometida, sin poder hacer nada para impedirla.

La decisión más dura del príncipe Naadur

Ya clareaba el cielo oriental cuando los criados, guardias y soldados terminaron de apagar las llamas. Todos los habitantes del palacio habían permanecido en los jardines, procurando encontrar algún rincón donde acomodarse para pasar aquella noche terrible.

El grupo formado por Naadur, Yaluc y Dilmala se había refugiado en uno de los patios más alejados de la zona del incendio por sugerencia de ella. Yaluc continuaba llevando en brazos al pequeño príncipe, que seguía sin despertarse. Caminaba detrás de los otros dos meditando sobre lo que había visto en la alcoba de la princesa. Aunque iba sumido en sus pensamientos, oyó la sugerencia de Dilmala de que dejara al niño sobre la hierba, y se uniera a ella para atender al atribulado Naadur.

Sin embargo, mientras se encaminaba hacia un rincón resguardado del patio, oyó una voz. La oyó tan clara como si le hablara al oído. Sólo que eso era imposible, ya que la voz pertenecía a la difunta Numa.

—Protégele. No permitas que le encuentren.— Oyó decir a la madre del niño, en su inconfundible tono siempre enigmático.

Sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo, a pesar de la cálida noche. Miró el sereno rostro del niño que llevaba en los brazos, y en ese mismo instante, supo que el mensaje no había sido producto de su imaginación. Recordó la primera vez que viera a Numa, y cómo sus miradas se encontraron. Igual que en aquella ocasión en la galería del Palacio de Las Nubes, Yaluc tuvo la seguridad de que estaba donde debía estar.

Siguiendo las indicaciones de su amiga, depositó al pequeño aún envuelto en el manto de lana sobre la suave hierba de aquel rincón resguardado, y acudió a ayudarla a atender al desolado Naadur. La cabeza le daba mil vueltas.

Como era su costumbre, ella llevaba su bolsa de sanadora. Casi nunca se desprendía de ella, y aquella noche sabía que le sería necesaria. Mientras limpiaba y curaba de nuevo la herida del príncipe, le había explicado lo sucedido en la alcoba de Numa.

Así pasaron un buen rato. Naadur seguía sumido en la desolación. Yaluc sentía que se le partía el corazón al verle en medio de tanto sufrimiento. No estaba seguro de que su amado príncipe hubiera comprendido lo que le había explicado Dilmala. Si apenas podía comprenderlo él mismo.

—Tu esposa tomó su decisión Naadur. Ella siempre supo que llegaría este momento.— Dilmala había dicho.

—¿Y tú? ¿Cómo es que no conocías este desenlace? ¿Justo ahora te fallaron tus visiones?— Naadur la increpó lleno de reproche, como un niño que se niega a reconocer una desilusión.

Por fortuna para él, estaba tan ensimismado en su desconcierto y su dolor, que no se dio cuenta de la mirada inquisitiva de Yaluc hacia Dilmala, y de cómo ella sacudía la cabeza a modo de disculpa.

Así que, era eso. Yaluc había sospechado desde aquella ocasión en que Dilmala predijo el nacimiento de Sikander, que se guardaba algo. Y sus enigmáticas palabras cuando él se lo planteó, tampoco le tranquilizaron. Ella le aconsejó permitir a Naadur vivir sus instantes felices, porque no serían muchos. Los ojos de ella le decían que todo había sido inevitable, pero él no se conformaba. Se propuso hablarlo con ella más extensamente. Pero no ahora. En ese momento, debía consolar a Naadur.

Éste se había levantado un poco tambaleante del zócalo de piedra donde Dilmala le había estado atendiendo, y se dirigió hacia el rincón donde reposaba su hijo. Sin decir palabra, Yaluc y Dilmala contemplaron al príncipe alzar al pequeño en sus brazos mientras le susurraba palabras que ellos no llegaban a escuchar.

Sin embargo, Yaluc no tuvo mucho tiempo para pensar en eso, porque Dilmala volvió a hablar. Esta vez en voz lo bastante baja para que sólo él la oyera.

—Escúchame. Hay algo que he de decirte. Llevemos a Naadur y Sikander a una estancia segura donde ambos puedan descansar sin ser molestados, y luego tú y yo hablaremos.—

Las palabras de Dilmala le intrigaban enormemente. Pero asintió, y se levantó para acercarse a Naadur. Tuvo que pensar rápido, pero al final, se le ocurrió que el lugar más seguro para que Naadur y su hijo descansaran era su propia alcoba. El incendio no había afectado a aquella ala de palacio, de modo que todo estaba intacto.

Entre ambos convencieron a Naadur para que se echara en el lecho a descansar. El príncipe intentó resistirse, pero sus maniobras no tenían mucha fuerza ni coordinación. Al fin, consiguieron que se tendiera, y colocaron al pequeño a su lado. Yaluc intentó con todas sus fuerzas olvidar que su adorado príncipe yacía en su propio lecho, algo que él había imaginado y deseado en tantas ocasiones, y que sólo había sucedido en sus sueños.

Salió demasiado apresurado de su alcoba. Dilmala le siguió. Ella se había dado cuenta de las angustias de su amigo, pero no dijo ni una palabra. En cambio, le tomó de la mano para alejarle hacia un rincón discreto.

—No tardará en quedarse dormido. Prácticamente ya lo estaba.— Él entonces la miró con gesto suspicaz.

—Ya sospechaba que se encontraba más torpe de lo normal. Pero dime ¿Cómo lo has hecho? No te he visto darle nada a comer, y mucho menos has tenido ocasión de preparar una de tus infusiones.—

—Mi querido Yaluc, sin duda no ignoras que las hierbas que sirven para preparar infusiones para dormir sirven también para hacer cataplasmas. Apliqué una a la herida de Naadur. Aceleraré la curación, y le proporcionaré un descanso que le es muy necesario. Además, así podremos hablar tú y yo.—

—¿Para seguir conspirando a sus espaldas? ¿Vas a revelarme más acontecimientos que quieras ocultarle, como has hecho hasta ahora?— Yaluc dijo con tono de reproche. Ella no se alteró.

—Sé que te duelen los sufrimientos de Naadur. Pero créeme, cuando no le revelé mis visiones al completo, actué sólo por compasión. Ni él ni nadie podía impedir que ocurriera lo que ha ocurrido, y sólo le habría servido para sufrir por adelantado. Estoy totalmente segura de que tú, que tanto le amas, no querrías eso. Además, difícilmente yo podría haberle avisado de lo sucedido esta noche, pues la Madre no consideró oportuno indicarme el momento ni la manera en que los acontecimientos tendrían lugar.—

—Te pido perdón. Ya sé que tampoco a ti te complacen los sufrimientos de Naadur. Creo que en realidad, me ciegan los míos propios.— Ella le puso la mano sobre el brazo a modo de consuelo, y le habló con afecto.

—Ya lo sé, y no te culpo de nada. Pero ahora has de ser fuerte. Ha llegado el momento en que comienza nuestra verdadera labor.— Él la miró con atención.

—Eso es lo que has dicho antes. Pero yo creía que ya estaba realizando mi labor. Además, antes de que comiences a hablarme de cosas que apenas comprendo, quisiera hacerte algunas preguntas.— Ella se limitó a sonreír dulcemente. —Antes dijiste que el pequeño Sikander estaba agotado por lo que hizo esta tarde. Pero no has explicado qué fue. Esperaba que fueras a hacerlo cuando Naadur te escuchase también, pero está claro que me equivocaba. Y bien ¿Qué sucedió esta tarde? ¿Y por qué no se lo has dicho a Naadur?—

—Él no se encuentra en disposición de comprenderlo. Al menos, todavía no. Apenas ha asimilado la pérdida de su esposa. Podemos dejar que descanse mientras nosotros cumplimos nuestra parte.—

—Sigues hablando en enigmas ¿Tampoco me lo explicarás a mí?—

—Desde luego que sí. Es imprescindible que tú lo sepas todo. De lo contrario no podrás actuar en consecuencia.— Ante la mirada insistente de él, Dilmala tomó aire y comenzó a hablar. —Verás, es mucho lo que te tengo que contar, así que te ruego que esperes a que acabe antes de hacerme más preguntas.—

—De acuerdo.—

—Ven, sentémonos.— Dilmala le tomó de la mano una vez más, y le condujo hasta un largo banco frente al hogar ahora apagado.

Estaban en la estancia que Yaluc había dado en utilizar como habitación de trabajo mientras vivía en aquel palacio. Allí tenía todos sus preciados apuntes sobre Midum, incluidas algunas de aquellas tablillas de barro que tanto anhelaba poder leer.

—Esta tarde, cuando aquellos hombres entraron en las estancias de las mujeres para llevarse al príncipe, yo intenté impedirselo, y luché. Pero la Madre me hizo saber que no debía

seguir luchando, y permitir que se llevaran al príncipe. Él mismo me sonrió, como si quisiera calmarme, cuando era él quien se hallaba en peligro. De modo que dejé que se lo llevaran. Vi cómo descendían por la pared y luego saltaban el muro del jardín con ayuda de un palo largo. Después, cuando ya los había perdido de vista detrás del muro, el cielo se iluminó.—

—Oí comentar lo de esa luz cuando regresaba a palacio. Creí que eran exageraciones de la gente causadas por los sangrientos acontecimientos de la explanada de pruebas.— Yaluc no pudo evitar comentar. Pero se calló inmediatamente cuando Dilmala le reprendió con la mirada.

—Justo en ese momento, caí desplomada, y la Madre me envió una nítida visión de lo que acababa de suceder detrás del muro. Vi cómo era Sikander quien producía esa luz cegadora. Todo él se iluminó como si tuviera mil antorchas dentro. Los hombres que le habían secuestrado cayeron fulminados, y el propio Sikander se desplomó a continuación. Entonces, la Madre me envió una nueva visión. Tú estabas en ella escribiendo los libros al lado de Zesera. Ella me señalaba unas palabras que acababas de escribir. Esas palabras dicen qué debemos hacer para proteger a Sikander, y cómo debemos hacerlo.— Yaluc abrió mucho los ojos lleno de asombro.

—Mientras buscaba donde dejar al pequeño en el jardín, escuché una voz en mi cabeza. Me pareció la voz de Numa ¿Tú crees que podría haber sido ella de verdad?—

—No tengo duda ¿Qué te dijo? Aunque tengo la sensación de que ya lo sé.—

—Me pidió que protegiera a Sikander, que lo escondiera para que no lo encontraran ¿Sabes tú de quién he de esconder al pequeño príncipe?—

—Desconozco su identidad exacta. Imagino que es la misma fuerza que ya intentó acabar con él con la serpiente. Los mensajes que la Madre nos envía nos demuestran que esa fuerza no dejará de intentarlo. Por eso hemos de proteger a Sikander de ella. Imagino que tienes los libros contigo ¿No es así?—

—Nunca me separo de ellos.—

El alba sorprendió a los dos amigos buscando en los rollos que Yaluc tan cuidadosamente conservaba, las frases que Zesera señaló en la visión de Dilmala. Ella le recitó de memoria las palabras de su visión, y Yaluc supo en qué parte debían buscar.

Al fin, dieron con el párrafo exacto. Tras leerlo, Yaluc la miró lleno de confusión.

—¿Cómo va a ayudarnos una canción tradicional de tus antepasados, Dilmala?—

—No es sólo una canción, Yaluc. Seguro que Zesera te explicó que las canciones y las historias servían a mi pueblo para transmitir su sabiduría a través de las generaciones.—

—Sí, claro. Pero esto ¿Intentas decirme que lo que se cuenta aquí es real?—

—Lo es ¿Por qué te sorprende tanto? Tú mismo has anotado otras canciones e historias durante tus viajes como Sabio Errante.—

—¿Quieres saber por qué me sorprende? Porque lo que aquí se narra, si es real, sólo es posible mediante la magia. Y tú no has parado de insistir en que no eres maga, ni lo fue Zesera. Yo mismo se lo he negado a Naadur cada vez que se ha referido así a ti, por todos los dioses.—

—Y así es. Sabes que yo nunca miento. Yo no soy maga, ni lo fue Zesera. Quién sabe cuánto tiempo hace que nadie lleva a cabo algo así. Pero nosotros hemos de hacerlo.—

El desconcierto de Yaluc le hacía poner una cara muy graciosa. Pero Dilmala no pudo disfrutar mucho de ver la bonita cara de su querido Yaluc haciendo esas muecas tan divertidas, porque de pronto, sintió un fuerte dolor en el pecho, justo donde el secuestrador la había golpeado. Ella sabía que no tenía nada roto. Sólo un feo moratón que ya comenzaba a ponerse de color púrpura como las nubes de tormenta. De modo, que interpretó aquel dolor como una señal. Supuso que no debía seguir hablando de aquello en ese momento.

El dolor había sido demasiado repentino, y su amigo era muy observador, de manera que no pudo disimular. Tampoco tuvo ocasión de intentarlo. Ante los atónitos ojos de Yaluc, cayó en un profundo trance.

Dilmala se sintió trasportada, como le sucediera por la tarde cuando vio lo que sucedía detrás del muro. Pero esta vez, no se le mostraban acontecimientos que habían ocurrido. De alguna manera, y como le solía suceder con la mayoría de sus visiones, supo que se le iban a mostrar acontecimientos futuros.

De pronto, se encontró en una cueva o subterráneo de algún tipo. El lugar estaba iluminado con antorchas que proyectaban sombras temblorosas sobre las paredes. Desde el instante en que se encontró en aquella caverna, sintió que estaba en presencia de una fuerza horrible y maligna. Pero no tenía miedo. Sabía que lo que fuera que se hallaba allí no tenía la capacidad de dañarla, pues no se hallaba en presencia física y corpórea en aquel lugar.

Nuevamente se sintió impulsada hacia delante, y ahora vio las siluetas de varias personas, y escuchó sus voces. Primero, una desagradable voz que hablaba en lengua valate, pero con un pesado acento que le hacía difícil entender lo que decía. Ahora que se había acostumbrado a aquellas tinieblas podía distinguirla. Era un hombre muy delgado. Los huesos de su calavera

sobresalían bajo su piel cetrina. Llevaba su negrísimo cabello peinado en una larga trenza que le caía por la espalda, e iba vestido con una sucia túnica gris. La túnica estaba toda ella cubierta de costras que Dilmala inmediatamente supo con angustia, eran de sangre seca. El hombre siniestro estaba hablando. Prestó atención a lo que decía.

—Has vuelto a fallar. El Glorioso ha puesto a tu disposición las mayores facilidades, y tú no has sido capaz de traerle lo que te pidió.—

—Mis hombres fueron atacados por una misteriosa luz que les cegó, y los fulminó en tierra. La luz emanaba del mismísimo príncipe Sikander. Ya os lo advertí. Ese niño ha de ser un poderoso dios.—

Dilmala inmediatamente reconoció aquella otra voz. Cómo olvidarla. Miró a Menetir. No tuvo duda de que era él, aunque se cubría con uno de aquellos curiosos gorros de los midummitas, sin duda para ocultar la cicatriz donde una vez estuvo su oreja. Ésa que ella le cortó.

—¡Silencio! Ningún dios es más poderoso que Bágor el Glorioso ¿Cómo te atreves a dudarlo?— Regañó el hombre siniestro, y golpeó a Menetir con una vara. Dilmala se alegró de ver cómo Menetir era castigado. —No vuelvas a interrumpirme. Se te pidió como única condición para obtener todo que trajeras al príncipe Sikander. Y no lo has conseguido. El Glorioso necesita de la fuerza que le proporcionan los niños sacrificados. Y si los acontecimientos que narras son ciertos, Sikander sería el mejor de todos los sacrificios. Si en verdad es un dios, con su fuerza nuestro señor Bágor recuperaría el lugar preeminente que nunca debió perder. No sirves para nada. Deberíamos darte muerte en lugar de continuar gastando oro en ti.—

Menetir se arrodilló delante del hombre de la trenza. Dilmala sintió un placer muy grande al verle humillarse así. No podía evitarlo, a pesar de la alarma que le había producido enterarse del peligro real al que el príncipe Sikander estaba sometido.

—Escúchame. No me abandonéis. Si continuáis ofreciéndome vuestra confianza, os juro por todo lo que me es más sagrado que traeré a ese príncipe hasta aquí para que sea sacrificado al Glorioso. Ésa será mi principal misión. Incluso por delante de recuperar mi corona robada por Andamar.—

Dilmala abrió los ojos, y se encontró con la mirada preocupada de Yaluc. Se sentía terriblemente agitada por lo que acababa de ver. Pero, de todas formas, se permitió unos instantes para disfrutar de la visión del hermoso hombre que era único dueño de su corazón.

Él la ayudó a incorporarse. A pesar de su gesto preocupado, estaba claro que Yaluc comprendía lo que acababa de suceder.

—¿Qué has visto?— Preguntó en un susurro, mientras le ofrecía una jarra de agua. Ella bebió con gusto.

—Lo que he visto no ha sucedido aún, aunque lo hará en pocas horas o días. Ya sé de quién debemos proteger a Sikander. Es necesario que hablemos con Naadur.—

Los dos se dirigieron a la estancia contigua, donde Naadur y Sikander aún dormían. El sol se colaba ya por las ventanas. Todavía reinaba el silencio en aquella parte del palacio, pero Yaluc suponía que no tardarían mucho en aparecer enviados del rey para saber de la suerte que los príncipes herederos habían corrido ¿Se habrían enterado ya del triste destino de Numa?

Dilmala sacudió a Naadur para despertarlo, y Yaluc le ofreció también la jarra de agua. Durante un largo rato, Dilmala narró su visión ante los dos hombres. A pesar de su propio asombro, Yaluc

no perdía de vista la cara de Naadur intentando adivinar sus sentimientos sobre todo aquello.

Cuando Dilmala acabó su exposición, la reacción de Naadur le sorprendió.

—No soy tan necio como para poner en duda tus visiones. Tú predijiste el nacimiento de mi hijo. Si ahora dices que corre tan grave peligro, te creo. Además, no me sorprende que Menetir se alíe con los propios Demonios del Abismo para alcanzar el trono de Kynán.—

—Es muy importante que mantengamos al príncipe a salvo Naadur. Yaluc y yo sabemos ya cómo hacerlo.—

—Pero Menetir lo volverá a intentar ¿no es así?—

—Seguramente sí.—

—¿Y de qué servirán mil guardias, o que tú en persona vigiles a mi hijo noche y día? Menetir sabe dónde encontrarle, y no dejará de perseguirle. Por lo que cuentas, Sikander es muy valioso para ese dios maldito.—

—Te aseguro que nos emplearemos a fondo en proteger a tu hijo, Naadur. Como ya te dije, él es especial. No sólo es importante para ese dios.— Dijo Dilmala.

—Y yo te creo. Pero, me parece que la mejor manera de que Menetir no vuelva a acercarse a mi hijo es que deje de buscarle. Tú ayudaste a esconder a Yaluc. Podríamos hacer lo mismo con Sikander. Esconderle.—

—Con gusto haría lo que me pides, hermano. Pero no olvides que tu padre me encontró.— Naadur se quedó un momento callado, como meditando.

—Porque se enteró de tu existencia. Por eso, además de esconder a Sikander, hemos de conseguir que nadie le busque.—

Se acercó a Yaluc, y le tomó las manos, mientras le miraba fijamente. —Yaluc, en estos momentos, el dolor me impide pensar con claridad, y necesito más que nunca tu sabio consejo, hermano mío. Tengo una idea, pero no estoy seguro de que pueda realizarse.—

—¿De qué se trata?— Preguntó Yaluc, mirando de reojo a Dilmala, que permanecía muy atenta a ambos hombres. —Si puedo ayudarte, no lo dudaré. Sabes que tu hijo me es tan querido como si fuera mío.—

—Se trata de un plan sumamente insólito y arriesgado. Pero se me ocurrió cuando supe del intento de secuestrar a mi hijo, y no dudé de que Menetir estaba detrás. Lo medité largas horas cuando me retiré a descansar antes del incendio. Acabé por desecharlo como una locura. Pero con lo que me acabáis de contar no veo de qué otro modo puedo proteger a mi hijo de Menetir. Ya ves que él no descansará hasta matarlo, o entregarlo a ese horrible dios, lo que es aún peor. Sólo vosotros dos y yo hemos de conocer el plan que os voy a proponer para ocultar a mi hijo.—

—No dudes de que buscaremos el mejor escondite. Puedes confiar en la gente loggi. Ellos nunca me traicionaron. Pero ¿cómo justificarás la ausencia del príncipe ante tu familia y el reino?—

—Por eso digo que nadie debe buscar a Sikander. Tampoco mi familia. Y ahí es donde entras tú, querido hermano, para decirme si mi plan es una locura. Todavía nadie sabe muy bien qué sucedió durante el torneo. He oído toda clase de rumores, incluyendo los que aseguran que mi padre resultó muerto y yo también. El incendio no ha hecho más que confundirlo todo más. Aprovechemos esa confusión en nuestro beneficio. Muchos vieron que la princesa se llevaba a Sikander con ella a su alcoba. En breves horas, tendré que anunciar la desdichada muerte de mi

esposa por el fuego. No será difícil que la gente asuma que el príncipe pereció también. Yo mismo lo creí hasta que te vi sacarlo. Pues bien, dejaremos que lo crean.—

—No pienso que sea una locura Naadur. Nadie, salvo nosotros, sabe que el príncipe se ha salvado de las llamas. Creo que eres muy valiente, pues habrás de estar alejado de tu hijo, y acabas de perder a tu esposa. Por fortuna, aún tienes a tu hija.—

—Bien, haremos desaparecer al príncipe, y será convincente.—
Dijo Dilmala.

—Te agradezco mucho que estés dispuesta a colaborar en esa farsa, Dilmala.—

—Te respeto Naadur. Pero no lo hago sólo por eso. Tu hijo es demasiado valioso.—

Dilmala había explicado todo lo que vio a Naadur, pero había seguido omitiendo lo sucedido detrás del muro de los jardines. A esas alturas, Yaluc ya no se atrevía a poner en tela de juicio las decisiones de ella, aunque le molestaba que ocultaran información tan importante a su querido Naadur. Sin embargo, se dijo que tal vez era mejor así. Que Naadur continuara pensando que sólo iba a poner en marcha una argucia para engañar a su peor enemigo y proteger a su hijo. Quizá no era el momento de que conociera cómo la magia iba a intervenir. Cómo estaba interviniendo ya.

El reino de luto

Yaluc y Naadur habían estado acertados. No pasó mucho antes de que un grupo de guardias encabezados por Temuzén llegara a aquella ala de palacio en busca del Príncipe Heredero. Por fortuna, se dirigieron primero hacia los aposentos de Naadur, por lo que los tres tuvieron tiempo de entregar el niño a Dilmala para que lo ocultara.

Cuando estuvieron seguros de que nadie había visto a la loggia saliendo de aquellas estancias, ambos se dirigieron al encuentro de los recién llegados.

—Saludos, príncipes.— Temuzén dijo en tono formal al verlos.
—Me alegra ver que ambos os encontráis bien. Anoche se rumoreaba que tú Naadur habías perecido al intentar rescatar a tu esposa y tu hijo. Te vieron acudir hacia sus aposentos a pesar de estar herido, y también vieron a Yaluc seguirte.—

Por una vez, a Naadur le falló su ágil inteligencia, y se quedó parado a pesar de tener un plan. Por suerte para él, Yaluc no le iba a la zaga en cuanto a rapidez mental.

—Por desgracia, nada se pudo hacer. El fuego estaba ya demasiado extendido. Os pido disculpas por no haber regresado para ayudaros. Pero consideré más importante acompañar a mi hermano en su dolor. No me habría perdonado dejarle solo en estos momentos.— Yaluc dijo con toda naturalidad.

Naadur se sorprendió en un primer momento, pues había creído a su querido hermano incapaz de mentir. Sin embargo, al mirarle a los ojos, se dio cuenta de que en realidad, Yaluc no mentía del todo. En efecto, Naadur era presa de un gran dolor. No

sólo por la pérdida de su esposa, sino por la decisión que acababa de tomar de alejar a su hijo quien sabe por cuánto tiempo.

Estando él mismo aún bajo la impresión de la muerte de su propia esposa, a Temuzén no le resultó en absoluto inverosímil lo que acababa de oír. Además de que él no tenía razón alguna para pensar que no fuera la verdad. Bajó la vista mostrando lo afectado que estaba por lo sucedido aquella noche.

—Te doy mis condolencias Naadur. La pérdida que has sufrido es sumamente dolorosa. Yo lo sé bien. Los dioses han sido especialmente crueles contigo, pues al terminar de apagar el fuego, comprobamos que sólo había afectado a una parte del ala de las mujeres.—

—¿Hay más víctimas.?— Naadur consiguió preguntar.

—Tan sólo algunos niños asustados y con rasguños por la prisa en la huida del fuego. Pero todos ellos, incluyendo a la reina viuda, tu hija la princesa Nysbe, y tu esposa Yaluc, están bien. Fueron mantenidas en los jardines alejadas del fuego.—

—¿Y mi padre?—

—El rey también fue puesto a salvo. Los médicos han estado todo el tiempo a su lado.—

Naadur bajó la cabeza, completamente abrumado. Acababa de darse cuenta de que ahora le quedaba hacer lo más difícil. Tenía que anunciar ante su padre el rey, el resto de su familia, los solemnes invitados y el pueblo, la muerte de su esposa y su hijo y heredero.

Mientras Temuzén comunicaba a los príncipes el desenlace de aquella noche aciaga, en el jardín, la gente comenzaba a regresar al interior de palacio. De momento, sólo los hombres lo hicieron, pues el ala de las mujeres y los niños era la zona más afectada por el incendio. Y aunque sólo las alcobas más cercanas a la de

la princesa Numa habían sido destruidas, el lugar no parecía adecuado para que las mujeres y niños regresasen. Ésta era una de las misiones que llevaba Temuzén, preguntar a Naadur qué se debía hacer con las mujeres y los niños. Aunque el rey había estado en el jardín, no creyó oportuno molestarle con noticias perturbadoras mientras los médicos le atendían.

Al abandonar el jardín para ir al encuentro del príncipe sin estar demasiado seguro de cómo le encontraría, dejó a su hijo Ardates al mando del grupo de guardias encargados del cuidado de las mujeres y niños. El joven había resultado herido durante los combates en la explanada de pruebas, pero sus heridas no eran graves, y pudo ayudar a su padre a dirigir los trabajos para apagar el fuego.

Estaba cansado, y creyó que cuidar a un grupo de mujeres y niños le supondría un respiro, pero se equivocaba. Oyó un alboroto. Se acercó, y vio al grupo formado por su tía la reina Zodrim y sus primos los príncipes de Narvaly. Parecían en medio de una fuerte disputa. No tardó en ver que se trataba del pequeño Domunir, quien intentaba escabullirse de las fuertes manos de un robusto criado, que le sujetaba por orden de su madre.

—Ése no es el comportamiento apropiado de un príncipe valate, Domunir. Todos hemos de soportar sin protestas las incomodidades de esta noche.— Dijo, en un tono mucho menos solemne del que sus palabras sugerían, intentando calmar al niño. Después de la muerte de su hermana Uxyla, su madre se había sumido en la melancolía más profunda, y sus padres no habían engendrado más hijos. Conocía a Domunir y sus hermanos desde su nacimiento, y sus primos habían tomado el lugar de sus inexistentes hermanos en su corazón. Pero Domunir no estaba para bromas.

—Madre. Ordena a este hombre que me suelte.— El pequeño exigió. A esas horas, el susto de haber provocado el incendio ya se le había olvidado por completo. Nadie sospecharía de él. Por tanto, ya no le importaba.

—No, hasta que no me des tu palabra de que permanecerás aquí con nosotros.— La reina le respondió en un tono que no dejaba lugar a las dudas.

—¿Y a dónde podrías querer ir pequeño primo?— Ardates preguntó sonriente.

—He de encontrar a mi padre. Nadie quiere decirme nada ¿Y si ha muerto con los prisioneros?— Ardates alzó las cejas sorprendido por las palabras del niño.

—Ningún prisionero ha sufrido daños. El fuego ni siquiera se ha acercado a las mazmorras del palacio. En cuanto a tu padre, no tengo la menor idea de qué haya sido de él. Desde luego, no se encuentra entre los prisioneros. Si estuviera, yo lo sabría. Te lo aseguro.— La sonrisa había desaparecido del rostro del joven Cenwolf. Su mirada se había encontrado con la de Zodrim, y ambos habían compartido un silencioso deseo. Pero decidió alejarse, ya que sus primos eran aún demasiado niños para conocer el destino que él y su padre Temuzén tenían planeado para Menetir. Por desgracia, éste había escapado.

Naadur, manteniendo la compostura a pesar de su propio dolor, como le habían enseñado que debía hacer un príncipe, se dispuso a acometer lo más duro de su tarea del momento.

Primero, ordenó que se dispusieran algunos aposentos que no habían sido ocupados por los invitados para alojar a las mujeres y los niños mientras se hacía una evaluación de los daños de su ala. Por fortuna, aquel palacio era inmenso, y a pesar de que los nuevos aposentos estaban en un área que todavía se encontraba

en restauración, nadie protestó. Todo el mundo estaba aún bajo los efectos de la gran impresión causada por lo sucedido en las últimas horas.

Luego, Naadur se ocupó de comprobar el estado de sus familiares, empezando por su padre el rey. Convocó a todos en el gran salón del trono para el mediodía. Esperaba tener tiempo hasta entonces para ordenar sus pensamientos, además de intentar terminar de componer el plan de ocultación de su hijo con Yaluc y Dilmala.

La loggi le aseguró que nadie averiguaría que el pequeño príncipe no había perecido junto con su madre. Ella había ocultado al niño en sus aposentos privados. Como médico del príncipe y su familia, gozaba del privilegio de habitaciones para ella sola.

Dilmala había hablado ya con el pequeño Sikander. El niño sentía un gran afecto por Derina, de modo que hizo que su sobrina permaneciera junto a él. Intentó explicarle que era necesario que se alejara de su familia por algún tiempo. A veces, el niño parecía comprender mucho más allá que cualquiera de ellos. Pero, en otras ocasiones, Dilmala no podía evitar verle como lo que era, un niño pequeño. Quién sabe lo que realmente comprendía. Ella confiaba en que la Madre, siempre generosa con sus criaturas más frágiles, le permitiera permanecer en esa confortable inocencia de los niños. Aunque no estaba segura de que fuera así.

Tampoco pudo oponerse a los deseos de Naadur de despedirse de su hijo, mientras le confiaba a un destino incierto. No tenía corazón para impedirselo después de tanto como había perdido. Eso sí, le insistió mucho en que no actuara como si aquella despedida fuera para mucho tiempo. Aunque era muy posible que no volviera a ver a su hijo quién sabe hasta cuándo, era muy importante que el niño no se angustiara demasiado.

Naadur sorprendió a todos. No sólo aceptó las duras condiciones, sino que habló al niño con sorprendente calma. Le contó que debía emprender un largo viaje, tras el cual regresaría convertido en un príncipe mucho más fuerte. Le aseguró que aquello formaba parte de su educación como heredero. Una vez más, resultaba difícil saber hasta qué punto Sikander comprendía lo que le contaba su padre. Hasta que él también sorprendió a todos.

Extendió sus pequeños brazos pidiendo que Naadur le alzara. Cuando lo hizo, el pequeño le abrazó, y apoyó la cabeza en el fuerte hombro de su padre. Estuvo así un buen rato, sin que Naadur sintiera la necesidad de romper el abrazo. Entonces, su hijo le habló al oído:

—No tengas miedo.— Fue apenas un susurro. Pero Naadur estuvo seguro de que la voz que había escuchado era la de su difunta esposa, hablándole con dulzura, como siempre hiciera. Miró a su hijo, y el niño le devolvió una hermosa sonrisa. A continuación, entregó el príncipe a Yaluc.

—Te lo confío, hermano. Sé que guardarás su vida como has guardado la mía.— Y comenzó a salir. Entonces se detuvo, y miró a Dilmala. —¿Qué dios dijiste que era ése al que Menetir pretendía sacrificar a mi hijo?— Su voz sonaba sorprendentemente serena.

—No estoy muy segura, Naadur. El hombre de mi visión hablaba de tal modo que me costaba mucho entender lo que decía. Pero dijo un nombre... Bágor, creo.— Naadur hizo un gesto de resignación.

—No recuerdo haber oído nunca nombrar a tal dios ¿Y tú, Yaluc? Tú te criaste en un templo.— Yaluc negó con la cabeza.

—También se refirieron a él como dios oculto.— Dilmala se esforzaba en recordar, aunque su desconocimiento de los dioses

de otros pueblos era casi total. Sin embargo, estas palabras hicieron cambiar el semblante de Naadur. Un gesto de reconocimiento sustituyó al desconcierto de antes.

—La Bestia de Shimma ¡Maldita sea!— Ahora sí salió de aquellas habitaciones con el corazón encogido, pero con la seguridad de haber hecho lo correcto para proteger a su hijo, y con una nueva determinación. Dilmala miró a Yaluc inquisitiva, pero él sólo meneó la cabeza, y le hizo gestos indicando que ya se lo explicaría más tarde.

Llegada la hora, todos los que permanecían aún en palacio, acudieron al salón, en espera de lo que Naadur tuviera que decir. Zodrim se sentía decepcionada. Cuando acudió a aquella reunión, tenía la esperanza de concretar el compromiso matrimonial de su hija Zaner con el rey niño Tesimandro. Y más importante aún, poder convencer a Andamar de mantener el de Uthegal con la princesa Nysbe. Por supuesto, la súbita aparición de su exesposo lo había arruinado todo. Los acontecimientos en la explanada de los combates habían sido suficientemente graves. Pero ahora, además, las cosas podían empeorar tras el incendio. La ausencia en aquel salón de la princesa Numa era el indicativo más claro de que Naadur se disponía a dar muy malas noticias.

Naadur apenas había tenido tiempo de insinuar a su padre y su abuela el terrible desenlace de la princesa Numa y su hijo. Como ya imaginaba, ambos se habían llevado una profunda impresión. Esto, desde luego, no iba a contribuir en absoluto a mejorar el delicado estado de salud del rey. Pero, la reacción de su abuela le sorprendió más. Ella, que siempre había sido una mujer fuerte, una presencia formidable en su vida, parecía haber envejecido de golpe. A pesar de su mucha edad, hasta entonces su aspecto se había mantenido como el de una mujer mucho más joven. Incluso después de las graves heridas sufridas durante el

día anterior, su enorme energía no parecía haberse alterado. Sin embargo, cuando Naadur le dijo que Sikander se hallaba junto a su madre en el fatídico momento, Garpa pareció hundirse bajo un peso insoportable.

Curiosamente, Naadur encontró la mayor fortaleza para apoyarse en esos difíciles momentos en los hombros de quien menos lo esperaba, Nysbe. Su hija parecía haber adivinado las malas noticias antes de que él dijera nada. Y desde un principio, se mostró serena y madura. Era como si Garpa le hubiera pasado toda su energía a la princesita. Con ella a su lado, se presentó delante de los reunidos en el gran salón.

Las noticias fueron recibidas con auténtica conmoción. Yaluc, que se encontraba en la primera fila de asistentes junto a su esposa, notó cómo ésta se encogía al escuchar las noticias de la muerte de Numa y Sikander. La miró, y pudo ver cómo su rostro cambiaba a medida que diferentes emociones lo atravesaban. En un momento dado, la vio cubrirse la cara con las manos, y luego, instintivamente, buscar la suya. Como su naturaleza le impulsaba a ver siempre la bondad en todo y en todos, Yaluc decidió que Ory estaba fuertemente afectada por la noticia, y le apretó la mano con afecto. Por el momento, tenía bastante en qué pensar. Tras la marcha de Naadur de los aposentos de Dilmala, ésta le había convocado para más tarde, indicándole que era sumamente urgente que confeccionaran su plan para sacar a Sikander de palacio.

Naadur dio por terminadas todas las celebraciones de la coronación de su padre, y anunció que desde ese día, todo el reino de Kynán se hallaba de luto. Agradeció a los asistentes su presencia allí, y les ofreció todas las facilidades para que preparasen el regreso a sus respectivos reinos. También anunció que al día siguiente, tendrían lugar los funerales por su esposa e

hijo. Todos los presentes por unanimidad aseguraron que asistirían, y sólo emprenderían el regreso después de que Numa y Sikander hubieran sido convenientemente honrados.

La tristeza de un rey coronado

Durante todo aquel día, los criados de palacio se afanaron en limpiar lo mejor que pudieron las estancias destruidas por el incendio. Naadur había confiado a Yaluc y Dilmala la delicada tarea de sacar los restos calcinados de Numa de la alcoba sin que nadie se percatara de que el pequeño Sikander no se encontraba con ella.

Fue Dilmala en persona quien se encargó de envolver el cuerpo de la princesa en finas sedas bordadas con los emblemas de los Señores del Mundo. Junto con el menudo cuerpo de Numa, envolvió parte de los ropajes quemados del lecho, para que se viera el bulto de un tamaño más adecuado. Naadur le había asegurado que nadie osaría deshacer el envoltorio, y así fue.

Nadie puso en duda las palabras de Naadur cuando anunció compungido que su amada esposa y su pequeño hijo se encontraban demasiado desfigurados por el fuego como para que sus cuerpos se sometieran a la vista. Los valate eran sumamente supersticiosos, y siempre tenían prisa por deshacerse de los muertos, aunque éstos fueran miembros de la familia real. Uno nunca podía estar seguro de que sus espíritus no regresaran a cobrarse deudas con los vivos, y más cuando su muerte había sido tan inesperada y violenta.

De modo que tras las plegarias preceptivas de los sacerdotes valate para aplacar a los espíritus de los difuntos y convencerles de que se marcharan en paz, el envoltorio que supuestamente contenía los cuerpos de Numa y su hijo fue colocado sobre unas andas ceremoniales, y llevado frente a la entrada principal del palacio real de Shimma, donde sería incinerado.

Ya estaba preparada una vasija que contendría las cenizas mientras una mucho más fina y ornamentada era fabricada para la princesa y el malogrado heredero. Naadur fue el encargado de encender la pira, y para asombro de los presentes, se hizo acompañar por su hija Nysbe a la que llevaba de la mano. Ella fue la que portó la antorcha que la sacerdotisa de Arapagena le entregó hasta el pie de la pira, cuando se la pasó a su padre para que iniciara el fuego ceremonial.

Yaluc asistió con sincera tristeza. Ciertamente que él, Naadur y Dilmala sabían que el príncipe estaba a salvo, pero su dolor por la pérdida de Numa era sincero. Tenía un nudo en el estómago ante los acontecimientos que seguirían.

Cuando Dilmala le dijo que era urgente sacar al príncipe de allí, él propuso aprovechar las múltiples salidas que tendrían lugar después de los funerales. Entre tantos invitados abandonando Shimma, sería fácil pasar desapercibidos.

Dilmala estuvo de acuerdo. Comunicó a Yaluc que su plan era salir junto con Derina y el pequeño. Su excusa sería acompañar a su sobrina hasta su aldea, ya que los servicios de la muchacha dejarían de ser necesarios tras la muerte del príncipe. Para sacar al niño sin despertar sospechas, le ocultarían entre las ropas de Derina. Ella era una joven fuerte, y nadie notaría que su fardo de viaje pesaba más de lo normal. Era una idea brillante, y Yaluc deseó suerte a su amiga. Sin embargo, ella le había dicho.

—Yo sacaré a Sikander de la ciudad. Pero tú has de reunirme conmigo. Ambos debemos estar presentes para llevar a cabo lo necesario para ocultar al príncipe.—

—Tendré que pensar una buena excusa para ausentarme de Shimma. Espero que Naadur me ayude a pensar en algo que no despierte sospechas.—

—Hazlo, y procura darte prisa. No tenemos tiempo. Hemos de llevar a cabo el procedimiento antes de que ese espíritu maligno intente encontrar de nuevo al príncipe. Derina y yo te estaremos esperando pasada la puerta norte de la ciudad.—

—¿De cuánto tiempo crees que disponemos?— Preguntó Yaluc, cuya mente ya trabajaba activamente en un plan.

—No puedo decirlo. Sólo sé que cuando la visión que tuve suceda, ya será tarde.—

En el funeral, Ory tuvo un protagonismo inesperado. Los padres de la difunta Numa no habían viajado a Shimma, ya que no gozaban de buena salud para soportar el largo viaje. Y puesto que el Consejero de Guerra Damosén su padre y ella misma eran los únicos parientes de la princesa, ocuparon un lugar destacado junto al propio rey Andamar y el príncipe Naadur.

A Ory le costaba mantener la debida compostura. No es que no le afligiera la terrible muerte de Numa y el pequeño príncipe, claro que estaba afligida. Pero igual que le ocurriera cuando creyó muerto al niño junto al muro del palacio, no podía evitar pensar que ahora su esposo volvía a ser el único legítimo heredero de Naadur. Y si ella daba a luz a un varón, sería la madre del futuro Señor del Mundo. Esto era más de lo que jamás había soñado, y se lo debía a su matrimonio con Yaluc. De modo que, a pesar de todo, decidió que debía ser más atenta y afectuosa con su esposo, por muy peculiar y extravagante que éste fuera.

Muy diferentes eran los sentimientos de Andamar. Apenas se sentía con fuerzas para moverse, a pesar de que su herida no era grave, y había sido esmeradamente cuidado por los sabios médicos midummitas de palacio. Pero no podía dejar de pensar que una vez más, los dioses le castigaban. No hacía una semana que desfilaba por aquellas calles entre vítores y lleno de orgullo. Satisfecho porque contaba con tres herederos, y estaba a punto

de ser coronado Señor del Mundo. Así que, de nuevo los dioses castigaban su arrogancia, y le arrebataban su precioso nieto. No sólo eso, también habían hecho reaparecer a su mayor enemigo Menetir, quien a punto había estado de acabar con la vida de su hijo y la suya propia ¿Qué se suponía que debía hacer él ahora? ¿Cómo se congratiría de nuevo con los dioses?

—Hijo mío, creo que ambos hemos sido castigados por nuestra arrogancia. Yo estaba demasiado satisfecho de contar con un reino en paz y tres herederos, y los dioses me han recordado cuán frágiles son ambas cosas. Y tú, mi querido Naadur, has pretendido resucitar la pasada gloria de Midum, reconstruyendo su capital, y reviviendo antiguas ceremonias midummitas ¿No crees hijo, que el poderoso Nin se haya sentido ofendido por nuestro abandono?— Había dicho a su hijo, lamentándose.

—Padre. Tú sabes tan bien como yo que fue Menetir quien provocó los sucesos de estos días. Temuzén ya nos advirtió de su juramento de no detenerse hasta destruirnos. Era sólo cuestión de tiempo que abandonara su escondite, y reapareciera. Los dioses nada tienen que ver.— Fue la réplica de Naadur.

Sus planes eran interrogar a fondo a los prisioneros para conocer el escondite de Menetir, y acudir en su busca para hacerle pagar todos sus crímenes. También planeaba hacer destruir cualquier templo por pequeño que fuera dedicado al dios oculto. Como la mayoría de soldados él sólo conocía a este dios por las leyendas que corrían sobre la Bestia de Shimma, y las apuestas de los jóvenes para entrar en su abandonado y ruinoso templo.

Garpa se sentía incluso más destrozada que su hijo. Había creído las profecías que señalaban a su bisnieto como aquél que destruiría su mundo, y había llegado a convencerse de que ella conseguiría impedirlo. Y ahora, el niño había muerto ¿Acaso todo había sido una mentira? ¿Cómo podía haberse equivocado tanto?

Si las profecías eran ciertas, ya no había nadie que pudiera ser el anunciado. Ella era ya demasiado vieja como para poder asistir al nacimiento y desarrollo de otro príncipe capaz de sentarse en el trono y acabar con todo. Éste debía ser de su propia sangre. Las profecías eran muy claras. De modo que sólo quedaba la opción de que Naadur se desposara de nuevo y engendrara otro heredero. Pero ella tenía ya 68 años. Y se sentía tan cansada.

Resultó que a Yaluc le fue más fácil salir de Shimma sin tener que dar explicaciones de lo que había imaginado, pues Naadur decretó que debido al luto, todas las actividades que no fueran absolutamente imprescindibles quedaban suspendidas. Mucha gente, incluyendo nobles y grandes señores, abandonaron la ciudad camino de sus haciendas, ya que no había nada que hacer en la corte.

Así que nadie se sorprendió cuando Yaluc salió de Shimma por la puerta norte. Si alguno de los centinelas que guardaban la muralla se hubiera fijado, simplemente habría llegado a la conclusión de que el príncipe Yaluc viajaba hacia su señorío de Torres Blancas.

Pero los planes de Yaluc eran muy diferentes. Se encontró con Dilmala y Derina en un bosquecillo apartado del camino. Su amiga le había salido al paso, y le condujo al escondido lugar donde se hallaban Derina y el pequeño. Habían vestido al niño al modo loggi y le habían colocado un gorro midummita para ocultar todo lo posible sus rubios cabellos. No era fácil que alguien con el aspecto de Sikander pasase desapercibido. Pero las mujeres tenían la esperanza, y Yaluc estaba de acuerdo con ellas, de que nadie se fijaría en un niño loggi que viajaba con su madre y otra mujer claramente criadas del príncipe Yaluc.

—Si viajamos a pie, tardaremos por lo menos dos semanas en alcanzar el paso entre Midum y Kynán. Y desde allí, al menos tres

hasta llegar a la aldea de la montaña, si es que es allí donde pensáis llevar al príncipe. No puedo estar más agradecido a cómo me escondisteis a mí. Pero creo que Sikander será mucho más difícil de ocultar.— Yaluc empezó a decir. Dilmala le interrumpió.

—No es allí a dónde vamos. Y desde luego, no disponemos de tanto tiempo. Lo que hay que hacer, hemos de hacerlo enseguida. Esta misma noche. Supongo que traes los libros contigo.— Yaluc asintió. —Bien. Entonces, ya que tú y yo nos encontramos junto al príncipe, haremos un procedimiento de emergencia para mantenerle protegido hasta que podamos estar en el lugar adecuado, y hacer una ceremonia apropiada. Hemos de encontrar un lugar más escondido que éste, donde no podamos ser vistos ni molestados.—

—Yo iba a proponer que viajáramos por mar hasta pasar las montañas, y luego remontando el Río Verde, como hacen los campesinos para acudir al mercado en la Aldea del Roble Partido. Yo lo hice con Mores. De ese modo, acortaremos el viaje por lo menos en dos semanas. Pero no discutiré tus decisiones.—

—Tu idea es buena. Pero después de hacer lo que haremos esta noche, ya no tendremos tanta prisa. Y sinceramente, preferiría no volver a subir a un barco en mi vida.—

Caminaron durante horas. Yaluc había desmontado y llevaba a su caballo de las riendas. Al pasar el bosquecillo, llegaron a una zona de altas hierbas. Ése era el paisaje más habitual del sur de Midum. El sol estaba ya muy bajo, y el pequeño Sikander comenzaba a mostrar signos de cansancio. Yaluc le montó en su caballo, y el niño enseguida se echó sobre el amplio lomo del animal y se quedó dormido.

—Tenemos que encontrar un lugar seguro antes de que caiga la noche. No conozco esta zona, pero lo que sí sé es que por esta región abundan las ciénagas. No quisiera que acabásemos

atrapados en arenas movedizas por caminar en la oscuridad.—
Dijo Yaluc.

—No, a mí tampoco me gustaría. No parece que por aquí vayamos a encontrar ningún lugar más adecuado, y todos estamos cansados. Volvamos al bosquecillo. Lo haremos allí.—
Fue la réplica de Dilmala.

Entraron de nuevo entre los árboles. Allí la oscuridad ya era casi total. Pero Yaluc consideró que no era seguro encender fuego, ya que podría ser visto desde el camino. Por fortuna, todavía era verano, y las noches de Midum eran cálidas. Yaluc ató su caballo a un tronco delgado pero fuerte junto a unas rocas entre las cuales surgía un pequeño manantial. Se sentaron en una zona lo bastante seca. Yaluc había bajado al niño del caballo, y ahora lo llevaba en brazos.

Derina comenzó a sacar cosas de su fardo, algunas viandas y una lamparilla. Miró a su tía, y ésta asintió, pero dijo.

—Procura mantenerla entre nuestros cuerpos para que la luz no sea vista. Esta noche no habrá luna.—

—Dilmala. Antes de venir, volví a leer el pasaje donde se describe lo que vamos a hacer. Se mencionan algunos objetos.—
Yaluc empezó a decir- Dilmala le interrumpió de nuevo.

—Así es. No sólo objetos, sino otros preparativos que requieren tiempo. Pero no temas. Esta noche haremos una ceremonia provisional que mantendrá a Sikander oculto hasta que podamos hacer un ritual completo más adelante.—

—¿Pero de dónde sacaremos un talismán con la energía de la Madre?— Dilmala dedicó a su amigo una mirada llena de ternura. En esos momentos, le veía tal y como aquella tarde de verano en que le conoció, tan ingenuo y tan valiente. Con un gesto delicado,

estiró la mano, y rozó con la punta de los dedos el colgante que Yaluc llevaba al cuello.

Él miró la mano de Dilmala, y tocó la figurita tallada algo desconcertado. Los dedos de ambos se rozaron, y por una vez, Dilmala no eludió el contacto. Siempre le asaltaba el temor de experimentar alguna visión dónde contemplara a su amado Yaluc sufriendo alguna horrible desgracia. Pero el deseo de tocarle, aunque fuera brevemente, se impuso a sus temores.

—A veces, llego a olvidarme de que la llevo. Durante una batalla, me la arrancaron del cuello. Recorrí el lugar concienzudamente hasta que la encontré. El cordón estaba roto, y tuve que ponerle uno nuevo. Es extraño. El tiempo que estuve sin ella me sentí perdido. Sé que no es más que una talla de madera. Pero siento como si al tenerla, Zesera estuviera conmigo.— No era habitual que Yaluc expresara tan abiertamente sus sentimientos íntimos. Dilmala lo sabía, y por eso valoró más aquellas palabras.

—Ella te la entregó para eso, Yaluc, para protegerte. Se sentía obligada a ello, ya que estuvo presente en tu nacimiento, y conocía tu complicado destino. — Yaluc hizo un gesto de divertida incredulidad.

—¿Me estás diciendo que este colgante tiene verdaderos poderes mágicos? ¿Que lo que me hace sentir no es sólo mi añoranza de la única mujer que fue como una madre para mí?—

—Zesera llevó ese colgante durante años. Está impregnado de su energía, la que ella recibía directamente de la Madre. Pero ese humilde colgante se ha vuelto inmensamente más poderoso desde que tú lo llevas, porque la Madre te eligió. Ella actúa a través de ti. Te habla, y tú la escuchas.— Yaluc se sintió fascinado por los oscuros ojos de Dilmala fijos en él. La mirada de la mujer era enigmática, como si estuviera esperando algo. Yaluc sintió el

deseo de cerrar los ojos y escuchar, tal y como Zesera le decía siempre. Así lo hizo.

Dilmala se permitió el placer de contemplar el rostro del que amaba, a la escasa luz de la lamparilla. Al cabo de un rato, él abrió los ojos, y Dilmala lamentó que no dispusieran de más luz para poder disfrutar de su hermoso color, el color del mar. Yaluc sonrió. Y su rostro se iluminó con aquella hermosa sonrisa como cuando era un niño. Con cuidado, se sacó el colgante, y se lo entregó a Dilmala.

—¿Servirá?— Preguntó apenas en un susurro.

—No creo que pudiéramos encontrar un objeto mejor.—

La rebeldía de un rey sin corona

La escena que Dilmala había contemplado en su visión tuvo lugar tres días después de los acontecimientos de la explanada de pruebas. Menetir había logrado escapar con la ayuda de Mordek y sus mercenarios midummitas. Pero no había sido nada fácil.

Aprovecharon el tumulto para abandonar el escenario de los desafíos mientras Naadur, herido, desfallecía temporalmente. Mordek consiguió convencer a Menetir para que escapara en lugar de permanecer allí intentando acabar con la vida del heredero. Si lo hubiera hecho, habría terminado prisionero o muerto, como muchos de los atacantes.

Junto con Mordek se abrió paso a golpe de espada hasta el puerto de Shimma, donde partidarios suyos esperaban ocultos con un bote para conducirlos hasta la nave de Albisos fondeada fuera del puerto y lejos del alcance de las flechas de los defensores de Shimma.

Una vez en el puerto, tuvieron que esperar a los hombres encargados de secuestrar al pequeño príncipe. Desde allí contemplaron el resplandor que iluminó el cielo de la ciudad, aunque sin darle mayor importancia. Estaban demasiado preocupados eliminando soldados de Naadur que pretendían atraparlos, y demasiado impacientes por la tardanza del grupo que debía llevar al niño. Al fin, ya anochecido, unos pocos de aquellos alcanzaron el puerto, revelando lo ocurrido junto al muro de palacio. Menetir y Mordek en esos momentos sólo se preocuparon de escapar furiosos porque la misión hubiera fracasado.

Una vez alcanzaron el barco que les esperaba, la travesía hasta Albisos se vio dificultada, y duró más de lo habitual. Sufrieron todo el tiempo vientos adversos que a punto estuvieron de enviar la nave a pique.

Por tanto, habían pasado tres días desde lo ocurrido cuando Menetir compareció ante el Sumo Sacerdote de Bágor el Glorioso sólo para relatarle su fracaso. A pesar de todo, con sus súplicas y promesas de servir al dios incluso por encima de sus propios intereses como Dilmala había contemplado, logró que el templo continuara confiando en él y apoyándole. De momento, tanto él como Mordek estaban indecisos acerca de lo que realmente había ocurrido al pie del muro del palacio real de Shimma. Menetir no sabía qué pensar, y Mordek se inclinaba más por la idea de que sus hombres perdieron el conocimiento más por puro terror y sorpresa ante la luz que porque ésta tuviera un poder verdadero para dañarlos.

Sin embargo, el alivio de Menetir por seguir contando con el apoyo del templo y los nobles de Albisos duró poco. Apenas una semana después de su regreso a la isla, llegaron noticias de Shimma traídas por los espías del rey de Albisos. Éstos relataron los acontecimientos ocurridos después de la batalla campal. Narraron el incendio del palacio y su nefasto resultado. Habían asistido a los funerales reales, y lo contaron todo fielmente a su rey.

Cuando Mordek se lo comunicó a Menetir, éste se sintió devastado al ver arruinada su oportunidad de ir en contra del Usurpador. Sin duda, el deseo del templo de Bágor de sacrificar al pequeño Sikander había sido su mejor baza. No sólo se libraría de un rival poderoso según le contara la sacerdotisa de Hittowa, aunque él no acababa de comprender cómo aquel niño podía ser su rival en nada, sino que contaría con la benevolencia de un dios,

lo que nunca está de más. Pero no tardó en reaccionar, y sobreponiéndose a su decepción inicial, dijo a Mordek.

—Esto me huele a estratagema de Naadur para engañarnos, y poner a su hijo a salvo.—

—¿Qué te hace pensar eso? Hubo un funeral. El reino guarda luto por la princesa y su hijo el heredero ¿Por qué Naadur iba a mentir sobre la muerte de su propio hijo?— Mordek preguntó extrañado. Aunque se guardaba muy bien de demostrarlo, empezaba a dudar de la cordura de Menetir.

—Tú no le conoces como yo. Esto es algo muy propio de mi primo. Él siempre ha sido astuto y retorcido, capaz de imaginar las estratagemas más inverosímiles para engañar al enemigo. Y créeme, yo soy su peor enemigo, al que con mayor placer querría engañar. Podría relatarte más de una de sus ideas que sufrí durante los entrenamientos militares en Kynán. Y por entonces, él no era más que un mocososo.— El rencor y genuino resentimiento en las palabras de Menetir convencieron a Mordek de que tal vez había subestimado al otro hombre, poniendo en duda su salud mental.

—Entonces, tu opinión es que el príncipe no está realmente muerto.—

—Fíjate bien. Los espías cuentan que nadie vio el cuerpo del niño durante los funerales como es de rigor entre los valate, mucho más en la familia real. Lo que yo digo es que Naadur quiere hacernos creer que su hijo ha muerto para que dejemos de intentar acabar con su vida. Quien sabe dónde lo habrá escondido. Pero desde este momento te juro que removeré cielo y tierra para encontrar a ese crío. Cuanto más se empeñe Naadur en ocultarlo, con más ahínco yo lo buscaré. Y no me detendré hasta ponerle en manos del sacerdote del Glorioso.—

—No te preocupes, Menetir. Si lo que dices es cierto, y el príncipe sigue vivo, El Glorioso lo encontrará. Nadie puede ocultarse de Él. Del mismo modo que llegó hasta su cuna, le alcanzará allí donde se encuentre.— Menetir miró al otro hombre con incredulidad.

—Pero cuando le atacó en su cuna, era fácil encontrarle. Todos sabían que estaría en el palacio de Taros ¿Cómo le hallará ahora que no tenemos la menor idea de dónde lo ha escondido su padre?— Mordek le devolvió una mirada condescendiente.

—Pudo encontrarte a ti siempre que quiso ¿no?— A Menetir le recorrió el cuerpo un escalofrío. Era cierto. Aquel maldito wasmun se le presentó en Shimma, en su celda del Palacio de las Nubes o incluso en los bosques de Hittowa.

Mordek se comprometió a hacer llegar a los sacerdotes de Bágór la sospecha de Menetir. No tenía ninguna duda de que si Sikander seguía vivo, no importa donde se escondiese, Bágór el Glorioso le encontraría. Entonces, sólo tendrían que elaborar un nuevo plan para atraparle y traerle al templo.

Más malas noticias siguieron llegando desde Midum. Naadur había ordenado destruir todo templo del dios oculto que hubiera en sus reinos, y apresar y juzgar por alta traición a todos los sacerdotes, sacerdotisas y cualquier tipo de servidores del dios. Naturalmente todo culto a éste quedó completamente prohibido en Kynán.

Normalmente, una orden así sólo podría haberla dado el propio rey. Pero Andamar seguía sumido en la melancolía, y no se opuso a las intenciones de su hijo. Ni siquiera pareció molestarle esa usurpación de sus privilegios de rey. Sólo podía pensar en cómo

restauraría la buena voluntad de los dioses de los valate que sin duda, debían de estar furiosos con él por haberlos sustituido.

En cuanto terminaron los funerales, expresó a su hijo su deseo de regresar a Taros. Su intención había sido llevar consigo las cenizas de la princesa y el heredero para depositarlas junto con sus antepasados los miembros de la familia real de Kynán, en el Palacio de las Nubes.

Sin embargo, Naadur se negó. Seguía obstinado en convertir Shimma en su capital y restaurar toda la antigua gloria del legendario reino de Midum. Intentó convencer a su padre de que permaneciera en Shimma, al menos hasta que estuviera completamente recuperado de sus heridas. Pero aceptó con pesar la marcha del rey.

Garpa tampoco quiso acompañar a su hijo de regreso a Taros. Si al principio se había sentido completamente abrumada por la muerte de Sikander, que ponía en duda todo en lo que hasta entonces había creído, no tardó en recuperar su clásica energía. Se dio cuenta de que continuaba siendo necesaria para mantener a salvo su amado reino. Estaba claro que Naadur debería buscar una nueva esposa en cuanto pasara el luto. Ella no pensaba dejarle decidir solo un asunto tan delicado. Si iba a vivir para ver crecer a un nuevo heredero o no sólo los dioses lo sabían. Pero desde luego, ella tenía muy claro que lejos en Taros, no podría influir de modo efectivo en su nieto.

Sus lesiones habían sido graves. A pesar de las sabias atenciones de la loggi Dilmala y los médicos midummitas, había quedado muy claro que no podría volver a ponerse en pie, ni mucho menos caminar. Pero no estaba dispuesta a dejar que eso la detuviera. Tenía demasiadas cosas que hacer. No sólo debía preocuparse de buscar una nueva esposa adecuada para su nieto, sino también hacer valer su opinión en quien se desposaría

con la princesa Nysbe, la cual, constituía un partido demasiado apetecible como para cometer errores.

Después del desconcierto y la tristeza que le había producido la inesperada muerte de su bisnieto, comenzaba a ser la Garpa de siempre. De nuevo se sentía útil y necesaria. Estaba muy claro que en aquel palacio hacía falta una mujer que se ocupara de todos aquellos sutiles detalles a los que los hombres no solían prestar atención. La princesa Nysbe era demasiado joven, y no tardando mucho se alejaría para vivir con su esposo, y desde luego, Garpa seguía sin confiar en Ory.

Comunicó a su hijo que no regresaría con él. De modo que Andamar partió solo y sumido en la tristeza hacia Taros. Naadur se alegraba en el fondo de que su abuela no se marchara. Conocía, claro, sus ideas acerca de la conveniencia de que se desposara de nuevo. Ella aún no le había dicho nada, respetando su luto, pero Naadur la conocía demasiado bien.

Contando incluso con sus injerencias en sus decisiones personales, le alegraba contar con su energía, decisión y sabiduría. A Nysbe le vendría bien contar con una mujer de la realeza que le enseñara a ser una verdadera princesa valate. Por eso, hizo llamar a dos fornidos y corpulentos criados para que llevaran a Garpa donde quiera que ella quisiera ir en el palacio, y le regaló un bonito palanquín, adornado con los más bellos bordados midummitas manejado por cuatro porteadores expertos, que la trasladarían por las calles.

Después de los primeros días, a Naadur le fue resultando más fácil simular que su hijo estaba realmente muerto como su madre. Tenía suficientes distracciones mientras esperaba impaciente el regreso de Yaluc. Empezó por interrogar a los prisioneros hasta averiguar que Menetir había estado todo ese tiempo escondido en Albisos, y allí seguía.

Se le planteaba un dilema. Su deseo era lanzarse sobre aquel reino traidor, atrapar a Menetir, y hacerle pagar todos sus crímenes. Pero Albisos era un reino muy importante, que siempre se había mantenido independiente y aliado de Kynán. El rey actual Bag-Doser se había proclamado partidario de Domusal, y por eso prestaba asilo a su hijo. Pero sus espías le informaban de que el rey no gozaba de buena salud. Todos creían que no duraría ya mucho, y su hijo el heredero era partidario de Andamar. Es más, el príncipe había hecho prácticas en su tierna juventud en el ejército de Kynán, y Naadur tenía con él una cercana y cordial relación. Él siempre había obrado con astucia. No podía dejar ahora que su impaciencia provocara una innecesaria y costosa guerra con Albisos, cuando muy pronto, su amigo se sentaría en el trono, y le entregaría a Menetir en bandeja de plata.

Mientras, en Albisos, Mordek había acudido al templo como le prometió a Menetir. No le costó convencer al Sumo Sacerdote de aquella historia del engaño de Naadur. Ningún sacerdote que piensa que el dios al que sirve es el más poderoso de todos está dispuesto a aceptar que un simple príncipe le ha engañado. Por tanto, el Sumo Sacerdote convocó a la más eficaz de las wasmunas que habitaban Albisos. Hubo que esperar porque la mujer vivía en otra isla.

Cuando llegó, el sacerdote le explicó que necesitaban averiguar el paradero del príncipe Sikander. Menetir fue invitado en aquella ocasión. Sin duda, los servidores de Bágor pretendían demostrarle una vez más su poder. El valate asistió asombrado a cómo aquella mujer sumamente menuda y de edad indeterminada, realizaba una extraña danza pronunciando palabras incomprensibles para él.

Mordek le explicó que la wasmuna se estaba comunicando directamente con el dios, y éste respondería a su petición de encontrar al príncipe. Después de muchos gritos, letanías incomprensibles y numerosas vueltas sobre sí misma, la mujer cayó al suelo, y quedó en silencio. Menetir contuvo la respiración. Pasaron los minutos, y él habría jurado que la mujer estaba muerta. Pero al fin, se levantó, como si alguien la hubiera empujado desde el suelo. Se lanzó hacia el Sumo Sacerdote, y le habló con ojos desorbitados. Menetir maldijo su desconocimiento de la lengua midummita. Pero vio cómo los rostros del sacerdote y Mordek se transformaban al oír lo que decía la mujer. Entonces, el sacerdote se volvió hacia él con violencia. Y golpeándole con su vara, le gritaba:

—¡Fuera de aquí, y no vuelvas jamás a poner un pie en este templo!— Completamente desconcertado, intentó preguntar qué pasaba. Pero Mordek le empujaba ya fuera del templo. Una vez salieron al exterior, con la cara todavía desencajada, le dijo.

—Por El Glorioso, Menetir ¿Qué clase de dios es ese niño? El mismísimo Bágor le ha buscado, y no se halla entre los vivos ni entre los muertos.—

Memoria de un pasado lejano

El grupo de Yaluc tardó más de dos semanas en atravesar las montañas que separaban Midum de Kynán. Dilmala le aseguró que ya no tenían prisa, por lo que pudieron trasladarse con toda la discreción que les fue posible para no llamar la atención de los viajeros que se cruzaban en su camino, ni de los guardianes de los pasos fronterizos.

Decidieron utilizar el ancestral camino que pasaba por Narvaly. Era el más cómodo y seguro. La comitiva formada por la reina y sus hijos había utilizado ya esa ruta de regreso de Shimma, y muchos nobles y señores la siguieron al no poder quedarse en la capital por el luto. Por tanto, el camino estaba bastante transitado, y nadie se fijó demasiado en un grupo más de viajeros. Los emblemas que Yaluc lucía en sus vestiduras y en los arreos de su caballo dejaban bien a las claras su pertenencia a la familia real de Kynán, por lo que nadie sería tan necio de importunarlos. Eso le tranquilizaba, aunque la verdad, habían camuflado al pequeño príncipe con bastante éxito.

La mayor parte del tiempo Yaluc iba sobre su caballo al paso y las mujeres le seguían a pie. El niño también caminaba junto a ellas, hasta que se cansaba. Entonces, ellas se turnaban en cargárselo a la espalda al modo de las madres loggi. Pero cuando transitaban tramos del camino más solitarios, sobre todo después de atravesar los pasos de Narvaly, y entrar ya en Kynán, Yaluc desmontaba y subía al pequeño a lomos del caballo. A veces, también Derina montaba junto con el niño. Pero, por más que lo intentó, Yaluc no consiguió convencer a Dilmala para montar a caballo.

Ella se había mostrado esquiva a la hora de revelarle su destino.

—No podemos ir a la aldea de la montaña, Yaluc. Ya no es segura como antes. Ha crecido mucho. Hay mucha gente desconocida. Ahora ya es una aldea grande, y se llama Hogar de Mores.— A Yaluc le complació mucho enterarse de que el pequeño Mores, que ya era un hombre con compañera y padre de un hijo, hubiera alcanzado un puesto tan prominente en su comunidad.

Pero eso sólo contribuía a que diera más vueltas en la cabeza intentando averiguar hacia donde les conduciría Dilmala. Sobre todo cuando iba a lomos de su caballo y le resultaba más difícil mantener una conversación con las mujeres abajo en el suelo, se dedicaba a profundas meditaciones. Y no ocupaban poco espacio las que dedicaba a lo ocurrido en el bosquecillo cerca de Shimma.

La ceremonia, como Dilmala la había llamado, fue muy simple, y a la vez produjo un profundo impacto en Yaluc. En cuanto él se quitó el colgante con la figurita de madera, se lo entregó a Dilmala. Ella sin embargo, le tomó de las manos indicándole que debía ser él quien se lo colocara al cuello al príncipe. Así lo hizo. El niño no apartaba sus asombrosos ojos de él. Entonces, mientras todavía sus manos estaban sosteniendo el humilde cordón de cuero, Dilmala las cubrió con las suyas. Yaluc la miró.

—No, Yaluc, sigue mirando a Sikander. No apartes tus ojos de los suyos.— Yaluc obedeció. En ese momento, no le quedó la menor duda de que el pequeño comprendía todo lo que estaba sucediendo. Dilmala comenzó a cantar aquella canción que Yaluc anotara en sus libros.

Zesera le había dicho las palabras de la canción en lengua valate que era la que él conocía. De modo que sabía cuáles eran aquellas palabras. Invocaban a todos los espíritus que habitaban

el mundo y respetaban a la Madre, los que alguna vez habían habitado en criaturas vivas y los que siempre habían sido espíritus. En aquel cántico ancestral se les pedía en nombre de la Madre que les había dado vida a todos, que reunieran su energía y la sumasen a la de Yaluc para formar un escudo que hiciera a Sikander invisible a todo espíritu maligno.

Por supuesto, Dilmala cantaba en la antigua lengua loggi, que ya casi nadie entendía ni hablaba. Tampoco ella. Ésta era una de las muchas canciones que había memorizado desde niña. En este caso, no la aprendió de su madre sino de la propia Zesera. Al oír la melodiosa voz de Dilmala, Yaluc recordó aquella tarde en la choza del claro del bosque cuando la escuchó por primera vez. Y aunque en esta ocasión sí conocía las palabras, le produjo una emoción parecida a la de entonces. Pero hubo algo diferente esta vez.

Mientras miraba fijamente a los ojos azules del príncipe, sintió un extraño vértigo. Y como ya le sucediera cuando entró en la Cueva de los Niños, tuvo la aguda sensación de que él ya había hecho eso mismo antes.

Dilmala no estaba muy segura de hasta qué punto Yaluc se había dado cuenta de lo que le sucedía. Tenía sus dudas, aunque estaba completamente segura de que tanto las de ella como las de él habrían desaparecido por completo cuando regresaran de aquel viaje. Por el momento, no sabía si Yaluc se había percatado de haber acompañado su canto. Seguramente no, porque vio cómo se sumía en un trance que no sabía aún controlar. Ya habría tiempo de que lo descubriera todo.

Según avanzaban hacia el norte, Yaluc intentaba deducir su lugar de destino. Él conocía bastante bien esta parte de Kynán. Había sido la que más a menudo recorriera con Mores. No se le

ocurría ningún lugar de los que había visitado que pudiera ser más seguro que la aldea donde él mismo fue escondido años atrás.

—Aun a riesgo de que me acuses de ser demasiado impaciente, no paro de intentar averiguar hacia dónde vamos. Pensé que quizá tomaríamos la dirección de las recónditas regiones del este. Pero al parecer, no nos desviamos del camino que nos lleva directamente a la Aldea del Roble Partido. Conozco todos los asentamientos grandes y pequeños de loggi en esta región, y no sé de ninguno donde Sikander pudiera estar a salvo de la curiosidad de desconocidos.— Ella le miró con aquel gesto burlón que él tanto recordaba de cuando se conocieron.

—Sí, estoy familiarizada con las andanzas del Sabio Errante Cabeza de Fuego. Oí hablar de ti en muchos de los asentamientos que yo recorrí narrando a la gente las fechorías de Menetir. Es verdad que conoces todos los asentamientos de esta región donde viven loggi. Pero el asentamiento a donde vamos nunca lo visitaste, porque allí no vive nadie desde hace muchas generaciones.— Estas palabras sólo sirvieron para agudizar aún más la curiosidad de Yaluc. Pero ella, sin dejar de sonreírle con dulzura, se negó a revelarle nada más hasta que estuvieran llegando.

Por mucho que él habría querido insistirle, no tardó en apartar por el momento sus preguntas sobre el lugar a donde iban, porque otros sucesos llamaron su atención. Él había oído, claro, todas las leyendas que corrían ya sobre el pequeño Sikander. Sabía por Dilmala que él era el anunciado por las profecías, y también ella le había relatado lo ocurrido detrás del muro del palacio de Shimma. Aún así, Yaluc no había empezado a considerar a aquel niño realmente extraordinario hasta que pasó algunas semanas con él durante aquel viaje.

Además de comportarse como si comprendiera todo lo que le rodeaba con mayor agudeza incluso que los adultos, Sikander protagonizó algunos episodios más que extraordinarios. La mayor parte del tiempo se comportaba como cualquier niño. Era de carácter alegre y muy afectuoso. Yaluc contempló con ternura su estrecha relación con Derina. Estaba claro que el niño la consideraba la sustituta de la madre que había perdido, y ella correspondía completamente a los sentimientos del pequeño.

Pero además de ser un niño alegre e inquieto, que aprovechaba cualquier ocasión para corretear, Yaluc se dio cuenta de que su curiosidad hacia todo era insaciable. A sus tres años, ya hablaba con absoluta corrección y soltura, y no paraba de hacer preguntas. Eso hizo que Yaluc se sintiera inmediatamente unido a él. El niño tenía el precioso rostro de su amado Naadur, pero su carácter y comportamiento eran casi calcados a los del propio Yaluc. Él, Dilmala y Derina apenas tenían tiempo de responder a sus miles de preguntas cuando el niño tenía ya muchas más.

No parecía sentir el menor temor hacia los animales grandes o pequeños. Más bien, parecía sentir una inmensa felicidad cada vez que alguno se le acercaba. Y eso fue lo que más impactó a Yaluc. Primero, ver que las aves, incluso los pequeños pajarillos que levantaban el vuelo en cuanto alguien se les acercaba, venían a posarse sobre la cabeza, los hombros o las manos de Sikander, quien reía lleno de gozo. Y no eran sólo los pájaros. Sikander corría encantado hacia cualquier animal: conejos, cervatillos, cabras,, pero también jabalíes, zorros... Incluso un gran oso negro que dio a Yaluc un susto de muerte, pero que lamió dócil, miel de las manos del niño ¡Y hasta lobos! Una tarde, ya casi oscurecido, Yaluc contempló atónito cómo Sikander caminaba tranquilo hacia unos matorrales. No escuchó las advertencias del hombre, que había escuchado sonidos que hacían sospechar la

presencia de algún gran animal. Un par de lobos grises se acercaron al niño, y se echaron a su lado mansamente, mientras él les hablaba bajito.

—No debería sorprenderte tanto, Yaluc.— Dilmala le dijo con voz amable. —La Madre ha elegido a Sikander para obrar a través de él. Está en total armonía con Ella. Las criaturas de la Madre la reconocen en él.—

—Pero según las profecías y tus propias visiones, él provocará el fin de todo lo que conocemos. He de reconocer que me cuesta creer que se me haya encomendado guardar a quien nos ha de destruir.— Dilmala le apretó el brazo con afecto.

—La Madre también te eligió a ti. Tus constantes dudas demuestran que eres digno de ello. Tú nunca obrarás atolondradamente. Cuando llegue el momento sabrás lo que hay que hacer, igual que lo has hecho hasta ahora. Pero me entristece verte sufrir. Por eso, sólo te haré esta pregunta. Tú que has anotado cuidadosamente todo lo que los loggi sabemos de La Madre, y conoces como nosotros su amor por todas las criaturas ¿De verdad piensas que actuará a través de Sikander para destruirlas?—

Antes de alcanzar la Aldea Del Roble Partido, se desviaron por un camino que se internaba en el bosque hasta convertirse en poco más que una vereda. Incluso después de haber recorrido Kynán de norte a sur en sus viajes con Mores, y de haberse internado en muchos bosques, a Yaluc le costaba seguir aquella vereda apenas insinuada.

Pero por aquella zona abundaban las colinas rocosas como aquella que dominaba la Aldea del Roble Partido, y en la que se hallaba la Cueva de los Niños. Al subir a las faldas de una de aquellas colinas, se tenía una excelente visión de la región que les rodeaba, y a lo lejos mirando al norte, Yaluc reconoció el Gran

Pico Nevado, el mismo que le guiara en su primera incursión en el bosque cuando tenía apenas 12 años. Miró a Dilmala, y ella le sonrió, interpretando correctamente sus pensamientos.

—Ya suponía que esta zona te resultaría conocida. Estamos cerca del claro del bosque donde estaba el campamento de Las Hijas de Prakhana al que te llevé el día que nos conocimos.—

—¿Es allí a donde vamos?—

—Cerca. Ya te he dicho que es un asentamiento muy antiguo que lleva mucho tiempo sin ser habitado. Era uno de esos lugares donde los Guías de la Gente se sentaban en el Círculo.— Yaluc alzó las cejas. Su curiosidad de pronto se apoderaba de él. Zesera le había hablado de aquellas reuniones de los Guías de la Gente de los diversos grupos de loggi, cuando se reunían en verano en los viejos tiempos. Los Guías las llamaban “sentarse en el Círculo”, y en ellas intercambiaban su sabiduría y experiencias, a la vez que trataban los asuntos de los grupos e intentaban solucionar cualquier tipo de conflicto o problema que pudiera surgir.

—Cuánto me habría gustado poder asistir a uno de aquellos encuentros.— Yaluc dijo en tono nostálgico. —Supongo entonces que será un lugar muy especial.—

—El más indicado para que Sikander se refugie mientras ha de permanecer fuera del alcance de los espíritus malignos que desean destruirle.—

Invierno de esperanzas

Para cuando Naadur vio al fin regresar a Yaluc, prácticamente le había consumido la impaciencia. Desde luego, su amigo en ningún momento le había especificado cuánto tiempo les llevaría a él y Dilmala ocultar convenientemente al príncipe Sikander. Se alegró tanto de verle de nuevo que en un primer momento no se percató de que Yaluc regresaba solo.

—No puedo esperar a que me lo cuentes todo.— Dijo impaciente, mientras abrazaba a Yaluc para darle la bienvenida.

—Por desgracia no puedo contarte mucho, Naadur. Estoy obligado a mantener en secreto todas las acciones encaminadas a proporcionar un seguro camuflaje a tu hijo. No se trata de desconfianza hacia ti. Es que no estoy autorizado a revelar secretos que los loggi han guardado durante generaciones. Si me lo preguntas, todavía estoy asimilando el hecho de que me hayan elegido para conocerlos sin ser uno de ellos.— Yaluc dijo muy serio. Naadur se dio cuenta entonces de que algo parecía diferente en el grandullón. No sabría decir bien qué era, pero estaba claro que su amigo no era el mismo hombre que salió de Shimma al final del verano.

—¿Puedo al menos saber en qué condiciones se halla mi hijo?— Naadur preguntó visiblemente molesto. Yaluc le miró con su característico gesto amable.

—Lamento mucho que estés molesto. Ya te digo que no tiene que ver contigo. Pero sí puedo asegurarte que tu hijo se encuentra bien cuidado y seguro.—

Por supuesto, Naadur no se equivocaba respecto a su amigo. Yaluc ya no era, ni volvería a ser el mismo después de aquel viaje.

Con su habitual paciencia, aplacó el mal humor de Naadur al enterarse de que Dilmala no regresaría al menos de momento a Shimma. Le aseguró que ella en persona se estaba encargando de acompañar y cuidar al niño y a Derina. De momento, sólo estaban ellas dos, pero Dilmala había mandado a buscar gente de su plena confianza. Para ello, el propio Yaluc había pasado al regreso por la Aldea del Roble Partido, y entregado el mensaje de Dilmala a una pareja de ancianos que vivían allí. Dilmala le había dicho que ellos venían de una aldea muy remota al sur, la aldea natal de Zesera que Yaluc nunca había llegado a visitar. El anciano era pariente de la Hija Mayor. Él y su compañera sabrían qué hacer y a quién llamar, Dilmala le dijo.

Después Yaluc tuvo todo el largo camino de regreso a Shimma para meditar sobre lo vivido en aquel remoto claro del bosque donde habían llevado a Sikander.

Tal y como le dijo Dilmala, el lugar estaba desierto y abandonado. En su día debía de haber sido un campamento de buen tamaño. Yaluc no pudo evitar recordar las reuniones de verano que Zesera le narrase. Ella había asistido todavía a alguna cuando era una niña. Eran ocasiones de especial alegría y celebración para los loggi. Le invadió la nostalgia de aquella vida sencilla y alegre como si él hubiera sido uno de ellos.

En el claro, se mantenían aún en pie un par de chozas. Dilmala le aseguró que arreglarían y acondicionarían una de ellas para vivir confortablemente. De momento, eso bastaba, pues sólo eran ellas dos y el niño. La principal razón que Dilmala le dio para quedarse fue precisamente ésa. No tenía ninguna duda de la capacidad de Derina para cuidar del príncipe. Pero su sobrina se había criado ya en una aldea, y a pesar de lo que ella le había enseñado sobre su cultura, la joven no sabía cómo sobrevivir al

modo tradicional. Ni siquiera sabía cómo pescar en el río o cazar pequeños animales con la honda para tener qué comer.

Con todo, a Yaluc le resultó aquel lugar fascinante, a pesar de su abandono. Desde que pusieron el pie en el claro, sintió que allí había algo, una energía que no sabía cómo definir. Y nuevamente, le invadió aquella sorprendente sensación de conocerlo, de haber estado ya allí cuando estaba completamente seguro de que jamás había visitado aquel lugar.

Dilmala todo el tiempo le miraba con aquella sonrisilla suya, como cuando se conocieron. Le seguía sin decir nada mientras él exploraba encantado cada rincón de aquel fascinante lugar. Cuando él la miraba inquisitivo ante algún vestigio, ella asentía y ensanchaba su sonrisa. Yaluc encontró abundantes restos dejados por las gentes que se reunieron allí. Su innata curiosidad e instinto explorador le hacían entusiasmarse, aunque sólo fueran cosas cotidianas. Hasta que penetró por el hueco que dejaban un montón de ramas y hojas que alguna vez debió de ser una choza especialmente grande. Y en cuanto estuvo allí dentro, le asaltaron visiones como aquellas que solía experimentar cuando tomaba su mezcla de raíces, o en algunos de sus sueños.

Se vio rodeado de gente. Los oía hablar, cantar y reír. Para su gran asombro, comprendía lo que decían, aunque no tuvo ninguna duda de que aquéllas eran las personas que muchas generaciones atrás se reunían en aquel lugar. Se sintió terriblemente abrumado al darse cuenta de ello, y por poco se le para el corazón al notar que alguien le tomaba de la mano. Salió del trance para encontrarse con la comprensiva mirada de Dilmala. Ella respondió a su silenciosa pregunta.

—Cada vez se te da mejor escuchar a la Madre cuando te habla. Pon atención a todo lo que escuches, y no lo olvides.—

Aquella misma noche Dilmala se dispuso a celebrar la ceremonia completa para proteger a Sikander. Durante todo el día había estado recorriendo los alrededores en busca de las plantas y las piedras que necesitaría. Siguiendo sus instrucciones, Derina preparó una especie de sopa muy espesa y de amargo sabor que Dilmala, Yaluc y Sikander debían tomar antes de comenzar.

Informó a Yaluc de que después de meditarlo mucho, y consultar en los libros que él tan aplicadamente había anotado, había llegado a la conclusión de que el pequeño colgante con la talla de madera que Zesera le entregó era el mejor y más poderoso amuleto que podrían encontrar. De modo que no hacía falta fabricar ninguno. Según Dilmala, ellos tres estaban conectados de un modo especial, y mientras mantuvieran sus energías sumadas, ningún espíritu por poderoso que fuera podría siquiera encontrar a Sikander. Mucho menos acercarse a él para dañarlo.

A falta de un Guía de la Gente, Dilmala llevó a cabo algunos rituales, pero le dijo que otros debía realizarlos él.

—Yo ni siquiera soy un loggi.— Yaluc protestó.

—Pobre inocente Yaluc. A pesar de tu inteligencia, todavía no has comprendido el sentido de lo que está sucediendo. El significado de que Sikander esté aquí, de que tú estés aquí. Pero no temas, lo comprenderás, y cuando eso pase ya no tendrás dudas sobre quien eres o no eres.—

Todavía justo antes de emprender la marcha, Dilmala pronunció otra frase que aumentó su desconcierto. Al verle remolonear sin muchas ganas de montar sobre su caballo, se le acercó con su enigmática sonrisa en la cara. Yaluc se convencía a sí mismo de que su reticencia se debía al temor de dejarles allí solos, en un lugar tan remoto. Por supuesto, Dilmala le sacó de su error.

—Es normal que te sientas así. Cuesta mucho abandonar el hogar.—

Y Yaluc regresó al palacio de Shimma. Cuando llegó, ya comenzaban las lluvias del otoño. Por supuesto, el luto hacía tiempo que había terminado, y se recuperaban las actividades habituales. Naadur le puso al corriente de sus averiguaciones acerca del paradero de Menetir, y quienes le ayudaban. Tenía intención de concertar un acuerdo con el príncipe heredero de Albisos para que le entregara a Menetir en cuanto subiera al trono. Al parecer, eso no tardaría mucho en suceder, ya que el actual rey estaba cada vez más débil de salud.

Con el ánimo completamente perturbado por lo que había vivido en su viaje, y dando vueltas en la cabeza a las palabras de Dilmala a las que aún no hallaba sentido, Yaluc también regresó a la rutina de la corte. Se encontró con la sorpresa de la actitud de su esposa hacia él.

Ory, cuyo embarazo avanzaba sin sobresaltos, se mostraba extrañamente amable y afectuosa con él. Nunca había llegado a existir verdadera hostilidad entre ellos. Si bien su relación siempre había sido cortés, aunque fría y carente de todo sentimentalismo. Yaluc achacó este cambio al estado de su esposa. Él desde luego, no sabía mucho de mujeres. Pero había escuchado en el ejército los comentarios de los soldados que coincidían en que eran especialmente imprevisibles cuando se hallaban encinta.

Los motivos de Ory, claro, no se debían al capricho. Desde la muerte del pequeño heredero, su esposo ocupaba un lugar mucho más prominente en la corte. Y aunque a él no parecía importarle en lo más mínimo, ella tenía toda la intención de aprovechar circunstancia tan favorable. Ahora era la esposa del único heredero legítimo del príncipe Naadur. Es verdad que la reina

viuda se empeñaba en inmiscuirse en todos los asuntos, impidiendo que Ory ocupara el lugar que le correspondía. La vieja era un incordio ¿Por qué no se retiraba de la vida pública como correspondía a una viuda? Sin embargo, Ory tenía paciencia, pues si daba a luz un varón, todos, empezando por la altiva Garpa, tendrían que tratarla con el respeto debido.

Además de mostrarse más atenta y afectuosa con Yaluc, Ory tomaba otras medidas para procurar asegurar su posición en la corte. En Shimma había numerosos templos dedicados a los dioses de los valate. Habían sido construidos a lo largo del tiempo desde que Groaker el Grande conquistara Midum. También persistían los antiguos templos de la población local, pues los valate no se interesaban demasiado por las costumbres de los pueblos que conquistaban. A excepción, claro está, de que se inmiscuyeran en los asuntos de la familia real, como había pasado con el llamado dios oculto. Así que Ory disponía de un templo de la diosa Arapagena protectora de los nacimientos, al que acudir.

Era mucho más pequeño que el de la Isla de la Luna en Taros, y desde luego, mucho menos importante. Pero si las Doncellas de la Luna que lo atendían eran convenientemente diligentes, le serviría para sus propósitos. Tomó la costumbre de acudir cada semana para ofrecer palomas blancas en sacrificio y orar a la poderosa Señora de la Noche y de las Aguas para que su criatura fuese un varón. Encontró un vendedor de aves junto al templo al que pagaba muy generosamente para que le reservara las palomas más bellas y de plumaje más blanco. El pago no era ningún problema. Yaluc era muy rico desde que el rey le nombrara Señor de las Torres Blancas, y no se metía en los gastos de su esposa.

En Albisos mientras tanto, Menetir también estuvo muy ocupado aquel invierno. Una vez superado el desconcierto que le produjo la reacción de los sacerdotes del Glorioso, tuvo un periodo de gran decepción. Llegó a creer que esta vez sí que lo había perdido todo. Si ya no podía contar con el apoyo del templo de Bágor, seguramente el resto de aliados le abandonarían también ¿Era éste el fin de su causa?

Curiosamente, fue su esposa, la joven Xya-Kirit, quien le proporcionó el mayor consuelo. Seguía sin sentir ningún afecto por ella, pero empezó a mirarla con algo más de respeto. Después de todo, a quién no le gusta contar con el apoyo incondicional de otra persona. Su suegro, Mordek, para su sorpresa, también contribuyó a animarle. Dijeran lo que dijesen los sacerdotes, él era un hombre ambicioso. No tenía intención de abandonar su objetivo de sentarse en el trono de Narvaly, y que su hija lo hiciera en el de Kynán al lado de Menetir.

Entre los dos le hicieron darse cuenta de que su situación no era tan mala. Además, cuando comenzó a salir de su ensimismamiento, también empezó a reflexionar sobre lo sucedido ¿Qué significaba eso de que el príncipe Sikander no estaba entre los vivos ni entre los muertos? Bágor el Glorioso era un dios ¿no? Y como tal, tenía acceso al inframundo. Ninguno de los desdichados espíritus que por él vagaban sin rumbo ni meta podía ocultarse a la vista de un dios. Por tanto, llegó a la conclusión de que él había estado en lo cierto, Naadur había ocultado a su hijo de alguna manera. Y a Menetir sólo se le ocurría una, brujería. Al fin y al cabo, el heredero estaba muy unido a su tío-hermanastro Yaluc ¿Y no había vivido éste entre los loggi de cuyas maldiciones y hechicerías el propio Menetir había sido víctima?

Todo eso le daba mucho que pensar. Pero había asuntos más urgentes que debía atender. Había escapado de Shimma, sin embargo, a esas alturas Naadur ya debía de saber dónde se ocultaba. De momento, contaba con la protección del rey de Albisos, pero éste cada vez estaba más débil, y en cuanto su hijo subiera al trono, Menetir estaría perdido. Debía actuar para evitarlo.

Su suegro Mordek le sugirió la solución. Menetir seguía siendo muy rico. El templo, aunque le hubiera rechazado, no tenía ningún poder sobre sus prósperos negocios de cría de caballos. Seguía contando también con los hombres que entrenaba para formar un ejército con el que vencer definitivamente al Usurpador. Como el hábil comerciante que era, Mordek tenía contactos en todas partes. El reyezuelo del pequeño reino de Agazu estaba en deuda con él. Propuso a Menetir trasladarse allí en secreto para evitar a los espías de Andamar y Naadur.

El peligro viene del este

Pocos días después de que Yaluc se marchase, llegaron al refugio secreto los ancianos con los que él había contactado por encargo de Dilmala. Se trataba de Olena y Van que era pariente de Zesera. Habían decidido trasladarse a la Aldea del Roble Partido cuando comenzaron las revueltas de loggi por causa de las leyes de Andamar. Ellos, como Dilmala y sus parientes, no estaban de acuerdo con la forma violenta de confrontación promulgada por Agón, pero tampoco deseaban permanecer pasivos. Por ello recibieron con gran felicidad la llamada de Dilmala.

La informaron de que habían hecho correr la noticia de que buscaba loggi completamente de fiar. Aunque ella misma pudo constatar años antes que ya no era posible volver a formar grupos de Hijas, todavía quedaban suficientes loggi que no se habían unido a Agón, pero que querían reclamar un lugar en el mundo para su pueblo. Muchos de ellos eran familiares de aquellas Hijas tan cruelmente masacradas por Menetir y sus hombres, y estaban dispuestos siempre a ayudar a Dilmala.

La pareja de ancianos también le trajo noticias alarmantes sobre las andanzas de Agón. Corrían rumores muy insistentes que aseguraban que había pasado los últimos años viviendo entre los bárbaros del otro lado de las Montañas Blancas. Pero había regresado, o tenía la intención de hacerlo, ahora no con un puñado de antiguos soldados del rey, sino con miles de bárbaros crueles y despiadados formando un temible ejército.

Un par de semanas después apareció en el refugio un pequeño grupo. Dilmala reconoció a la familia de una de las Hijas de las

que ella misma dirigiera. Eran dos hombres adultos, una mujer de mediana edad, y un muchacho. Aseguraron a Dilmala que llevaban tiempo viviendo en el bosque. No habían sido llamados por Olena y Van, sino que, según dijeron, el joven que iba con ellos recibía mensajes de la Madre como la propia Dilmala. Estos mensajes les habían guiado hasta allí.

El chico, de unos 14 años, no era de la familia. Le habían encontrado vagando por el bosque a punto de morir de hambre y frío el invierno anterior. En cuanto Dilmala le miró a los ojos, supo que era uno de los suyos. Se llamaba Zunas. Por su aspecto escuálido se diría que le acababan de rescatar. Afirmaba venir de una aldea al este que había sido arrasada por los soldados de Menetir y después por los bandidos.

Esta familia confirmó los rumores sobre Agón. Pero ellos sabían que no se trataba sólo de rumores. Afirmaban haber visto a lo lejos, desde uno de sus refugios, una multitud acampada al pie de las Montañas Blancas.

Dilmala se preguntó si Andamar estaría enterado de esto, aunque a ella quien de verdad le preocupaba era Yaluc. De momento, éste había regresado a Shimma. Pero ¿y si el rey le ordenaba como ya hizo una vez enfrentarse con Agón? Dilmala se sentía horriblemente dividida, pues Agón era su hermano, si bien había llegado a ser un auténtico extraño para ella. Eso inevitablemente la llevó a pensar en el resto de su familia. No podía comprometerlos en su misión de proteger al príncipe Sikander, pero de pronto, sintió un irrefrenable deseo de verlos. Era lo mismo que le sucediera cuando vagaba sola por los bosques antes de dar a luz a su hija.

Cuando partió al encuentro del pequeño príncipe siguiendo las señales de la Madre, pensó que quizá no volvería a verla, pero ahora añoraba terriblemente a su pequeña Ylania. Seguramente

contemplar día tras día el fuerte vínculo afectivo que el niño había desarrollado con Derina, hizo que le pesara su soledad y la ausencia de su propia hija.

Considerando que había suficientes razones para ello, decidió marchar a hacer una visita a la aldea Hogar de Mores. Sólo para ver cómo estaban. No tenía que revelarles nada. Tampoco tenía presión con el tiempo, ya que ahora Derina y Sikander no estaban solos. De modo que una mañana en que ya las hojas de los árboles comenzaban a ponerse amarillas y rojas, y una fría bruma ocultaba el sol, partió sin tener muy claro qué plan seguir.

Andamar no sólo no estaba al tanto de las maniobras de Agón, sino que continuaba sumido en su particular melancolía. Allí en el Palacio de las Nubes se sentía horriblemente solo y aislado. Se dio cuenta de que era la primera vez en toda su vida que no tenía a ningún miembro de su familia cerca. Se arrepintió de no haber obligado al menos a Yaluc a regresar con él. Naadur era el virrey de Midum y su madre Garpa no se hallaba en condiciones de hacer un largo viaje. Pero Yaluc permanecía ocioso en tiempos de paz. Ni siquiera había mostrado gran interés en tomar posesión de su señorío de las Torres Blancas. Y a él le vendría muy bien su ayuda para continuar con la elaboración de su código de leyes.

Después de tantas desdichas, esto era lo único que le mantenía con deseos de seguir vivo. Puede que los dioses hasta ahora no le hubieran querido favorecer. Pero tenía toda la intención de dejar su sello en la historia valate. Así que, decidió enviar un correo a Shimma con la orden para Yaluc de que regresara de inmediato a Taros. Confiaba en que el tiempo aún se mantendría bueno lo suficiente como para navegar hasta Shimma y de regreso.

Andamar parecía haber olvidado por completo la amenaza de Agón. Y Naadur sin duda la había subestimado horriblemente. Se concentró en reparar los daños que el incendio había causado en el palacio y continuar con su plan de restauración de la magnificencia de Shimma y el reino de Midum en general. Sus espías los concentraba en vigilar a Menetir, de quien seguía los movimientos en Albisos. No quería perderle de vista, para que en el momento en que su amigo el heredero del reino subiera al trono, hacerle arrestar. Las noticias que le llegaban de Latto eran muy esperanzadoras. El viejo rey se hallaba muy cerca de reunirse con los antepasados.

Pero del mismo modo que Naadur vigilaba a Menetir, éste se sabía vigilado. Y dando muestras de que era un Damoy al fin y al cabo, digno hijo de Domusal y hermano de Enekhhal, fue capaz de burlar la vigilancia. Su suegro Mordek le ayudó, claro. Pero el caso es que mientras los espías de Naadur le creían aún en su espléndida hacienda de la Isla Blanca, él viajó en secreto al reino de Agazu.

Allí se puso en contacto con los conocidos de su suegro que le aseguraron que pondrían a su disposición una flota de barcos para que Menetir pudiera trasladar su recién formado ejército al continente.

Dilmala permaneció en la aldea Hogar de Mores una buena temporada. Sentía que necesitaba ese descanso. Y realmente lo fue, pues en todas esas semanas la Madre no le envió visión alguna. Sabía bien que era sólo una tregua, pero la disfrutó igualmente.

No les contó ni a su hermana ni a Mores nada acerca del príncipe Sikander. Y ellos que la conocían bien, no le hicieron preguntas. Sabían que Dilmala les diría lo que tuviera que decirles y ni una palabra más. Se alegró de encontrar la aldea en paz y armonía, aunque allí también les habían llegado los rumores sobre Agón.

La emoción de ver a su hija que ya tenía 4 años fue tan intensa que la tomó por sorpresa. Ni siquiera comprobar que la niña era el vivo retrato de su padre disminuyó esa emoción. Ylania era alta comparada con las niñas loggi de su edad. Tenía los ojos oscuros de su madre, pero sus cabellos eran dorados formando ondas, no tan rubios como los de Menetir, pero mucho más claros que los de Dilmala. Y sus facciones eran las de él.

Jaduma le aseguró que la niña era de carácter dulce y bondadoso. Esto la consoló de cierta manera, aunque siempre le quedaba el temor de que fuera como su padre. La pequeña apenas la recordaba, y eso le dolió más de lo que esperaba. Pero una vez más se dijo que estaba mejor con su hermana que con ella. En la aldea, tendría una vida tranquila, si es que Agón no lo arruinaba todo, claro.

Jaduma, Mores y su compañera Satuba se alegraron muchísimo de tenerla allí. Tanto que le propusieron que se quedara para El Corazón del Invierno. Ella no les prometió nada.

—Ya sabéis que soy una servidora de la Madre. Nunca sé cuándo Ella me requerirá.— Dijo. Cuando pronunció esa frase no imaginaba lo pronto que eso sucedería.

En efecto, esa misma noche tuvo una visión. En ella, una masa informe y oscura se agitaba en la distancia, amenazadora. Y en su mente aparecía el mensaje claro: “Busca a Yaluc”. Sus parientes intentaron disuadirla de emprender el viaje tan cerca del Corazón del Invierno, pero el frío y la nieve nunca habían sido

impedimento para ella, como no lo fueron para los loggi de otros tiempos.

Se puso nuevamente en marcha hacia el sur. Pero pronto tuvo la seguridad de que no era en esa dirección en la que debía ir. Siempre la había maravillado cómo Zesera sabía hacia dónde debía ir y cuándo. Se preguntó si era de esta forma como la Madre guiaba a la Hija Mayor. De modo, que dio la vuelta para ir hacia el norte, hacia Taros.

Cuando los enviados de Andamar llegaron a Shimma, las montañas ya se cubrían de blanco. Pero allí al sur, en la capital de Midum, el tiempo era plácido. Ese año, ni siquiera las lluvias habían sido tan abundantes como era lo habitual en los inviernos de Shimma, y el mar permanecía en calma. La travesía de los enviados había sido fácil y rápida. Y no había motivo para creer que el regreso no lo fuera también.

A Naadur, al principio, no le complació perder de nuevo la compañía de su amigo. Pero él era ante todo un príncipe leal y un hijo obediente. En cuanto a Yaluc, tampoco tenía ninguna razón para oponerse a la voluntad de Andamar. Por supuesto, odiaba estar lejos de Naadur. Pero él también era leal al rey.

En un principio, pensó que lo mejor era viajar solo. Pero Ory no lo consintió. Aunque su embarazo estaba ya avanzado, una tranquila travesía por mar no era demasiado incómoda. De ninguna manera pensaba permitir que su esposo la hiciera a un lado. Si su interés por mantenerse en buenos términos con él era grande en Shimma, cuánto más en Taros, al lado del rey. De pronto, sus sueños parecían a punto de cumplirse. Si daba a luz un varón en Taros en presencia del propio rey, éste sin duda se sentiría muy complacido. Y favorecería aún más a su hijo, y por tanto, a ella.

La travesía hacia Taros no fue tan tranquila como en el viaje de ida. Pero de todas formas, el viaje no fue demasiado duro. Yaluc tuvo que reconocer que Ory parecía otra mujer. Ya no parecía quedar nada de la jovencita obstinada y caprichosa, siempre dispuesta a protestar y quejarse, y sin la menor consideración para nadie que no fuera ella misma. No se quejó ni una vez por las incomodidades del viaje, y en todo momento se mostró calmada y digna.

Tener a su hijo en la mismísima corte del rey de Kynán la hacía muy feliz. Pero además, estando allí no tendría ningún problema para acudir al templo de Arapagena en la Isla de la Luna, y ofrecer sus plegarias y sacrificios con la supervisión y beneplácito de la Primera Doncella. Sí, todo parecía ponerse de su parte aquellos días.

El tiempo empeoró bruscamente tras la llegada de Yaluc a Taros. Desde lo alto del Palacio de las Nubes podía observar cómo las montañas al sur casi desaparecían por las espesas nubes que trajeron la nieve hasta la orilla del mar. Por eso, él y todos se sorprendieron al ver llegar al palacio a Dilmala.

Por suerte, Taros estaba muchísimo más cerca de la aldea Hogar de Mores que Shimma. Recordaba muy bien que apenas se tardaba un día y una noche a caballo, por la vez que fue llevada hasta allí para asistir a la princesa Numa. Yendo a pie, y a pesar del mal tiempo, ella había tardado poco más de tres días. Tal y como esperaba, Yaluc se encontraba allí.

Esta vez ningún guardia de palacio la detuvo. Ya sabían bien quién era. Solicitó ser recibida por el rey. Andamar, bastante sorprendido, la hizo pasar a su presencia enseguida. Yaluc le había traído una carta de su hijo, donde Naadur le ponía al día de las novedades en Shimma. Y una de las noticias que le contaba

era que la enigmática mujer loggi a quien su hijo tenía como médico personal, había partido de la ciudad para acompañar a su joven sobrina de regreso a su aldea. Andamar se mostró muy de acuerdo con ello. Allí, en sus propias aldeas es donde los loggi debían estar, acatando sus leyes como súbditos leales ¿A qué vendría ahora aquella mujer? Nunca era portadora de buenas noticias. Una vez más, Andamar vio confirmados sus temores.

—Saludos Andamar.— Dijo la mujer, que aún llevaba la cabeza cubierta por su grueso manto de lana. Naturalmente, era una falta muy grave no descubrirse delante del rey, pero Andamar, ya sabía por su experiencia con ella, que Dilmala se jactaba de no reconocer su autoridad.

—No puedo negar que me sorprende mucho tu visita. Quizá preferirías hablar con tu amigo el príncipe Yaluc. Él se encuentra en palacio ¿sabes?—

—Sí, lo sé. Es por eso que he venido aquí en lugar de viajar a Shimma. Pero la información que traigo para Yaluc también te concierne a ti. En realidad, nos concierne a todos, pues todos nos encontramos en peligro. Tal vez, tú ya estás informado de ello. Pero, de todas formas, siento que debo hablar contigo por si no estás al tanto.—

—¿Qué tienes que decirme? Te ordeno que no me ocultes ninguna información que poseas.— Andamar intentó que no se le notara el miedo que empezaba a apoderarse de él. Aquella mujer después de todo, bien podía ser una bruja como las indignadas parteras le dijeron ¿Cómo si no podía saber las cosas que sabía? Sus intentos eran en vano, claro. Dilmala percibía muy claramente su miedo.

—He sabido que Agón ha sido visto acampado con un gran ejército de bárbaros al pie de las Montañas Blancas. Veo que no

estabas enterado.— Dijo viendo cómo el rostro de Andamar empalidecía.

—Eso no es posible. No hay tribus bárbaras tan al norte ¿Quién los ha visto? Quienquiera que te contara tal cosa, te mintió.—

—La persona que me lo dijo no miente, ni yo tampoco. Creí que merecías conocer esta información. Ahora, me retiraré. He caminado tres días seguidos, y estoy cansada.— Y tal cual, dio media vuelta, y salió del salón. Andamar había quedado tan atónito que no fue capaz de decir nada.

Poco después, Dilmala estaba acomodándose en un rincón detrás de las cocinas de palacio, donde los criados le habían hecho un hueco para dormir. Apareció entonces Yaluc, produciendo un considerable revuelo entre los criados, pues no era habitual que los miembros de la familia real entraran en las cocinas.

—¿Puedes explicarme por qué estás aquí?— Él dijo mientras la abrazaba. Dilmala no tuvo tiempo de evitar el abrazo entusiasmado de su amigo. Por fortuna, no hubo ninguna visión. —¿Y qué es eso que le has dicho a Andamar sobre Agón y unos bárbaros?—

—Las personas que te encargué llamar llegaron al refugio, y me contaron los rumores de que Agón ha estado este tiempo oculto al otro lado de las montañas. Luego, llegó otro grupo procedente de esa región, y confirmó haber visto a Agón acampado con miles de bárbaros.—

—Por los dioses. Si eso es así, hay un grave peligro. Me pregunto qué bárbaros serán éstos, y cómo los habrá convencido Agón para que le sigan. En nombre del rey, te agradezco que hayas venido hasta aquí para informarnos.— Yaluc dijo.

—Lo único que yo sé de las guerras es ser víctima de ellas. Supongo que hay peligro. Pero no he venido aquí para avisar a Andamar.— Él la miró extrañado y confuso. —La Madre me indicó que debía venir, y aquí estoy.— Dilmala añadió sin ningún convencimiento. Se había dado cuenta demasiado tarde de que había pronunciado en voz alta uno de sus pensamientos más íntimos. Si había ido hasta allí es porque tenía el firme convencimiento, esta vez sin necesidad de visiones, de que Yaluc estaba en grave peligro. Y sintió la irresistible necesidad de verle y estar cerca de él. El peligro que suponía Agón sólo había sido una excusa útil.

Él la miraba con gesto suspicaz. Sabía que no se tragaba su explicación. Era inteligente, y la conocía demasiado bien. Pero ella se había jurado que jamás le revelaría sus sentimientos. No, le amaba demasiado como para hacerle sentir mal por ser incapaz de corresponder a ellos. Y no tenía duda de que eso ocurriría, ya que ella también le conocía bien, y sabía de sobra de su compasivo corazón.

Primavera de decepciones

Lejos de hacerle reaccionar, las noticias de Dilmala parecieron sumir a Andamar más aún en la perplejidad y la confusión. Por suerte, Yaluc estaba cerca de él.

—No deberías poner en duda las noticias que trae Dilmala.—
Dijo, procurando que su tono no resultara irrespetuoso.

—Pero nunca hubo bárbaros en esa región. Las tierras al otro lado de las Montañas Blancas son páramos deshabitados. Lo he visto con mis propios ojos.—

—No lo pongo en duda. Pero estarás de acuerdo conmigo en que éstos son tiempos diferentes en los que están sucediendo cosas que jamás habían sucedido antes.— Yaluc no quiso hacer referencia explícita a las profecías, pero no hizo falta.

—Si me hablas de esas profecías, como la que hizo aquella bruja loggi la noche en que murió nuestro padre, más vale que te olvides. No hay nadie dentro o fuera de Kynán lo bastante fuerte como para vencer a los valate.—

—¿Entonces vas a ignorar que hay un ejército amenazando el reino? Si se tratara sólo de Agón y su pequeño grupo de antiguos soldados rebeldes, no me preocuparía demasiado, aunque lamentaría el daño que pudieran hacer. Sabes que amo al pueblo loggi, nunca lo he ocultado. Pero esos desconocidos bárbaros tal vez no se conformen con saquear unas cuantas aldeas loggi.—

—No quiero que puedan acusarme de no haber hecho nada ante una amenaza para Kynán. Convocaré a Damosén, y entre los tres confeccionaremos un plan. Pero, tampoco veo motivos para apresurarse. El invierno está en su apogeo, y ya ves lo crudo que se muestra este año. Ese ejército invasor, si es que existe, se

verá tan impedido de hacer nada como nosotros. Incluso más, si de verdad se encuentran al pie de las Montañas Blancas.—

Andamar dio la conversación por terminada, y Yaluc tuvo que aceptarlo. Él, que siempre procuraba evitar el derramamiento de sangre, y que en otras circunstancias se habría sentido encantado de permanecer en Taros entre rollos y documentos antiguos, preparando el código del rey, sentía ahora una desconocida urgencia por actuar.

Al retornar a Taros se había reencontrado con Lahón, y eso le procuraba la única felicidad a la que podía aspirar. El joven acudía a su lecho noche tras noche, y se mostraba incansable a la hora de demostrarle lo mucho que se alegraba de su regreso.

—Llegué a temer que no volverías a Taros, y no te vería más. Estaba ya decidido a marchar hacia la lejana Shimma en tu busca.— Lahón dijo con voz mimosa mientras recuperaban la respiración después de un fogoso encuentro.

—Eres un empleado de palacio. Si te hubieras marchado sin permiso del rey, serías castigado.— Yaluc respondió en el mismo tono ligero.

—No temo al castigo. Ninguno puede ser mayor que no volver a verte.— Yaluc sintió una punzada de culpabilidad como siempre que Lahón le expresaba su amor. Por supuesto que él correspondía a los sentimientos del loggi, pero no en la misma medida. No podía entregarse tan completamente, porque su corazón estaba y siempre estaría en poder de Naadur. —Tú podrías solucionar el problema si quisieras. Sólo libérame del servicio al palacio como me liberaste del noble midummita.—

—Sabes que puedes dejar el palacio cuando quieras. Eres un hombre libre. Sólo debes comunicar que dejas de ser su empleado al rey, para que él lo autorice. Pero dime, si dejas de trabajar como

caballerizo en los establos reales ¿Qué excusa tendrías para vivir en palacio, y venir a mi lecho? Nos resultaría mucho más difícil poder vernos.— Lahón hizo un mohín como el de un niño intentando conseguir un capricho.

—No me has entendido. Digo que me emplees tú. Si soy tu empleado, podré estar en tu casa. Eres el señor de Torres Blancas. Yo sería tu caballerizo mayor. Allí estaríamos lejos de miradas indiscretas.— Yaluc sonrió.

—Puede que tu deseo se cumpla antes de lo que crees. El rey está preparando un ejército para acudir a las Montañas Blancas y detener a Agón. Me ha nombrado general de ese ejército. Torres Blancas está mucho más cerca que Taros del lugar donde parecen acampar los invasores. De modo, que he de trasladarme allí. Pero habrá que esperar a la primavera para poder mover al ejército.—

—Me pregunto cómo podemos los loggi dejarnos dominar por los valate, que ni siquiera son capaces de atravesar el bosque en invierno.— Lahón replicó. El joven reposaba sobre el cuerpo del otro hombre. Con sonrisa traviesa, Yaluc se colocó encima con sorprendente agilidad, dada su corpulencia.

—¿Olvidas que yo soy un valate?— Preguntó juguetón. —Pero ya no quiero seguir hablando de ejércitos, ni marchas por el bosque.—

Yaluc debería haber prestado más atención a las palabras de Lahón. Pero pronto dejó de pensar también él en Agón y su ejército. Yaluc tendría mucho tiempo para lamentarse después, porque Agón no tenía intención de esperar a la primavera. A pesar del tiempo pasado en los ejércitos valate, él seguía siendo un

loggi, y no había tardado en habituarse de nuevo a vivir como sus antepasados.

Y en cuanto a los bárbaros que le acompañaban, eran gente dura que venía de los inhóspitos desiertos y estepas al otro lado de las montañas. Yaluc se había preguntado cómo había logrado Agón convencerlos. En realidad, había sido muy sencillo. Al loggi sólo le interesaba fundar su propio reino, del que naturalmente pensaba proclamarse soberano. Y a los bárbaros les sedujo inmediatamente la oportunidad de caer sobre las desprevenidas regiones del noreste de Kynán, las más ricas del reino. Agón les había hablado de ellas, de las que carecían de guarniciones, y de cuándo sería el momento más adecuado para obtener el mayor botín. Y en pago por esa información, aquellos aguerridos guerreros prometieron apoyarle para conseguir su objetivo.

Agón les guió en medio de los bosques y valles cubiertos de nieve hacia las aldeas que se negaron en su día a seguirle. Una a una, fueron arrasadas y sus habitantes obligados a reconocer a Agón como su único señor. A continuación, se dirigía a la aldea siguiente en su camino. Hasta que poco después del Corazón del Invierno, alcanzó su ansiada meta, El Hogar de Mores.

Antes de atacar la aldea, Agón instaló su campamento en el lugar donde 4 inviernos antes una bola de fuego cayera del cielo. El lugar seguía teniendo un aspecto fantasmal, con árboles derribados, otros quemados y la nieve que lo cubría todo, llenando el gran hoyo, y ocultando la negra tierra quemada. Este lugar era muy especial para Agón, y jugaba un papel crucial en su plan.

Debido a las dificultades para transitar por los caminos por culpa de la nieve y el hielo, en Taros pasarían meses hasta que se conocieran aquellos sucesos.

Sin embargo, Andamar no se había quedado completamente inactivo. Después de trazar el plan para preparar un ejército al mando de Yaluc junto con el leal Damosén, envió a éste a Shimma para informar a su hijo, y para que éste averiguara lo que pudiera sobre quienes podían ser aquellos bárbaros y de dónde habían salido. En la carta a Naadur, Andamar insinuaba la sospecha de que Enekhhal, a pesar de que su hijo le jurase lealtad, hubiera hecho algún trato con las tribus Háleas que siempre hostigaban las fronteras de Esterría, para que se dirigieran hacia Kynán. Después de todo, no se podía olvidar que Enekhhal era hermano de Menetir.

El siempre leal Damosén partió por mar hacia Midum a pesar del mal tiempo. Navegar era más rápido y seguro que atravesar el reino en medio de un invierno tan crudo. Después de una travesía sumamente accidentada, consiguió llegar, y entregar su mensaje a Naadur.

El heredero se sorprendió mucho al conocer aquellas noticias. Se dio cuenta de que nunca debería haber permitido que Agón escapara. Debería haberle perseguido con más empeño. Ahora, el loggi rebelde regresaba quien sabe con qué fuerzas invadiendo el mismísimo reino de Kynán. Consideró seriamente las sospechas de su padre. Así que decidió enviar al sufrido Damosén en misión diplomática a Esterría para ver qué averiguaba.

La llegada de Damosén coincidió con el descubrimiento por parte de sus espías de que Menetir ya no se hallaba en Albisos. Naadur empezó a temer que se estuviera fraguando una alianza secreta entre los hermanos con intención de atacarlos ¿Cuál sería su plan? ¿Querrían invadir Kynán con ayuda de los bárbaros, o eso era sólo una distracción, y planeaban atacar Midum?

Pasarían muchas semanas hasta que Damosén pudiera cumplir su misión, y hacer llegar a Naadur noticias desde Esterria. Y pasarían aún más semanas hasta que el príncipe pudiera comunicarse con su padre en la lejana Taros.

Resultó que Enekhal no sabía nada de lo que Damosén le relataba. Recibió al enviado del rey Andamar con total cortesía. El juramento de lealtad pronunciado por su hijo había sido sincero. Él y Marusene, como regentes en nombre de su hijo creían más seguro y adecuado rendir vasallaje a Andamar que oponerse a él. Enekhal ya no apoyaba a su hermano. Sólo lo hizo mientras vivió su padre, por lealtad y amor a Domusal. Pero no deseaba en absoluto ayudar a Menetir, y mucho menos desde que se enteró de cómo había causado la muerte de su querida hermana Nusi. Igual que lo hicieran Temuzén y su hijo Ardates, Enekhal había jurado matar a Menetir si tenía la ocasión. Siempre odió a su hermano mayor, y deseaba hacerle pagar todo el dolor que había causado a la familia y al propio Enekhal.

Pero lo que Damosén le contó sobre Agón le intrigó enormemente, e invitó al enviado de Andamar a visitar con él las fronteras de Esterria, donde numerosas tribus estaban asentadas gracias a él, y vivían en paz, sirviendo como muro ante sus congéneres más allá de las fronteras.

Mientras en Taros se esperaban las noticias de Damosén, llegó la primavera. Allí en la costa, el aire era ya tibio, aunque las montañas al sur se veían cubiertas aún de blanco. Yaluc comenzaba ya a poner a punto su ejército. Pero sus preparativos se vieron interrumpidos cuando fue avisado de que su esposa estaba dando a luz en palacio.

Su relación había sido cordial durante todo el invierno, y él sentía sincero aprecio por ella. Además, no podía negar que le dominaba la curiosidad por conocer al fin a su hijo o hija. Hasta ese momento, no se había parado a pensar en que estaba a punto de ser padre, responsable de la existencia de otra persona en el mundo. Cuando llegó a la antecámara de su esposa, era un manajo de nervios.

El parto fue rápido, aunque sumamente doloroso. Pero todo el tiempo, Ory soportó el dolor y la incomodidad sin quejarse, porque estaba segura de que su criatura sería un varón, un nuevo príncipe heredero para Kynán.

El campamento estaba lejos, y cuando Yaluc llegó, el parto había concluido. La antecámara estaba silenciosa. Preguntó a una doncella que salía de la alcoba de su esposa. Ella le sonrió, y le condujo a una alcoba contigua. Allí otra criada sostenía un bulto envuelto en sus brazos. Se le acercó también sonriente.

—Felicidades príncipe. Tienes una hija fuerte y sana.— Dijo la mujer, y le mostró al bebé.

—Loados sean los dioses.— Yaluc dijo sin pensar, seguramente memoria de sus años en el templo. Miró a la criatura. Entre las tocas, había una carita diminuta pero perfecta coronada por una mata de cabellos anaranjados. Con la mayor delicadeza, rozó con la punta del dedo la suave mejilla, y la pequeña entreabrió apenas los ojos. La sonrisa de Yaluc iluminó la estancia como si fuera mediodía.

El elegido

A diferencia de lo que había hecho en las anteriores aldeas, Agón no atacó El Hogar de Mores, sino que hizo acampar a su ejército en las cercanías junto al lugar donde cayó la bola de fuego. Luego, envió a uno de los pocos compañeros loggi de su anterior aventura como desertor del ejército de Naadur a la aldea.

Según habían ido acercándose, había oído más y más historias sobre cómo Mores el Lisiado se había convertido en jefe de la que fuera un día minúscula aldea, y en una especie de Guía de la Gente. Agón se sorprendió mucho al oír esas historias sobre su sobrino. Pero le habían venido muy bien para aumentar su propio prestigio. Basaba todas sus campañas de conquista en que él era un elegido. La Madre le había señalado especialmente a él para redimir al oprimido pueblo loggi. Y ser el tío de alguien tan respetado como lo era Mores no hacía más que beneficiarle.

El enviado de Agón llevó al propio Mores el mensaje de su tío de que deseaba concertar una entrevista con él. Naturalmente, allí en la aldea ya estaban enterados de las andanzas de Agón. Eran muchos los que habían ido llegando durante el invierno hasta allí huyendo de las incursiones de Agón y sus bárbaros.

El enviado regresó al campamento con la respuesta de Mores. Si Agón quería entrevistarse con él debía acudir a terreno neutral. Mores indicaba un pequeño prado a medio camino entre la aldea y el campamento. Tanto su madre Jaduma, como Satuba su compañera, intentaron disuadirle de acudir. Tenían miedo por él después de oír las atrocidades que aquellos hombres comandados por Agón habían estado causando.

Pero Mores no tenía miedo. La confianza que la gente había depositado en él, eligiéndole para guiarlos, le había transformado por completo. Quedaba ya muy lejos aquel niño lisiado temeroso de no poder alcanzar nunca un lugar propio entre su gente. Además, tenía muy presente el recuerdo de Yaluc intentando por todos los medios impedir que el príncipe Naadur arrasara el campamento de Agón unos años antes, poniendo su vida en peligro. Dilmala le había asegurado que Yaluc seguía amando a los loggi como antes. Y Cabeza de Fuego se lo demostró exponiéndose ante los rebeldes que no dudaron en intentar matarle como respuesta a sus esfuerzos de paz. Yaluc seguía siendo la persona que Mores más admiraba en el mundo, y no pensaba defraudarle.

Jaduma y Satuba, junto con otras personas de la aldea siguieron a Mores al lugar del encuentro, y se quedaron a prudente distancia para ser testigos de lo que allí ocurriera. Mores fue el primero en hablar.

—Ya en una ocasión tía Dilmala y yo intentamos convencerte de la equivocación que estás cometiendo. No volveré a exponerte las razones, pues ya las conoces. Sólo quiero preguntarte ¿Cómo puedes causar la muerte de tus hermanos loggi y afirmar que luchas por ellos?— Agón no pudo disimular la impresión que le había causado ver a su sobrino convertido en un hombre con tal seguridad y aplomo.

—Todos los que han muerto fueron demasiado necios. No quisieron aceptar que yo soy el elegido. La Madre me ha señalado para que conduzca a nuestra gente hacia una nueva era.—

—Aunque viviste mucho tiempo entre los valate, tú te criaste como un loggi. Tuviste incluso el honor de conocer a Zesera. Yo quisiera saber mucho más sobre nuestro pueblo de lo que sé gracias a que Yaluc Cabeza de Fuego me permitió leer

fragmentos de sus libros. Tú no puedes haber olvidado lo que significa ser elegido de la Madre como para utilizar ese título tan a la ligera.—

—Si lo digo es porque es la verdad. Yo, Agón de la Aldea del Roble Partido, hermano de Dilmala Mujer del Bosque, y tío de Mores jefe de la aldea Hogar de Mores, caminé sobre las piedras ardientes sin quemarme. Muchos de estos hombres fueron testigos de ello, y por eso me siguen.— Agón señaló a los hombres que le acompañaban cuyo aspecto resultaba exótico para los ojos de los loggi. Mores miró con atención a su tío. Hasta ese momento, había estado seguro de que sólo pretendía vengarse de los valate, y de paso conseguir suculentos beneficios personales. Pero ahora se daba cuenta de que Agón hablaba completamente en serio. Lo que había dicho, lo creía de verdad, y al parecer, los que le seguían, también. —Tú eres mi pariente, y la gente confía en ti. Únete a mi causa. Nada debemos a los valate. Ellos no dudarían en aniquilarnos, si así les conviniera.—

La expedición por las fronteras de Enekhhal y Damosén les permitió enterarse de noticias sumamente alarmantes. Las tribus asentadas les informaron de que sus congéneres del otro lado de las fronteras se estaban agitando, y muy probablemente, intentarían entrar de nuevo en territorio de Esterria. Esta vez no era sólo por la ambición de conseguir botín, sino porque ellos mismos estaban siendo empujados por otras tribus procedentes de los páramos y estepas del este. Al parecer, estos nuevos bárbaros, que no eran tribus Háleas, eran sumamente belicosos.

Enekhhal llegó a la conclusión de que éstos debían de ser los bárbaros que acompañaban a Agón. Pero el peligro era para todos los reinos civilizados. De modo que, envió a Damosén de regreso a Shimma con la oferta para Naadur de formar una alianza para

enfrentar aquel nuevo peligro. En su ofrecimiento también se incluía la lucha contra su hermano Menetir.

Entretanto, Menetir había conseguido trasladar una gran cantidad de hombres, armas y caballos desde Albisos a Agazu camuflados en barcos mercantes que supuestamente exportaban sólo los famosos caballos del Reino de las Mil Islas a los demás reinos. Sin embargo, la verdadera carga de aquellas embarcaciones era entregada en un punto secreto de la costa de Agazu, donde los hombres de Menetir se encargaban de recogerla.

Cuando supo que ya Naadur estaba enterado de que se hallaba en Agazu, y a su vez estaba reforzando las fortalezas y castillos a lo largo de la frontera entre este reino y Midum, Menetir consideró que era el momento de atacar. Su ejército estaba bien entrenado, y no quería dar tiempo a su primo para que reforzara aún más la frontera.

Naadur se había apresurado todo lo que había podido en reforzar todas las torres, fortalezas y castillos que había en la frontera entre Midum y Agazu. Esta frontera iba desde las montañas que separaban ambos reinos de Kynán, y el mar. Pero, de todas formas, Menetir lanzó un ataque por sorpresa. Las guarniciones fronterizas se vieron sobrepasadas por la aplastante potencia y velocidad de la caballería de Menetir, que avanzó sin apenas sufrir bajas hasta plantarse frente a las murallas de la propia Shimma.

Allí al fin los hombres de Naadur consiguieron detenerle. Pero todo hacía presagiar que Menetir esta vez no cejaría hasta conseguir su objetivo. Puso sitio a la ciudad.

Naadur se dio cuenta de que aquel sitio podría suponer su derrota, y volver a perder Midum tan poco tiempo después de haberlo recuperado. Al principio, el cerco no sería muy efectivo, ya que podían seguir utilizando el puerto. Pero Naadur sabía que Menetir no sería tan torpe como para dejarles el puerto disponible. Eso habría anulado cualquier cerco. Aprovechó para enviar mensajeros a su padre en Taros, a las guarniciones repartidas por Midum y también a Enekhhal. Confiaba en que no tardasen demasiado en recibir ayuda. No sabía cuán grande sería el ejército del que disponía Menetir, ni con qué aliados contaría además del rey de Agazu y el moribundo rey de Albisos. Por tanto, desconocía si sus hombres de las guarniciones o alguno de los ejércitos de su padre o Enekhhal bastarían para atacar a Menetir y deshacer el cerco de la ciudad.

Para cuando los enviados de Naadur llegaron a Taros, Andamar ya había enviado a Yaluc a combatir a Agón. Yaluc había abandonado Taros con un extraño sentimiento de euforia. Se sentía así desde que vio por primera vez el rostro de su hija. Había acudido a continuación a ver a Ory para manifestarle su alegría porque el alumbramiento se hubiera desarrollado tan felizmente, y darle las gracias por una hija tan bonita.

Pero Ory no se sentía feliz en absoluto. Todas sus ilusiones se habían venido abajo. No miró siquiera a Yaluc mientras él la visitó. Se había negado a ver a su hija. Y a pesar de que el parto había ido muy bien, se negó a abandonar el lecho, y no quería comer ni beber.

Yaluc se sentía demasiado desconcertado. Las doncellas de su esposa le dijeron que aquello no era inusual. No todas las mujeres se mostraban felices después de dar a luz. En cualquier caso, él no podía quedarse para consolar a su voluble esposa. El

tiempo ya era lo bastante bueno como para poner sus tropas en marcha. Y así lo hizo.

Dilmala, que se había quedado en Taros hasta que Yaluc se marchó, también estaba desconcertada. Pero no por el comportamiento de la princesa Ory, sino por la extraña alegría de Yaluc. Él, que odiaba la guerra, marchaba ahora de excelente humor. Pero lo peor es que aquella sensación que la llevó a estar cerca de él porque un gran peligro le acechaba se había intensificado. Hacía semanas que no tenía ninguna visión. Pero empezaba a temer de verdad que la próxima que tuviera sería de Yaluc muerto en aquella expedición. Su confianza en Zesera y en la Madre le decía que Yaluc aún tendría una importante misión que cumplir en el futuro. Sin embargo, eso no impedía que pudiera sufrir, aunque no muriera.

Yaluc condujo a su ejército en principio hacia el lugar donde supuestamente acampaban las fuerzas de Agón. Tenía previsto instalarse en su castillo de Torres Blancas y actuar desde allí. Como le dijera a Lahón, quien le acompañaba feliz en calidad de jefe de caballerizos, aquella heredad estaba mejor situada que la lejana Taros. No sería difícil lanzar ataques a los invasores dejando el grueso de su ejército allí acampado.

Muy pronto, Yaluc comprobó que su plan no serviría. A medida que se internaban en aquella región habitada mayormente por loggi, veía con sus propios ojos que Agón no había esperado a la primavera. Por todas partes había aldeas arrasadas como en los peores momentos de la invasión de Menetir. Los caminos estaban llenos de gente que huía sin saber muy bien hacia dónde, Eran los que pudieron salvarse de la venganza de Agón hacia cualquiera que se negara a reconocerle como único señor del pueblo loggi.

Su plan de dirigir incursiones hacia las montañas ya no era adecuado, pues los invasores estaban por toda aquella región.

Agón no parecía preocupado por los saqueos, asesinatos y violaciones que sus aliados bárbaros cometían, o quizá, pensó Yaluc, es que no tenía tanto control sobre ellos como proclamaba.

Toda aquella destrucción le llenaba de tristeza, pero la noticia que le alarmó más fue enterarse de que Agón había elegido precisamente la aldea Hogar de Mores como su base de operaciones. Temió mucho por la suerte que pudieran haber corrido sus queridos amigos Jaduma y Mores a quienes consideraba como su propia familia.

Dilmala, que había seguido al ejército camino del sur estaba tan alarmada como Yaluc. La gente que se cruzaba por el camino le narraba atrocidades sin cuento. Cuando supo que Agón estaba en Hogar de Mores, lo primero que le vino a la mente fue su hija. La había dejado con su hermana creyendo que allí su vida sería más segura, y puede que hubiera sufrido el peor de los destinos.

Yaluc se instaló en Torres Blancas, y comenzó a elaborar un nuevo plan. Librarse de los invasores no iba a ser tan sencillo como creía Andamar. Se habían instalado en muchas aldeas donde obraban a su antojo, y no parecía fácil hacerles renunciar a todo eso. Las incursiones de castigo se iban a tener que convertir en una dura campaña de expulsión del reino. Quién sabe cuánto tiempo y cuántas vidas costaría.

Dilmala se encaminó a Hogar de Mores. Tenía que enterarse del destino de su familia. Agón era su propio hermano, pero ya no le consideraba como tal. No era fácil transitar por los caminos. Los pobres desdichados que huían tenían que soportar los asaltos de grupos de bárbaros crueles y despiadados. La propia Dilmala estuvo en más de una ocasión a punto de ser asaltada. Sólo su experiencia en el bosque como Hija de Prakhana y su agilidad mental le permitieron esquivar los ataques.

Sin embargo, cuanto más se acercaba a su destino, peores eran las noticias. Ya casi llegando, se encontró con una mujer a la que conocía de la aldea. Ella la reconoció también, y con voz temblorosa y ojos asustados le dijo.

—Mejor date la vuelta, Dilmala. Tu hermano es un hombre malvado. Está furioso porque Mores no ha querido sumarse a él en sus delirios. Lo mantiene prisionero, y está matando a cualquiera que se muestre de acuerdo con Mores y en su contra. No le importa si eres o no pariente suyo. Hizo matar a Satuba y su hijo delante de Mores para castigarlo por resistirse.—

—¿Y mi hermana Jaduma y mi hija? ¿Qué ha sido de ellas?— Dilmala preguntó angustiada. Se preguntaba cómo era que la Madre no la había permitido saber lo que sucedía con su propia familia ¿Habría podido impedirlo?

—La última vez que vi a Jaduma, hace dos días, me dijo que se iba a marchar para poner a salvo a la niña.— Dilmala dio las gracias a la mujer por su información, y se quedó en el camino dudando por algún tiempo ¿Debía acudir a la aldea e intentar hacer algo por Mores o seguir buscando a su hermana y su hija? Nunca como en ese momento deseó recibir alguna indicación de la Madre.

En ayuda de la ciudad sitiada

Menetir, naturalmente, no tardó en darse cuenta de que su cerco de Shimma no tendría efecto alguno si la ciudad seguía contando con libre acceso por mar. Como buen guerrero valate, lo suyo era combatir en tierra, sobre sus propios pies, o a lomos de un caballo. No sabía nada de barcos. Los valate no eran marinos ni sabían combatir en el mar.

Por suerte, contaba con su suegro Mordek. Éste, como próspero comerciante, tenía contactos en todas partes, y no tardó en aconsejar a Menetir que le permitiera enviar mensajes a algunos de esos contactos. Para sorpresa de Menetir, los que acudieron a la llamada de Mordek eran nobles esterrianos. La gente de Esterria se había dedicado al comercio por tierra y por mar desde tiempos inmemoriales. Pero la sorpresa de Menetir se debía a que él había creído que su hermano Enekhhal tenía aquel reino bajo control.

Las sutilezas de la diplomacia tampoco eran el fuerte de Menetir, por lo que no estaba al tanto del descontento de los parientes del difunto rey Dolomán, que se sentían agraviados por haber sido apartados del trono en favor del nieto de Tessino. Pero ya estaba Mordek para encargarse de esos detalles. Menetir era un guerrero incansable y fiero, y Mordek contaba con que le conseguiría su anhelado trono de Narvaly en cuanto recuperase el suyo de manos del Usurpador.

Los nobles esterrianos disponían de barcos. Y a cambio de la promesa que les hizo Mordek de que Menetir también les ayudaría a recuperar su trono, los dispusieron frente al puerto de Shimma, impidiendo que nada ni nadie pudiera salir o entrar a la ciudad por

mar. Aquellos nobles también trajeron a Menetir la noticia de la alianza que Enekhhal había firmado con Naadur.

—Maldita pequeña rata desleal. No me sorprende. Mi hermano hace tiempo que no duda en traicionar a su propia sangre. Pero esperad a que yo me lo encuentre. Le recordaré a quién debe obediencia.— Menetir aseguró. Se sentía eufórico por cómo le estaban saliendo las cosas.

Cierto que Shimma era una gran ciudad, y dispondría de suministros almacenados. Pero también estaba abarrotada de población que exigiría alimentos y agua, y el siempre sofocante verano del sur de Midum estaba a punto de empezar. Menetir sabía bien que intentar el asalto era una empresa que le costaría demasiados hombres, sin ninguna garantía de éxito. Naadur no sólo había reparado completamente las murallas, sino que las había reforzado, y eran de nuevo inexpugnables. Así que, esperaría. No pensaba que Naadur tardase mucho en rendir la plaza. Después de todo, era hijo de Andamar, un blando, y seguramente no resistiría ver sufrir a sus súbditos mucho tiempo.

El humor de Menetir mejoró todavía más cuando le llegaron noticias de la invasión de bárbaros en el corazón de Kynán, asunto que tendría muy entretenido a Yaluc bastante tiempo.

Con lo que Menetir no contaba era con que no sólo Enekhhal, sino también Zodrim de Narvaly estaba dispuesta a acudir en ayuda de Naadur. Ella no había abandonado su objetivo de desposar a Uthegal con Nysbe de Kynán, además de que odiaba a Menetir, y deseaba su muerte incluso más que Enekhhal.

Se había enterado del sitio de Shimma por sus enviados al reino de Esterria. Zodrim había enviado mensajeros para concertar una visita al reino con objeto de concretar los

esponsales de su hija Zaner con el rey niño Tesimandro, cosa que había tenido intención de hacer durante el Gran Consejo de los Reinos que tan funesto final había tenido.

Claro que Narvaly seguía sin contar con un ejército poderoso. Pero lo que sí continuaba teniendo era oro en cantidad, y por tanto, no fue difícil contratar arrojados mercenarios como ya hiciera el propio Menetir en otros tiempos.

Para cuando Enekhhal pudo reunir un ejército de buen tamaño sin dejar desprotegidas las fronteras de su propio reino, y marchar hacia la capital de Midum, el verano estaba ya en su apogeo. Penetrar en Midum suponía quebrantar las condiciones de su destierro, pero Naadur le había concedido un permiso especial, prometiéndole que si le ayudaba a derrotar a Menetir, él mismo solicitaría a su padre el rey el perdón para Enekhhal.

Zodrim le había hecho saber sus intenciones, y su ejército se encontró con los mercenarios de la reina de Narvaly cerca de la frontera de este reino con Midum. Desde allí, marcharon hacia la capital. Enekhhal estaba seguro de que su hermano habría situado guarniciones a lo largo de los caminos para impedir que la ayuda llegara a la ciudad. Y no se equivocaba.

Sin embargo, estas guarniciones no parecían esperar que dicha ayuda llegase, y fueron tomadas por sorpresa. Enekhhal avanzó hacia Shimma desde el noreste con la misma rapidez y contundencia que su hermano lo hiciera desde el oeste unos meses antes.

Menetir no se había equivocado en cuanto a la situación de Yaluc en Kynán. Una vez instalado en su castillo, diseñó un plan nuevo para enfrentarse a Agón y los bárbaros. Lo que había visto

por los caminos le dejaba claro que si intentaba atacarle directamente, el loggi no dudaría en arrasar por completo la aldea Hogar de Mores. Todos sus habitantes eran sus rehenes.

De modo que, Yaluc decidió debilitarle todo lo posible intentando hacerle desistir. Para ello, comenzó una serie de veloces y contundentes ataques a cualquier campamento de bárbaros del que tuviera noticia en la zona. Su estrategia parecía la adecuada porque al principio tuvo un gran éxito. En pocas semanas, había recuperado la mayor parte del territorio invadido. Lo malo es que en realidad, no se trataba de verdaderas victorias sobre los bárbaros, ya que éstos solían huir hacia las montañas cuando se veían superados por los hombres de Yaluc,. Y tampoco conseguía tomar prisioneros con los que habría podido negociar, pues si eran capturados, los bárbaros simplemente se quitaban la vida tan rápida e inesperadamente, que los hombres de Yaluc no lograban impedirselo.

Aparte de la preocupación que le producían sus inútiles victorias, Yaluc estaba inmensamente intrigado por aquellos bárbaros. Apenas había podido observarlos con cierto detenimiento cuando estaban muertos, pero aun así, le fascinaban. Eran altos y corpulentos como los valate. Tenían también como ellos la piel muy blanca y ojos claros. Sin embargo, no lucían pobladas barbas, sino que en su mayoría iban afeitados, aunque algunos llevaban gruesos bigotes cuyos extremos les colgaban hasta el pecho.

Se tocaban con brillantes cascos de metal lisos que relucían al sol. Casi todos eran rubios, y había una gran cantidad de ellos cuyos cabellos eran tan claros como los de la princesa Numa y sus hijos. Se cubrían con pieles a pesar del calor. Aquellos extraños bigotes les daban un aspecto feroz. A lo que contribuían los pavorosos gritos de guerra que lanzaban. Yaluc había visto a

más de uno de sus duros guerreros temblar al oírlos. Además, se hacían acompañar en sus ataques por estruendosos tambores y por unos largos cuernos cuyo sonido hacía temblar la tierra.

Todos los lugareños víctimas de aquellos invasores le contaban que hablaban una lengua desconocida, aunque no parecía importarles demasiado hacerse entender. Para ello preferían usar sus largas y afiladas espadas antes que la lengua.

No había Yaluc terminado de expulsar una de aquellas temibles hordas hacia las Montañas Blancas, cuando otra las atravesaba con renovadas fuerzas. Era un ejercicio agotador, y Yaluc no le veía un final inmediato. No sólo crecía su preocupación por los rehenes de la aldea Hogar de Mores, sino que tenía razones para temer que aquellos bárbaros terminasen por encontrar El Refugio, como él y Dilmala habían dado en llamar al lugar secreto donde se escondía Sikander.

Los ánimos en la ciudad comenzaban ya a estar muy alterados cuando a Naadur le avisó uno de sus vigías en las torres de la muralla de que un gran ejército se aproximaba. Suplicó a todos los dioses que fuera ayuda, pues ya no sabía cuánto tiempo más podrían aguantar. Todavía la escasez de agua y comida no era importante, pero la gente se impacientaba. La mayoría de los habitantes de Shimma eran midummitas y comerciantes y artesanos extranjeros que se habían instalado en la nuevamente próspera capital de Midum. Y para ellos, lo mismo daba ser vasallos de un príncipe o de otro. Eso sumado a que no faltaban los nostálgicos de los antiguos reyes, que nunca terminaron de aceptar el dominio valate.

Había enviado la mayor parte de sus fuerzas para intentar detener el avance de Menetir, por lo que apenas contaba con una pequeña guarnición para defender la ciudad. Antes de que el

puerto quedara bloqueado, Damosén le propuso escapar, pero Naadur no creía que un virrey de Midum debiera pensar en su propia vida por encima de las de sus gobernados. Había conseguido, eso sí, enviar a su hija y su anciana abuela en uno de los primeros barcos que pudieron salir de Shimma antes del bloqueo. Se consolaba pensando que su familia estaría a salvo en Taros.

Menetir ya estaba esperando a su hermano delante de las murallas de Shimma. Había dado órdenes claras a sus generales de que tuviese la fuerza que tuviese el ataque de Enekhhal, no debían abandonar el cerco por nada del mundo. Él, con un reducido pero selecto ejército, se enfrentaría a su hermano menor. Enekhhal siempre había sido más listo, pero Menetir siempre había sido el mejor guerrero de los dos.

Así que, en cuanto las tropas comandadas por Enekhhal se lanzaron a atacar a los que sitiaban Shimma, Menetir inició su ataque particular. No le costó distinguir a su hermano al frente de una de las secciones de la caballería. Enekhhal destacaba por los colores y emblemas que lucía en sus vestiduras, su escudo y los arreos de su caballo. Los emblemas de la familia Damoy. Eso hizo que el odio creciera en su interior. Delante de él tenía el recordatorio viviente de que Enekhhal, si bien había sido desterrado temporalmente, no había perdido su nombre, ni el derecho de usar los emblemas familiares. Enekhhal estaba rodeado por los demás jinetes esterrianos con sus vistosos turbantes y vestiduras de vivos colores. El choque entre ambas caballerías ya había empezado, pero Menetir sólo tenía en mente superar la barrera de caballos y jinetes que le separaba de su hermano.

Él iba ataviado con sus ya habituales vestiduras, yelmo y escudo completamente negros. En los arreos de su caballo y los estandartes también negros que portaban sus hombres aparecía

bordada en rojo una oreja sangrante. Menetir había convertido esta imagen en su propio emblema. Menetir Una Oreja, ése era él, pero por poco tiempo.

Mientras se libraba sin demasiado esfuerzo de los jinetes que se interponían entre él y Enekhhal, no perdía de vista a su hermano. Éste, ciertamente, había mejorado mucho, y se desenvolvía con gran eficacia librándose a su vez de enemigo tras enemigo. Por fin, ya nada se interponía entre ellos.

Enekhhal también había estado pendiente de su hermano. En un primer momento, le sorprendió ver que Menetir no se unía a los que defendían el cerco de Shimma formando un compacto muro de hombres y caballos. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que iba a por él. De modo que, también se concentró en alcanzarle. Si Menetir pensaba que iba a evitar un enfrentamiento directo, estaba muy equivocado, y no tenía idea de las ganas que tenía Enekhhal de acabar con él.

Durante unos segundos interminables, se quedaron mirándose. Sus caballos se movían inquietos, y ambos tuvieron que esforzarse para impedir que los nerviosos animales se alzaran sobre sus patas traseras. Enekhhal se fijó en Menetir. Hacía años que no le había visto. Su aspecto todo de negro, era muy impresionante. Por entre las rejillas del yelmo, vio sus ojos azules clavándose en él como puñales de acero.

Menetir sudaba profusamente a causa del fuerte calor y del odio que le hacía hervir la sangre. Sentía correr los chorros de sudor entre el yelmo y su cabeza entrándole en los ojos, y haciéndole ver borroso momentáneamente. Pero él también tenía fija su mirada en la de su hermano. Y en sus ojos, tan parecidos a los suyos propios, vio arder el mismo odio. Escuchaba su respiración acelerada por el esfuerzo que acababa de realizar, y que le impedía oír nada más. Aunque sí que oyó el espeluznante

grito que salió de la garganta de Enekhhal, mientras éste se lanzaba contra él.

Enekhhal sólo había tenido que recordar las muchas ocasiones en que su cruel hermano le había maltratado. Y el odio que cultivaba desde que tenía uso de razón le impulsó como una catapulta contra Menetir. El mayor de los hermanos, pasada la sorpresa inicial, no tardó en reaccionar, y alzó su escudo justo a tiempo para recibir el brutal golpe de la espada de Enekhhal.

Estuvieron así, intercambiándose golpes de espada durante un largo rato, sin que pareciera que ninguno fuera a vencer al otro. Menetir estaba sorprendido por la resistencia y técnica de su hermano menor. Sabía que mientras continuaran así, no lograría nada. De modo que, esquivó un golpe de su hermano, y con un ágil movimiento, golpeó con su espada el cuello del caballo de Enekhhal con todas sus fuerzas. De inmediato, un torrente de sangre comenzó a manar de la herida cubriendo a ambos hermanos, mientras el animal comenzaba a tambalearse.

—¡Maldito seas, Menetir! Tú nunca puedes jugar limpio ¿verdad?— Enekhhal maldijo, mientras caía a la vez que su montura.

—Tú eres quien ha traicionado nuestra sangre. Tu castigo acaba de empezar.— Fue la respuesta de Menetir, que con sorprendente agilidad, había desmontado, y estaba ya en el suelo casi sin dar tiempo a Enekhhal a levantarse.

Ya en el suelo, reanudaron la lucha. Ninguno de los dos prestaba atención a lo que sucedía frente a las murallas de Shimma. Las tropas esterrianas y los mercenarios de Zodrim tenían arrinconados a los hombres de Menetir, quienes además debían soportar una lluvia de flechas que los defensores de la ciudad les lanzaban desde lo alto de las murallas. Apenas el sol

empezaba a ascender por el cielo, y parecía que Menetir iba a perder aquella batalla.

A pie, Menetir tenía ventaja sobre su hermano. Enekhhal era rápido y ágil, pero ya estaba cansado, y al caer, su caballo le había aplastado la pierna derecha. Sabía que no tenía huesos rotos porque podía caminar, pero el dolor aumentaba a cada momento, hasta que cada paso era una tortura.

Menetir supo aprovechar su ventaja atacando sin piedad, sin darle ni el más mínimo respiro. Ya ninguno de los dos sostenía su escudo, aprovechando ambos brazos para manejar las pesadas espadas. Estaba claro que Enekhhal notaba el cansancio más que su hermano mayor. En un momento dado, Menetir le asestó un fuerte golpe con su espada en la cabeza. El yelmo de Enekhhal se partió, y salió volando en dos mitades.

Enekhhal se tambaleó aturdido por el golpe. Menetir vio que al romperse, el yelmo de metal le había hecho un feo corte en la cara, que comenzaba a cubrirse de sangre. Sin embargo, Enekhhal no se rindió. El golpe de su hermano sólo sirvió para hacer aumentar su odio hacia él. Menetir siempre había aprovechado su mayor edad, tamaño y fuerza para humillarle. Y parecía que lo iba a conseguir de nuevo.

Contraatacó con rabia renovada. Pero la sangre le entraba en el ojo, y no calculó bien. Acabó cayendo de bruces cuando Menetir se apartó. Su hermano aprovechó para caer sobre él, y durante otro buen rato, ambos hombres se revolcaron por el amarillo polvo de Midum como cuando aún eran niños. Enekhhal incluso mordió el brazo de su hermano cuando éste le tiraba del cabello. Sintió placer al oír el grito de dolor de Menetir y saborear la sangre de su hermano, su propia sangre. Pero fue el final. Con la otra mano, Menetir le abofeteó tan fuerte, que cayó de nuevo.

Menetir se arrojó sobre él atrapándolo bajo su peso, mientras le apretaba el cuello con sus fuertes manos. Su intención había sido seguir apretando hasta acabar con la vida de Enekhhal. Pero entonces, en su mente apareció la imagen de su padre, y escuchó su voz con tanta claridad como si le hablase al oído. Le reclamaba aquel juramento de lealtad que todo guerrero valate realiza al convertirse en hombre, y en el que sobre todas las lealtades, incluso al dios Nin o al rey, estaba la lealtad a la familia. Recordó entonces que lo que debía hacer era castigar a su desleal hermano, recordándole a quién debía obediencia, y obligándole a cumplir.

Enekhhal había perdido el conocimiento, pero seguía vivo. Menetir le hizo llevar a su tienda, y que su médico personal atendiera sus heridas. Cuando Enekhhal despertó, estaba encadenado. Le dolía todo el cuerpo, pero muy especialmente, la pierna derecha. Y su ojo derecho palpitaba de un modo alarmante. Se dio cuenta de que se encontraba en un carro cubierto. El movimiento le producía terribles dolores. Se abrió la pesada tela de cuero que cubría el lugar donde estaba. La luz le hirió los ojos. Pero la voz de su hermano le ayudó a identificar quién acababa de entrar en su prisión.

—Ya era hora de que despertaras. Nunca has sabido soportar los rigores del campo de batalla. Tú siempre estás más cómodo en los palacios. Pero, no temas. Allí es donde vamos, al palacio real de Ayusha. A coronar al nuevo rey de Esterria.— Enekhhal sintió pánico.

—Pero mi hijo es el rey de Esterria ¿Qué le has hecho? ¿Cuánto tiempo he estado aquí?—

—Calma hermano. Te pondré al corriente. Vamos hacia Esterria. Con tu ayuda y los mercenarios contratados por mi

rebelde esposa Zodrim, el maldito Naadur consiguió romper el cerco de Shimma.—

—De modo que huyes de Naadur una vez más.— Enekhhal dijo con una sonrisa. Pero inmediatamente se arrepintió, pues el movimiento hizo aumentar el dolor en su ojo. Le parecía que debía de tener algún tipo de vendaje sobre él, aunque no podía comprobarlo, ya que tenía las manos inmovilizadas con cadenas.

—Yo no huyo.— Menetir protestó con tono agrio. —Realizo una retirada estratégica. Además, el maldito Naadur no tiene hombres para perseguirme, luego no hay huida. Como te he dicho, nos dirigimos a Esterría, donde ayudaré a que se siente en el trono uno de mis colaboradores. Sé que habrá lucha, claro. Pero he de informarte de que después de verme obligado a deshacer el cerco de Shimma, di órdenes a mi ejército para que se lanzara sobre el tuyo, que fue derrotado.—

¿Quién decide el destino del mundo?

Naadur había salvado Midum in extremis. Pero sabía que esta vez sólo era un momentáneo respiro. Menetir había demostrado su fuerza, y Naadur no tenía duda de que le habría derrotado si no se hubiera concentrado en sus rencillas personales contra su hermano. Sin la estrecha supervisión de Menetir, sus ejércitos, aunque fuertes, no habían luchado con suficiente ahínco, y las fuerzas combinadas de Esterría, Narvaly y las defensas de la ciudad habían roto el cerco y hecho retirarse a los sitiadores. Menetir, sin embargo, había aniquilado al ejército de su hermano, y le había hecho prisionero. Naadur se dio cuenta de que había contraído una deuda con Enekhál mucho mayor de la que en principio planeaba. Si el desafortunado conseguía sobrevivir, estaba claro que el rey de Kynán le debía el perdón definitivo.

Cuando por fin pudieron entrar en la ciudad los enviados de Andamar, Naadur tuvo que responder a su padre disculpándose por no poder acudir en ayuda de Yaluc. Sus fuerzas estaban prácticamente agotadas. No se podía permitir prescindir de un solo soldado en Midum. Menetir estaba demasiado cerca, y era demasiado fuerte.

Sin embargo, el heredero sentía una gran lealtad hacia su tío-hermanastro que tantas veces había salvado su vida y más importante aún, la de su hijo y heredero. Por ello, dejó al siempre leal Damosén al frente del gobierno de Midum, y partió hacia Taros con la intención de comandar los ejércitos de su padre, y marchar en ayuda de Yaluc. No podía saber que su ayuda iba a llegar demasiado tarde.

Al no recibir ninguna señal de La Madre, Dilmala acabó por decidirse a ir a buscar a su hermana. Preguntó a cuantos conocía de la aldea por los caminos por si la habían visto, o sabían hacia dónde pensaba ir. Nadie le dio una respuesta concreta. Pero la mayoría de los que huían se dirigían a la Aldea del Roble Partido, y Dilmala pensó que era un buen sitio donde buscar. Era su aldea natal, y por tanto, Jaduma muy bien podía haber decidido volver allí, donde aún tenían parientes.

Dilmala pensó que tal vez había llegado el momento de cambiar el nombre del lugar, pues aldea ya no era muy apropiado. Durante los años que habían pasado desde que Andamar expulsó al antiguo señor de aquellas tierras, y sobre todo desde el final de la guerra contra Menetir, la localidad había experimentado un gran crecimiento.

Allí se habían instalado muchos de los loggi obligados a abandonar sus empleos en las ciudades importantes del reino a causa de las leyes del rey que reservaban esos empleos para los valate. Eran loggi, pero ya no serían capaces de adaptarse a la forma de vida tradicional, y preferían seguir dedicándose a lo que sabían hacer en aquella pequeña ciudad.

También seguían viviendo allí sus antiguos habitantes loggi, valate, mestizos y numerosos extranjeros atraídos por la prosperidad del lugar. Estaban felices de haberse librado de la tiranía del antiguo señor. El nuevo, Yaluc, gozaba de gran respeto entre los loggi y los demás daban gracias a los dioses porque fuera un señor ausente que incluso cuando vivía en el castillo como ahora, no se entrometía en los asuntos de la ciudad.

A Dilmala le costó reconocer en aquella bulliciosa población la tranquila aldea de su infancia. Sin embargo, no tardó en encontrar a algunos de sus parientes que seguían viviendo en el mismo lugar que ella recordaba. Sintió una inmensa alegría al descubrir

que tal como imaginaba, Jaduma se había refugiado allí. Al reencontrarse con su hermana y hallar a su hija sana y salva, se dio cuenta de lo mucho que había temido no volverlas a ver. Eso la llevó a tomar una decisión muy importante.

Ambas hermanas se consolaron mutuamente por los trágicos acontecimientos ocurridos en Hogar de Mores. Jaduma sufría por su hijo, pero a la vez, se sentía orgullosa de él por no permitir a Agón salirse con la suya, aunque le hubiera costado tan caro. Jaduma intentó que su hermana menor le explicara cómo era posible que sucedieran esas cosas. Ciertamente que los valate les habían obligado a cambiar su modo de vida y se habían nombrado dueños de la tierra. Pero nunca habían actuado como Agón. Ningún señor valate por tirano que fuera, había asesinado mujeres y niños para obligar a la gente a hacer lo que querían ¿Cómo podía Agón, un loggi, actuar así? Los loggi siempre habían sido pacíficos ¿Acaso La Madre ya no velaba por sus criaturas?

—Comprendo tu confusión, hermana. Pero tú todavía conoces y recuerdas muchas de nuestras costumbres y tradiciones. Conociste bien a Zesera. Sin duda sabes que La Madre nunca decide por sus criaturas. Todos podemos elegir qué camino tomar. Los lobos son fieros cazadores, pero La Madre no ha dejado completamente indefensas a sus presas. Ella ha hecho a los gamos veloces para poder escapar. Ahora nos pone a los hombres ante sucesos que no comprendemos porque todo cambia, y ya nada es como era. Y las cosas van a cambiar más aún. El cambio forma parte de la vida. Los cambios de La Madre pueden ser tranquilos y regulares como el paso de las estaciones, o el día y la noche. Pero también hay cambios bruscos y dramáticos, como cuando La Madre hace que tiemble el suelo bajo nuestros pies abriendo abismos que se tragan hombres y animales, o cuando hace que las montañas vomiten fuego.—

El discurso de Dilmala pareció convencer a su hermana. En realidad, Jaduma sabía que Dilmala tenía razón. Ella conocía bien los cambios de La Madre. Además, no podía poner en duda las palabras de su hermana con quien la propia Madre se comunicaba directamente.

Dilmala decidió que debía revelar a su hermana toda la verdad. Todo lo que sabía por Zesera y por sus propias visiones. Y eso, claro, la obligaba a hablarle también del príncipe Sikander y su papel en todo aquel drama. Jaduma no pareció demasiado sorprendida. Es más, Dilmala tuvo la impresión de que después de lo que le había contado, la otra mujer comprendía y aceptaba mejor las cosas. Por tanto, decidió dar el siguiente paso. Llevar a Jaduma y a su pequeña Ylania al Refugio.

No le costó que Jaduma le diera su palabra de mantener el secreto. Es más, aseguró a Dilmala que estaría encantada de quedarse a vivir allí, en aquel lugar secreto y protegido. Estaba cansada de ver cómo su mundo se derrumbaba. Aceptaba que debía ser así, pero si podía ahorrarse ser testigo, mejor. Había consagrado su vida a cuidar de su sobrina Ylania, y criarla en medio del bosque, según las costumbres tradicionales, le resultaba muy atractivo. Además, aquel escondite tenía otro aliciente. Allí estaba su querida hija Derina, a la que tanto había añorado.

Partieron en medio de la noche, y sin despedirse de nadie. Tampoco habían hecho preparativos para el viaje, en un intento de evitar llamar la atención de sus parientes y amigos. Nadie debía saber que se habían ido hasta que ya estuvieran muy lejos y no pudieran seguirlos.

Yaluc empezaba ya a hartarse de aquel juego inútil. Conseguía expulsar a un grupo de bárbaros sólo para que otro grupo nuevo

atravesara las montañas, y cayera con más violencia sobre las desdichadas aldeas de la región.

No dejaba de preguntarse por qué ni Agón ni sus bárbaros colaboradores habían atacado su castillo, o la Aldea del Roble Partido. Suponía que no deseaban entablar verdaderas batallas, sino que sólo querían presionar a los habitantes para que se unieran a Agón en su disparatada idea de crear un reino loggi con él como rey. A él parecía que sólo querían llevarle a la desesperación a fuerza de obligarle a mantener aquella persecución sin sentido.

El único consuelo le llegó cuando ya el verano se acercaba a su fin, y tuvo noticias de cómo Naadur había conseguido romper el cerco de Shimma salvando la ciudad y el reino. Pero le torturaba imaginar a Mores y los demás habitantes de su aldea sufriendo a merced de los caprichos de Agón. Así que, decidió que ya no iba a continuar siguiéndole el juego.

Durante días, se encerró con sus generales intentando diseñar un plan para capturar a Agón y obligarle a liberar a sus rehenes. Debía hacerlo de modo que el rebelde no tuviera ocasión de arrasar la aldea. La guerra nunca le había desagradado tanto, aunque sabía que para conseguir lo que pretendía, algunas muertes serían inevitables.

La esperanza renació en él cuando le llegó la noticia de que Agón no se hallaba en la aldea Hogar de Mores, aunque su amigo y el resto de los rehenes continuaban allí vigilados por fieros bárbaros. Según su espía, Agón se había retirado junto con algunos de sus seguidores más fieles al Lugar de la Bola de Fuego, donde pensaba realizar los rituales en honor de La Madre del final del verano.

Yaluc no se lo pensó más. Con un pequeño grupo de hombres para no llamar la atención, se dirigió por caminos indirectos hacia

Hogar de Mores. Su intención era liberar la aldea tomándola por sorpresa. El día amaneció frío y lluvioso, y el tiempo empeoraba a medida que ascendían por las laderas de aquellas montañas que él había aprendido a conocer y amar en su época de vivir con los loggi.

Como no quería llamar la atención, y que Agón pudiese enterarse de sus movimientos, tenía que desplazarse despacio y por caminos estrechos que atravesaban el bosque y los prados hasta llegar a la aldea en lo alto de la montaña. Eligió un pequeño claro para acampar y pasar la noche. Él habría preferido seguir y llegar cuanto antes. Pero no podía obligar a sus hombres a caminar a oscuras por aquellos parajes bajo la lluvia. No, si quería que le resultaran útiles para caer por sorpresa sobre los hombres de Agón en la aldea. Tenían que estar bien alerta y descansados.

Lo que su espía no había podido contarle, y Yaluc era demasiado noble de carácter para imaginar es que Agón le había tendido una trampa en la que había caído de lleno.

Aunque la razón de acampar era que necesitaban estar descansados para acometer la batalla del día siguiente, Yaluc no podía dormir. Una gran inquietud le quitaba el sueño. Lo achacó a que temía no ser capaz de tomar la aldea sin que muchos inocentes murieran. Y sobre todo, temía causar la muerte de su querido Mores.

Sentado en su tienda, escuchaba la lluvia que no cesó en toda la noche, y a ratos caía con tal fuerza, que parecía a punto de arrastrar el campamento. Tal vez por el ruido de la lluvia, o por estar demasiado ensimismado en sus pensamientos, al principio no se percató del súbito alboroto de fuera. Cuando al fin se dio cuenta de que eran voces humanas y entrecocar de espadas lo que oía, alguien irrumpió en su tienda. Yaluc sólo tuvo tiempo de sentir el aire frío y la lluvia mojando el interior a la vez que una

oscura silueta se le echaba encima. Un fuerte golpe en la cabeza, y todo se volvió negro.

Cuando despertó, estaba en otra tienda. La luz grisácea del día entraba por una rendija frente a él. Al incorporarse, un agudo dolor en la parte posterior de la cabeza le obligó a cerrar los ojos y moverse más despacio. Intentó ponerse en pie, pero entonces se dio cuenta de que unas gruesas cuerdas le mantenían inmobilizado.

El cuero de la entrada fue apartado y dos personas entraron en la tienda. Con la luz que ahora penetraba por la entrada, Yaluc consiguió ver las caras de los dos hombres. Uno era Agón, bastante cambiado. Sabía que era mayor que Dilmala. Luego calculó que pasaría de los 30, aunque aparentaba más. Estaba muy flaco, y sus cabellos se veían completamente grises. Al otro hombre no le había visto jamás. Llevaba un turbante de seda de un vivo color rojo alrededor de la cabeza al modo esterriano. Su piel tenía el color tostado de los naturales de aquel reino, y sus ojos vivaces que parecían dorados a aquella luz, eran los típicos de los esterrianos. Sin embargo, lucía un grueso bigote oscuro y vestía como los bárbaros aliados de Agón.

—Harubán tenía dudas de que fueras a caer en la trampa. Pero yo le aseguré que correrías a salvar a tu querido Mores. Y no me equivocaba.— Agón dijo con una sonrisa satisfecha. A Yaluc no le hizo falta más para comprender su situación. Estaba claro que Agón sólo había hecho creer que se ausentaba para hacerle ir a la aldea. Y al parecer, ahora le tenía prisionero.

—No comprendo cómo has llegado a esto Agón. No sólo asesinas a tu propia gente, sino que tienes prisionero a Mores, tu sobrino, tu propia sangre. He de reconocer que me has engañado. Pero bueno, ya me tienes, soy tu prisionero. Sabes que soy heredero de Kynán. Libera la aldea y utilízame a mi en su lugar.

Puedes negociar un trato ventajoso con Andamar. Yo mismo le convenceré de ello.— Los otros dos hombres se miraron, aparentemente muy divertidos con las palabras de Yaluc.

—Tú siempre tan noble y generoso. Seguro que hasta ofrecerías tu vida a cambio de las de la gente de la aldea. Eso tampoco me sorprende, Yaluc.— Dijo Agón, y volvió a intercambiar una mirada cómplice con el otro hombre. —En efecto. Eres un rehén muy valioso. Por eso te he hecho capturar. Y mi intención es negociar contigo como prenda. Pero no con Andamar.— Ahora los dos hombres rieron. Yaluc miró al esterriano con aprensión. Éste le hizo un guiño burlón.

—La verdad, he oído tantas cosas sobre ti, Yaluc Cabeza de Fuego, cada una más asombrosa que la anterior. Pensé que Agón exageraba para aumentar el precio, claro. Pero me parece que podría incluso haberse quedado corto. Soy Harubán, y tú y yo vamos a hacer un largo viaje.— Dijo el esterriano en tono ligero.

—¿Un viaje? Por tu aspecto y tu nombre veo que eres esterriano. Pero tus ropas y que estés con Agón me hace pensar que no es a Esterria a donde vamos ¿verdad? ¿Y qué es eso de un precio? Si no quieres usarme para obtener algo del rey ¿Qué esperas obtener a cambio de entregarme a este hombre?— Yaluc se dirigió primero al esterriano y luego a Agón. Sin embargo, fue el otro hombre el que habló.

—Oh, Agón se conforma con un buen puñado de oro con el que comprar crédulos que construyan un templo en su honor. Pero se lo he entregado con gusto, pues planeo obtener mucho más por ti.—

—El oro es para pagar a los artesanos. Los loggi no somos constructores. Yo no necesito comprar a mis fieles. Ellos saben que La Madre me ha elegido.— Agón protestó indignado. Pero Harubán no le prestó la menor atención. Y Yaluc, la verdad,

tampoco, ya que acababa de comprender el significado de las palabras del esterriano.

—¿Vas a venderme como esclavo?— Preguntó. Aunque era más una afirmación que una pregunta.

—Soy tratante de esclavos. Ése es mi negocio. Y tú vas a hacerme rico. Pero basta de cháchara. Es hora de que nos pongamos en camino.— Harubán se puso en pie. Se dirigió a la entrada y chasqueó los dedos. Al momento, dos enormes bárbaros de rubios bigotes entraron en la tienda. Uno desenganchó la argolla que mantenía la gruesa sogá que ataba a Yaluc sujeta al poste central de la tienda, mientras el otro le obligaba a ponerse en pie sin el menor miramiento.

Tomándole uno por cada brazo, le hicieron salir de la tienda. La luz del día aunque estaba muy nublado le hizo daño en los ojos, y agudizó el dolor de cabeza. Se sintió mareado. Al percatarse de las intenciones de Harubán, había planeado que escaparía a la menor ocasión. Sabía que podría zafarse y echar a correr por el bosque, aunque estuviera maniatado. Pero aquellos dos gigantes no serían fáciles de superar. Eran incluso más altos que él, y Yaluc estaba acostumbrado a superar en estatura a la mayoría de los hombres que se encontraba.

Con la misma brusquedad, le obligaron a subir a una carreta, y ellos subieron también situándose a ambos lados. Alguien hizo restallar un látigo, y la carreta comenzó a moverse. Como le habían sentado mirando hacia atrás, no tenía la menor idea de a dónde se dirigían. De pronto, Harubán apareció detrás de la carreta sobre un caballo gris.

—Ya te he dicho que he oído muchas cosas sobre ti. Sé de tu legendaria fuerza. Por eso mis fieles gigantes se ocuparán de que no escapes. Y por cierto, si tienes la intención de convencerles con tu ingenio para que te liberen, has de saber que desconocen

por completo el valate. Y la lengua de su pueblo tampoco les sería útil, ya que les cortaron la suya hace mucho. Sólo yo sé comunicarme con ellos con gestos. La verdad es que son más bestias que hombres.— Harubán dijo, y adelantó a la carreta, con lo que Yaluc le perdió de vista. Miró a los hombres que le custodiaban, y con desolación, comprobó que sus miradas parecían completamente vacías.

Al principio, aunque no podía ver a dónde se dirigían, reconocía los caminos. Eran algunos de los que había recorrido tantos años atrás con Mores. Intentaba pensar que el joven estaría a salvo. Que Agón no sería capaz de matarle. Pero ya no podía estar seguro de nada. Tampoco comprendía por qué aquel hombre estaba tan seguro de obtener tan alto precio por él. Lo poco que él sabía de esclavos lo aprendió muy a su pesar cuando conoció a Lahón en Midum. Éste le había comentado algunos episodios de su vida. Por eso sabía que el valor de los esclavos dependía de la utilidad que el comprador encontrara ¿Por qué querría nadie pagar por él? Era grande y fuerte, pero aquellos gigantes estúpidos le ganarían en cualquier prueba de fuerza ¿Para qué pagar a Agón por capturarlo cuando tenía a aquellos forzudos ya en su poder?

Viajaron durante todo el día. Cuando ya se ponía el sol, se detuvieron. Y sólo entonces, le dieron algo de comer y un poco de agua. Insuficiente en ambos casos. Tuvo que dormir sobre el suelo húmedo bajo la carreta a la que le habían amarrado, y siempre vigilado por los gigantes que se turnaban para dormir.

A la mañana siguiente, después de un desayuno igual de escaso, volvieron a ponerse en marcha. Había dejado de llover, pero ahora atravesaban una niebla helada. Hacía cada vez más frío, y el camino se volvía más estrecho y empinado. Era evidente que ascendían una montaña. Por culpa de la niebla, no podía ver

el horizonte, con lo que se hallaba totalmente perdido. Le vino un súbito recuerdo de aquella mañana en el bosque, cuando Dilmala y sus compañeras le llevaban también por caminos desconocidos a un destino incierto del que no sabría volver. Ese recuerdo, y pensar que probablemente no volvería a ver nunca a Dilmala ni a Lahón ni a su hijita a la que apenas había tenido tiempo de conocer, o lo más duro de todo, a Naadur, le produjo un dolor tan agudo que sintió correr las lágrimas por su rostro. Los gigantones le miraban con sonrisa bobalicona, Pero no le importó.

Los Hijos del Lobo

Al final del quinto día de viaje, hubo un cambio. En vez de hacerle dormir bajo la carreta, le metieron en una tienda, la misma en la que había despertado cinco días antes, y le amarraron al poste. Entonces, entró Harubán.

—Bien, Yaluc. Mañana te entregaré a los hombres de Aninkur, Señor de los likaya, los Hijos del Lobo. Él es quien me encargó capturarte, y el que me hará inmensamente rico. Pero antes quiero hablar contigo. Dejarte claro que no tengo nada contra ti. Yo sólo cuido de mi negocio. Al fin y al cabo, eres un príncipe, y es posible que alguna vez estés en posición de recordar el buen trato, y agradeceréme.— Yaluc estaba consternado ¿Matarle de hambre y frío y arrastrarle amarrado como una bestia era buen trato? En realidad, no debería sorprenderse, ya que Harubán no era más que un despreciable tratante de esclavos. Sin embargo, fue otra duda la que le hizo preguntar.

—¿Ese hombre del que jamás oí hablar te encargó que me capturases a mí en concreto?—

—Así es. Y me va a pagar espléndidamente por ello. —

—¿Por qué? ¿Qué gana teniéndome como esclavo?—

—No puedo responderte a lo segundo ¿Quién sabe por qué los reyes se comportan caprichosamente? Aninkur es muy poderoso, y puede hacer lo que se le antoje. En cuanto a por qué tú, eso creo que puedo explicártelo. Como te dije en el campamento de Agón, he oído hablar mucho de ti. Y no soy el único. Verás, Akumilas, el hijo favorito de Aninkur es el jefe de los hombres que han estado ayudando a Agón. Está siempre a su lado, y ha sido testigo de

cómo ese joven tullido de la aldea donde está su base se ha resistido a todos los intentos de Agón para someterse a él.—

—Mores. El joven se llama Mores. Es como un hermano para mí.— Yaluc dijo con angustia al pensar de nuevo en su querido amigo.

—Y ciertamente te admira. Incluso yo diría que te venera. No ha parado de decir a cualquiera que le escuchase que no cede porque sigue tu ejemplo de amor hacia los loggi. La gente le respeta mucho, y prestan mucha atención a sus palabras. Agón tenía que explicar a Akumilas por qué el joven se resistía tanto. Él le tradujo sus palabras, y el hijo de Aninkur se quedó muy impresionado. Los likaya son gente muy dura Yaluc. Yo los conozco bastante bien. La resistencia de Mores les impresiona porque admiran la fuerza y el valor más que nada, y no los esperarían de un joven demasiado débil para ser un guerrero. Por lógica, Akumilas sintió curiosidad por ti, ya que eres la inspiración del valor del joven tullido.—

—¿Y como me admira te envía para que me captures como a un animal?—

—No, no. Esa no es toda la historia. En realidad, sólo es el principio. Y como ves, estoy dispuesto a narrártela. Espero que no lo olvides.— Yaluc soltó un gruñido. Nunca se había sentido tan furioso. Tiró de la soga que le amarraba al poste, y comprobó que éste era fuerte y sólido ¿Qué posibilidades tendría de escapar si lo arrancaba del suelo? Por desgracia, Harubán leyó sus intenciones. Hizo un gesto, y al momento, uno de los gigantes tenía su enorme y musculoso brazo alrededor del cuello de Yaluc, y apretaba. —Lamentaría mucho tener que estropear una mercancía tan valiosa.— Yaluc volvió a gruñir.

—Está bien.— Consiguió decir, mientras sentía que empezaba a faltarle el aire. Harubán interpretó que se rendía, y ordenó al

grandullón que se retirase, aunque no se fue muy lejos. Yaluc tosió, intentando recuperar el aliento. Harubán le acercó una jarra de vino de la que apenas pudo beber. El líquido le entró por la nariz. Y tosió más.

—Mientras recuperas el aliento, y espero que también la sensatez, continuaré. Pero antes, te recuerdo que no es conmigo con quien debes descargar tu ira. Comprendo que estés furioso con Agón. Te engañó, y no sólo cuando te hizo acudir a la aldea hace cinco días. Si te sirve de consuelo, no creo que pueda saborear mucho tiempo su victoria sobre ti.—

—¿Qué significa eso?—

—Me extrañaría mucho que los likaya sigan aguantando sus estupideces mucho más. La paciencia no se cuenta entre sus virtudes. Pero sigamos con la historia. A menos que no tengas interés. En tal caso, ya es tarde.— Harubán hizo amago de ir a levantarse.

—No. Sigue por favor.— Harubán sonrió, y volvió a acomodarse en los cojines.

—Cuando Akumilas contó a su padre lo que sucedía en la aldea, y le habló de ti, el señor de los likaya me llamó. Llevo ya muchos años trabajando para él, y con buenos beneficios. Pero soy esterriano como sabes, y antes ejercía mi oficio en mi patria. Eran buenos tiempos, sobre todo, durante la regencia de Tessino. Pero desde que Enekhhal y su esposa son los regentes, todo ha cambiado. Esa extravagante costumbre que tenéis los valate de rechazar la tenencia de esclavos arruina mi negocio. Pero, a lo que voy, Aninkur sabe de dónde soy, y que he viajado por todos los reinos del mundo conocido. Así que me preguntó por ti. Yo, claro, al principio sólo le pude contar que eras uno de los herederos de Kynán. Que al parecer eres hijo de Belcentes y Andamar te adoptó. Yo estaba en Ayusha durante la conferencia

de paz, cuando Andamar te presentó como su heredero. Aninkur no podía comprenderlo, y ciertamente, yo tampoco.—

—¿Qué hay que comprender? Andamar sólo tenía un heredero, y quería asegurar su sucesión.— Yaluc replicó confuso. Harubán sonrió burlón.

—Había oído hablar de tu ingenuidad. Tan grande, y tan inocente ¿Por qué ningún rey iba a adoptar a un bastardo de su padre, alguien que le podría disputar el trono? Sí, sí, no hace falta que vuelvas a protestar. Seguro que no es esa tu intención. Nunca lo es, hasta que decidas que el trono de Kynán debe ser tuyo. Pero en fin, yo tampoco supe responder a Aninkur, porque todo lo que sabía de ti era eso. Como vi una oportunidad de negocio, le propuse que me enviara a Taros para hacer averiguaciones. Entonces, sólo pensaba cobrarle por la información.—

—¿Estuviste en Taros?— Yaluc se sorprendió.

—Sí. Aproveché que toda la familia real de Kynán estaba en Shimma para la coronación de Andamar como Señor del Mundo. Intenté actuar con la máxima discreción. Después de todo, estaba indagando sobre un príncipe heredero del reino. Interrogué a empleados de palacio, criadas, sacerdotes del templo de Nin. Fue una sorpresa averiguar que habías sido instruido como un futuro sacerdote. Pero lo que me resultó más útil fue saber que tu padre el rey te hizo ocultar en el templo. Que eres hijo de una esclava llamada Rhona. Y que tu padre tenía ciertos planes para ti.—

—Yo no supe de mi madre hasta los 13 años ¿Quién te dijo quién era, incluso su nombre?—

—Oh, bueno. Palas como Sumo Sacerdote de Nin tiene acceso a todos los documentos del templo, claro, incluyendo los que el antiguo Sumo Sacerdote ocultó. Y no te tiene ninguna simpatía. Aunque estoy seguro de que eso tú ya lo sabes. Regresé, y conté

todo lo que había averiguado a Aninkur. Y por todo el oro de Albisos que creí que había cometido el peor error de mi vida. Su rostro se transformó cuando le mencioné tus orígenes. Pensé que no saldría vivo de allí. Pero, en cambio, me prometió que me entregaría más oro del que pueda imaginar, si te llevaba hasta él. Y te aseguro que yo puedo imaginar muchísimo oro.—

—Te he escuchado atentamente. Pero en ningún momento he oído por qué has de llevarme maniatado y tratarme como a un esclavo.—

—Es lo que Aninkur me exigió. Y yo siempre sirvo bien a mis clientes.—

Harubán dio por terminada la conversación, y los gigantes regresaron. Desataron a Yaluc del poste, y lo arrastraron fuera, una noche más bajo la carreta.

Le despertaron a puntapiés. Había tenido horribles pesadillas en las que unas veces veía a Agón riéndose de él mientras arrojaba al desdichado Mores al hoyo donde cayó la bola de fuego, y otras, del hoyo salía un horrible monstruo que los devoraba a todos, incluido el propio Yaluc.

Aquella mañana, sólo le dieron un trozo de pan húmedo y correoso para desayunar. Esperaba que le subieran a la carreta. Pero en vez de eso, Harubán se acercó, e hizo gestos a los gigantes. Uno de ellos tomó la soga que amarraba a Yaluc, y se la pasó por el cuello y luego por las ingles, de modo que si intentaba erguirse, la soga se le clavaba dolorosamente en la entrepierna y le apretaba el cuello estrangulándole.

—No me lo tomes en cuenta. Debo asegurarme de que no escapas.— Dijo Harubán, y montó en su caballo.

Uno de los gigantes tomó el extremo de la cuerda y tiró de ella, obligando a Yaluc a caminar detrás de él encorvado. El otro se

situó detrás de Yaluc. Éste vio que un par de hombres de Harubán a caballo se colocaban delante del tratante y otros tantos detrás de los gigantes y él, cerrando la peculiar comitiva. Harubán dio la orden, y comenzaron a caminar.

Yaluc enseguida comprendió el cambio. Iban ascendiendo por una vereda sumamente estrecha y empinada por la que no podría haber pasado la carreta. Nunca había estado al otro lado de las Montañas Blancas, pero hacia allí era a donde se dirigían. Volvía a llover, y el viento helado lanzaba la lluvia sobre su cara. Avanzar así le resultaba muy penoso. El hombre que tiraba de la soga lo hacía sin pararse ni un momento ni girarse para ver si Yaluc podía o no mantener el paso. Tropezaba constantemente. Y cada vez que intentaba erguirse para ver mejor por dónde iban, la soga le recordaba que ahora no era más que un desdichado esclavo.

Se le pasó una vez más por la cabeza escapar. No sería sencillo. Pero estaba bastante seguro de que si los tomaba por sorpresa, podría empujar al hombre que tenía detrás y hacer perder el equilibrio y la soga al de delante. Entonces se lanzaría rodando por alguno de aquellos terraplenes que pasaban. Si conseguía alejarse lo suficiente, podría esconderse en alguna cueva. Él sabía bien que había muchas en aquellas montañas. Los hombres a caballo no le podrían seguir por un terraplén. Pero entonces, recordaba la conversación con Harubán. No podía negar que le devoraba la curiosidad por aquel Aninkur y su gente que se hacían llamar Hijos del Lobo. Además ¿Qué había querido decir Harubán con que Agón no disfrutaría de su victoria? Quizá sus pesadillas de la noche anterior le avisaban de que sus queridos loggi corrían un peligro mucho mayor del que conocía hasta ahora ¿Podría él salvarlos?

Caminaron todo el día por aquella vereda estrecha que a veces transcurría entre altas paredes de roca, y otras bordeaba

empinados terraplenes. La lluvia no cesó en todo el camino, y cada vez hacía más frío.

Yaluc encontró la manera de poder alzar la cabeza para ver el camino. Simplemente tenía que agacharse y caminar casi en cuclillas para evitar los tirones de la cuerda. Era incómodo. Pero él podía soportar la incomodidad. Se había criado en el templo como huérfano sin privilegio alguno. Además, encontró consuelo en que al agacharse también obligaba a caminar incómodamente inclinado al grandullón que tiraba de la cuerda. Pocas veces como aquella se había sentido tan feliz de su estatura.

Sin embargo, el que tiraba de la cuerda, al parecer no era un hombre paciente, y aumentó la fuerza y frecuencia de los tirones que hacían tropezar a Yaluc. En más de una ocasión sintió como las afiladas piedras le cortaban la piel de las piernas y los pies. Cuando le capturaron en su tienda, sólo llevaba puesta su camisa y unas calzas. No le dieron ocasión de ponerse un manto ni de calzarse sus botas de campaña. Mentalmente, se recordaba que había pasado incluso más frío en sus días de acólito, con su leve túnica, sus sandalias y su raído manto de lana.

Era difícil saber la hora del día, pues la luz grisácea apenas había cambiado desde el amanecer. Yaluc calculó que debía de ser media tarde cuando el camino comenzó a ser descendente. Y según descendían por un camino muy parecido al de ascenso, el frío aumentaba. Pero al menos dejó de llover. El aspecto de las montañas por aquel lado era muy diferente al lado de Kynán. Él, claro, había oído desde niño las historias sobre cómo sus antepasados valate llegaron desde el noreste después de atravesar interminables llanuras estériles barridas por el viento. La vegetación era mucho más rala en esa vertiente.

Llegó un momento en que recordar sus duros días de acólito no le bastaba para soportar la tortura del frío y las heridas en sus

piernas y pies. Una vez más, le llegó el recuerdo de aquella primera vez que vio a Dilmala, y ella le condujo al claro del bosque. Tenía bastante certeza de que dondequiera que acabase este camino, no le esperaba una amable sanadora loggi dispuesta a curar sus doloridos pies.

Pero se negaba a lamentarse ¿De qué serviría? Quizá debería haber sido más astuto, y no fiarse de Agón. Pero ya era tarde para eso. Tal vez el frío comenzara a embotarle los sentidos, pero llegó un momento en que dejó de sentirlo, igual que el dolor. Tuvo la vívida sensación de salir de su propio cuerpo. Con claridad contempló el grupo del que formaba parte como si flotara por encima. Era una sensación muy parecida a la que experimentaba en las cuevas cuando intentaba comunicarse y comprender a los que hicieron las pinturas de las paredes. Pero ahora no había tomado ninguna mezcla de raíces.

Se contempló a sí mismo. Tenía un aspecto lamentable. Pero en vez de preocuparse o entristecerse, sintió una extraña calma. Pudo ver cómo en su cara aparecía una sonrisa justo antes de volver a su ser. Sonreía porque acababa de darse cuenta de algo. De pronto, lo comprendía todo. Estaba dónde debía estar. Todo lo que había sucedido en su vida hasta entonces le había llevado a aquel camino de montaña, arrastrado por una soga como una bestia. La sensación fue mucho más intensa que en las ocasiones anteriores. Era allí dónde debía estar. Cumplía su destino. Zesera tenía razón como siempre. Sólo tenía que escuchar con atención, y La Madre le hablaría. Ella le había hablado alto y claro.

Estaba tan ensimismado con su reciente descubrimiento, que no se dio cuenta de que habían parado hasta que sintió un tirón especialmente fuerte, y se encontró con la cara enfurruñada del gigantón muy cerca de la suya.

—Veo que el paseo te ha resultado grato.— Oyó decir a Harubán en tono burlón. Se volvió a mirarle sin que su sonrisa se encogiera lo más mínimo.

Habían llegado a algún tipo de meseta o zona llana bastante amplia entre las montañas. El cielo estaba ya casi oscuro, pero sin nubes. Ya se podían distinguir miles de estrellas. Harubán le miraba sin saber muy bien qué pensar. Eso le complació. A su lado, había un hombre de aspecto impresionante. Yaluc notó que debían de estar en un campamento. Había hogueras iluminando la ya cercana noche. El resplandor de las llamas daba un aspecto más imponente aún al hombre que estaba junto a Harubán.

Yaluc calculó que era tan alto como él mismo, si no más. Iba afeitado como tantos de los bárbaros que había visto. El cabello lacio le caía casi hasta los hombros, y era del blanco más puro, como hecho de nieve, Yaluc pensó. Por tanto, debía de ser un anciano, aunque en su rostro anguloso no se apreciaban arrugas, y su cuerpo se veía fuerte y robusto. Tenía los ojos fijos en Yaluc, ojos de un gris como el del cielo de aquella pasada mañana.

—Éste es Aninkur, señor de los likaya, llamados Hijos del Lobo.— Harubán dijo en tono solemne. El otro hombre desvió apenas la mirada de Yaluc para hablar al tratante. Yaluc reconoció la lengua que había oído a los bárbaros amigos de Agón. Harubán respondió en un tono que a Yaluc le sonaba a disculpa, aunque no entendiera las palabras. Como para darle la razón, Aninkur sacó de su cinto un largo cuchillo, y con un movimiento tan rápido que Yaluc ni siquiera tuvo tiempo de alarmarse, se le acercó y cortó la soga que iba de su cuello a su entrepierna.

—Gracias— Dijo Yaluc, aunque Aninkur no le entendiera, mientras se erguía trabajosamente, ya que tenía todo el cuerpo dolorido. Harubán fue a hablar, quizá a traducir el agradecimiento

de Yaluc. Pero Aninkur alzó la mano en claro gesto de hacerle callar, y se dio la vuelta, dirigiéndose a una tienda.

A la luz de las hogueras, Yaluc vio aquellas tiendas de una forma que le era desconocida. Eran muy grandes, como para albergar a numerosas personas dentro, y su forma era redonda en lugar de cuadrada como las de los valate y todas las que Yaluc había visto hasta entonces.

Alguien más habló con Harubán, y éste hizo un gesto a los gigantes, que arrastraron a Yaluc tras el tratante. Le introdujeron en una de aquellas tiendas. Sintió un agradecimiento infinito por el agradable calor que reinaba allí dentro. Tal y como había supuesto, allí había mucha gente. Alrededor de los postes que sostenían la tienda, se hallaban sentados en corro grupos de personas, la mayoría mujeres y niños. Por tanto, dentro de la tienda reinaba un ambiente bullicioso de conversaciones que sólo se acallaron momentáneamente con la entrada de los recién llegados. El estómago de Yaluc rugió cuando le llegó el olor de alguna clase de guiso que se cocinaba en grandes perolas de metal colgadas sobre los hogares.

Le hicieron sentarse. Un par de aquellas mujeres se le acercó ofreciéndole un cuenco lleno de aquel guiso que tan bien olía, y un gran pedazo de pan de oscura corteza. Ambas eran rubias y de piel muy clara. Yaluc supuso que serían madre e hija, pues una parecía mucho más joven, y ambas guardaban un gran parecido físico. También notó que ellas y todos los demás en la tienda mostraban un excelente buen humor. No le costó nada devolverles la sonrisa. Pero alzó sus manos aún atadas como disculpa.

La mujer mayor entonces comenzó lo que tenía todo el aspecto de ser una buena regañina a Harubán. Él discutió un rato con la

mujer. Pero estaba claro que perdió la discusión, porque ordenó a sus gigantes que desataran las manos de Yaluc.

Éste sonrió muy complacido. No sólo con que aquella mujer hubiera puesto en su lugar a Harubán de modo tan contundente, sino porque veía en el tratante el temor de perder su codiciado oro. Qué poco imaginaba el despreciable Harubán que ya no tenía la menor intención de escapar. Había alguna razón para que él estuviera allí. Y no se conformaría hasta que la averiguara.

Después de la suculenta cena, y en aquella tienda tan cálida, Yaluc durmió como hacía muchas noches que no dormía. Qué curiosas gentes aquellas, se dijo. Todos los que estaban en la tienda se echaron a dormir en pequeños grupitos. Si las costumbres loggi le habían intrigado, las de los likaya empezaban a parecerle fascinantes.

Por la mañana, las mismas dos amables mujeres le trajeron el desayuno y también le ofrecieron ropa. Estaba claro que su camisa empapada y desgarrada por las caídas y sus igualmente destrozadas calzas no eran un atuendo apropiado. También le ofrecieron unos curiosos zapatos como los que todos ellos, hombres y mujeres llevaban. Estaban hechos de una piel lisa y muy suave, y Yaluc pronto descubrió que eran muy cómodos y sumamente útiles para caminar por lugares encharcados.

Sonrió de nuevo, e hizo graciosas reverencias como agradecimiento a las mujeres, que parloteaban y reían mientras contemplaban como se ponía sus nuevas ropas.

—Me alegro de que parezcas tan cómodo aquí entre tus compañeros esclavos.— Harubán le dijo en tono agrio. Luego, hizo un gesto de exagerada sorpresa al ver cómo desaparecía la sonrisa del rostro de Yaluc. —¿Cómo? ¿No lo habías notado? Todos ellos son tan esclavos como tú. Y ahora que ya has comido y tienes ropa nueva, vamos. Aninkur quiere hablar contigo.— Antes

de que pudiera protestar, los gigantes mudos le habían maniatado y uno ya tiraba de él.

Salieron de la tienda, y el frío le tomó por sorpresa. Sin embargo, el cielo era de un azul intenso sin una sola nube, y el sol brillaba, aunque su calor no se hacía sentir. Mientras tiraban de él hacia la tienda de Aninkur, miró a su alrededor. Estaban rodeados por las montañas, que por aquel lado aparecían peladas. Un águila pasó veloz sobre sus cabezas.

La tienda de Aninkur era muy parecida a la otra, aunque las alfombras de lana de vivos colores parecían incluso más gruesas, y no había perolas de metal colgando sobre los fuegos. En aquella tienda sólo había hombres. Aninkur estaba sentado sobre unos cojines delante de uno de los fuegos. Obligaron a Yaluc a sentarse enfrente de él sobre el suelo alfombrado.

Aninkur habló con Harubán, y éste le respondió. Así, durante un rato. Luego, el tratante habló a Yaluc.

—Aninkur quiere saber por qué sonreías anoche, si ibas medio desnudo y estabas herido. Yo ya le he recordado que eres un tanto peculiar.— Yaluc miró a Aninkur, que le miraba fijo con sus penetrantes ojos grises. Tuvo la clara sensación de que aquel hombre no era sólo un simple bárbaro.

—Sonreía porque me hace feliz conocer que lo que sucede tiene sentido.— Harubán se le quedó mirando dubitativo. —Vamos, traduce mi respuesta. Y no te atrevas a cambiar nada de ella.—

—¡Y cómo podrías tú saber si cambio tu respuesta o no? No hablas su lengua.— Harubán respondió petulante. Parecía contrariado por la actitud de Yaluc.

—Todavía. No hablo su lengua todavía. Pero pronto lo haré. Y te aseguro que me enteraré de si has manipulado o tergiversado mis palabras. Y no dudaré en hacer saber a Aninkur que no eres

de fiar.—Yaluc consiguió el efecto que pretendía. Harubán no haría jamás nada que pusiera en peligro sus negocios. Oyó cómo traducía su respuesta, sin apartar la mirada del rostro de Aninkur. No consiguió nada. Aquel hombre le resultaba impenetrable. Al menos de momento.

Aninkur volvió a hablar y Harubán tradujo sus palabras a Yaluc., meneando la cabeza.

—Dice que no esperaba menos de ti, lo que quiera que signifique eso. Empiezo a comprender por qué quería que te trajera. Sois tal para cual. Pero en fin, yo sólo espero que me pague, y seguiré con mis negocios.— Aninkur volvió a hablar a Harubán. Yaluc tuvo la sensación de que se impacientaba con la cháchara del tratante. Éste suspiró, y encogiéndose de hombros como para dar a entender que la idea no venía de él, dijo. —Ahora quiere saber si tienes alguna pregunta ¿Quién le pregunta eso a su esclavo?— Yaluc meditó un momento, mientras su mirada se encontraba con la de Aninkur.

—Desde luego que tengo una pregunta. Y estoy seguro de que él sabe cual es, y la está esperando ¿Por qué estoy aquí?— Esta vez, Harubán no hizo ningún comentario, y se limitó a traducir. Yaluc vio cómo en el impasible rostro de Aninkur se dibujaba una sonrisa, muy leve, sin mostrar los dientes. Era como la de un maestro orgulloso de que su alumno presta atención.

Pero el pequeño placer que le pudo producir ver sonreír a Aninkur se disipó del todo, a medida que veía cómo el rostro de Harubán se ensombrecía mientras escuchaba la respuesta del Señor de los Hijos del Lobo. Cuando éste dejó de hablar, Yaluc urgió con la mirada a Harubán. Éste parecía dudar.

—Dice — Se interrumpió y tragó saliva. Yaluc le traspasaba con la mirada. —Dice que lleva muchos años reuniendo a las tribus de las estepas, desde las Montañas de Fuego hasta aquí. Ahora él

es el señor de todas las tribus, incluso de las tribus Háleas que llevan generaciones intentando entrar al maravilloso mundo de los reinos, donde el clima es benigno y abundan la comida y el agua. Su pueblo y todos los que le siguen están hartos ya de no poder tener parte en ese festín. Ellos se han visto obligados a pasar frío, mientras nosotros en los reinos, gozamos del sol. Ellos tienen que comer piedras mientras nosotros engordamos a base de jugosa carne. Han estado mucho tiempo intentando encontrar el modo de convencernos para compartir. Pero ya no se conforman con eso. Ahora, lo quieren todo. Quieren nuestro mundo, y lo tomarán. Hasta ahora, sus armas no bastaban para aniquilarnos. Pero él, Aninkur, ha encontrado el arma que les hará invencibles. Esa arma eres tú.—

Relación de personajes que aparecen en este libro. (Para el resto de personajes consultar el primer volumen de la saga “SEÑORES DEL MUNDO”

A

Akumilas: Bárbaro aliado de Agón. Hijo favorito de Aninkur, señor del pueblo likaya.

Anfós: Noble pariente de los reyes de Narvaly exiliado en Albisos, aliado de Menetir.

Aninkur: Señor del pueblo likaya, llamados Hijos del Lobo, bárbaros de las estepas al este de las Montañas Blancas.

B

Bágor: Llamado El Glorioso, y también conocido como El Oculto. Dios que fue el principal de los midummitas, y cuyos fieles pretenden restaurar en su antiguo puesto.

Bag-Doser: Rey de Albisos, antiguo aliado de Domusal, y que apoya a su hijo Menetir.

C

Cerala: Nodriz de Enekhhal y sus hermanos.

D

Domunir: Tercer hijo de Menetir y Zodrim, príncipe de Narvaly

H

Harubán: Tratante de esclavos esterriano que colabora con Aninkur el bárbaro

L

Lahón: Joven loggi amante de Yaluc.

M

Mordek: Riquísimo comerciante de Albisos, hijo de Anfós

O

Olena: Anciana loggi que ayuda a Dilmala en El Refugio

S

Sikander: Hijo de Naadur y Numa, heredero de Kynán.

T

Tesimandro: Hijo de Enekhal y Marusene. Rey de Esterria

V

Van: Anciano loggi compañero de Olena y pariente de Zesera

X

Xya-Kirit: Hija de Mordek. Segunda esposa de Menetir

Y

Yasha: Aya de la princesa Nysbe

Z

Zunas: Chico loggi con el don de la videncia

Gracias por comprar este libro. Espero que hayas disfrutado con las aventuras y desventuras de los habitantes de Kynán y los demás reinos, y que te hayas quedado con deseos de saber como continúa la historia. Te emplazo al próximo volumen de esta saga.

Yolanda Corona

Mientras tanto, puedes seguirme en mi blog:

<https://yolandacoronaautora.com/>

En Facebook:

<https://www.facebook.com/157413544948609/photos/157413998281897/>

En Twitter:

<https://twitter.com/Yolanda60354280>

O suscribirte a mi canal de Youtube:

<https://www.youtube.com/channel/UCmtkQDbVH2ehADUQSxmfkSw>